



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN DE MATOS

FRAGOSO.

TOMO PRIMERO.



CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑÍA.

1828.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN DE MATOS

FRAGOSO.

TOMO PRIMERO.



CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía.

1828.

PERSONAS.

Enrique de Médicis, galan.
Alejandro, Duque de Ferrara.
Lisardo, galan.
Aurelio, barba.
Porcia, dama.
Laura, dama.
Nise, criada.
Flora, criada.
Hormigo, *gracioso*.
Celio, criado.
Música.
Acompañamiento.

La escena es en Ferrara.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE JARDIN.

Suena dentro ruido de cajas, y dicen.

Unos.

Viva el invicto Alejandro,
Duque de Ferrara, viva.

Dentro Hormigo.

Muchos años viva, y beba;
que aquí nadie se lo quita.

Otros.

Su nombre heróico aclamemos.

ESCENA II.

Enrique, Lisardo y Hormigo.

Hormigo.

Por cierto, que es brava dicha,
que de un salto llegue un hombre
á ser Duque á sangre fria:
yo le conocí tan pobre,
que le daban las vecinas
señoría de limosna,
y alguna vez recibia
merced de quien le prestaba.
¿No os causa á los dos envidia,
ver que es Duque de Ferrara
Alejandro?

Enrique.

No me admira:
lances son de la fortuna,
conque su imperio acredita;

pues para dar á Alejandro
el laurel, fué ley precisa,
que poco á poco muriese
todo una ilustre familia,
á quien tocaba el estado:
conque él entrando en la línea
de pariente mas cercano,
hereda la pompa altiva,
que negó á tantos la suerte
para darsela en un dia.

Lisardo.

Alejandro ha merecido
por sus partes esa dicha.

Enrique.

Si, Lisardo; el que la logra
la merece; aunque la vista
por incapaz tenga á aquel
que posee sus delicias,
puede engañarse, que el hombre
ofuscado con la envidia,
juzga por lo que sospecha,
y el cielo por lo que mira.

Hormigo.

¡Ah fortunilla borracha!

Lisardo.

¿Hormigo, por qué suspiras?

Hormigo.

Porque cuando el uno hereda
un estado, mi desdicha
me corona infelizmente
con un chichon, y una herida.

Lisardo.

¿Pues cómo?

Hormigo.

Con un soldado..

del Duque tuve una riña;
él me tiró con un canto,
y me dió en la coronilla.
Tras esto sacó la espada,
y me hirió en la frente misma;
sin duda que era algun sastre,
pues me añadió tan aprisa
una guarnicion al canto:
por aquesto me pudria;
y tengo razon; pues cuando
se mueren treinta y seis tias,
para que herede Alejandro,
contra mí, en el mismo dia,
para romperme los cascos
nacen dos mil sastricidas."

Lisardo.

Parece que estais confuso,
Enrico, con la alegría,
que veis en toda Ferrara:
¿qué pena, ó melancolía
os divierte la memoria?
¿Vos, que con sábia doctrina
sois admiracion de Italia;
cuyas letras, y noticias
os dan tan crecido aplauso,
que vuestro nombre eternizan,
estais triste? ¿cuando todos
se alegran, agenas dichas
perturban vuestro semblante?

Enrique.

De eso mi mal se origina.

Lisardo.

No lo creo, porque en vos
no puede caber envidia.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN DE MATOS

FRAGOSO.

TOMO PRIMERO.



CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑÍA.

1828.

no igualas á cuantas Porcias
nacieron de Romanía ?
¿ No procedes de la casa
de los Médicis antigua ?
¿ En el talle , y la persona
no dás al mas noble envidia ?
¿ Tú no tocas diestramente
la guitarra ? pues un dia
miré , que á una dama coja
la enseñabas por patilla.
Por docto en las facultades
te buscan : la astrología
la sabes con tal primor,
que dicen de tí , y publican ,
que el blanco humor de los cielos
le mamaste en las cabrillas ,
sin dejarles mas substancia ,
que para hácer , escurridas ,
el requeson de la luna.
¿ Tú propio , en filosofia ,
y en la cátedra de leyes ,
no fuiste en Bolonia cifra
de los Bártulos , y Baldos ?
¿ Mil víctores á porfia
no te daban por las calles ?
Y si alguna vez por prisa
te daban vayas , las colas
eran de escabeche frias.
¡ Mas valga el diablo el vergante !
¿ porque eres sabio , querias ,
que te buscasen las damas ?
Ruega , alegra , solicita ,
gime , enamora , solloza ,
lamenta , finge , suspira ,
habla , esplica tu cuidado ,

hasta que topés un dia
quien te rompa la cabeza,
ó te suba á señoría.

Lisardo.

Si vuestro amor no habeis dicho,
y callais su llama activa,
en vano os quejais de Porcia:
intentad, que ser podría
veros feliz, que el prudente
no ha de temer, en su vida,
ni por cercanas las penas,
ni por distantes las dichas.

Hormigo.

Serás un bruto, si á Porcia
todo tu amor no le pintas:
¿es Porcia acaso algun Cafre,
ó algun Caymán de las Indias,
que te ha de comer? ¿Es mas,
que un brinquiño hecho de almivar,
y un dige de filigrana?
¿Qué tienes, que no le intimas
tu pasion en prosa, y verso?

Lisardo.

Muy bien Hormigo os obliga.

Enrique.

Si se diera en el amor
correspondencia, precisa,
no seguir tan noble empresa
fuera injusta tiranía.
Mas como tengo esperiencia
de la corta estrella mia,
nada intento, porque juzgo,
que he de hallar en cuanto viva
siempre iguales desaciertos,
y por esto me retira

el temor de desdichado,
por no ver con ignominia,
á vista del escarmiento,
las esperanzas perdidas.
Vos si, que intentar podeis,
pues en todo teneis dicha.

Lisardo.

La que logro, es de tener
vuestra amistad, que benigna
reparte con mi rudeza
egemplo, estudio, y doctrina.

Enrique.

Vos me la pagais, pues siempre
con piadosas bizarrías
me alentais.

Hormigo.

Estos dos sabios,
señor, jamas comerían,
sino fuera con amparo
de tu asistencia propicia,
que como astrólogos vemos
estrellas á medio dia.

Lisardo.

Eso es correr mi amistad,
Enrico, cuando la vida,
fama, honor, y aplauso os debo.

Hormigo.

Dejad aquesas porfias,
que entre amigos son ociosas,
y advertid, que es ley precisa
besarle la mano al duque,
que ácia allá todos caminan
á esta comun ceremonia.

Enrique.

Decís bien: por vuestra vida,

que aquí me aguardeis un poco;
porque tengo una visita,
que hacer primero, que aquí
vendré á buscaros aprisa.

Lisardo.

Como á Hormigo me dejeis,
nunca tendré por prolija
la tardanza.

Enrique.

El cielo os guarde.

ESCENA III.

Lisardo y Hormigo.

Hormigo.

¡Qué apacible, que florida
es esta estancia del Parque!

Lisardo.

Hormigo, si no me alivias
en la pena que padezco,
muero sin remedio.

Hormigo.

Díla;
que conforme fuere el mal
daremos la medicina.

Lisardo.

Has de saber que Alejandro,
antes de heredar sus dichas,
festejaba amante á Laura;
cuando yo en la sazon misma,
de su hermosura arrastrado,
en fuego amoroso ardia.
No quise hacer competencia
la pretension, porque habia
pretendídola Alejandro

con finezas mas antiguas.
Pero ahora que la suerte
le sube á la pompa altiva,
y ocupará en mas lucidos
empeños su fantasía,
(que un príncipe facilmente
lo que no es igual olvida)
quisiera esplicar á Laura
mi amor.

Hormigo.

Ten, que eso es en cifra
decirme por lindo modo,
que de alcahuete te sirva.

Lisardo.

Hoy mas que nunca mi amor,
de tu ingenio necesita.

Hormigo.

Tú lo deja, y verás como
con maña devorativa
siembro de amor la cizaña,
porque no nazca neguilla:
aunque Laura es muy discreta,
yo tengo de ella noticia,
que es un poco codiciosa.

Lisardo.

Yo la tengo por esquiva:
pero calla, que de un coche
se apean, junto á la orilla
de esa fuente, dos mugeres;
si no me engaña la vista,
Laura y su criada son,
que á ver aplaudir saldrian
la ventura de Alejandro:
ella es.

Hormigo.

Aquí te retira,
verás el modo que entablo,
con que tu pasion le digas. (1)

ESCENA IV.

Dichos, Laura y Flora, con mantos.

Laura.

Por ver si en aquesa fuente
puedo divertir mi mal,
busco, Flora, su cristal.

Flora.

Con razon tu pecho siente
aquel ciego desatino
de despreciar sin razon,
de Alejandro la aficion,
cuando te amaba tan fino.

Laura.

Ya sé, que fue ceguedad
haberle tratado así:
mas como pobre le ví,
no estimé su voluntad.
No sé lo que la riqueza
tiéne en sí de superior,
que hace de un rico el amor
vanidad en la belleza:
tanto, que despues que infiero
que Alejandro en trono está,
por lo rico, y galan, ya
me parece que le quiero.

Flora.

¡Ah señora, que perdiste,

---

(1) *Retiránse á un lado.*

por no tenerle obligado,
quizá todo el [illegible]ado.

Laura.

Aqueso me tiene triste.

Flora.

A arañarte te condeno,
ó dame poder á mí
para arañarte por tí,
porque estoy hecha un veneno.
Por pobre, si bien reparas,
le hacias dos mil desprecios
y cierto, que fueron necios,
que si mejor lo miraras
yo sé...

Laura.

Mi gusto atropella
el que es pobre, y me dá horror,
porque pienso, con su amor,
que me pega mala estrella.

Flora.

Bien pudiste prevenir
el fin.

Laura.

Por ver si en él dura
aquella fé firme, y pura
un papel le he de escribir.

Flora.

Y yo se lo llevaré
con grande puntualidad.

Diego Hormigo.

Dios guarde aquesa beldad:
gracias á Dios que topé
señora Laura, con vos.

Laura.

¿Vos á mí me conoceis?

Hormigo.

Desde niña, y me debeis
gran voluntad, sí, por Dios,

Laura.

Este es algun loco, Flora.
vamos.

Flora.

Sin duda está loco.

Hormigo.

Señora, escuchad un poco;
y pues sois la bella aurora,
que con el oido franco
en este verde sotillo
dais atencion á un pardillo,
escuchad un hombre blanco.

Flora.

Aunque es loco, en buena fé,
que gasta humor.

Laura.

Flora, vamos.

Flora.

Por tu vida, que le oigamos.

Laura.

Por divertirme lo haré.
¿Cómo os llámais?

Hormigo.

Como amigo
soy, en cualquier estacáda,
de comer mucha almendrada,
han dado en llamarme Hormigo.

Laura.

Ya quien sois saber espero,
y á qué efecto me buscais.

Hormigo.

Si de ello no os disgustais,

yo trato en casamentero;

Laura.

Famosas cualidades
teneis, y son de interes.

Hormigo.

Mire usted, el casár es
como quien cata melones,
que aunque priva de regalos,
el salir la prueba incierta,
cuando con uno se acierta,
suple aquél bueno otros malos.
Mas el que á vos os prevengo,
¡ poder de Dios, qué ventura
tendrá la tal hermosura
que le agarrare!

Laura.

Ya tengo
deseo de que adelante
prosigais, y así os suplico,
digais quién es.

Hormigo.

Un muy rico
caballeraso, y galante.

Laura.

¿ Muy rico?

Hormigo.

Así mis cuidados
lo fueran en dulces paces:
solo en palomas torcaces
tiene el otro mil ducados.
A la que ha de ser su esposa,
la tiene ya prevenido
de alcorza un lecho pulido.

Laura.

¿ De alcorza?

Hormigo.

Esta taza famosa,
que si acaso la dama
tiene hambre, (que puede ser)
pueda acostada comer
los mastiles de la tapia.
Por mis ojos vi bordar
ocho polleras lucidas

Laura.

¿Pues decid, con qué medidas
las borda, sin ver, ni hablar
á la dama que le espera
para su esposa?

Hormigo.

¡Es que es [illegible]!
bordadas de [illegible]lon,
que vienen bien á cualquiera.
Para la novia, [illegible]
habrá quince estrados, [illegible]
y tiene en uno de [illegible]
cien almoadas de cristal.

Laura.

¿De cristal? ¡qué desatino!

Hormigo.

La que ha de ser su muger,
dice, que la ha de poner
en un trono cristalino.
De carey, que [illegible]
mucho mas que [illegible] sol,
para cuando salga el sol
le [illegible] hacer una [illegible]
Para la boda [illegible]
se están [illegible]
cebando cuatro mil pabos,
con otros tantos capones.

que en casa por desenfado
tiene un bosque á donde pasa
el tiempo.

Laura.

¿Pues como en casa
puede haber bosque?

Hormigo.

Es pintado.
Si le quereis dar la mano
al tal porque sé que os quiere,
y enamorado se muere
por vos, eso yo lo allano.

Laura.

Un dia que esté despacio,
al novio me enseñareis.

Hormigo.

Si las dos verle quereis,
por allí pasa á Palacio.
¿Ah señor?

Laura.

Ten, que á mi fama
corre riesgo en que me vea.

Hormigo.

Serviros mi amor desea.

Flora.

Tú echate el manto. (1)

ESCENA V.

Dichos y Lisardo.

Lisardo.

¿Quién llama?
¡Pero qué es esto que miro!

(1) *Cubrense con los mantos.*

hasta que topes un dia
quien te rompa la cabeza,
ó te suba á señoría.

Lisardo.

Si vuestro amor no habeis dicho,
y callais su llama activa,
en vano os quejais de Porcia:
intentad, que ser podría
veros feliz, que el prudente
no ha de temer, en su vida,
ni por cercanas las penas,
ni por distantes las dichas.

Hormigo.

Serás un bruto, si á Porcia
todo tu amor no le pintas:
¿es Porcia acaso algun Cafre,
ó algun Caymán de las Indias,
que te ha de comer? ¿Es mas,
que un brinquiño hecho de almivar,
y un dige de filigrana?
¿Qué tienes, que no le intimas
tu pasion en prosa, y verso?

Lisardo.

Muy bien Hormigo os obliga.

Enrique.

Si se diera en el amor
correspondencia, precisa,
no seguir tan noble empresa
fuera injusta tiranía.
Mas como tengo esperiencia
de la corta estrella mia,
nada intento, porque juzgo,
que he de hallar en cuanto viva
siempre iguales desaciertos,
y por esto me retira

el temor de desdichado,
por no ver con ignominia,
á vista del escarmiento,
las esperanzas perdidas.
Vos si, que intentar podeis,
pues en todo teneis dicha.

Lisardo.

La que logro, es de tener
vuestra amistad, que benigna
reparte con mi rudeza
egemplo, estudio, y doctrina.

Enrique.

Vos me la pagais, pues siempre
con piadosas bizarrías
me alentais.

Hormigo.

Estos dos sabios,
señor, jamas comerían,
sino fuera con amparo
de tu asistencia propicia,
que como astrólogos vemos
estrellas á medio dia.

Lisardo.

Eso es correr mi amistad,
Enrico, cuando la vida,
fama, honor, y aplauso os debo.

Hormigo.

Dejad aquesas porfias,
que entre amigos son ociosas,
y advertid, que es ley precisa
besarle la mano al duque,
que ácia allá todos caminan
á esta comun ceremonia.

Enrique.

Decís bien: por vuestra vida,

Laura.

La atencion

de desengañaros presto. *vase.*

Lisardo.

Tened, oid.

Hormigo.

Flora, escucha.

Flora.

Vaya enoramala el puerco. *vase.*

Hormigo.

Sí lo soy: la criadilla

dice bien con los *torreznos.*

Lisardo.

Siempre temí este desaire;

pero con la industria espero

vencer su rigor esquivo,

que todo se rinde al tiempo.

Hormigo.

Enrico viene.

Lisardo.

Los dos

le salgamos al encuentro.

Vive Dios, que voy picado,

Hormigo, de este desprecio.

Hormigo.

¡Ay, señor! que á mí tambien

la picarilla me ha muerto;

que es, á pesar de las crudas,

la mas airosa en despejo,

la muger de mas donaire,

la morena de mas cielos.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

Porcia, Nise, y acompañamiento de damas; el Duque, Aurelio, y los músicos delante cantando.

Música.

Calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento,
que á quien ama un imposible,
solo es su alivio el silencio.

Duque.

"Calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento."
estos dos versos parece,
que por mi pasion se hicieron.

Porcia.

"Que á quien ama un imposible,
solo es su alivio el silencio:"
El dolor, que estoy callando,
dibujan estos acentos.

Duque.

Porque si he rendido á Laura
mis amorosos estremos,
y ella, por verme abatido,
nunca admitió mi deseo,
hoy, que á tan alta fortuna
subieron mis pensamientos,
daré mi amor al olvido,
para vengar mi desprecio.
Empiece á obrar la memoria,
disimule amor su incendio,
calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento.

Porcia.

Un imposible idolatrá
mi amor; pero tan secreto
en mí vive este cuidado,
que hasta en los ojos pusieron
límite las atenciones
de mi decoro, y respeto.
Para callarle medrosa,
que aunque imposible le veo
por la parte de quien amo,
pues es Enrico el sugeto,
debo el silencio á mi sangre,
y tal vez con él me alegro,
que á quien ama un imposible,
solo es su alivio el silencio.

Música.

Quien vive de la esperansa
lisonjea su tormento;
mas el que sin ella adora,
quiere mas, y alcanza menos.

Duque.

Mucho la cancion me agrada:
¿quién la música ha dispuesto?

Porcia.

Por ser la primera vez,
que vuestra Alteza á este ameno
Jardin baja, prevenida
quise hacer este festejo
á los aplausos, que hoy gozá
del nuevo estado.

Duque.

Agradezco,
prima Porcia, ese cuidado,
y pagar con otro espero
la fineza á que me obliga

la atencion de mi respeto.
¡Ay, Laura, qué mal pagaste
mi amoroso rendimiento!

Aurelio.

Señor, vuestra Alteza ahora,
pues ya nobles, y plebeyos
le han jurado vasallage,
le falta elegir sugeto,
por cuya asistencia corran
los despachos del gobierno.

Duque.

Pobre nací, y pues la sangre
me subió, por lo que heredo,
á una ventura, que estaba
de mi esperanza tan lejos,
quisiera acertar de modo,
que estuviesen en un medio,
ni mal premiado el que es noble,
ni el plebeyo descontento:
que esta igualdad basta solo
para conservar un reyno,
pues siempre las monarquías
peligran en los estremos.
De aqueste acierto es la vasa
un amigo consejero,
de cuyo cuidado penda
el examinar atento
los juicios, y las virtudes,
con vigilancia, y con zelo;
que si viene la noticia
errada al Príncipe, es cierto,
que juzgando por informes,
le basta el color de aquellos
que ve patente á los ojos:
y aunque se halle satisfecho,

no se escusa de culpado;
porque no importa, que cuerdo
acierte para consigo,
si resulta en daño ageno.
Y así, pretendo elegir
el mas sabio, el mas discreto
varon, en quien se afiance
de este estado el grave peso.
¿Aurelio, á quien os parece,
que elija para este puesto?
pues ahora mas que nunca,
os he menester atento.

Aurelio.

Señor, en Ferrara hay muchos
varones de gran talento,
de prudencia, y de valor;
y como iguales los veo,
yo no sabré distinguir,
cual es mas, ni cual es menos.

Duque.

Proponedme los mejores,
y los de mas vivo ingenio.

Aurelio.

Señor, el marqués Octavio,
y el conde Rodulfo, creo,
que son los de mas prudencia.

Duque.

¿Quién mas?

Aurelio.

Camilo, y Valerio
son hombres de grandes prendas,
y de raro entendimiento.

Duque.

¿Quién mas?

Aurelio.

En todas noticias,
Flavio, y don Cesar Farnesio
son admiracion de Italia.

Duque.

¿Cómo en los que habeis propuesto,
no os acordasteis de Enrico
de Médicis, cuyo premio
en todas las facultades
es en aplauso el primero,
y por su sangre el mas noble?

Porcia.

¡Qué escucho! ¡Pluguiera al cielo
que en él cupiera esa dicha! *ap.*

Aurelio.

Como olvidado y sin premio
vive, juzgué que no era
capaz de tan alto empeño.

Duque.

No importa, que la desdicha
no quita el merecimiento.

Porcia.

Yo bien quisiera alabarle, *ap.*
mas por mi honor no me atrevo.

Duque.

Aunque nunca le he tratado,
aficionado en estremo
soy á los escritos suyos,
que en elegancia, y conceptos
esceden á cuanto he visto.

Aurelio.

Hay, señor, muchos sugetos
en la pluma singulares,
que tratados no son buenos;
que no siempre con los lábios

se proporcionan los génios.

Duque.

Por esa razon quisiera
hablarle, y verle primero,
porque le soy inclinado.

Sale Celio.

Gran señor, dos caballeros
quieren besarte la mano.

Aurelio.

Y advierte que el uno de ellos
es de quien ahora hablamos.

Duque.

¿Enrico?

Aurelio.

Si.

Duque.

A lindo tiempo
llegó, que honrarle procuro.

Porcia.

Eso es solo lo que espero. *ap.*

Duque.

Dí que entren.

Porcia.

Mientras que ocupa
vuestra Alteza en ese empleo
el discurso, me retiro
con la música á lo lejos
de ese jardin; porque logre
tan justo divertimiento.
Si es Enrico el elegido, *ap.*
será mi tristeza menos.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

Porcia, Nise, y acompañamiento de damas; el Duque, Aurelio, y los músicos delante cantando.

Música.

Calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento,
que á quien ama un imposible,
solo es su alivio el silencio.

Duque.

"Calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento.
estos dos versos parece,
que por mi pasion se hicieron.

Porcia

"Que á quien ama un imposible,
solo es su alivio el silencio:"
El dolor, que estoy callando,
dibujan estos acentos.

Duque.

Porque si he rendido á Laura
mis amorosos estremos,
y ella, por verme abatido,
nunca admitió mi deseo,
hoy, que á tan alta fortuna
subieron mis pensamientos,
daré mi amor al olvido,
para vengar mi desprecio.
Empiece á obrar la memoria,
disimule amor su incendio,
calle la voz, sienta el alma,
sin dar un suspiro al viento.

ó si vendrá á ser mejor;
que con cuidado, y desvelo
yo mismo por mí despache,
sin fiar de otro este empeño.

Enrique

Muchos príncipes de Europa,
con vigilancia, y con celo,
hacer lo mismo intentaron,
pero no lo consiguieron;
que hay cosas que no son dignas
de grandes y heróicos pechos,
y es preciso que se valgan
de segundos instrumentos.
Los políticos mejores
llevan, que el señor supremo
ha de tener un amigo
á quien remitir el peso
de sus continuos afanes;
porque aligerado de ellos,
pueda mover facilmente
con desembarazo el cetro.
Cuando el leon coronado
descansa en silvestre lecho,
dicen, que duerme prudente
con los dos ojos abiertos;
que fué providencia oculta,
que irracionalmente atento
se guardase: y como un rey
no puede usar de lo mismo,
precisamente conviene
tener un amigo cuerdo,
que por él vele, y le guarde
mientras le sepulta el sueño.
El sol, monarca del dia,
con ser insensible, vemos,

que el cuidadó de la noche
se lo fia á los luceros;
estos á la luna, y todos
al aire, cuyos reflejos
dan luz al mundo dormido,
con que se vé, que á concierto
del orden natural, todos
unos de otros dependemos.
Todos los reyes del mundo
han tenido un verdadero
amigo á su lado siempre,
á quien fiar sus secretos;
que un buen valido hace estar
á los vasallos contentos.
De Aristóteles lo advierte
la política, Josefo,
Casiodoro, Teodorico,
Justiniano, y Valerio,
Tácito, Estrabon, Baronio,
Séneca, Bocacio, Homero,
Ulpiano, Justo Lipsio,
Plutarco, Eliano, y Celio,
Rodegino, que conformes
aprueban el valimiento.

Duque.

¿Y qué mas se puede hacer
para conservar un reino?

Enrique.

Castigar al delincuente
dando al virtuoso el premio,
sin que él lo pretenda; pues
si la justicia con zelo
busca tal vez al que es malo
para castigarle, es cierto
que debe buscar tambien

el estudio y vigilancia
me sirvan de desempeño.

Duque.

Por esa senda se sube
de un príncipe al valimiento;
no tengo mas que decirte,
sino que sepas atento
desempeñar mi eleccion,
que á medida del acierto
crecerán en mi cariño
los honores, y los premios.

Enrique.

A la esperiencia remito
lo que obligado confieso.

Lisardo.

Hormigo, no sé esplicarte
el gusto grande que tengo
de ver á Enrico premiado.

Hormigo.

Y yo, señor, de contento
estoy por saltarle encima
de los hombros como el perro.

Duque.

¿Quien es el que te acompaña?

Enrique.

Lisardo, un amigo estrecho,
á quien debo en mis fortunas
muchas finezas, y estremos.

Duque.

Hacer lo que he dicho importa.

Enrique.

Ya, gran señor, te obedezco,
y volveré cuidadoso.

Duque.

Aurelio, prevenid luego

á Enrico un cuarto en Palacio.

Aurelio.

Voy al punto á disponerlo. *vase.*

Enrique.

Hoy comienzo á ser dichoso:
fortuna amiga, ¿qué es esto? *ap.*
Pero obre bien mi cuidado,
que tus mudanzas no temo.

Lisardo.

A fuera, Enrico, os aguardo,
gustoso, alegre, y contento. *vase.*

Hormigo.

Ya lo peje está en la mano.

Duque.

Honrarle en todo pretendo. *ap.*
Y pues os traigo á Palacio,
por la merced que os he hecho,
besad la mano á mi prima
Porcia. Ya sosiega el pecho, *ap.*
de ver, que tendré en Enrico
un amigo verdadero,
y le he de premiar de suerte,
que sirva al mundo de egemplo. *vase.*

Enrique.

Todo el favor la fortuna
va soplando á mis deseos;
mas con la música Porcia
viene del jardin saliendo.

Hormigo.

Ahora es buena ocasion.

Enrique.

Turbado, Hormigo, me siento.

el estudio y vigilancia
me sirvan de desempeño.

Duque.

Por esa senda se sube
de un príncipe al valimiento;
no tengo mas que decirte,
sino que sepas atento
desempeñar mi eleccion,
que á medida del acierto
crecerán en mi cariño
los honores, y los premios.

Enrique.

A la esperiencia remito
lo que obligado confieso.

Lisardo.

Hormigo, no sé esplicarte
el gusto grande que tengo
de ver á Enrico premiado.

Hormigo.

Y yo, señor, de contento
estoy por saltarle encima
de los hombros como el perro.

Duque.

¿Quien es el que te acompaña?

Enrique.

Lisardo, un amigo estrecho,
á quien debo en mis fortunas
muchas finezas, y estremos.

Duque.

Hacer lo que he dicho importa.

Enrique.

Ya, gran señor, te obedezco,
y volveré cuidadoso.

Duque.

Aurelio, prevenid luego

á Enrico un cuarto en Palacio.

Aurelio.

Voy al punto á disponerlo. *vase.*

Enrique.

Hoy comienzo á ser dichoso:
fortuna amiga, ¿qué es esto? *ap.*
Pero obre bien mi cuidado,
que tus mudanzas no temo.

Lisardo.

A fuera, Enrico, os aguardo,
gustoso, alegre, y contento. *vase.*

Hormigo.

Ya lo peje está en la mano.

Duque.

Honrarle en todo pretendo. *ap.*
Y pues os traigo á Palacio,
por la merced que os he hecho,
besad la mano á mi prima
Porcia. Ya sosiega el pecho, *ap.*
de ver, que tendré en Enrico
un amigo verdadero,
y le he de premiar de suerte,
que sirva al mundo de egemplo. *vase.*

Enrique.

Todo el favor la fortuna
va soplando á mis deseos;
mas con la música Porcia
viene del jardin saliendo.

Hormigo.

Ahora es buena ocasion.

Enrique.

Turbado, Hormigo, me siento.

se proporcionan los genios.

Duque.

Por esa razon quisiera
hablarle, y verle primero,
porque le soy inclinado.

Sale Celio.

Gran señor, dos caballeros
quieren besarte la mano.

Aurelio.

Y advierte que el uno de ellos
es de quien ahora hablamos.

Duque.

¿Enrico?

Aurelio.

Si.

Duque.

A lindo tiempo
llegó, que honrarle procuro.

Porcia.

Eso es solo lo que espero. *ap.*

Duque.

Dí que entren.

Porcia.

Mientras que ocupa
vuestra Alteza en ese empleo
el discurso, me retiro
con la música á lo lejos
de ese jardin; porque logre
tan justo divirtimiento.
Si es Enrico el elegido, *ap.*
será mi tristeza menos.

ESCENA VII.

El Duque, Aurelio, Enrico, Lisardo y Hormigo.

Lisardo.

Logre, señor, vuestra Alteza
mil siglos este supremo
lugar, que á mérito tanto
viene el laurel siempre estrecho.

Duque.

La lealtad de la nobleza
es la que ilustra su imperio.

Aurelio.

Este que llega es Enrico. *ap. al Duque.*

Hormigo.

Dále de mi parte un beso.

Duque.

¡Gallarda presencia!

Enrique.

Humilde
gran señor, á los pies vuestros
el parabien de estas dichas
os dá mi rendido afecto.

Duque.

Ya culpaba vuestro olvido,
Enrico, y mucho agradezco
el que ahora me haceis.

Enrique.

¿En qué mi corto talento
puede serviros?

Duque.

En mucho;
pues con vuestro voto intento
saber á quién podré dar
los papeles del gobierno

Enrique.

En la memoria,
que es á donde el sol venero.

Porcia.

¿El sol venerais?

Enrique.

Le adoro.

Porcia.

¿Desde cuando?

Hormigo.

Desde el tiempo
que le vió por un cedazo
bailar.

Porcia.

Es bizarro empeño
amar del sol la hermosura.

Enrique.

¿No veis que es retrato vuestro?

Porcia

¿Luego por eso le amais?

Enrique.

Solo por eso le quiero.

Porcia.

¿Pues en qué se me parece?

Enrique.

En que le miro muy lejos
de mi esperanza.

Porcia.

¿Por qué?

Enrique.

Porque yo no le merezco;
pero de aqueste imposible,
del original apelo
á la piedad, que aunque estoy
convencido en los defectos,

mi grande amor me disculpa.

Porcia.

Dificultad tiene el pleyto:
¿y de ese amor hay testigos?

Enrique.

No, que ha vivido en secreto.

Porcia.

¿Pues cómo ha callado tanto?

Enrique.

Mas que temor, fue respeto.

Porcia.

¿Quién puede juzgar lo oculto?

Enrique.

Los ojos que lo sintieron.

Porcia.

Ellos son testigos mudos.

Enrique.

Por eso el juez es discreto.

Porcia.

¿El, cómo puede saber
si ese amor es verdadero?

Enrique.

Con que se reciba á prueba
de esperiencias, y de estremos;
y si es fiscal el desden,
será mi abogado el tiempo,
que la verdad acredita.

Porcia.

Poco viene á importar eso,
si en vista estais condenado.

Enrique.

Para la revista apelo.

Porcia.

Yo de mi parte veré
lo que me alegais de nuevo;

porque yo no desengaño,
ni vuestra fineza apruebo.

Enrique.

Esas son mil y quinientas.

Porcia.

Que es mucho peor.

Enrique.

Segun eso,
podré tener esperanza.

Porcia

¿Que es esperanza? No entiendo
aquesa voz, porque juzgo,
que la esperanza es el premio;
y quien tan presto le pide,
poco le estima, supuesto
que quiere, que sea la paga
un solo suspiro tierno.

Enrique.

Si es el premio la esperanza,
permitidme, por lo menos,
que la tenga de tenerla.

Porcia.

Ni os la doy, ni os la suspendo;
que es justo mirar atenta,
si al amor, ó atrevimiento,
he de dar premio, ó castigo;
y así, en nada me resuelvo,
hasta consultar de espacio
lo que mereceis.

Enrique.

Lo apruebo.

Porcia.

¡Cielos, que me tenga Enrique
el mismo amor, que le tengo!

Enrique.

Aunque dudoso, ya logro *ap.*
mas alivio en mi tormento.
¡Qué hermosa está!

Porcia.

Cada vez *ap.*
mi oculto amor va creciendo.

Enrique.

Ya viven mis esperanzas: *ap.*
¡ó lo que obliga un respeto!
¿Señora?

Porcia.

¿Qué decís?

Enrique.

Que
sea piadoso el decreto.

Porcia.

Mirarélo en mi memoria.

Enrique.

¿Publicaréislo?

Porcia.

A su tiempo.

Enrique.

Con eso viven mis ansias.

Porcia.

Ya acaban mis sentimientos. *ap.*

Enrique.

El alma dejo en sus ojos. *ap.*

Porcia.

Su amor en el alma llevo. *ap.*

Enrique.

Mirad con piedad mi causa.

Porcia.

Id con Dios.

Enrique.

Guárdeos el cielo.

Hormigo.

Y á mí me libre de tontos,
y amantes carantoñeros.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Hormigo y Lisardo.

Lisardo.
Desde que en Palacio estás,
no me has vuelto, amigo, á ver.
Hormigo.
Tengo infinito que hacer;
tanto, que de mí tendrás
lástima, segun entiendo.
Lisardo.
¿Qué desvelos, y cuidados
tienes tú?
Hormigo.
Por mis pecados,
todo el dia estoy comiendo.
Lisardo.
Mal disculpas tus olvidos.
Hormigo.
Como tengo hambre abrasada,
no puedo ocuparme en nada,
hasta cobrar los caidos.
Lisardo.
¿Y es esa la ocupacion?
Hormigo.
Pues no, si por noche y siesta
todo es gusto, y todo fiesta,

Enrique.

Guárdeos el cielo.

Hormigo.

Y á mí me libre de tontos,
y amantes carantoñeros.

Lisardo.

A un bufon, ¿ qué le han de dar?

Hormigo.

Un puesto de los de nieve.

Lisardo.

Mucho la privanza crece
de Enrique.

Hormigo.

Por varios modos
está bienquisto de todos.

Lisardo.

Por su atencion lo merece:
á verle entraré; mas ya
él con el Duque aquí sale.

Hormigo.

Lo mucho que con él vale
aquí tu atencion verá.

ESCENA II.

Dichos, Enrique y el Duque.

Duque.

Dame, Enrique, como amigo,
una, y mil veces los brazos.

Enrique.

Será tronco á tales lazos
tu planta.

Hormigo.

Y tambien Hormigo. (1)

Duque.

Apartad vos.

Hormigo.

Descortés

(1) *Echase á los pies del Duque.*

no soy, perdona el rigor,
que la pólvora de amor
me obliga á ser busca-pies.

Duque.

Tan servido, y tan contento
estoy de tí, que en mi idea
no hallo premio, que no sea
corto á tu merecimiento.
Por tí vive felizmente
Ferrara en paz sosegada;
por tí logro asegurada
esta corona en mi frente.
Por tu desvelo, y cuidado
vivo en un feliz sosiego,
y es tanto lo que á estar llego
de tu fineza obligado,
que juzgo (no es desvarío)
llevado de esta aficion,
que este reyno, por razon,
aun es mas tuyo, que mio.
Y así contigo mi amor,
hoy quiere ostentar lo fino.
Conde eres ya de Fulgiño,
y Príncipe de Belflor.
De Ferrara Senescal
te hago tambien, porque sea
lo que mi amor te desea
premio á tu discurso igual.

Enrique.

Que son, mire vuestra Alteza,
ociosas mercedes tantas,
cuando con besar tus plantas
logro el premio á mi fineza.
Que indigno á tan gran favor,
no quisiera, que en Ferrara,

gran señor, se murmurára
el subirme á tanto honor.

Duque.

No, Enrique; estos premios cobra
sin temor, que aunque es tan ciega
la murmuracion, no llega
á donde el mérito sobra.
Y porque sé, que Lisardo
es tu amigo verdadero,
hoy tambien honrarle quiero.

Enrique.

Es su espíritu gallardo;
y la merced que le hicieres
será para mí mayor.

Lisardo.

A tus plantas, gran señor,
está Lisardo.

Duque.

Quien eres
sé por informe de Enrico,
y en honrarte mi amor tarda:
el capitan de mi guarda,
que vacó por Federico
de Ursino, ocupar podrá
tu mano; advirtiendo fiel,
que aunque yo te empleé en él,
Enrico es quien te le da.

Lisardo.

De suerte he de estar atento,
gran señor, en asistiros,
que en el modo de serviros
vereis mi agradecimiento.

Duque.

Porque puedas comenzar
á asistirme, es necesario,

que en manos del Cancelario
vayas el cargo á jurar.

Lisardo.

Aunque indigno á tanto asunto,
por ilustrar mi nobleza,
y dar gusto á vuestra Alteza,
voy á obedecer al punto.

ESCENA III.

El Duque, Enrique, y Hormigo.

Hormigo.

Entre tantas sacaliñas
¿no hay cargo para mí?

Duque.

No.

Hormigo.

Dime, ¿por qué? ¿Acaso yo
he apedreado las viñas?

Duque.

Cargo en gente de tu ser,
no corre, Hormigo.

Hormigo.

¡Hay tal caso!
Pues dámele tú con paso,
que al punto le haré correr.
Bien merece aqueste brazo
el oficio que os pidió,
pues hasta que os sirva yo.

Duque.

¿De que sirves?

Hormigo.

De embarazo.

Duque.

Si eso es así, salte fuera,

gran señor, se murmurára
el subirme á tanto honor.

Duque.

No, Enrique; estos premios cobra
sin temor, que aunque es tan ciega
la murmuracion, no llega
á donde el mérito sobra.
Y porque sé, que Lisardo
es tu amigo verdadero,
hoy tambien honrarle quiero.

Enrique.

Es su espíritu gallardo;
y la merced que le hicieres
será para mí mayor.

Lisardo.

A tus plantas, gran señor,
está Lisardo.

Duque.

Quien eres
sé por informe de Enrico,
y en honrarte mi amor tarda:
el capitan de mi guarda,
que vacó por Federico
de Ursino, ocupar podrá
tu mano; advirtiendo fiel,
que aunque yo te empleo en él,
Enrico es quien te le da.

Lisardo.

De suerte he de estar atento,
gran señor, en asistiros,
que en el modo de serviros
vereis mi agradecimiento.

Duque.

Porque puedas comenzar
á asistirme, es necesario,

es aun hoy trofeo heróico
de cuanto amor avasalla;
nunca afable á mis finezas,
siempre rebelde á mis ansias,
despreciaba rigurosa
los suspiros, que en las aras
de su deidad, por incendio
mi afecto sacrificaba.
Jamas á mis pensamientos
dió la menor esperanza,
tanto, que el desden esquivo
casi que á ultraje pasaba.
Esto sentí mas que todo,
Enrico, porque en las damas,
como obligan los desdenes,
tambien los desprecios cansan.
Sea norabuena esquiva
la muger, mas atenta haga,
que no parezca desaire
lo que es accion recatada.
Cualquier honesto melindre
en la hermosura no es tacha,
porque hay desprecios con arte,
que no irritan á quien ama;
y juzgo, que en la mas bella
es accion mas acertada,
por no incurrir en grosera,
sobrar en lo cortesana.
Los imperiosos alardes
de la hermosura mas casta,
son los ojos, que están dando
mudas respuestas al alma.
De una honesta resistencia
el desengaño no agravia;
mas si va envuelto en desprecio

es desatencion villana;
que entre desprecio, y desden
suele haber grande distancia,
que uno es rigor sin ofensa,
y el otro ofensa sin causa.
Pues bien puede la que es noble,
cuando se mira adorada,
hacer gala del honor,
sin del desaire hacer gala.
Viéndome, en fin, ofendido
de sus rigores, dí traza
de entibiar con el retiro
aquesta amorosa llama.
¿Quién duda, que porque entonces
me vía tan pobre Laura,
haria de mis afectos
el motivo para ingrata?
Así lo juzgo, pues cuando
en una esfera tan alta
me veo ahora, ella tierna,
suave, apacible, y blanda,
por un papel perdon pide
de su ingratitud pasada.
Accion que al doble me ofende,
que aunque la quiero, declara
con este amoroso estremo
la intencion interesada.
Tú ahora, Enrico, me advierte
lo que debo hacer con dama,
que fina ahora me busca,
y pobre me despreciaba.

Enrique.

Yo con cualquiera riqueza
partiera con mano franca;
mas la voluntad no diera,

Enrique.

Guárdeos el cielo.

Hormigo.

Y á mí me libre de tontos,
y amantes carantoñeros.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Hormigo y Lisardo.

Lisardo.
Desde que en Palacio estás,
no me has vuelto, amigo, á ver.
Hormigo.
Tengo infinito que hacer;
tanto, que de mi tendrás
lástima, segun entiendo.
Lisardo.
¿Qué desvelos, y cuidados
tienes tú?
Hormigo.
Por mis pecados,
todo el dia estoy comiendo.
Lisardo.
Mal disculpas tus olvidos.
Hormigo.
Como tengo hambre abrasada,
no puedo ocuparme en nada,
hasta cobrar los caidos.
Lisardo.
¿Y es esa la ocupacion?
Hormigo.
Pues no, si por noche y siesta,
todo es gusto, y todo fiesta,

sino á quien me la pagara
con amor, que es lo que estimo,
que el oro no importa nada,
pues uno es prenda del cuerpo,
y el otro es prenda del alma.
A la que en el mar me deja,
y en las dichas me acompaña,
yo le diera en recompensa
unas muy buenas palabras:
mas no la quisiera mas;
que es justo, que en tal mudanza,
si es temporal el afecto,
sea temporal la paga.
No es digna de estimacion
la fé, que inconstante, y varia,
como veleta se muda
al aire de la desgracia.
Es cautelosa apariencia
de amor; que quien vá fundada
en seguir al venturoso,
cuando solicita, engaña.
Quien la vanidad depuso,
que desdeñosa ostentaba,
no la obliga la fineza,
la codicia es quien la arrastra;
pues pasar de estremo á estremo,
es una evidencia clara,
de que es falsedad discreta,
en caricia equivocada.
Muy bien puede vuestra Alteza
usar de acciones bizarras
con Laura, que no limito
lo que es de un príncipe hazaña;
pero en cuanto á que no crea
su amor, es cosa asentada,

Lisardo.

A un bufon, ¿ qué le han de dar?

Hormigo.

Un puesto de los de nieve.

Lisardo.

Mucho la privanza crece
de Enrique.

Hormigo.

Por varios modos
está bienquisto de todos.

Lisardo.

Por su atencion lo merece:
á verle entraré; mas ya
él con el Duque aquí sale.

Hormigo.

Lo mucho que con él vale
aquí tu atencion verá.

ESCENA II.

Dichos, Enrique y el Duque.

Duque.

Dame, Enrique, como amigo,
una, y mil veces los brazos.

Enrique.

Será tronco á tales lazos
tu planta.

Hormigo.

Y tambien Hormigo. (1)

Duque.

Apartad vos.

Hormigo.

Descortés

---

(1) *Echase á los pies del Duque.*

sino á quien me la pagara
con amor, que es lo que estimo,
que el oro no importa nada,
pues uno es prenda del cuerpo,
y el otro es prenda del alma.
A la que en el mar me deja,
y en las dichas me acompaña,
yo le diera en recompensa
unas muy buenas palabras:
mas no la quisiera mas;
que es justo, que en tal mudanza,
si es temporal el afecto,
sea temporal la paga.
No es digna de estimacion
la fé, que inconstante, y varia,
como veleta se muda
al aire de la desgracia.
Es cautelosa apariencia
de amor; que quien vá fundada
en seguir al venturoso,
cuando solicita, engaña.
Quien la vanidad depuso,
que desdeñosa ostentaba,
no la obliga la fineza,
la codicia es quien la arrastra;
pues pasar de estremo á estremo,
es una evidencia clara,
de que es falsedad discreta,
en caricia equivocada.
Muy bien puede vuestra Alteza
usar de acciones bizarras
con Laura, que no limito
lo que es de un príncipe hazaña;
pero en cuanto á que no crea
su amor, es cosa asentada,

que los indicios publican
en él una doblez falsa.
Procure dar al olvido
aquesa amorosa llama,
que amor es aguila, y fino
no admite plumas bastardas.

Duque.

Por todas estas razones
mi pasion atropellara,
si los pasados desprecios
mi memoria no irritaran.
Ya, Enrique, por tu consejo
me determino á olvidarla,
que en políticas de amor
tambien tiene duelo el alma. (1)
¿Mas, qué escucho? Esta es mi prima
que con la música baja
al jardin. ¿De que te turbas?
Vuelve el color á la cara,
no te asustes.

Enrique.

¿Yo, señor?

Duque.

Ya sé, que á Porcia idolatras,
y que antes de tu fortuna
el mismo amor publicabas.
Yo te estimo tanto, que
te diera su mano blanca,
á ser yo de su alvedrío
el dueño; mas como pára
en su gusto esta eleccion,
á ella toca sentenciarla.
Tú la obliga con festejos,

(1) *Suenan dentro los instrumentos.*

que si se rinde á tus ansias,
yo te haré dueño dichoso
de su hermosura; y no paran
en aquesto mis finezas,
sino que tambien con maña
he de interceder por tí,
refiriéndole alabanzas
de tu amor, que el que es mi amigo,
bien merece aquesta paga.

ESCENA V.

Enrique.

¡Hay tal contento! ¡hay tal gusto!
Alegrías, esperanzas
de amor, títulos, riquezas,
en mí como en centro paran.
¡Válgame el cielo! ¿si es sueño
aquesto que por mí pasa?
¡Tal fortuna en un instante!
¡en un hora dichas tantas!
¡Tan favorable la suerte!
Sin duda alguna desgracia
acecha contentos mios;
que cuando uno se levanta
á las estrellas, entonces,
dicen, que la rueda varia
al que pisa heróicas cumbres,
mayor caida amenaza.
¡Válgame Dios! ¡quién pudiera
saber, si tanta privanza
como por el Duque logro,
durará! ¡Qué limitada
es en saber la fortuna
toda la ciencia humana!

Pero ya la industria mia
ha prevenido una traza
para rastrear, siquiera,
si ha de durar mucho, ó nada;
porque previstos los fines,
cuando llegue la desgracia,
no me asustará, atendiendo
la advertencia anticipada.

ESCENA VI.

Enrique y Lisardo.

Lisardo.

Del cargo que ocupo vengo,
Enrico, á daros las gracias,
y el parabien juntamente
de las mercedes estrañas,
que os hizo el Duque. ¿Qué es esto?
no me respondeis? ¿qué rara
suspension es la que os mueve?
¿Cuando gustoso os juzgaba
con tantos títulos que
dueño os hacen de Ferrara?
Vos sois quien reinais, no el Duque,
pues mas que á sí mismo os ama.

Enrique.

Por eso mismo estoy triste,
Lisardo, que si repara
vuestra atencion los sucesos
de la suerte y sus mudanzas,
vereis, que en las grandes dichas,
que de improviso se alcanzan,
siempre vive á espaldas suyas
cautelosa la desgracia.
Muchas historias lo acuerdan,

como bien sabeis. ¡O cuantas
fortunas vemos subidas,
y al mismo instante postradas!
Y así, yo cuerdo, y prudente,
con astucia, y vigilancia
he de ver, si mi fortuna
tiene constantes las basas.

Lisardo.

¿Cómo se puede saber
si es la suerte fija ó vária?

Enrique.

Haciendo la prueba yo
de poca costa, aunque estraña,
si como amigo leal
me ayudais para lograrla.

Lisardo.

Ya vos sabeis mi amistad.

Enrique.

Pues vos, Lisardo, con maña
le habeis de decir al Duque
mal de mí, poniendo faltas
en mi asistencia y cuidado;
y con razones pensadas
deslucireis mis acciones;
que supuesto que mañana
la envidia ha de hacer lo mismo,
mas vale que con ventaja
le ganemos por la mano;
pues siendo el ladron de casa
veré si es firme en el Duque
el amor con que me trata;
ó si dá crédito facil
á noticias tan contrarias.
Esto habeis de hacer por mi,
que con esta industria basta,

para saber claramente
si estoy seguro en su gracia.

Lisardo.

Cierto, que vos intentais
una accion bien temeraria:
eso es querer tomar uno
contra si mismo las armas.
Y aunque del sábio fué siempre
hija la desconfianza,
aquí no tiene lugar,
cuando en próspera bonanza
correis el mar de las dichas:
mirad que el temor engaña,
y es provocar la tormenta
cuando está serena el agua.

Enrique.

El que sin cautela vive,
no carece de ignorancia;
ademas, que en esta prueba
yo no voy á perder nada:
porque cuando el Duque os crea,
con saber, que esto fue traza
de los dos, quedo seguro,
y tambien desengañada
mi sospecha, que peligra
viéndose en cumbre tan alta.

Lisardo.

Raro capricho es el vuestro:
mirad que en cosas tan árduas
es peligrosa la prueba.

Enrique.

Haced vos lo que os encarga
mi cuidado, y vereis como
de una duda tan pesada,
y un recelo tan confuso,

que mi pecho sobresaltan,
salgo libre; y dejo al mundo
esta industria eternizada.

Lisardo.

Lo cierto es, que esa fineza
no haré de muy buena gana;
porque aunque fingida sea,
se me hace gran repugnancia
el decir mal de un amigo,
con quien tanto mi amor gana.

Enrique.

Cuando resulta en bien mio,
de la fineza doblada,
Lisardo, no dilateis
esta accion.

Lisardo.

Voy á intentarla,
bien contra mi resistencia;
mas si vos gustais que lo haga,
lo haré como amigo vuestro,
que quizá con ignorancia
no alcanzo vuestro designio;
y será accion acertada.

ESCENA VII.

Enrique.

Siempre es buena la cautela,
á nadie la industria daña;
aun las fieras nos enseñan
á vivir con arte, y maña;
pues previniendo los riesgos
múdamente se reparan.
De la inclemencia del tiempo
domina el Delfin las aguas;

deja el pajarillo el viento;
no pace la verde grama
el lunado bruto, el rojo
feroz asombro de Albania,
la oscura cueba apetece;
olvida el sacre á la garza;
y con rudo instinto todos
adivinan la borrasca.
¿Pues por qué el hombre discreto,
con sagacidad mas sábia,
no ha de advertir lo futuro,
cuando las segundas causas
muy bien pueden compreenderse
de la providencia humana? (1)
Esta es Porcia, y pues el Duque
me permite el festejarla,
bien podré sin embarazo,
decirle ahora mis ansias,
que esplicadas cortesmente
varien la letra que cantan.

ESCENA VIII.

Enrique, Porcia, damas y Hormigo.

Música.

Ya que entre peñascos secos,
ecos de voz alternada,
nada valen con tu pecho,
hecho de bronce á mis ansias.

Porcia.

Bien agradable es el tono

Hormigo.

Es una letra estremada

---

(1) *Suenan dentro los instrumentos.*

de primorosa invencion,
que hace de una palabra
dos, que repetida en ecos
del uno en otro, retratan
á los cazos de Juanelo,
que suben arriba el agua.
Sino atiende, y verás como
el metro por nuevo estrañas.

Música.

Hoy que á ver tu luz hermosa,
osa mi amor, que te iguala,
á la luz de su fortuna
una atencion pide en paga.

Porcia.

¿De quién es la letra?

Hormigo.

Mia,

Porcia.

¿Y haceis versos?

Hormigo.

Que pasman;
y seis tomos tengo escritos
á la virtud de la araña.

Porcia.

¿Qué virtud tiene?

Hormigo.

Ninguna.

Porcia.

¿Pues sobre qué es la alabanza?

Hormigo.

La araña de quien escribo,
es metáfora á las damas,
que andan siempre trás la mosca,
y aun son de mas ruin casta;
que aquellas con telas curan,

y estotras con telas matan.
Dígolo por cierta niña,
que me ha pedido una gala.

Porcia.

Ya que esas coplas son vuestras,
que las digeséis me holgára
sin música, que las voces
la inteligencia embarazan.

Hormigo.

No me acuerdó.

Porcia.

¿Cómo no?

Hormigo.

El olvidarme no es tacha,
que unos hay de juicio gordo,
y otros de memoria flaca.

Enrique.

Señora, si vos gustáis,
que os las refiera; en el alma
vereis del que las publica
la queja justificada.

Porcia.

¿Queja?

Enrique.

De vuestro desden.

Porcia.

Decidlas.

Enrique.

Escuchad.

Hormigo.

Vaya,
y échalas de cuando en cuando
su poco de patarata.

Enrique.

Ya que entre peñascos secos,

ecos de voz alternada,
nada valen con tu pecho,
hecho de bronce á mis ansias;
hoy que á ver tu luz hermosa
osa mi amor, que te iguala,
á la luz de su fortuna
una atencion pide en paga.
El quererte no es desdicha,
dicha sí, si se repara,
para quien con tus enojos
ojos en llanto anegaba.
¡ Mal haya aquel, que á cuidados
dados á hermosura ingrata,
ata de imaginaciones
acciones, que no desata!
Pusísteme como á esclavo,
clavo; pero en mis batallas
hallas ya, que por ser tuyo,
huyo al favor de tu gracia.
Que si un rigor veo injusto,
justo será, pues no tarda,
arda en ira, y de corage
age en flor mis esperanzas.
De amor tirano las flechas,
hechas de desden, que abrasa,
brasa he de hacer, que consuma
suma de memorias vanas.
Que aunque vivas las consiento,
siento que el pecho desmaya;
haya, pues tampoco valgo,
algo en mi mal, que me valga.
Mas tú el mio recibiendo,
viendo, que amarte no basta,
hasta con tus esquiveces,
veces infinitas matas.

¡Mas ay de mí! ¿cómo cruel,
el amor que se desmanda,
manda hacer de los remedios
medios para herirme el alma?
Tus ojos paz, sin desden,
dén, que si su luz bastarda
tarda, con este socorro,
corro en el golfo borrasca.

Porcia.

Ingeniosos son los versos.

Hormigo.

Pues otros de mejor trama
hice yo á una criolla.

Porcia.

Refiérelos, que tu gracia
suele divertir mis pena.

Hormigo.

Vé aquí unos hechos de chapa.
No puedo ablandarte, Nise,
ni sé si eres por lo flaca,
haca; pero tu interés
es de alguna tigre Hircana.
Y aunque el premio me detienes,
tienes en la frente franca
anca, y no vale un cacao,
hao, aunque eres de Caracas.
Jamás por tu color pardo
ardo, que su téz picaña,
caña parece en aloque:
¡ó qué linda mermelada!
Tus cejas, y tu cabello,
bello parece de Rana,
Ana, ó Nise, y con teson
son tus dos manos batatas.
Es tu boca como espuerta,

puerta, que á los hombres pasma;
asma tienes, pues no cesa
esa boca de echar babas.
Con tu nariz de aguilucho
lucho, pues tendrá, no avára,
vara, y no puede al mudarte
darte uno la paz de Francia.
Conmigo tu ingrato pecho,
hecho de una calabaza,
vaza no hará, que en el juego
ego sum quien las ampara.
Quiéreme, á beldad esquiva;
iba á decirte tarasca,
rasca con otro ese chasco,
asco horrible de Guajaca.
Que si te veo diversa,
versa habrá, y de Carabaca,
Baca, y de Naval-Carnero,
Carnero para picaña.
Estos son los versos, que
hice á tan bella mulata,
en tono de tiquis miquis,
en metro de taça maça.

Porcia.

Los de Enrique me agradaron;
y en cuanto á que aquesa dama
os desdeña, no tengais
sospecha tan mal fundada.
La que escucha, no desprecia,
pues puede sin ignorancia
ir envuelto en el silencio
algun afecto del alma.
¿Qué noticia verdadera
pudo tener de esa llama,
si el humo de las finezas

no vé con desconfianza?
¿Qué desusados estremos
he visto en vos, para que haya
de dar crédito á una duda,
en sola una voz cifrada?
Porque no diga, que quiero,
el mérito no adelanta,
que una lisonja discreta
parece verdad, y es falsa.

Enrique.

Si amor tuviera instrumentos
por donde esplicar sus ansias,
mas que la voz; á ninguno
mi inclinacion perdonara.
Mas como solo á la queja
dejó esta accion vinculada,
en su tribunal se cuentan
por finezas las palabras.

Porcia.

¿Luego me quereis?

Enrique.

De suerte,
que primero esa montaña
mudará de su firmeza,
que mi amor; pues en vos para
como en centro el punto fijo
de todas mis esperanzas.
Testigos de ese cuidado
son estas fuentes y plantas,
que unas en hojas la escriben,
y otras en risa lo cantan.
Hoy que el Duque me permite
la licencia cortesana
de tan feliz galanteo,
vereis arder en batallas

gloriosos los elementos;
porque hasta el sol....

Porcia.

Basta, basta,
hipérboles lisonjeros,
que quiero esta vez osada,
aunque lo estrañe el decoro,
dar crédito á vuestras ansias:
y asentando que lo estimo,
ya sé, que quedo obligada
con vuestro amor y fineza,
á no parecer ingrata.

Enrique.

Corresponderás piadosa?

Porcia.

Mi voluntad nunca es varia;

Enrique.

¿Y si á vuestra luz no llego?

Porcia.

El amor todo lo iguala.

Enrique.

¿Y si es temeroso el mio?

Porcia.

El mismo os dará las alas.

Enrique.

¿Segun eso, esperar puedo
premio en empresa tan alta?

Porcia.

Mi primo el Duque es quien puede
dar logro á vuestra esperanza.

Enrique.

¿Y bastará su eleccion?

Porcia.

La mia en él se traslada.

Enrique.

Por él el triunfo aseguro.

Porcia

¿ Pues cómo ?

Enrique.

Vivo en su gracia.

Porcia.

La que os quiere nada pierde.

Enrique.

Mucho quien os ama gana.

Porcia.

Id con Dios.

Enrique.

El cielo os guarde.

Hormigo.

¡ Ay, qué ternezas del alma!

ESCENA IX.

Aurelio, el Duque y Lisardo detras, como acechando.

Aurelio.

Estos, gran señor, son los memoriales,
que te han dado al pasar de esos umbrales,
y cada cual buen logro se promete.

Duque.

A Enrique los llevad, que los decrete,
pues todo acierto fio de su celo.

Aurelio.

Bien merece tu gracia su desvelo.

ESCENA X.

El Duque y Lisardo.

Duque.

Lisardo, misterioso, recatado,

con algun miedo este papel me ha dado:
verle será preciso,
por si contiene algun secreto aviso.

Lisardo.

Bien el papel fingi con modo estraño;
de esta vez logra Enrique el desengaño.

El Duque abre el papel y lee:

Vuestra Alteza, señor, repare atento,
que está todo su estado descontento,
porque con gran rigor le desazona
el que mas cerca está de su persona.
Este es Enrique; pero en él no cabe
rigor, sino piedad.

Lisardo.

Quien mejor sabe
sus dobles intenciones,
leal te avisa en esos dos renglones.

Duque.

¿Qué doblez puede haber en su cuidado?

Lisardo.

Ser vano, descortes, soberbio, osado,
malquisto con los nobles y parientes,
y omiso en escuchar los pretendientes.
Sin razon dá los puestos mal fundado,
y al que los mereció deja agraviado;
y aunque yo en esto su amistad no sigo,
mi príncipe es primero que mi amigo.

Duque.

¿Y eso sabeislo vos?

Lisardo.

Mucho me apura. *ap.*
Señor, esto en Ferrara se murmura.

Duque.

Miente la pluma vil, necia, y villana,
que así de Enrique la lealtad profana:

una, y mil veces miente
la infame y torpe voz, que osadamente
pronuncia contra Enrico deshonores,
cuando en él son tan claros los primores
de prudencia, valor, lealtad, y zelo,
de justicia, y piedad, y vive el cielo,
que á conocer quien era la atrevida
lengua, que esto publica fementida,
bien como este papel, que hoy en el viento
fuera su vida en trozos escarmiento,
y olvidando por él mi real decoro,
pues su lealtad no ignoro,
cuerpo á cuerpo en campaña, le dijera
quien era Enrique, y su traicion cual era.
Y vos de aquí adelante en mi presencia
de Enrique no tengais tan mala ausencía,
ni creais á la envidia desbocada;
que yo ya con la voz, ya con la espada,
á volver por su honor siempre me obligo,
que aquesto debo hacer en fe de amigo.

ESCENA XI.

Lisardo y Enrique.

Lisardo.

Con esto queda Enrique asegurado
en su fortuna, en su constante estado:
feliz la prueba ha sido,
pues el amor del Duque ha conocido.

Enrique.

¿Pues vos Lisardo aquí?

Lisardo.

Suspenso estaba,
y para daros parte, os esperaba,
de lo que con el Duque me ha pasado:

Enrique.

El suceso decid.

Lisardo.

Casi enojado,
y con furor culpó mi demasia;
cuando vió que yo mal de vos decia.
En fin, vos sois dichoso,
fijo gozais su gracia venturoso;
porque jamas he visto
hombre que esté con otro tan bien quisto.

Enrique.

Amigo, cuando la envidia
pretende esquiva, ó violenta
decir mal de uno, no solo
una vez sola lo intenta;
una, y mil veces rabiosa
solicita con cautelas
verter su infame veneno;
y aquesta verdad supuesta,
no porque el Duque una vez
como amigo me defienda,
se sigue que ha de estar siempre
permanente en las finezas,
porque el valimiento es vidrio,
y de tan fragil materia,
que con un soplo se forma,
y con un soplo se quiebra.
Y así vos habeis de hacer,
Lisardo, ségunda prueba;
porque si de esta vez salgo
venturoso con la empresa,
totalmente me aseguro
de tan dudosa sospecha,
y gozo tranquilidades
sin el temor de que pueda

la fortuna ser mudable;
pues con sábias esperiencias
registro su oscuro abismo,
y pongo un clavo en su rueda.

Lisardo.

No puedo en esto serviros,
porque el Duque, en su presencia,
dijo, que no hablase mas
mal de vos; y es cosa fea
solicitarme un desaire,
por haceros una ofensa.

Enrique.

Yo le haré tan vuestro amigo,
que vos podais con llaneza
volver á hablar de lo mismo.

Lisardo.

Si gustais, muy norabuena;
pero mirad, que lo errais,
que es desconfianza necia
el despertar á quien duerme.
Dejad sabias sutilezas,
gócese el bien que se goza,
y venga el mal cuando venga:
con la espada y el amigo,
no es bueno hacer muchas puebas.

Enrique.

¿Qué importa, si en este caso,
Lisardo, nada se arriesga;
y cuando él lo crea, al punto
tenemos fácil la enmienda?
Esto habeis de hacer por mí,
mi voluntad siempre es vuestra:
yo paso al cuarto del Duque,
y vereis de que manera
le desonojo con vos.

Porcia, tu favor me alienta; *ap.*
y como este no me falte,
no puede haber mal que tema.

ESCENA XII.

Lisardo.

¡Qué de cosas en un punto
pasan en la humana idea!
¡Válgame Dios! pues Enrique
me da, ó permite licencia
para que le descomponga
con el Duque, ¿accion no fuera
acertada hacer con él
el fingimiento de veras?
¿No pudiera inventar yo,
con alguna estratagema,
un modo, para que el Duque
crédito al informe diera
de los defectos de Enrique?
Si pudiera; y con aquesta
accion castigar mañoso
su desconfianza necia,
ganando al Duque la gracia.
Si pudiera: no pudiera,
que errar contra la amistad......
¿mas qué importa? ¿No se arriesgan
por las temporales dichas
las vidas, y las noblezas?
Vive Dios, que pues me ha dado
ocasion para que sea
piadoso con mi fortuna,
que he de ganar con cautela
el valimiento del Duque,
y de su privanza estrecha,

he desechar á Enrique, haciendo,
que aunque tan discreto, atienda,
que el curarse en salud, suele
matar de aquesta manera;
y que contra el cruel destino
la prevencion no aprovecha.

ESCENA XIII.

Lisardo y Laura con manto.

Laura.

A visitar vengo á Porcia,
y á ver tambien si mi estrella
puede persuadir al Duque
á las pasadas finezas,
con que me amaba.

Lisardo.

Esta es Laura, *ap.*
y aquí mi industria comienza
á obrar, pues con la verdad
he de conseguir la empresa.
Señora Laura, no ignoro,
que vendrá vuestra belleza
á ver á Porcia.

Laura.

Es verdad.

Lisardo.

Tambien os traerá la queja
del Duque, y de sus olvidos.

Laura.

Digo, que yo no pudiera
saber mas de mí, que vos.

Lisardo.

¿ Pues no quereis que lo sepa,
quando es público en Ferrara?

Pero de esa inadvertencia
no tiene el Duque la culpa.

Laura.

¿Pues quién?

Lisardo.

El que le aconseja
contra vos, que el Duque os ama,
que una fe tan verdadera
no era posible olvidarse.

Laura.

¿Pues quién contra mí le alienta?

Lisardo.

Enrique, y con tanto oprobio,
que muchas veces quisiera
no tener oidos, para
no escuchar tantas bagezas
como de vos encarece.

Laura.

Pues su torpe infame lengua,
¿qué puede decir de mí?

Lisardo.

Que sois falsa, lisonjera,
inconstante, codiciosa,
y que esto se manifiesta,
con que solo le buscasteis
cuando visteis su riqueza;
y en fin, con muchas razones
le reduce á que no os quiera.

Laura.

Estimo aquesas razones,
Lisardo, para que en prueba
de quien soy, veais en mi
la venganza mas sangrienta,
que hayan visto las edades:
¡Contra mi honor tanta afrenta!

¡ Pesia al temor femenil !
¿ cómo no brotan centellas
mis iras, para que abrasen
la voz de su infame lengua ?

Lisardo.

Válganme aquí contra Enrique *ap.*
mis máquinas, y cautelas.
Señora, si vos gustais
de vengaros, de manera
dispondré vuestra venganza,
que tras de lograr la empresa,
quedeis con el Duque airosa.

Laura

Decid, que vuestra advertencia
me obliga.

Lisardo.

Yo siempre os quise,
y quiero que esta fineza
me debais.

Laura.

Palabra os doy,
Lisardo, de agradecerla,
si logro ese desengaño,
que tanto en mi agravio pesa.

Lisardo.

Seguro está.

Laura.

¿ De qué suerte?

Lisardo.

Ha de ser de esta manera:
vos habeis de dar indicios
de que Enrique os galantea,
y que por causa del Duque
vos desdeñosa, y resuelta
le despreciais; que si el Duque

esto mismo á saber llega;
le dará enorme castigo:
porque si engañado piensa,
que por quitarle la dama,
le dice, que no la quiera;
claro está, que ha de ofenderse,
pues no puede ser que sea
mas traicion en un vasallo,
que á su señor aconseja,
y dará crédito el Duque
al engaño.

Laura.

Es evidencia.

Lisardo.

Porque harémos claramente,
que por sus ojos lo vea.

Flora.

¿Cómo ha de ser?

Lisardo.

Facilmente:
con que tú entrés resuelta,
á hablar á Enrique en su cuarto;
dándole equívocas quejas;
de que, á pesar de tu gusto
te solicita, y festeja,
fingiendo desdén y enojo;
de suerte, que el Duque tenga
por verdad, que te enamora,
que yo tendré con cautela
oculto al Duque de modo,
que lo escuche, y que lo vea.

Laura.

No es posible haber pensado
cosa de tanta agudeza;
ya yo estoy determinada

á la accion.

Lisardo.

Eres discreta.

Laura.

Asi logro mi venganza.

Lisardo.

Yo tendré la accion dispuesta.

Laura.

Lisardo, en eso quedamos.

Lisardo.

El secreto es la defensa.

Laura.

De una muger ofendida
bien puedes fiar la empresa.

ESCENA XIV.

Lisardo y el Duque.

Duque.

Llevarse de la pasion
el hombre, es humana deuda;
pero vencerse á sí mismo,
es una loca violencia.
Olvidar á Laura, es justo,
que si yo de su belleza
no espero triunfar amante,
sin que la cause una ofensa;
á costa de ageno honor,
no he de permitir licencias
al gusto, cuando es primero
la atencion de mi grandeza.
¿Qué veo? Aquí está Lisardo.

Lisardo

He escuchado á vuestra Alteza
decir, que busca un olvido,

cuando sé, que á la belleza
de Laura vive obligado.

ESCENA XV.

El Duque, Lisardo, y Porcia al paño.

Porcia.

De este cancel encubierta,
todo lo que hablan los dos,
curiosa he de oir, y atenta.

Duque.

¿Conoceis vos quién es Laura?

Lisardo.

Y sé, que por vuestra Alteza
desprecia á un sugeto ilustre,
que muy amante festeja.

Duque.

¿Y quién es aquese amante?

Lisardo.

Señor, no tengo licencia
de decirlo.

Duque.

¿Pues quién puede
quitárosla en mi presencia?

Lisardo.

Como es en daño de alguno,
que á vuestro lado campea,
no quisiera disgustaros.

Duque

Lisardo, en estas materias,
que tocan tan en el alma,
traicion el callarlo fuera:
decid, ¿quien festeja á Laura?

Lisardo.

Señor, Enrique.

Porcia.

Sospechas, *ap.*
¿qué escucho? ¡Ah traidor amante!

Lisardo.

Y por eso os aconseja,
que la olvideis, cauteloso,
porque mas seguro pueda
sin riesgo solicitarla,
que es solo lo que desea:
aunque Laura noblemente
hace á su amor resistencia
por vuestro respeto.

Duque.

Cielos, *ap.*
aquí es menester prudencia.

Porcia.

¡Este es el que me queria
con tanto estremo, y fineza!

Duque.

Caber no puede en Enrique,
Lisardo, aquesa bajeza,
y eso puede ser engaño.

Lisardo.

Señor, es clara evidencia,
porque lo he visto, y notado;
y si gusta vuestra Alteza
de examinar su traicion,
¿será bastante esperiencia,
que lo vea por sus ojos?

Duque.

Solo ese examen me queda
que hacer, porque otro ninguno
no pueda haber que me venza.
Mas si eso fuera verdad,
Laura á mí me lo escribiera.

Lisardo.

Antes Laura lo callára,
porque es tan noble, y discreta,
que por no descomponer
á Enrique, no lo dijera.

Duque.

¿Y en fin, decís que he de verlo?

Lisardo.

Aqueso á mi cargo queda.

Porcia.

Peor es esto.

Duque.

Vive el cielo,
que á pensar yo, que pudiera
ser verdad aqueste agravio,
que á pedazos... ¿Mas qué intenta
mi furor? Vamos, Lisardo,
que con sola una sospecha,
no he de formar contra Enrique
la mas limitada queja.

Lisardo.

Aquesto es solo advertirte;
tú, gran señor, no lo creas;
que yo con mi lealtad cumplo,
y me remito á la prueba.

Duque.

Apuraré su traicion;
del pecho respiro un etna.
¿Qué será que de un amigo
es mas sensible la ofensa?

Lisardo.

Así entablo mi fortuna, *ap.*
sea traicion ó no sea.

ESCENA XVI.

Porcia y Nise.

Porcia.

Ya, Nise; mi sufrimiento,
combatido de la pena,
rompe el freno á la razon:
¡quién tal de Enrique creyera!
Lisonjero me engañaba,
al tiempo que á la belleza
de Laura su amor rendia
doble trato, y vil cautela.
Borraré de mi memoria
su nombre, y por recompensa;
á pesar de su traicion,
haré que escuche mi queja;
porque desairado entonces
conozca mi resistencia,
que sé trocar vengativa
en olvidos las finezas.
Vé, y llámale.

Nise.

Repara,
ya que naciste discreta,
que es primero tu decoro.

Porcia.

¡Ay Nise, entre tantas penas,
no puedo mas, porque voy
zelosa, ofendida y muerta!

ESCENA XVII.

Enrique y Hormigo.

Enrique.

¡De qué profundo sueño he despertado!

Hormigo.

¿A qué te sabe el sueño de privado?
¡Qué dulce y qué sabroso será el sueño
del hombre que es feliz dueño del dueño!

Enrique.

¡Qué al revés son las dichas y placeres,
de lo que juzgan necios pareceres!
pues no puede haber gusto
donde cabe el temor y reina el susto.

Hormigo.

¿No me respondes? ¿Dí, de que estás triste?
¿Cuánto vá, qué jugaste y que perdiste?
¿La mano acaso del barbero necia,
háte afeitado con navaja recia?
Porque hay ciertos barberos, que sangrientos
barbas podando van como sarmientos,
la mia solamente se trabaja
con punta de tigera, y no navaja;
que es mal agüero andarle en el galillo
rascándome la nuez el verduguillo,
¡Ah señor! ¿qué adivino tu cuidado?
Pensando estás en Porcia.

Enrique.

Has acertado.
Dime, Hormigo, ¿no es digna su hermosura
de mayor suspension, mayor locura?
Y mas cuando esperanza
me dá de tanto bien tanta mudanza.
Aquel talle, aquel brio, aquel sosiego,

aquel dulce mirar.

Hormigo.

¡Ay que me anegó!

Enrique.

Escucha aparte.

ESCENA XVIII.

Dichos y Laura con manto.

Laura.

Al lance prevenida
vengo resuelta ya; pague su vida
el loco atreviento.

ESCENA XIX.

Dichos y por otro lado el Duque y Lisardo al paño.

Lisardo.

Vuestra Alteza, señor, escuche atento,
porque si mi discurso no lo ignora,
pienso que he visto á Laura entrar ahora
en el cuarto de Enrico, y yo lo estraño.

Duque.

Lisardo, dices bien, no ha sido engaño.

Enrique.

Bien encarece, Hormigo, estos estremos.

Hormigo.

Escuchate, señor, que otra tenemos.

Laura.

Dos razones me han traido,
señor Enrico, á Palacio:
la primera, es ver á Porcia,
y la segunda avisaros,
á que de vuestras porfias
dejeis el intento vano,

porque á costa de mi fama
es vituperio el aplauso.
Para conmigo es sin fruto
vuestro amor, que temerario
parece que con violencia,
quiere ajar lo cortesano.
Bastaba que el Duque un tiempo
amante de mi cuidado
hubiese puesto los ojos
en mí con finos halagos,
para que vos, mas atento,
á un Príncipe tan bizarro
tuvieseis aquel respeto,
que tener debe un vasallo.
Si esta razon no os convence,
convenzaos el desengaño
que os doy, de que á vuestro ruego
he de ser de bronce, y mármol.
Agradecéd este aviso,
y entendéd, que si otro paso
dais á diligencias necias;
que de mi enojo al estrago
serán desperdicio al viento;
que ultrajar lo soberano
del alvedrío, aun el cielo
no lo permite á los astros;
y no os fieis de la dicha,
que os tiene en puesto tan alto,
pues contra el mas poderoso
baja con mas furia el rayo.

Duque.

¡Qué escucho! ¡ Viven los cielos,
que es evidente mi agravio!

Enrique.

Tened, esperad, señora.......

á la accion.

Lisardo.

Eres discreta.

Laura.

Asi logro mi venganza.

Lisardo.

Yo tendré la accion dispuesta.

Laura.

Lisardo, en eso quedamos.

Lisardo.

El secreto es la defensa.

Laura.

De una muger ofendida
bien puedes fiar la empresa.

ESCENA XIV.

Lisardo y el Duque.

Duque.

Llevarse de la pasion
el hombre, es humana deuda;
pero vencerse á sí mismo,
es una loca violencia.
Olvidar á Laura, es justo,
que si yo de su belleza
no espero triunfar amante,
sin que la cause una ofensa;
á costa de ageno honor,
no he de permitir licencias
al gusto, cuando es primero
la atencion de mi grandeza.
¿Qué veo? Aquí está Lisardo.

Lisardo

He escuchado á vuestra Alteza
decir, que busca un olvido,

pues de ellos digno es Lisardo ;
y juntamente te advierto,
que no entres mas en Palacio,
negándote los indultos
que te cedia mi grado:
que este castigo merece
quien con cautelas y engaños
rompió de amigo los fueros,
tan traidoramente ingrato.

ESCENA XXI.

Dichos menos el Duque.

Enrique.

Señor, escuchame, y luego
matame.

Hormigo.

Ya está en el Cairo.

Enrique.

¿Lisardo, amigo, qué esto?
¿El alma no os he fiado?
¿No conoceis mi lealtad?
¿Pues yo á Laura he festejado?
¿Yo jamás á Laura he visto?
¿Qué pecho se ha conjurado
contra mí traidoramente?
¿Quién habrá sido el villano?

Lisardo.

No sé nada, solo sé
que sirvo al duque Alejandro.

ESCENA XXII.

Enrique y Hormigo.

Enrique.

¡Cielos, qué es esto que miro!

Hormigo.

Vive Dios, que estoy borracho,
ó no es verdad lo que veo.

Enrique.

Esto es nacer desdichado.
¿Si algun traidor en mi nombre
á Laura, ha solicitado?
Hormigo, yo no lo entiendo,
y sospecho, que Lisardo
me ha vendido.

Hormigo.

Si señor,
que es rubio el bellaconazo.

Enrique.

¿A quién habrá sucedido
tan rara especie de agravio?
pues sin que me oiga ninguno
un freno á la voz me echaron.

Hormigo.

De alacranes y serpientes,
por Dios ha sido el bocado.

Enrique.

Sólo un recurso me queda,
que es apelar al sagrado
de Porcia, para que al Duque
le pida, que oiga el descargo
de mi inocencia, pues todo
lo que de mi piensa, es falso.

Hormigo.

Busquémosla, que quizá
nos dará un pante con amo.

Enrique.

Ella hará, que el Duque escucha
mi verdad.

ESCENA XXIII.

Dichos y Porcia.

Porcia.

Tened el paso,
que no es menester valerse
de mí, quien vilmente osado,
con lisonjero artificio
buscó mi hermosura ingrato.
¿Vos erais el fino amante?
¿Vos, quien con tiernos desmayos
dabais suspiros al viento,
fingidamente llorando?
¿Vos erais el que tenia,
con industria, y doble trato
mi aficion por pasatiempo,
y en otra dama el cuidado?
¿Vos......? pero pésia mis zelos,
y pésia á mi necio labio:
¿mi vanidad no se corre
de hacer queja de este agravio?
Quered á Laura, y jamas
en sueño, en sombra, en amago
os pongais en mi presencia;
que aquel cariño, y agrado,
que en mí fue agradecimiento
á vuestro fingido engaño,
es rabia, es dolor, es ira,
es susto, es pena, es enfado.
Es..... ¿qué se yo? Será muerte,
y podrá ser, que irritado
contra vuestra vil cautela
se vuelva en fatal estrago.

ESCENA XXIV.

Enrique y Hormigo.

Hormigo.
Señores, de mar á mar
va el rio, y nos anegamos.
Enrique.
¡Qué esto fragüe mi desdicha!
Hormigo.
Por Dios, que parece chasco.
Enrique.
El Duque, Lisardo, y Porcia
se conjuran en mi daño,
sin escuchar mi razon;
¡qué haré, cielos soberanos!
Hormigo.
Lo que hemos de hacer, es irnos
á la sopa á los descalzos,
que aquesto merece quien
busca cinco pies al gato.
Enrique.
Yo tuve la culpa, yo,
pues con medios desusados
quise asegurar mi suerte.
Hormigo.
Y te caiste en un charco.
Enrique.
Con esto á Porcia he perdido.
Hormigo.
Mas que se la lleve el diablo.
Enrique.
¿Qué haré en males tan atroces?

Hormigo.

Yo pienso comer asado.

Enrique.

Mas ya que falta en sus ojos
piedad para oir mi llanto,
al cielo daré mis quejas,
haciendo al mundo teatro
de mi verdad, hasta que
el Duque quede informado
de mi inocencia, y me vuelva
la opinion de fiel vasallo,
castigando juntamente
al agresor de mi agravio,
pues voy confuso, y dudoso,
si quien me ofende es Lisardo.

Hormigo.

Señor, pidamos á voces
suerte, y verdad, que en el caso,
sin duda, hay naype encubierto.

Enrique.

Yo dí motivo á mi daño.

Hormigo.

Y por eso estás ahora
privado de ser privado,
que muchas veces lo yerra
menos el tonto, que el sabio.

Enrique.

Así es verdad: ven conmigo,
que ciego, y desesperado
en mi furor ....

Hormigo.

Ya lo ves.

Enrique.

Muriendo voy.

Hormigo.

Vamo andando.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Dentro grita de labradores, y música; luego el Duque de caza, y Lisardo.

Música.

Qué ufana con su nacar
sale la rosa,
al rocio agradezca
toda su pompa.

Duque.

¿Qué gente es esta, Lisardo?

Lisardo.

Son de este pequeño pueblo,
gran señor, vasallos mios,
que con rústicos festejos,
sabiendo, que vuestra Alteza
ocupa este sitio ameno
con la caza, han pretendido
dar muestras de su contento;
y tambien con la alegria,
que hoy goza todo su Reyno,
de que tiene vuestra Alteza
tratado su casamiento
con la duquesa de Parma;
cuyo divino sugeto
está Ferrara esperando
por su nuevo sol.

Duque.

Con eso

me publicó venturoso,
pues desde que ví su cielo
todo lo olvidé, pues es
de la hermosura portento;
el mismo lugar, que Enrique
perdió por aleve, y necio,
teneis, Lisardo, en mi gracia.

Lisardo.

Tanto favór no merezco,
gran señor.

Duque.

Mucho me obliga
el gran cuidado, y desvelo,
con que me servís. ¿A donde
quedó Porcia?

Lisardo.

Ese repecho
ocupa con la carroza,
para ver el duro encuentro
de la silvestre batalla.

Duque.

Mientras llegan los monteros,
lo que anoche os sucedió,
me contad, que saber quiero
todo el suceso.

Lisardo.

A Palacio
me venia recogiendo,
cuando algunos embozados
en el coche me embistieron
con violencia, de mi vida
procurando el fin sangriento.
Lo mejor que pude entonces
me defendí, bien que al tiempo,
que se aumentaron los golpes

de los desnudos aceros,
espantados los caballos,
atropellando, y rompiendo
los muchos que me cercaban
para el logro de su intento,
con las alas del asombro
me aseguraron del riesgo.

Duque.

¿ Supisteis quién era?

Lisardo.

Sí;
pero yo, señor, no quiero
jamas parecer ingrato;
que lo que toca al empeño,
perdono, como no sea
contra vos, que sois mi dueño.

Duque.

Yo no os entiendo, Lisardo.

Lisardo.

Dígolo, porque uno de ellos
era Enrique, y sus parciales:
¿ quién duda, que porque tengo
la gracia de vuestra Alteza,
la emulacion, y el veneno
de la envidia le habrán dado
motivo á su atrevimiento?
Lo que digo contra Enrique, *ap.*
todo ha sido fingimiento
de mi cautela, por verle
totalmente descompuesto
con el Duque, y que no pueda
oirle jamas; que temo
se descubran sus verdades,
y se conozcan mis yerros.

Duque.

Hoy verá de mi castigo
Enrique el rigor severo.

Lisardo.

En este sitio me han dicho
que está; no sé con qué intento
viene siguiendo mis pasos.

Duque.

Haced, Lisardo, al momento
que le busquen, y le prendan.

Lisardo.

De todo advertido quedo.
Mas valdrá que no se apure *ap.*
la verdad, pues pende de ello
la duracion de mi dicha,
y mas cuando aspiro al bello
hermoso hechizo de Porcia.

Dentro.

Al rio, al llano.

Duque.

¡Qué veo!
De las entrañas del monte,
hijo adoptivo del viento,
al valle baja un venado,
en cuyos ganchos soberbios
con aritmética bruta
señala su edad, y siendo
coronistas de sus años
escribe en su frente el tiempo.
Dadme el caballo, y la lanza,
que solo seguirle intento,
para que sea su vida
de mi violencia trofeo.

Lisardo.

Ya todo está prevenido.

Duque.

Con la caza me divierto.

ESCENA III.

Lisardo.

Monteros, todos al Duque.
Ya sobre el bajo elemento,
natural patria de entrambos,
vuelan libres; mas ¿qué es esto?
Con el estruendo, y las voces
de los venablos y perros,
un oso feroz, saliendo
de esa maleza, esgrimiendo
un montante en cada garra,
librado en los pies, y sangriento
se arroja al coche de Porcia.
Socorrer su vida espero;
mas, vive Dios, que antemano
le sale un hombre al encuentro;
que valiente le acuchilla
brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo.
No le ha valido la industria
al animal, pues vertiendo
de sangre todo un arroyo
halló la muerte en su acero.
Envidioso me ha dejado
y así retirarme intento;
porque es quedar desairado
no haber llegado primero.

ESCENA III.

Enrique y Hormigo trayendo entre los dos á Porcia desmayada.

Hormigo.

Para ser de filigrana,
por Dios, que es muger de peso.

Enrique.

Venced el temor y el susto:
cobrad, señora, el aliento.
Vencida está del desmayo.

Hormigo.

Dila si quiere torrezno,
verás como resucita.

Enrique.

Ya estais segura del riesgo.

ESCENA IV.

Dichos, Nise y criadas.

Nise.

Aquí está, lleguemos todas.

Hormigo.

Derrengado el brazo tengo:
mugeres que se desmayan,
son pesadas en extremo.

Porcia.

¿Quién está aquí? *Vuelve en sí.*

Enrique.

Quien procura
morirse obligado al riesgo,
agradeciendo á la suerte
este impensado suceso
que por él sola está hoy

llamarme dichoso puedo;
pues al triunfar del peligro
tuve en mis brazos el cielo.

Hormigo.

A mí se debe el aplauso
de esta accion.

Enrique.

¿Pues tú, qué has hecho?

Hormigo.

Estuve como una roca
mirando al oso de lejos,
y el bruto al ver mi valor,
se vino á morir de miedo.

Porcia.

¿Con mirar vences las fieras?

Hormigo.

Si señora, porque tengo
mis ojuelos enseñados
á matar.

Porcia.

Al valor vuestro
me hallo de suerte obligada,
Enrique, que á estar mi pecho
libre para obrar, pagára
con bizarros desempeños
la fineza; que al que noble,
valiente, osado, y resuelto
tuvo mi vida en su mano,
le diera mi mano en premio.
Mas hallándome ofendida
(otra vez vuelvo á los zelos) *ap.*
de vos, fuera accion indigna
solicitar mi desprecio;
que donde vive un agravio,
no cabe agradecimiento.

Decidme, Enrique, ¿pensasteis,
que la que estaba en el riesgo
era Laura? Por mi vida,
que lo digais: yo os lo ruego.
Desengañad mi sospecha,
porque si la vida os debo,
teniéndome á mí por Laura,
á Laura se lo agradezco.

Enrique.

Yo jamás á Laura he visto,
ni la estimo, ni la quiero;
que ella, vilmente engañada
de algun traidor caballero,
que en mi nombre la decia
de noche algunos requiebros,
sospecharía ese agravio:
¿qué sé yo, si es fingimiento
de algun traidor alevoso,
que me puso en ese empeño,
para que yo pierda al Duque,
y á vos, que es lo que mas pierdo?
Lo que sé es, que Lisardo,
á mi amistad poco atento,
me estorva que vea al Duque;
de lo cual, señora, infiero
su traicion: bien que esta duda
templa el furor con que vengo
á decirle cara á cara
por menor mi sentimiento;
pues no puedo persuadirme
á que falso, ó traidor necio,
se muestre con mis finezas,
sin que yo le hable primero.

Porcia.

¿Y eso solo os ha traido?

Enrique.

No, que el principal pretesto
ha sido el ver vuestros ojos,
en cuya luz me alimento.

Hormigo.

Claro está, porque esas niñas
le están haciendo pucheros.

Porcia.

Yo sé que ha venido al sitio
la dama que os dá desvelos.

Enrique.

Sereis vos, que otra ninguna
consigue mi rendimiento.

Porcia.

No, no soy yo, que otra ha sido.

Enrique.

Señora, permita el cielo,
que el amigo mas leal
me atraviese ingrato el pecho;
que esos montes se despeñen
sobre mi vida sobervios;
y que un rayo me sepulte,
si no sois vos la que quiero:
plegue á Dios, que este puñal....

Porcia.

No jureis mas.

Hormigo.

Claro es eso,
que el segundo es no jurar.
Yo, Nise, digo lo mesmo:
plegue á Dios, si no te adoro,
que me salpique un cochero
el dia de gala nueva,
y que cuando caiga enfermo,
me pique alevosamente

en una arteria el barbero:
Plegue á Dios, que una gallega
me dé en mondongo veneno,
y que el dia de los toros,
antes de ver el encierro
me prendan por una deuda;
y que cuando esté durmiendo
me desvele una gatera:
toda una noche de invierno.
De Flora no he recibido
amiga Nise, un pañuelo;
y de joyas, que me daba
á escoger para el sombrero,
siquiera un déjame entrar
no aceté por tu respeto,
ni la he tomádo una mano.

Nise.

Aquí no le piden zelos,
ni escuchan satisfacciones.

Hormigo.

Yo sé que me estás queriendo:
¿para qué es disimularlo?
¿este pié, y pierna es buñuelo?

Nise.

Ancho calza un tanto cuanto.

Hormigo.

Como soy limpio en estremo,
por eso calzo holgado.

Nise.

Cierto, que es galan mancebo,
que aunque es la media hecha al hilo,
la horma es cortada al sesgo,
y algo hácia fuera se inclina.

Hormigo.

Llamóse Estévan mi abuelo,

por eso macé estevado,
que es de hombres de pelo en pecho;
y al oso hice mil pedazos,
que sino es por este acero
cargaba con la colmena.

Nise.

Tiene donaire, y despejo:
¡miren qué blanco, y qué rubio!

Hormigo.

Fueron mis padres bermejos:
vés, pues no me pongo nada,
que esto es natural que tengo.

Nise.

¿Y qué intenta?

Hormigo.

Que me admitas
por galan en el terrero.

Nise.

¿Cómo, si entrar no podeis
en Palacio, por decreto
del Duque, tú, ni tu amo?

Hormigo.

Por la mano hablar podemos
de noche.

Nise.

¿Cómo es posible?

Hormigo.

Poniéndome yo en los dedos
cinco candelillas, puedes
tú verlo que deletreo;
que en fin, tiene garavato
aqquesta invencion de fuego.
Con esto, si estás atenta,
con gran cuidado, y desvelo,
no me entenderás palabra,

porque de dia es lo mesmo.

Nise.

¿Para qué quieres cansarte,
si eso es así?

Hormigo.

Mira, en esto
dá un galan en siendo pobre;
y que no come es muy cierto,
mas como camaleon
se está bebiendo los vientos:
quiereme, y verás como
te regalo, y te sustento
de galas, y de banquetes.

Nise.

¿Cómo podrás hacer eso,
si estás caido?

Hormigo.

Pues boba,
¿los mas en aquestos tiempos
no comen de los caidos?

Nise.

Pues yo me miraré en ello.

Hormigo.

Si te casas con Hormigo,
serás Hormiga, y con eso
cogeremos el granillo.

Enrique.

Si por infeliz os pierdo,
no tiene culpa mi amor,
que leal, y verdadero
siempre adoró vuestros ojos;
solo me queda un consuelo,
que es ver, que sin culpa alguna
injustamente padezco;
y que esta verdad, que tanto

estimo, algun dia el tiempo
la descubrirá: si en vos
cabe, señora, un pequeño
alivio á mis ansias tristes
con admitir mi descargo,
dad si quiera un refrigerio
y dar crédito á mi pecho.
La esperanza que me disteis,
cuyo singular contento
entónces logré dormido
para llorar hoy dispierto;
hoy la confirmad piadosa,
usando del noble imperio
que teneis, para poder
hacer con facil pretesto
de un desdichado un dichoso,
que ha merecido quereros.

Porcia

El corazon me enternece, *ap.*
Aunque quisiera, no puedo
alentar vuestra esperanza,
ni en nada favoreceros;
que como estais en desgracia
del Duque, corriera riesgo
el querer lo que el condena,
y mas cuando el vulgo ciego
vuestra deslealtad murmura,
ó traicion: que no hay mas feo
delito, que pretender
á la dama de su dueño.
Mas yo doy por asentado,
que esto fue ilusion, ó sueño;
(¡ pluguiera á Dios, que lo fuera !) *ap.*
mi decoro, y mi respeto,
ya que peligre en lo amante

no ha de incurrir en lo necio.
Y así, tener entendido,
que aunque vuestra verdad creo,
y os estimo como es justo,
que estando aquí de por medio
del Duque la voluntad,
ya de esta accion no soy dueño. *vase.*

Hormigo.

¿Qué remilgada le dice?

Nise.

Yo tambien digo lo mesmo,
porque para mí no es cosa.

Hormigo

¿Conmigo tan vil desprecio?
Por esta, que he de tomar
á una negra por empeño,
porque te corte la cara.

Nise.

¡Qué gracioso majadero!

ESCENA V.

Enrique y Hormigo.

Enrique.

Hormigo, ya mi desdicha
claramente se está viendo;
pues cuando pensé lograr
de Porcia favores nuevos,
por esta accion, mas esquivo
veo á mi razon su cielo.

Hormigo.

Como te ven tan caido
todos te miran con ceño.

Enrique.

En quien sin dicha ha nacido,
no hallan las hazañas premio.

Duque.

Con la caza me divierto.

ESCENA XI.

Lisardo.

Monteros, todos al Duque.
Ya sobre el bajo elemento,
natural patria de [illegible],
vuelan libres ¿ mas qué es esto ?
Con el estruendo, y las voces
de los venablos y perros,
un oso feroz, saliendo
de esa maleza, esgrimiendo
un montante en cada garra,
librado en los pies, sangriento
se arroja al coche de Porcia.
Socorrer su vida espero;
mas, vive Dios, que [illegible]
le sale un hombre al encuentro,
que valiente le acuchilla
brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo.
No le ha valido la industria
al animal, que vertiendo
de sangre [illegible]
halló la muerte en su acero.
Envidioso me ha dejado;
y así retirarme intento,
porque es quedar desairado
no haber llegado primero.

ESCENA III.

Enrique y Hormigo trayendo entre los dos á Porcia desmayada.

Hormigo.

Para ser de filigrana,
por Dios, que es muger de peso.

Enrique.

Venced el temor y el susto;
cobrad, señora, el aliento.
Vencida está del desmayo.

Hormigo.

Dila si quiere dinero,
verás como resucita.

Enrique.

Ya estais segura del riesgo.

ESCENA IV.

Dichos, Nise y criadas.

Nise.

Aquí está, lleguemos todas.

Hormigo.

Derrengado el brazo tengo:
mugeres que se desmayan,
son pesadas en extremo.

Porcia.

¿Quién está aquí? *Vuelvo en sí.*

Enrique.

(Quien procura)
morirse obligado al riesgo,
agradecido á la suerte
este impensado suceso
que por él sola esta vez

llamarme dichoso puedo ;
pues al triunfar del peligro
tuve en mis brazos el cielo.

Hormiga.

A mí se debe el aplauso
de esta accion.

Enrique.

¿Pues tú, qué has hecho?

Hormiga.

Estuve como una roca
mirando al oso de lejos,
y el bruto al ver mi valor,
se vino á morir de miedo.

Porcia.

¿Con mirar vences las fieras?

Hormiga.

Si señora, porque tengo
mis ojuelos enseñados
á matar.

Porcia.

Al valor vuestro
me hallo de suerte obligada,
Enrique, que á estar mi pecho
libre para obrar, pagára
con bizarros desempeños
la fineza; que al que noble,
valiente, osado, y resuelto,
tuvo mi vida en su mano,
le diera mi mano en premio.
Mas hallándome ofendida
(otra vez vuelvo á los zelos) *ap.*
de vos, fuera accion indigna
solicitar mi desprecio;
que donde vive un agravio,
no cabe agradecimiento.

Decidme, Enrique, ¿pensasteis,
que la que estaba en el riesgo
era Laura? Por mi vida,
que lo digais: yo os lo ruego.
Desengañad mi sospecha,
porque si la vida os debo,
teniéndome á mí por Laura,
á Laura se lo agradezco.

Enrique.

Yo jamás á Laura he visto,
ni la estimo, ni la quiero;
que ella, vilmente engañada
de algun traidor caballero,
que en mi nombre la decia
de noche algunos requiebros,
sospecharía ese agravio:
¿qué sé yo, si es fingimiento
de algun traidor alevoso,
que me puso en ese empeño,
para que yo pierda al Duque,
y á vos, que es lo que mas pierdo?
Lo que sé es, que Lisardo,
á mi amistad poco atento,
me estorva que vea al Duque;
de lo cual, señora, infiero
su traicion: bien que esta duda
templa el furor con que vengo
á decirle cara á cara
por menor mi sentimiento;
pues no puedo persuadirme
á que falso, ó traidor necio,
se muestre con mis finezas,
sin que yo le hable primero.

Porcia.

¿Y eso solo os ha traido?

Enrique.

No, que el principal pretesto
ha sido el ver vuestros ojos,
en cuya luz me alimento.

Hormigo.

Claro está, porque esas niñas
le están haciendo pucheros.

Porcia.

Yo sé que ha venido al sitio
la dama que os dá desvelos.

Enrique.

Sereis vos, que otra ninguna
consigue mi rendimiento.

Porcia.

No, no soy yo, que otra ha sido.

Enrique.

Señora, permita el cielo,
que el amigo mas leal
me atraviese ingrato el pecho;
que esos montes se despeñen
sobre mi vida soberbios;
y que un rayo me sepulte,
si no sois vos la que quiero:
plegue á Dios, que este puñal...

Porcia.

No jureis mas.

Hormigo.

Claro es eso,
que el segundo es no jurar.
Yo, Nise, digo lo mesmo:
plegue á Dios, si no te adoro,
que me salpique un cochero
el dia de gala nueva,
y que cuando caiga enfermo,
me pique alevosamente

en una arteria el barbero.
Plegue á Dios, que una gallega
me dé en mondongo veneno,
y que el dia de los toros,
antes de ver el encierro
me prendan por una deuda;
y que cuando esté durmiendo
me desvele una gatera
toda una noche de invierno.
De Flora no he recibido
amiga Nise, un pañuelo;
y de joyas, que me daba
á escoger para el sombrero,
siquiera un déjame entrar
no acepté por tu respeto,
ni la he tomádo una mano.

Nise.

Aquí no le piden zelos,
ni escuchan satisfacciones.

Hormigo.

Yo sé que me estás queriendo:
¿para qué es disimularlo?
¿este pie, y pierna es buñuelo?

Nise.

Ancho calza un tanto cuanto.

Hormigo.

Como soy limpio en estremo,
por eso calzo bañado.

Nise.

Cierto, que es galan mancebo,
que aunque es la media hecha al hilo,
la horma es cortada al sesgo,
y algo hácia fuera se inclina.

Hormigo.

Llamóse Estévan mi abuelo,

por eso macé estevado,
que es de hombres de pelo en pecho;
y al oso hice mil pedazos,
que sino es por este acero
cargaba con la colmena.

Nise.

Tiene donaire, y despejo:
¡miren qué blanco, y qué rubio!

Hormigo.

Fueron mis padres bermejos:
vés, pues no me pongo nada,
que esto es natural que tengo;

Nise.

¿Y qué intenta?

Hormigo.

Que me admitas
por galan en el terrero.

Nise.

¿Cómo, si entrar no podeis
en Palacio, por decreto
del Duque, tú, ni tu amo?

Hormigo.

Por la mano hablar podemos
de noche.

Nise.

¿Cómo es posible?

Hormigo.

Poniéndome yo en los dedos
cinco candelillas, puedes
tú ver lo que deletreo;
que en fin, tiene garavato
aquesta invencion de fuego.
Con esto, si estás atenta
con gran cuidado, y desvelo,
no me entenderás palabra,

porque de dia es lo mesmo.

Nise.

¿Para qué quieres cansarte,
si eso es así?

Hormigo.

Mira, en esto
dá un galan en siendo pobre;
y que no come es muy cierto,
mas como camaleon
se está bebiendo los vientos:
quiereme, y verás como
te regalo, y te sustento
de galas, y de banquetes.

Nise.

¿Cómo podrás hacer eso,
si estás caido?

Hormigo.

Pues boba,
¿los mas en aquestos tiempos
no comen de los caidos?

Nise.

Pues yo me miraré en ello.

Hormigo.

Si te casas con Hormigo,
serás Hormiga, y con eso
cogeremos el granillo.

Enrique.

Si por infeliz os pierdo,
no tiene culpa mi amor,
que leal, y verdadero
siempre adoró vuestros ojos;
solo me queda un consuelo,
que es ver, que sin culpa alguna
injustamente padezco;
y que esta verdad, que tanto

estimo, algun dia el tiempo
la descubrirá: si en vos
cabe, señora, un pequeño
alivio á mis ansias tristes
con admitir mi descargo,
dad si quiera un refrigerio
y dar crédito á mi pecho.
La esperanza que me disteis,
cuyo singular contento
entonces logré dormido
para llorar hoy dispierto;
hoy la confirmad piadosa,
usando del noble imperio
que teneis, para poder
hacer con facil pretesto
de un desdichado un dichoso,
que ha merecido quereros.

Porcia

El corazon me enternece. *ap.*
Aunque quisiera, no puedo
alentar vuestra esperanza,
ni en nada favoreceros;
que como estais en desgracia
del Duque, corriera riesgo
el querer lo que el condena,
y mas cuando el vulgo ciego
vuestra deslealtad murmura,
ó traicion: que no hay mas feo
delito, que pretender
á la dama de su dueño.
Mas yo doy por asentado,
que esto fue ilusion, ó sueño;
(¡ pluguiera á Dios, que lo fuera!) *ap.*
mi decoro, y mi respeto,
ya que peligre en lo amante

no ha de incurrir en lo necio.
Y así, tener entendido,
que aunque vuestra verdad creo,
y os estimo como es justo,
que estando aquí de por medio
del Duque la voluntad,
ya de esta accion no soy dueño. *vase.*

Hormigo.

¿Qué remilgada le dice?

Nise.

Yo tambien digo lo mesmo,
porque para mí no es cosa.

Hormigo.

¿Conmigo tan vil desprecio?
Por esta, que he de tomar
á una negra por empeño,
porque te corte la casa.

Nise.

¡Qué gracioso majadero!

ESCENA V.

Enrique y Hormigo.

Enrique.

Hormigo, ya mi desdicha
claramente se está viendo;
pues cuando pensé lograr
de Porcia favores nuevos
por esta accion, mas esquivo
veo á mi razon su cielo.

Hormigo.

Como te ven tan caido
todos te miran con ceño.

Enrique.

En quien sin dicha ha nacido,
no hallan las hazañas premio.

Hormigo.

¡Ah señor! que aquesto tiene
mas fondo de lo que pienso.
Mira, Lisardo festeja
á Porcia, y quizá por eso
se te ha puesto ahora grave.

Enrique.

¿Hombre, qué dices?

Hormigo.

Que es cierto,
que á mí Celio me lo ha dicho,
y que pretende muy presto
casarse con ella.

Enrique.

Calla;
vamos de espacio, tormento,
que aun no hemos apurado
al vaso todo el veneno.
Eso su traicion confirma;
haré un estrago sangriento
en su vida: ¿mas qué digo?
Lisardo es gran caballero,
y no intentará conmigo
tan infáme atrevimiento.
De un abismo en otro abismo
voy tropezando en mis zelos.
¡Hay hombre mas desdichado!

Hormigo.

Si hay, un hombre que veo,
que en un bruto desbocado
viene debanando el viento.
¡Válgate Dios!

Enrique.

Su ruina
busca el caballo soberbio,

negándose, monstruo indocil,
á la sugecion del freno.
Escupiendo sangre, y plata
por los alacranes mesmos
rompió la rienda: ¡que estraña
desdicha! ¿quién será cielos?
Ya socorrerle es piedad,
y obligacion de mi aliento.

ESCENA VI.

Hormigo.

Usted vaya, porque yo
de ningun modo me entiendo
con brutos, qué no agradecen
el bocado de su dueño.
Con qué aire, y bizarría,
sacando el luciente acero,
en la carrera le aguarda,
y hurtándole airoso el cuerpo,
manos, y pies le cercena
de dos reveses sangrientos,
con que al animal rebelde
le ataja el curso ligero:
Del choque, en los brazos cae
de Enrique el tal caballero:
¡rara dicha! Luego á mí
me sucediera lo mesmo,
sin que todos los hocicos
me rompiera en aquel puesto.

ESCENA VII.

Hormigo, el Duque, y Enrique embainando.

Enrique.

Vuestra Alteza, gran señor,
descanse en el pecho mio.

Duque.

Aparta.

Enrique.

Yo os he librado
de este riesgo.

Duque.

No me obligo:
que aunque la vida te debo,
hállome tan ofendido
de tu ingratitud tirana,
que jamas valdrán conmigo,
ni finezas casuales,
ni agasajos prevenidos.
Del peligro me libraste,
cuando pensé en el peligro
de ese alazán desbocado,
ser escarmiento á los siglos:
es verdad, pero borraste
el quilate esclarecido
de esta accion; porque manchado
el brazo con el delito,
los hechos, que despues obra,
van de aquel color vestidos.
Quien perdió una vez la gracia
del Príncipe, queda indigno
del favor: bien como el tronco,
que una vez del rayo herido,
á florecer jamas vuelve:

que hay sucesos infinitos,
que nos parece desgracia,
y no son sino castigo.
Enrique, los hechos nobles
han de ser muy parecidos;
que una accion obrada acaso,
del perdon no te hace digno,
y mas cuando me alborotas
mi Corte.... ¿Pero qué digo?
no es justo acordar agravios
en tiempo de beneficios.
Mas es menester, que entiendas,
que tanto á Lisardo estimo,
que el que envidioso, ó cobarde,
necio, osado, ó vengativo,
le hiciere el menor desaire,
que he de vengarle yo mismo,
porque en fe de mi piedad
no quiero que haya atrevidos.

Enrique.

Vuestra Alteza, gran señor,
me ha de dar atento oido;
porque alborotar su corte,
ser osado, y vengativo,
manchar la accion con el buseo,
son enigmas no entendidos
á que no sé dar descargo,
ni tampoco lo imagino;
que como la causa ignoro,
de la culpa me olvido.
¡Ah señor, cuán fácilmente
se dá crédito al delito!
¡y con qué dificultad
se cree una verdad! Es hijo
de nuestra naturaleza

aqueste humano capricho,
que es propio en ageno daño
el conformarse el oido.
A vuestra Alteza le engañan,
señor, que ni yo atrevido,
ni ingrato al favor, jamas
desmerecí su cariño.
Como mi lealtad, no son
los rayos del sol mas limpios;
yo siempre con la atencion,
que yo me debo á mí mismo,
con todo justo respeto
á vuestra Alteza he servido.
Y quien por descomponerme
vertió el veneno fingido
de máquinas aparentes,
y traidores artificios,
una, y mil veces pronuncio,
que miente.

Hormigo.

Si, voto á Cristo;
y lo que digo aquí yo
sustentaré á pan, y vino.
Es un traidor, un infame,
pícaro, vil, mal nacido,
quien tal dice; y cuerpo á cuerpo
le reto, y le desafio
á los cantones de Escocia;
aunque traiga por padrino
al mismo Olofernes: salga
el perro, salga conmigo.

Duque.

¿Tambien vos retais?

Hormigo.

Perdona,

porque ciego enfurecido,
cada vez que pido campo
echo por aquesos trigos.

Enrique.

Y sino, saque la cara,
y examinando el delito
de esos cargos que me imputa,
caiga en mi vida el castigo;
porque sino, será injusto,
que pierda el crédito mio,
y que mi opinion padezca
por mal fundados indicios.
De vuestra Alteza á la gracia,
señor, á volver no aspiro,
mas dar á entender procuro,
vasallo leal, y fino,
que por infeliz la pierdo,
mas no por sugeto indigno.

Duque.

No tengo que responder
á quien niega lo que he visto.

Enrique.

Eso fué invencion de Laura,
y Lisardo es buen testigo
de mi lealtad: él dirá
los secretos, y motivos,
que entre los dos han pasado;
pues todo aquesto ha nacido
de querer apurar yo,
si estaba en la gracia fijo
de vuestra alteza.

Duque.

¿Qué escucho! *ap.*
¡Válgame el cielo divino!
¿Y esto Lisardo lo sabe?

*

Enrique.

Si señor.

Duque.

Que esto es fingido *ap.*
sospecho, pues fue Lisardo
quien descubrió su delito:
aquí es menester prudencia.

Dentro Lisardo.

Por todo aqueste distrito,
monteros, buscad al Duque.

Duque.

Este es Lisardo; escondido
me quedo entre aquestas ramas,
solamente para oiros
hablar de vos.

Enrique.

Eso intento.

ESCENA VIII.

Enrique, Lisardo, Aurelio y Celia de caza, y el Duque al paño.

Lisardo.

Aurelio, en aqueste sitio
al Duque esperar debemos.
Pero allí á Enrique he visto: *ap.*
no quisiera que me hablara
por los que vienen conmigo,
pues será fuerza negarle
cuanto hablare en su designio.

Enrique.

Lisardo, á buscaros vengo.

Lisardo.

Haceis mal, mejor es iros
donde no pueda encontraros.

Enrique.

¡Bien me pagais el cariño!

Lisardo.

Tengo orden para prenderos,
y si ahora compasivo,
por la amistad tan estrecha
que los dos hemos tenido
no lo egecuto, otra vez
no podré hacer esto mismo:
y así dejar á Ferrara
en vos será cuerdo arbitrio,
pues evitais de esa suerte
contigencias y peligros.

Hormigo.

Y juntamente escusamos
de andar á caza de grillos.

Enrique.

¿Para dejar á Ferrara,
qué delito he cometido?
¿Vos no sabeis mi lealtad,
mis secretos, y motivos?
Antes vengo á suplicaros,
que vos al Duque benigno
le informeis de mi inocencia;
pues yo de vos me he valido,
cuando os rogué que le hablaseis
mal de mí, por ver si fijo
estaba en sus valimientos.
Con que vos ahora fino
le digais lo que pasaba
entre los dos, imagino
volver, Lisardo, á su gracia.

Lisardo.

Sin duda, que habeis perdido
el discurso, ó con la pena,

ó con temor del castigo.
¿Yo qué he de decir al Duque,
ni qué secrétos motivos
pasaron entre los dos?
Si el Duque lo hubiera oido,
pensaria, que en mi pudo
caber cautela, ó designio
contra vos; de aquí adelante
hablad, Enrique, advertido,
que yo de vos no sé nada,
ni condeno, ni examino
vuestra lealtad: solo sé
que el Duque vive ofendido
de vuestro grosero trato;
y en todo lo que he podido
procuro templar su enojo.
Buscad por otro camino
modo para disculparos;
y sabed, que al Duque sirvo
con lealtad; y que es primero
mi dueño, que no mi amigo.

Duque

Hidalgamente responde.

Enrique.

Ya su gran traicion confirmo. *ap.*
! Ah falso amigo! aquí importa
reportarme. Vuestro olvido
estraño; pues no es posible,
que sin él inadvertido
negueis verdad tan patente.

Lisardo.

Antes yo de vos me admiro,
Enrique; pues bien veis, que es
supuesto cuanto habeis dicho...

Enrique.

Esa es traicion.

Lisardo.

Ese agravio.

Los dos.

Y de esta suerte.... *Sacan las espadas.*

Hormigo.

¡O qué lindo! (1)

Duque.

Tened.

Hormigo.

Tened: si no sales,
le atravieso como un higo.

Duque.

¿Qué es esto?

Hormigo.

Es un Rey, un Roque,
ese Sancho, aquel Bellido.

Duque.

Mucha resistencia, Enrique,
á mi silencio has debido,
pues con frívolas razones
quieres dorar tu delito.
Oculto quise apurar
tu tracion, y no examino
cosa alguna que te abone;
y parece en tí delirio
disculparte con Lisardo,
diciendo, que él ha sabido
tu lealtad, cuando él ignora
tus cautelosos designios.

Enrique.

Lisardo la verdad niega,

---

(1) *Sale el Duque y metese en medio.*

y alevosamente quiso...

Duque.

Basta.

Enrique.

A tu respeto solo
mi sufrimiento dedico.

Duque.

Aunque confieso deberte
la vida en este peligro,
no ha de servir de instrumento
á tus soberbias y brios.
Quédate, que ya me toca
ser justiciero contigo,
pues por tu osadía, el premio
de la fineza has perdido.

Enrique.

Pues, señor, si tú confiesas
que la vida me has debido,
el no premiar esta accion,
es ser injusto conmigo.

Duque.

El brazo que fue vil, borra
lo que el otro ha merecido.

Enrique.

No señor, tambien de un tronco
nacen dos ramos lucidos;
del uno tal vez se labra
una imágen, que en divino
trono suele colocarse,
del otro, que es menos liso,
por accidente, se formá
un palo para el suplicio.
Las acciones son los ramos
de este tronco humano vivo:
luego bien pueden caber

en un sugeto, distintos
un brazo para el aplauso,
y el otro para el castigo.

Duque.

Eso mas tu error condena,
y es efecto del destino,
pues para elegir fortuna
no tiene el tronco alvedrio. *Vase.*

Hormigo.

No, pero tiene garrotes
para moler á un amigo.

Lisardo.

Mira como contra mí
la industria no te ha valido.

ESCENA IX.

Enrique y Hormigo.

Enrique.

Del Duque al respeto debes
que haya tu infamia sufrido,
traidor, aleve.

Hormigo.

Vermejo,
yo te pondré en un borrico.
¡Miren que grave, y derecho
se vá el vinagre torcido!
Vive Dios que he de matarle:
no me detengas.

Enrique.

Hormigo,
¿qué astro en el cielo haber puede
tan infeliz como el mio?

Hormigo.

¡Y como que hay muchos!

Enrique.

¿Cuales?

Hormigo.

El de Lutero y Calvino.

Enrique.

El dar gracias por agravios,
me parece, que es preciso.

Hormigo.

No creas esos refranes,
que hombre hay que dice en su juicio,
que la lumbre del herrero
es fresca por el estío.

Enrique.

¿Pues qué he de hacer?

Hormigo.

Darle un cabe
á ese Lisardo enemigo,
desde la cabeza al pie,
que le abras como un cochino.

Enrique.

Tan mirado, y tan atento
del Duque al decoro vivo,
que porque pone los ojos
en él, mi corazon limpio
le respeta por el dueño.

Hormigo.

Pues mal pleito hemos tenido,
señor, metámosle á voces;
tu lealtad publica á gritos.

Enrique.

¿Cómo han de valer las quejas,
si acciones no me han valido?
A Porcia, al Duque, á Lisardo,
serví bien, y no han podido
vencer las finezas mias

sus pechos endurecidos,
apelo á mi sufrimiento,
que ello, sin duda, es destino.

Hormigo.

Cierto, que has hecho una cosa,
que no la hiciera Marquillos.
¡Váste á fiar de Lisardo!,
¿no le vías el hocico
barbado de caramelos?

Enrique.

¿Para qué mas desatinos
me acuerdas? *Dale un empellon.*

Hormigo.

Oyes, por Dios,
que no repartas conmigo
los disgustos gananciales.

Enrique.

¡Ah, falso traidor!

Hormigo.

¡Dios mio,
qué ojazos echa de loco!
de otra cuba es este vino.

Enrique.

Tú, infame, tienes la culpa.

Hormigo.

Esto es bueno: ¡Jesucristo!

Enrique.

El mundo, y los elementos......
Mas cielos, ¿qué es lo que digo?
Yo forjaré en mi silencio
tan gran venganza, y castigo,
que de la sangre, que vierta,
rubrique un pasmo á los siglos.
Cobarde, traidor Lisardo,
huye de mí, que ofendido

Etna soy, y aborto llamas,
volcan soy, rayos animo. *vase.*

Hormigo.

Y tambien de mí te guarda,
que contra tí me publico,
tigre, caimán, onza, esfinge,
taburón, y basilisco.

ESCENA X.

SALON DE PALACIO.

Laura, y Flora con mantos.

Laura.

Hablar al Duque, Flora, determino,
y pues él olvidando amor tan fino
en Parma concertó su casamiento,
oye ahora de mi honor tan noble intento.

Flora.

Por saber si ha de estar aspero, ó blando,
las vigas de esta casa voy contando.

ESCENA XI.

Dichas, el Duque y Aurelio.

Aurelio.

Las capitulaciones
con aplausos, señor, y esclamaciones
firmadas están ya con Claudia hermosa,
de Parma sol, y de Ferrara rosa.

Duque.

La entrada se prevenga á su hermosura,
porque logre mi amor tan gran ventura.

Laura.

Y porque juntamente

renazca un nuevo sol resplandeciente,
que á vuestra Alteza herede los blasones,
y apueste con el Fenix duraciones.

Duque.

¿Laura, qué novedad os ha traido
á celebrar mis dichas?

Laura.

He venido
á suplicar, señor, á vuestra Alteza,
por las que me ha debido una fineza.

Duque.

Lo que intenta publique vuestro labio
que el no hacerla por vos ya fuera agravio.

Laura.

Supuesto, gran señor, que vuestra Alteza
con Parma enlaza su mayor grandeza;
y supuesto tambien, que he merecido
ser objeto á su amor esclarecido,
y aunque en mi resistencia, y mi semblante
siempre objecion halló su pecho amante;
con todo, el murmurar del pueblo injusto
pide satisfaccion, y el darla es justo,
cuando por la aficion, por su firmeza
puede quedar con nota mi belleza.

Duque.

El modo disponed, pensad el modo,
que el dar satisfaccion es justo á todo.

Laura.

Yo, señor......

Duque.

No os turbeis, vuestra mejilla
temple el rojo color.

Laura.

No es maravilla,
que la vergüenza al rostro salga en fuego,

cuando por valedor os busca el ruego.

Duque.

¿Pues qué es lo que quereis?

Laura.

Verme dichosa,
con que de vuestra mano poderosa
logre......

Duque.

Decidlo.

Laura.

Ya será forzoso,
que me deis á Lisardo por esposo,
que pues él vuestra gracia ha merecido,
pienso que os pido bien en lo que os pido.

Duque.

Vos le favoreceis: mucho estimára,
que tan honesto intento se lográra;
bien que imagino, que esa gran ventura
Lisardo ha de estimar, pues si se apura,
él es el que mas gana
en merecer deidad, que se le humana;
y pues él tantas dichas interesa,
el tercero he de ser de aquesta empresa.

Laura.

Mi opinion con esto se restaura:
por esclava, señor, tendreis á Laura.

Duque.

Lo que el valor previene
me toca á mí, pero Lisardo viene.
Todos os retirad: tú aquí escondida
desde aquesta cancel oye advertida.

ESCENA XII.

El Duque, Lisardo, y Laura al paño.

Lisardo.

Si gustas de saber, señor, la entrada,
que tengo á la Duquesa prevenida,
atended á mi voz por si os agrada
de su primor la máquina lucida.
Del Pó cubren la margen sosegada.....

Duque.

No prosigais, que ya tengo entendida
de vuestro gran cuidado la fineza,
y á pagaros la accion mi amor empieza.
Hoy, para que logreis igual ventura,
traté, Lisardo, vuestro casamiento.

Lisardo.

Hoy, sin duda, de Porcia la hermosura *ap.*
me dá feliz. A vuestro gusto atento
vivo, señor.

Duque.

Las prendas, la cordura,
belleza, calidad, y entendimiento
sabeis de Laura: á Laura por esposa
os quiero dar.

Lisardo.

Mi suerte venturosa...
fuera, señor, si en otra mi cuidado
no hubiera puesto ya con firme empeño,
que de amor verdadero aprisionado
yo de mi voluntad ya no soy dueño.

Laura.

¡Válgame el cielo!

Lisardo.

El gran favor, y agrado,

estimo de tan noble desempeño;
pero, señor, mi suerte me retira
de esa eleccion, porque á otra nueva aspira.

Laura.

¡Corrida estoy!

Duque.

Pues cierto que pensaba,
que os daba en Laura mas dichosa suerte,
y que vuestro valor lisonjeaba
con su beldad.

Lisardo.

Yo á la verdad se advierte, *ap.*
mas fue á tiempo, que en otro intento estaba.

Duque.

Pues ella escucha; su razon concierte *ap.*
su fortuna con él, porque con brios
no gobierna el poder los alvedríos.

ESCENA XIII.

Lisardo y despues Laura.

Lisardo.

¡Cuando á Porcia estoy queriendo,
y cuando mi amor pretende,
gigante al sol de sus rayos,
hallar la vida, ó la muerte,
me propone á Laura!

Laura.

¿Y Laura,
señor Lisardo, os parece
que cede á Porcia en primores?
El Duque andavo imprudente
en hacer contra mi gusto
eleccion de vos, pues siempre
traté vuestro rendimiento

con desprecios, y desdenes.

ESCENA XIV.

Dichos y Porcia al paño.

Porcia.

Buscando á Laura..... ¡Mas cielos!
con Lisardo está; de aqueste
cancel procuro escucharles.

Lisardo.

El tiempo mudanzas tiene.

Laura.

Corrida está mi hermosura
de estar á donde os oyese
contra la vanidad mia
desaires tan descorteses.
¿No os hacia venturoso
en que yo la mano os diese?
Pues nadie ignora en Ferrara,
que á muchos mi sangre escede.
La fortuna, que gozais,
al lado del Duque siempre,
¿no la debeis á mi industria,
cuando fingí osadamente,
que Enrique me festejaba,
por cuyo artificio aleve
le quitó el Duque los cargos,
títulos, gracias, mercedes,
con que le honraba, y á vos
las trasladó injustamente?

Porcia.

¡Qué escucho! Ah viles traidores!
¿luego Enrique está inocente?

Lisardo.

Tú lo hiciste por vengarte
de Enrique, el cual imprudente

al Duque le aconsejaba,
que te olvidase.

Laura.

Evidente
es tu culpa, pues tú mismo
me moviste á que lo hiciese,
diciendo, que volveria
con eso el Duque á quererme;
pues siempre tuve entendido,
que fuese mi esposo.

Lisardo.

De ese
error la culpa ha tenido
Enrique, pues neciamente
me persuadió, que mil males
yo de él al Duque digese,
por ver, si estaba seguro
en su gracia, y tantas veces
me lo dijo, que con una
le derribé de esa suerte,
por entablar mi fortuna,
pensando, que tú tuvieses
otra mayor con el Duque,
que te salió diferente.

Porcia.

¡Cielos, toda su traicion
he apurado claramente!

Laura.

Pues ya que ingrato á la deuda,
que aquí confiesas deberme,
por otra, mi noble mano,
desprecias tiranamente;
y ya que el Duque no pudo
mas agradecido hacerte,
toda tu traicion, y engaño

le he de decir claramente;
y que Enrique no me ha visto;
y que por tu causa tiene
perdida para con él
su opinion injustamente.

Lisardo.

No lo harás; que á tí te importa
el callar, supuesto; que eres
cómplice en este delito.

Laura.

De todo la culpa tienes.

Lisardo.

Tú fuiste el móvil de todo.

Laura.

Tú me aconsejaste, aleve.

Lisardo.

Eso fue para vengarte.

Laura.

Enrique estaba inocente:
he de decir la verdad,
y venga lo que viniere.

Lisardo.

Yo te estorbaré los pasos,
antes que decirlo intentes.

Porcia

No harás; que primero yo
daré parte diligente
al Duque de esa traicion,
para que el agravio vengue. *vase.*

Laura.

No temo tus amenazas.

Lisardo.

Mi pecho tu voz no teme.

Laura.

Tomaré de tu desprecio

venganza de aquesta suerte.

Lisardo.

Yo publicaré, que es falso,
y porque no quise hacerte
dueño de mi voluntad,
procuras descomponerme.

Laura.

Lo que me conviene haré. *vase.*

Lisardo.

Yo haré lo que me conviene.

ESCENA XV.

Dentro Enrique, Aurelio y criados.

Enrique.

Traidores, bárbaros, viles,
¿por qué no me dais la muerte?

Todos.

Guarda el loco, guarda el loco.

Aurelio.

No le dejeis ir, tenedle,
puesto que ha entrado en palacio,
se holgará el Duque de verle.

ESCENA XVI.

Aurelio, Hormigo, y Celio, como deteniéndo á Enrique, que sale desabrochado, como de loco.

Enrique.

Villanos, idos de aquí,
temed mis furias ardientes. *embistelos.*

Hormigo.

Oyes, señor, sino tratas
de ser loco manso, vete
al rollo, que si eres bravo,

no hemos de hallar ni un zoquete.
Tengamos la fiesta en paz,
que importa un millon de nueces.

Aurelio.

¿Y desde cuando está loco?

Hormigo.

Yo pienso que desde el vientre
de su madre.

Celio.

¿Y qué es la causa?

Hormigo.

Unos amigos crueles
le echaron sal en el vino.

Aurelio.

¡Que Enrique el seso perdiese!

Enrique.

Fieras de este monte oculto,
morid á mis manos. *Dá tras de ellos.*

Hormigo.

Tente:
toma pan, Marzoque, hijo.

Aurelio.

¿Y come?

Hormigo.

A tente bonete.

Celio.

¿Cena de buen gusto?

Hormigo.

¡Y como!

Aurelio.

¿Y duerme?

Hormigo.

Famosamente.

Aurelio.

¿Pues dónde tiene lo loco?

Hormigo.

En la lengua solame
que es un mal irrem
de que muchos ado

Enriqu

Rabiando muero:
Haré los orbes cel
por ver si encue
el que me domi
Fingir mas fur
porque pienso
el dar la muér
que si por loc
no corre ries
porque la fu
de un Prínc
la ha de te
Al disfraz
muera el
me ofend
este cast
¡Cual s
de aqu
Icaro
El ra
no ba
desat
cont
usar
Al
pór
te
cc
F

que os tiraniza la gloria
de tantos nobles laureles.
Al arma.

Hormigo.

Al arma, bien dices.
Tantaran, tantaran, suenen
los parches, y los clarines.

Enrique.

Ea, el alarde comience:
ya embisto con los contrarios. (1)
¡Ah traidor! ¿tú Hormigo eres?

Hormigo.

Que no soy sino almendrada:
por la Virgen, que me dejes.

Enrique.

Y es ese nombre de pila?

Hormigo.

No señor, sino de Viernes.

Enrique.

Mi prisionero eres ya.

Hormigo.

Si señor: ¿di cuanto quieres
por el rescate?

Enrique.

Que al punto
te vayas libre. *dale un golpe.*

Hormigo.

¡Cachetes!
loquero me sois furioso,
no volvereis á cogerme.

---

(1) *Embiste Enrique á Hormigo, y le agarra.*

Hormigo.

En la lengua solamente,
que es un mal irremediable,
de que muchos adolecen.

Enrique.



Rabiando muero: pedazos
haré los orbes celestes,
por ver si encuentro en
el que me domina, y ve
Fingir mas furor impo
porque pienso de esta s
el dar la muerte á Lisa
que si por loco me tie
no corre ries vid
porque la fu
de un Prín
la ha de t
Al disfra
muera el
me ofen
esté cas
¡Cual s
de aqu
Icaro
El ra
no b
desat
cont
usa
Al
pór
ter
co
E

que os tiraniza la gloria
de tantos nobles laureles.
Al arma.

Hormigo.

Al arma, bien dices.
Tantaran, tantaran, suenen
los parches, y los clarines.

Enrique.

Ea, el alarde comience:
ya embisto con los contrarios. (1)
¡ Ah traidor ! ¿ tú Hormigo eres ?

Hormigo.

Que no soy sino almendrada:
por la Virgen, que me dejes.

Enrique.

¿ Y es ese nombre de pila ?

Hormigo.

No señor, sino de Viernes.

Enrique.

Mi prisionero eres ya.

Hormigo.

Si señor: ¿ dí cuanto quieres
por el rescate ?

Enrique.

Que al punto
te vayas libre. *dale un golpe.*

Hormigo.

¡ Cachetes !
Moquero me sois furioso,
no volvereis á cogerme.

---

(1) Embiste Enrique á Hormigo, y le agarra.

Hormigo.

En la lengua solamente,
que es un mal irremediable,
de que muchos adolecen.

Enrique.

Rabiando muero: pedazos
haré los orbes celestes,
por ver si encuentro en sus astros
el que me domina, y vence.
Fingir mas furor importa, *ap.*
porque pienso de esta suerte
el dar la muérte á Lisando;
que si por loco me tienen,
no corre riesgo mi vida:
porque la fuerza eminente
de un Príncipe poderoso
la ha de temer un prudente.
Al disfraz de mi locura
muera el que alevosamente
me ofendió, que un falso amigo
este castigo merece.
¡Cual se remonta la garza
de aquel sacre! ¡que valiente
Icaro de pluma sube!
El rayo del sol le queme,
no baje sino en ceniza
desatado, quien pretende
contra una simple avecilla
usar de bárbaras leyes.
Al arma, soldados mios,
pónganse aquí los mosquetes,
terciad ahora las picas
contra ese colina fuerte.
Embestid, ganadle el puesto
al enemigo rebelde,

que os tiraniza la gloria
de tantos nobles laureles.
Al arma.

Hormigo.

Al arma, bien dices.
Tantaran, tantaran, suenen
los parches, y los clarines.

Enrique.

Ea, el alarde comience:
ya embisto con los contrarios. (1)
¡Ah traidor! ¿tú Hormigo eres?

Hormigo.

Que no soy sino almendrada:
por la Virgen, que me dejes.

Enrique.

¿Y es ese nombre de pila?

Hormigo.

No señor, sino de Viernes.

Enrique.

Mi prisionero eres ya.

Hormigo.

Si señor: ¿dí cuanto quieres
por el rescate?

Enrique.

Que al punto
te vayas libre. *dale un golpe.*

Hormigo.

¡Cachetes!
loquero me sois furioso,
no volvereis á cogerme.

(1) *Embiste Enrique á Hormigo, y le agarra.*

ESCENA XVII.

Dichos, Porcia y Nise.

Porcia.

Vengo á ver este prodigio
de lástima, si es que pueden
ver mis ojos su desdicha,
sin que lágrimas les cuesten.

Enrique.

¿No veis, que soy vuestro Rey?
Vasallos, obedecedme,
á mi planta os poned todos.

Hormigo.

Tiene temas diferentes,
señora, y lo mejor es,
que dice, que es ave Fenix.

Enrique.

Claro está, que Fenix soy;
¿no me veis las plumas verdes,
que fueron mis esperanzas,
que en aire, y viento se vuelven?
Las alas son mis suspiros,
los azules martinetes,
que me adornan, son los zelos,
llama en que se abrasa el Fenix.
Que me quemo, que me abraso
en esta hoguera.

Porcia.

Tenedle.
¡Ay perdidas esperanzas,
hoy sí, son penas crueles!

Enrique.

Esta es Porcia; Porcia mia.

Señora, no te me ausentes. (1)

Hormigo.

Vive Dios, que esto es peor;
que no soy Porcia, hombre, tente,
¿no me ves que soy zamarro?

Porcia.

El corazon me enternece. ap.

Enrique.

¿Tu vista me niegas?

Hormigo.

Fuego.

Enrique.

Las perlas de aquesos dientes,
¡ó qué admirables que son!

Hormigo.

Sí, para un carnero verde.

Enrique.

Tus ojos son....

Hormigo.

De lechuzo.

Enrique.

Es tu nariz.....

Hormigo.

De serpiente.
Señores, si no me acuden,
con este hombre he de perderme.

Porcia.

Mirad, que Porcia soy yo,
y quien por vos intercede
con el Duque, que ya sabe,
que estais de todo inocente.

---

(1) *Dá tras Hormigo, que anda huyendo por el tablado.*

Enrique.

¿Qué es lo que decís, señora?
¿me engañais?

Porcia.

Mi voz no os miente.

Enrique.

Por ser dicha en favor mio,
la dudo mucho.

Porcia.

Parece, *ap.*
que con lo que aqui le digo,
se cobra del accidente.

Enrique.

¿Qué mi lealtad sabe el Duque?

Porcia.

Y pienso, que brevemente
á su gracia volvereis,
porque solo lo suspende,
para asegurarse mas,
un examen, que hacer quiere.

Enrique.

¿Qué la verdad se ha sabido?

Porcia.

De ello albricias pido alegre:
la traicion fue de Lisardo,
y Laura, que ocultamente
contra vos se conjuraron
por sus viles intereses.

Enrique.

¿Quién lo ha descubierto?

Porcia.

Yo:
que quiso el cielo que fuese
instrumento de esta dicha,
quando os miro de esa suerte.

Enrique.

¿De que suerte?

Porcia.

¿No estáis loco?

Enrique.

Por vos lo estuve yo siempre;
escucha, señora, á aparte.

Hormigo.

Ojo avisor, no te llegues,
porque hay loco, que en su seso
suele tirar dos reveses.

Enrique.

No temais,

Porcia.

Turbada estoy.

Enrique.

Al sol ofender no puede
tosco vapor.

Hormigo.

No lo creas,
que aun las orejas me escuecen.

Porcia.

Nunca el amor fue cobarde. *ap.*
Decid.

Enrique.

Este furor, este
delirio en mi no es locura,
que ha sido fingidamente,
é inventado de mi agravio,
para poder facilmente
matar sin riesgo á Lisardo:
mas ya que mi amor os debe
el haberse descubierto
mi lealtad, atrás se vuelve
este frenesí fingido:

Hormigo.

En la lengua solamente,
que es un mal irremediable,
de que muchos adolecen.

Enrique.

Rabiando muero: pedazos
haré los orbes celestes,
por ver si encuentro en sus astros
el que me domina, y vence.
Fingir mas furor importa, *ap.*
porque pienso de esta suerte
el dar la muérte á Lisando;
que si por loco me tienen,
no corre riesgo mi vida:
porque la fuerza eminente
de un Príncipe poderoso
la ha de temer un prudente.
Al disfraz de mi locura
muera el que alevosamente
me ofendió, que un falso amigo
este castigo merece.
¡Cual se remonta la garza
de aquel sacre! ¡que valiente
Icaro de pluma sube!
El rayo del sol le queme,
no baje sino en ceniza
desatado, quien pretende
contra una simple avecilla
usar de bárbaras leyes.
Al arma, soldados mios,
pónganse aquí los mosquetes,
terciad ahora las picas
contra ese colina fuerte.
Embestid, ganadle el puesto
al enemigo rebelde,

no lo he de creer, porque tienes
contra tu delito un grave
testigo que te convence.
Y así, tú aquí mira atento,
que la verdad no me niegues;
porque si ahora piadoso
estoy contigo, bien puede
ser, que despues irritado,
cuando tus culpas se prueben,
halles mi clemencia sorda
á tu obstinacion rebelde.
Yo lo sé, yo; yo lo he oido.

Lisardo.

Yo, señor, digo, que... (¡Ah pese
á mi furor! que si,..... cuando,.....
no, mi error. ...

Hormigo.

Ea, confiese:
para no ser hombre aguado
muy mal pronuncia las erces.

Duque.

Turbado estás.

Lisardo.

Digo, que *De rodillas.*
de tus pies he de valerme,
para el perdon de mi culpa,
que ya confieso.

Duque.

Detente,
que de piedad, y justicia
en mí el blason ha de verse.
A Enrique, porque leal
anduvo conmigo siempre,
honrosamente le vuelvo
los títulos, y mercedes,

casándole con mi prima?
pero porque neciamente
desconfió de mi amor
con cautelas diferentes,
le he de apartar de mi lado,
que en los reales pechos siempre
como la lealtad obliga,
la desconfianza ofende.
Y asi, Lisardo, porque
te prometí algunas veces
andar piadoso contigo,
si la verdad me dijeses,
doite á Laura por esposa.

Laura.

Mi voluntad lo agradece.

Duque.

Da, Porcia, á Enrique la mano.

Enrique

Feliz ha sido mi suerte. (1)

Lisardo.

Aquesta, Laura, es la mia. (2)

Porcia

Á mi amor las dichas debes.

Duque

Yo haré, que tambien con todos
hoy mis bodas se celebren.

Hormigo.

Solo á mi me tratan, como
á un pícaro mequetrefe.

---

(1) *Dale la mano á Porcia.*
(2) *Dale la mano á Laura.*

Enrique.

Con que aquí don Juan de Matos,
humilde dá fin alegre
al Yerro del entendido,
si es que algun perdon merece.

El Yerro del entendido.

El carácter de Enrique y el de Lisardo parece que están tomados de la novela de Cervantes titulada *El Curioso impertinente*. Anselmo quiso saber si su muger seria firme y capaz de resistir á los halagos y á la seduccion de otro amante, y obligó á su amigo Lotario á que la enamorase. Enrique desea averigüar si la proteccion que le dispensa el Duque de Ferrara será sincera y permanente, y ruega á Lisardo que le calumnie y le desacredite para esperimentarlo. Los dos amigos emplean toda su eficacia para disuadir de su intento á los dos impertinentes; pero obligados de sus instancias se encargan de la ejecucion de tan disparatado proyecto, y logran al fin ambos curiosos el terrible desengaño que temian; porque Lotario y Lisardo ceden á las circunstancias peligrosas en que se hallan, se dejan arrastrar del amor y de la ambicion, faltan á la confianza de la amistad y cometen una perfidia. Por consiguiente los caracteres de Enrique y de Lisardo no son originales, sino copiados de Anselmo y Lotario, y no tienen tampoco la fuerza de colorido que supo darles el pincel del autor de Don Quijote. Esta empresa no era para Matos Fragoso. Su comedia sin embargo está bien escrita, y la accion que camina facilmente á su fin, presenta situaciones variadas é interesantes. Véanse las escenas XIX, XX, XXI y XXIII del acto segundo, y la VIII y IX del tercero. Los amores de Porcia y Enrique, están bien enlazados con la accion principal sin ofuscarla: pero el desenlace no se halla bien preparado: porque el medio de que se vale el poeta no es dramático. La casualidad de escuchar Porcia el diálogo de Lisardo y Laura en la

escena XIV del tercer acto es la que le produce. En los escritores cómicos es tan débil este recurso como lo es generalmente el de los sueños en los poetas líricos.

La versificacion es fácil y corriente, si se esceptuan las redondillas de ecos que recita Enrique en la escena VIII del segundo acto. Parece que Matos no aprobaba este metro, cuando dice en boca de Hormigo

Es una letra estremada;
de primorosa invencion,
que hace de una palabra
dos, que repetida en ecos,
del uno en otro, retratan
á los cazos de Juanelo,
que suben arriba el agua.

. . . .

Estos son los versos que
hice á tan bella mulata,
en tono de tiquis miquis
y en metro de taca maca.

Sin embargo pagó el tributo al mal gusto de su tiempo.

EL GALAN

DE SU MUGER.

PERSONAS.

Don Pedro Hurtado.
Don Juan de Alvarado.
Don García de Castro.
Doña Blanca, hija de don Pedro.
Doña Clara, sobrina.
Inés, criada.
Cerote, lacayo.
Tristan, criado.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Juan de Alvarado, y Cerote con ferreruelas de color.

Cerote.

¿No me dirás, por tu vida,
por qué intentas disfrazarte,
y valiéndote del arte,
así embozas tu venida?

Don Juan.

Aunque no era para tí
tan grande satisfaccion,
que la sepas es razon,
para que entiendas así,
que un poderoso motivo
me obliga solo á ocultarme;
porque importa asegurarme
de la sospecha en que vivo.
Un aviso se me dió,
que la que ha de ser mi esposa,
en la opinion achacosa,
vive en Madrid; y así yo,
de Toledo disfrazado,
vengo á apurar con secreto
su virtud, á cuyo efecto
me quiero fingir criado
de mí mismo, y así hacer
lo que mi respeto ordena;
que si la muger no es buena,

es veneno, y no es muger.

Cerote.

No tengo que responderte,
pues eres tan advertido.

Don Juan.

Nunca se dan á partido
el pundonor, y la suerte.

Cerote.

Dejemos, señor, á un lado
agora este discurrir,
y empiezate á divertir,
pues que ya estás en el prado.

Don Juan.

No sé si hallaré con quien,
que puesto que hay mucho aquí,
no habrá nada para mí.

Cerote.

Esas penas no te den
cuidado, que esta palestra
dicen, que hace á letra vista,
facil, á la que es mas lista,
mortecina á la más diestra;
que es, señor, grande ocasion,
tinieblas, campo, y muger,
y mas si se sabe hacer
aquel juego del chiton;
porque yo no diferencio
el tener del desear,
si el que se atreve á buscar,
busca primero el silencio.
No temas neutral vayven,
que bien puede conquistar
un hombre, que sabe hablar,
y que siempre huele bien.

tengo cuarto apercibido?
¿cenar en casa, y comer,
venir temprano á acostarme;
y al vestirme, y desnudarme,
de mi suegro, y mi muger
un recado, otro recado,
y todo lo he de sufrir?
En fin, no quiero vivir
tan presto desesperado:
con la duda, ó el engaño
aguardaré mas contento,
y hágase el casamiento.
de aquí á un mes, ó de aquí á un año.

Cerote.

¿Pues cómo has de estar oculto
tanto tiempo sin sospecha?

Don Juan.

¿Hay mas de mudar la fecha?
ninguna accion dificulto:
á mi padre escribir quiero,
que diga, que no ha podido
salir de allá, y escondido
hacer buen informe espero,
y aunque le parezca escuso,
mi designio le diré.

Cerote.

Eso importa, para que
ninguna os coja con queso.
Vive Dios, que este mi amo
tiene notable capricho,
nunca supo lo hecho y dicho;
yo si que antinyion me llamo.
Un informante es de amor,
y segun llego á entender,
mas que no á buscar muger,

pues no he de poder amarla
si no la escucho primero;
que aunque basta su retrato,
bello á triunfar de mi vida,
no se ha de dar por vencida
sin la dulzura del trato;
porque es el mayor tormento,
que puede á un hombre aquejar,
hallar muger, y no hallar
muger con entendimiento.
Esta es la mayor beldad,
porque es deidad con razon,
pues nunca su perfeccion
se desluce con la edad:
quien sufre, busca esta suerte,
y sabrá hallar repetida
una beldad, toda vida,
no una muger, toda muerte.

Cerote.

¿Pues dí, cómo la has de hallar
si nunca la vas á ver?

Don Juan.

Porque el mas cuerdo temer
hace mejor acertar:
ven acá, si llego á verla,
y sin alma la examino,
¿será facil el camino
de galantearla y quererla?
¿No es fuerza, aunque lo dilate,
visitarla cada dia,
y esta molesta porfia,
me desespere, ó me mate?
¿Pues qué, si á fuer de marido,
que ya acercando se está,
como imagino que está,

tengo cuarto apercibido?
¿cenar en casa, y comer,
venir temprano á acostarme,
y al vestirme, y desnudarme,
de mi suegro, y mi muger
un recado, otro recado,
y todo lo he de sufrir?
En fin, no quiero vivir
tan presto desesperado:
con la duda, ó el engaño
aguardaré mas contento,
y hágase el casamiento.
de aquí á un mes, ó de aquí á un año.

Cerote.

¿Pues cómo has de estar oculto
tanto tiempo sin sospecha?

Don Juan.

¿Hay mas de mudar la fecha?
ninguna accion dificulto:
á mi padre escribir quiero,
que diga, que no he podido
salir de allá, y escondido
hacer buen informe espero,
y aunque le parezca esceso,
mi designio le diré.

Cerote.

Eso importa, para que
ninguna os coja con queso.
Vive Dios, que este mi amo
tiene notable capricho,
nunca supo lo hecho y dicho;
yo sí que antuvion me llamo.
Un informante es de amor,
y segun llego á entender,
mas que no á buscar muger,

viene á hallar embajador.
Si confiesa que es hermosa,
basta para preferida,
pues para buscar la vida
no es menester otra cosa.
Un entendimiento claro
es una alhaja muy cara;
como tengan buena cara,
nunca en lo demas reparo:
pero ya las doce han dado.
Tarde esta noche veniste,
y ya está el Prado muy triste,
porque está sin gente el Prado.

Don Juan.

Ya te querrás acostar.

Cerote.

Luego me quisiera ir,
porque mas que de dormir,
tengo gana de cenar.

Don Juan.

No será tarde á la una,
que á buen hambre no hay mal pan.

Cerote.

Ni la ocasion, ni el refran
me depara empresa alguna.
¿Señor, cuándo has de acabar,
que ya me tienes molido?
¿piensas que arroz he comido
para tanto pasear?
Deja el paseo importuno,
que son terribles fracasos;
despues de cenar, mil pasos,
pero antes de ello, ninguno.

ESCENA II.

Dichos, doña Blanca, Inés y Tristan.

Doña Blanca.

¡Gracias á Dios que llegamos!
¿Has visto tal fuego Inés?

Inés.

El can del cielo parece
que está rabiando de sed,
y sin tener ambicion,
se transforma en Lucifer.

Doña Blanca.

Bien pudieran saludarte.

Inés.

Tiene poco de cortés,
y la oracion en su cielo
jamas se despacha bien.

Doña Blanca.

Abrasadas del calor,
aunque nuestra casa es
tan cerca, llegamos siempre.

Tristan.

Si tú pudieras tener
en casa aqueste jardin,
gozáras con quietud de él.

Doña Blanca.

Mejor en el campo están
estas casas de placer;
de mas, que por el silencio,
gusto que apartado esté.
Esto supuesto, y que esotro
agora no puede ser,
y es él salir de mi casa,
con el recato que ves,

solicito divertir
la imaginacion cruel;
que de inclinada á grosera
se suele pasar tal vez.
¿Quedó mi padre acostado?

Inés.

Recogido le dejé.

Doña Blanca.

¿Y Clara?

Inés.

Tu prima Clara,
atenta como cortés,
de tu casa, y mi señor,
es siempre guarda fiel.

Doña Blanca.

Por eso la dejo en ella.

Inés.

Bien pudieras una vez
traerla, que este agasajo
la debes á su merced.

Doña Blanca.

¿Volvióse el coche, Tristan?

Tristan.

Desde la esquina se fué.

Doña Blanca.

Pues entremos, que esta noche
temprano me he de volver.

ESCENA III.

Don Juan y Cerote.

Cerote.

Señor, ya hay caza en el soto.

Don Juan

Lleguemos.

Cerote.

No hay para qué,
porque en el jardin se entraron.

Don Juan

Sin duda debe de ser,
de estas reynas embozadas,
el pensil, ó el Aranjuez.

Cerote.

Otras vendrán.

Don Juan.

No haya miedo;
en el tiempo que yo esté
en el Prado; que aunque nunca
con ellas fui descortés,
me sigue aquesta fortuna.

Cerote.

Es una vinagre, y es
una loca, y una ciega,
una varia, y es por quien
se vé el mérito abatido,
y premiado el interes.
Trae un necio en la cabeza,
un entendido á los pies,
y con andar de esta suerte,
dá los pasos al reves.
Suele en el monte volar,
suele en el llano caer;
y al fin entre estas, y esotras,
es una pobre muger,
primogénita de Adan,
mas arrugada la téz,
que el devanador de siglos
dichoso matusalen.

Don Juan.

Calla loco.

Ceroie.

En estas cosas
no me puedo contener:
en un mísero, en un calvo
influya aquese desdén;
pero en tí, ni yo lo entiendo,
ni sé la causa por qué.

ESCENA IV.

Dichos, Blanca è Inés á la reja.

Doña Blanca.

Ya es tarde, y la soledad
puede dispensar, Inés,
que se diviertan de una alma
los sentidos otra vez..
La tardanza de don Juan
me ha dado casi á entender,
ó que ya está arrepentido,
ó que buen galan no es:
pero de esta fantasía
aquí me divertiré;
siempre lo que me está mal
llego mas presto á creer.
Repite en ecos suaves
la hermosura del clavel,
de la azucena, y la rosa
la púrpura y candidez;
de aquel girasol amante
la inclinacion mas fiel;
pues siguiendo al sol los rayos,
muere mientras no los vé.
Solemniza mas atenta
la dicha de aquel laurel,
que merece ser corona,

solo á su consorte amada,
que á un tiempo á todos divierte.
Bebido el cristal, mitiga
los ardores vehementes:
oido el pájaro, enamora;
tocadas las flores, huelen.
Permitid con este egemplo
que canten, y que me acerque;
porque el agrado no os ganen
las flores, pájaro, y fuente.

Doña Blanca.

Retórico caballero,
(aguárdate, Inés, no cierres)
que con palabras medidas
hablais tan discretamente,
las flores desabrochadas,
si se tocan, y se huelen,
en esas dos diligencias,
olor, y hermosura pierden.
Si la fuente al pasagero
remediar sus ansias suele,
tal vez la deja turbada
el mismo que el cristal bebe.
Si el ruiseñor canta ufano,
por eso pára en las redes,
y á manos de su dulzura
esposa, y libertad pierde.
Buscad, pues, para obligarme,
algo que pueda vencerme,
que en esos egemplos hallo
sentidos muy diferentes.

Don Juan.

A tal discrecion, señora,
no habrá quien pueda atreverse.

¿no es la voz en el jardín?

Cerote.

Si señor, y un serafin
pareció....

Doña Blanca.

No cantes mas....

Cerote.

En los acentos suaves.

Doña Blanca.

Porque ya se llega gente.

Don Juan.

No cantàn mas dulcemente
ni las fuentes, ni las aves:
quédate atrás, porque quiero
llegar solo á la ventana.

Cerote.

Será diligencia vana.

Don Juan.

Siempre has de ser majadero, (1)
Ya no daré un paso mas,
si el acercarme os ofende,
pierda una vida la gloria,
que de oír esa voz tiene.
Nunca rompieron las flores
la cárcel del boton verde,
dando su hermosura al prado,
para volver á esconderse;
nunca negó sus cristales
al pasagero la fuente,
que fuera piedad avara
correr para suspenderse;
no canta, no, el ruiseñor
sus dulcísimos motetes

(1) *Quieren cerrar cuando llegan.*

solo á su consorte amada,
que á un tiempo á todos divierte.
Bebido el cristal, mitiga
los ardores vehementes;
oido el pájaro, enamora;
tocadas las flores, huelen.
Permitid con este egemplo
que canten, y que me acerque;
porque el agrado no os ganen
las flores, pájaro, y fuente.

Doña Blanca.

Retórico caballero,
(aguárdate, Inés, no cierres)
que con palabras medidas
hablais tan discretamente,
las flores desabrochadas,
si se tocan, y se huelen,
en esas dos diligencias,
olor, y hermosura pierden.
Si la fuente al pasagero
remediar sus ansias suele,
tal vez la deja turbada
el mismo que el cristal bebe.
Si el ruiseñor canta ufano,
por eso pára en las redes,
y á manos de su dulzura
esposa, y libertad pierde.
Buscad, pues, para obligarme,
algo que pueda vencerme,
que en esos egemplos hallo
sentidos muy diferentes.

Don Juan.

A tal discreccion, señora,
no habrá quien pueda atreverse,

Doña Blanca.

¿Tan presto os dais por vencido?

Don Juan.

No es presto, que en un instante,
de vuestra alma lo galante,
me ha dejado suspendido;
no quiero ser atrevido
á la luz que me avasallo;
porque en mi discurso hallo,
que en esta empresa, que sigo,
mucho mas de lo que digo,
puede lo menos que callo.
Esta vez he de callar,
que aunque me puedo atrever,
suele una verdad perder,
si se permite esplicar;
ni se acobarda mi osar,
ni enmudece mi decir;
pero en tan noble sentir,
es mas cuerdo proceder,
callar para no ofender,
y escuchar para vivir.

Doña Blanca.

Si así callais, poco importa.
No es, Inés, muy bobo el hombre,
es discreto, y gentil-hombre.

Don Juan.

Mal mi afecto se reporta.
Dejad que peque de corta
esta vez mi lengua ruda,
porque ya mi ingenio duda.

Doña Blanca.

No habrá mucho que dudar,
que poco sabe obligar,
una lengua, si está muda.

Don Juan.

Enmudecer de escucharos
es respeto, y no es temor.

Doña Blanca.

No deja de ser error;
no teneis que disculparos.

Don Juan.

La primera vez, que hablaros
merecí (¡yo estoy perdido!) *ap.*
¿quereis qué sea atrevido,
y mas siendo forastero?

Doña Blanca.

No quiero tal, caballero,
vos andais muy advertido:
¿forastero sois? ¿á qué
habeis venido á la Córte?

Don Juan.

Quiera amor que me reporte. *ap.*
Hasta ahora no lo sé;
pero ya que el alma os vé,
ya lo sé, señora mia;
todo su poder le fia
á ese raro entendimiento.

Inés

¡Jesus, y qué atrevimiento!

Doña Blanca.

¡Jesus, y qué cortesía!
¿quereis que llegue á pensar,
que ya estais enamorado?
Muy mal lo habeis estudiado.

Don Juan.

No tengo mas que estudiar,
pues que ya os merecí hablar,
ya os quiero, ya me abrasé,
ya de una vez me cegué.

Inés.

Pues rece á santa Lucía.

Don Juan.

Toda es vuestra el alma mia.

Doña Blanca.

¿Por mi fe?

Don Juan.

Por vuestra fe.

Doña Blanca.

El primer enamorado
sois, señor, por el oido.

Don Juan.

¿Y no me basta un sentido
para quedar abrasado?
Demas, que me persuado
á que sereis muy hermosa.

Doña Blanca.

Ciencia teneis prodigiosa
¿y me lo sabreis decir?

Don Juan.

¿Cómo? ¿lo quereis oir?

Doña Blanca.

Es la ocasion muy forzosa.

Don Juan.

Da vida el sol, y no toca
al cuerpo en que predomina,
que á su influencia divina,
solo el rey le provoca.
El monte, el prado, la roca
se alientan á su luz pura;
mas perfecta criatura
sois vos por la discrecion;
¿pues qué grosera razon
os negará la hermosura?
No fuera el astro lucido

*

si tambien no fuera hermoso
al uno, y otro sentido:
viviera desvanecido,
si á él solo le diera Dios
belleza, y luz, y en los dos,
con disonancia cruel,
viera que gozaba él,
lo que no gozabais vos.
No ha de ser dificultosa
la persuasion gallarda
de una alma que se acobarda,
de advertida, ó de medrosa.
¿ Acaso no es poderosa
una palabra? ¿una accion
no bastó á mi persuasion,
si se perdió de atrevida,
ser cada acento una vida,
y un alma cada razon?
No estaré desauciado,
ya que de lo mas gozais,
de que muy bella seais,
antes vivo confiado;
que cuerpo, que está ilustrado
de un alma en todo tan clara,
la naturaleza avára
os dejára sin belleza,
y que aquella gentileza
compitiera á vuestra cara.

Doña Blanca.

Muy bien lo habeis discurrido,
aunque sois muy confiado;
al fin estais en el prado,
y sois muy recien venido.

Don Juan.

Obligaros he querido.

Doña Blanca.

Mitigad esos desvelos,
que hay espias en los cielos,
cuantas él contiene estrellas:
entreteneos, pues, en ellas,
porque tengo á quien dais zelos.
Vamos Inés; Dios os guarde. *Vase.*

Don Juan.

No he visto en toda mi vida
muger mas bien entendida.

Cerote.

Vamos, señor, que es ya tarde.

Don Juan.

Aguardad, ya el alma os sigue.

Inés.

Si es así, ¿de qué se queja?

ESCENA V.

Don Juan y Cerote.

Don Juan.

Haré pedazos la reja.

Cerote.

Algun diablo nos persigue.

Don Juan.

Vive Dios, que me ha picado
aquesta muger, Cerote.

Cerote.

¿Hay mas de pegarla un trote,
pues la tienes en el prado?
Aunque si picado estás,
tu eres el que has de correr,
que tiene traza de hacer,
que trotes, y corras mas,
que el mas ligero rocin:

yo lo fio, si aquí vuelves.
¿Qué es, señor, lo que resuelves?

Don Juan.

Adorar este jardin;
pero antes que aquí venga,
quiero á Blanca conocer,
porque ya es tiempo de bacer,
que mi industria lo prevenga:
lograré así mi intencion.

Cerote.

¿Y si las dos fueren bellas?

Don Juan.

Hará mi maña con ellas
cátedra de oposicion.

Cerote.

Tú bien lo puedes hacer;
pero es terrible indecencia,
que no sufre competencia
con la dama, la muger.

Don Juan.

Ni Blanca agora es mi esposa,
ni esta señora mi dama,
y así de las dos la fama
no puede quedar quejosa;
demas, que de mis disfraces
nadie lo podrá saber.

Cerote.

Ya la empiezas á ofender,
pues no ignoras lo que haces.

Don Juan.

No repliques, majadero,
que agora no es ocasion:
haz oficio de bufon
y deja el de consejero.

Cerote.

Mucho; señor, me has honrado.
Por Cristo que se enojó. *ap.*

Don Juan.

Este título doy yo
si es bachiller, al criado.

Cerote.

Oficio de calidad
tengo con ese egercicio.

Don Juan.

Siempre reparto el oficio
conforme la habilidad;
pero ya no hay que perder
tiempo, manos á fingir.
Agora no puedo ir,
pero mañana ha de ser
de noche tengo de entrar.

Cerote.

Gusto tienes de señor.

Don Juan.

Con las tinieblas, mejor
me podré allí disfrazar.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Doña Clara y don García.

Don García.

Esto en fin, señora mia,
la direis, que no es razon,
que pase mi inclinacion
de amor á su grosería;
que yo me sabré morir,
pues que infeliz llegó á ser,
ya que así veo perder

lo que pensaba adquirir.
Yá los papeles entrego, (1)
que en esta secretaría
quiere la desdicha mia,
que deje el oficio luego.
Siempre, Clara, lo temí,
pues siempre mi amor ha hallado
con el semblante enojado
cuando me dió el sí;
y es consecuencia muy clara
de ser fingido el favor,
tener solo en el rigor
desembozada la cara.
No quiero dar el retrato,
con lo demas podeis iros,
porque le gané á suspiros,
y no me costó barato.
Decídselo así á mi ingrata,
pues darla no será justo,
con el retrato otro gusto
si darme la muerte trata.
El mundo lo ha de saber,
á voces lo he de decir,
porque no se ha de reir
mirándome padecer.
De rabia y de zelos muera,
muera de rabia y de agravios,
no gocen de amor sus lábios
cuando yo me desespera;
¿Si no es verdad que me amó,
para qué me hizo favores;
y con fingidos amores
civilmente me engañó?

---

(1) *Dále unos billetes.*

Esto ha de ser, doña Clara,
ya no tengo sufrimiento,
feneció mi entendimiento
mi vida en nada repara.
Pregonero á voces seré,
déjame perder el seso,
que de mi enojo con eso
capaz disculpa tendré.
¿Estas las promesas son
tantas veces repetidas?
¿así las veo cumplidas?
¡Ah villana condicion!

Doña Clara.

Reportaos por vuestra vida.
¡O suerte infeliz y avara! *ap.*

Don García.

No hay que aconsejarme, Clara,
mi Blanca una vez perdida.

Doña Clara.

¿Tan presto lo habeis creido?
Todo se ha echado á perder. *ap.*

Don García.

¿Pues podrá dejar de ser
si es ya don Juan su marido?

Doña Clara.

No es, que no hay mas de un concierto,
y uno á otro no se han visto.

Don García.

¡Qué mal mis penas resisto! *ap.*

Doña Clara.

¡Qué mal mis zelos divierto! *ap.*
¿No puede ser, que al mirarse
no se conformen los dos,
y prefiriendoos á vos,
deje Blanca de casarse?

porque aun vivis en su pecho,
y pues que nada os ha dicho,
es muy terrible capricho
elegir ese despecho.
¿Qué hay en esto que dudar?
bien os podeis persuadir;
empezad, pues, á vivir,
y dejaos ya de matar.

Don Garcia.

Aunque puede ser así,
temo, Clara, un grave mal;
que ventura, y gloria tal
no querrá llegar á mí.

Doña Clara.

Espera, y vuelve á leellos,
y haz que tu amor persevere.

Don Garcia.

Por si así no sucediere,
quedate, Clara, con ellos,
y á Dios, en tanto que voy
á morir, y padecer.
¡Qué de otro ha de ser muger!
¡Qué desdichado que soy!

ESCENA VII.

Doña Clara.

¿A donde vais, ansias mias?
Volveos atras, pensamientos:
¿ha de hacer una quimera
lo que una verdad no ha hecho?
¿Cómo es posible que yo
favor tan vil apetezco,
pues al decoro de Blanca,
y á mi tan liviana ofendo?

¿Yo he de apetecer favores
(de decirlo me averguenzo)
que para agenos oidos
se estudiaron, ó se hicieron?
¿Yo he de aguardar que se sepa
la fealdad de mis escesos,
y he de deber á una injuria,
lo que á mi misma no debo?
Don García á Blanca adora,
Blanca ignora sus deseos;
yo le engaño, y en la culpa,
lo mismo que gano, pierdo.
Tomando el nombre de Blanca,
algunas noches le veo
al balcon, que de los mios
casi murmuran sus yerros.
Como no he podido verle
cuatro noches ha, sus zelos
á obediencia se han pasado
del tratado casamiento.
No he de poder remediarlo,
porque mi tio don Pedro
en el cuarto de los novios
ha metido su aposento,
cuya ventana servia
al mas bien perdido tiempo,
y para todas las puertas
las llaves de nuevo ha hecho.
¿Qué haré, pues, que sin alivio
en mi mismo agravio peno,
y á manos de lo que toco,
no sé si vivo ó si muero.
Yá fenecio de mi amor
el mas piadoso remedio,
y ya al dolor que me oprime

se añadió el mayor tormento.
Todo ha de ser imposibles,
sin que baste el privilegio
de amor, y sin que mis ansias
den alivio á tanto empeño.
¿Diréle mi amor, diréle
mis bien nacidos desvelos,
que es dueño de mi alvedrío,
y de mis potencias dueño?
¿Diréle que de esta llama
aplaque el preciso incendio,
pues sobra para holocausto
el mas leve pensamiento?
¿Diré á Blanca que me abraso,
y que es un volcan mi pecho,
sin que nazca salamandra
de lo activo de su fuego?
¿Diréla de mis cautelas
mi alevoso atrevimiento,
publicando mis congojas,
y dando á entender mis zelos?
No lo diré, muera el alma
de tanto pesar en medio,
pues ya para tantas penas
vive casi sin aliento.
Si á él se lo digo, ¿quién duda
que ha de irritarle, y que haciendo
donaire de mis locuras,
solicitará su empleo?
pues que vive persuadido
que Blanca le adora, siendo
un desengaño intimado
causa de otro desacierto.
Si á ella se lo digo, es fuerza
que sepa todos los medios.

que he tenido, y todos juntos
se atreven á su respeto,
porque es fuerza errarlo todo,
si las circunstancias niego.
¡Que desdichada es la causa,
que en la verdad tiene el riesgo!
¿Pues que hemos de hacer, desdichas,
en laberinto tan ciego,
si no hay remedio que sea
de tanto enigma el Teseo?
Morir de una vez; fenezcan
los cobardes instrumentos, (1)
que á tanto osar temerario,
infame principio dieron.
Mas átomos os haré,
que arenas tiene el imperio
de esa diafana campaña,
de ese salobre elemento.
Morí así, beban los ojos
los pesares mas disueltos,
que á quien le sobra la vida
no teme ningun veneno.
Mas, ¡ay de mí, y de mi enojo!
que entre lo mismo que siento,
cuando á un enemigo mato,
me mata el mismo que venzo;
y entre el pesar, y el agravio,
entre el amor, y los zelos,
todo es muerte, y nada es vida,
todo es golfo, y nada es puerto.

---

(1) *Rompe los papeles y deja uno.*

ESCENA VIII.

Doña Clara, doña Blanca é Inés.

Doña Blanca.

Clara, cesen tus enojos
porque ha rato que te escucho,
y temo, que el mal es mucho;
pues que te sale á los ojos.
Los suspiros mal pagados,
y las penas repetidas
á ellas sobran de sentidas,
lo que á ellos de llorados.
Mas pues lo supo el perdon,
guardaré yo este papel
que quisiste hacer con él
un Auto de Inquisicion.
veréle, que considero
que quien así te ha ofendido
está pobre de entendido
cuanto rico de grosero.

Doña Clara.

Prima señora, no es justo

Doña Blanca.

No te dé, Clara, cuidado
que no te ha de dar enfado
el que pretende tu gusto.
Cuando algun padre se irrita
con el hijo inobediente,
el vecino, ó el pariente
de las manos se le quita:
yo en riesgos tan inhumanos,
como el padre está cruel,
porque no muera el papel
se le quito de las manos.

Tuya es la letra, y arguyo
de tan precisas señales,
que aunque no en meses cabales,
ha sido el hijo muy tuyo.
Mas disimula, que viene
mi padre.

ESCENA IX.

Dichas y don Pedro.

Don Pedro.

Blanca,
de qué tratais? ¿qué doctrina
vuestro discurso entretiene?

Doña Blanca.

Como estamos tan de boda
todo es hablar de casados.

Don Pedro.

Huélgome, que á esos cuidados
tu inclinacion se acomoda.

Doña Blanca.

Pero dáme grande pena
de que aun no venga mi esposo.

Don Pedro.

El lance ha sido forzoso,
y porque no estés agena
Así la divertiré.

Doña Clara.

¡Hay amor mas desgraciado!
¿á un delito averiguado,
qué descargo prevendré?
Ya está hecho, ya no tiene
absolucion esta culpa.
¿ha de faltarme disculpa?
¿tan poco mi amor previene?

No supe el papel guardar;
desde hoy empiezo á fingir,
y si no basta mentir,
habréme de declarar.

ESCENA X.

Dichos y Tristan.

Tristan.

Un mozo muy cortésano,
aunque mozo de camino,
pregunta por tí; imagino,
porque la trae en la mano,
que quiere darte una carta.

Don Pedro.

Dile que entre.

Tristan.

Entrad, galan,
qué juntos todos están.

ESCENA XI.

Dichos, y don Juan disfrazado de criado con una carta en la mano.

Don Pedro.

Déjale llegar, aparta:
¿si es de don Juan de Alvarado?

Ines.

¡O qué bravo embajador!

Don Pedro.

Traza tiene de señor.

Ines.

Y brújula de alentado;

Don Juan.

Esta carta, señor mio,

es de don Juan de Alvarado,
mi señor.

Doña Blanca.

¡Galan criado! *ap.*

Don Juan.

¡Bellísima cara, y brio! *ap.*
Ya de color le dejé,
y muy presto ha de venir.

Don Pedro.

¿Y cuándo habeis de partir?

Don Juan.

En Madrid le aguardaré;
(el alma en su incendio vive) *ap.*
porque así me lo ha mandado.

Don Pedro.

Está muy bien ordenado:
quiero ver lo que me escribe. (1)

Inés.

En verdad, que el sobre-escrito
del reverendo escudero
trae porte de caballero:
desde hoy le solicito.

Don Pedro.

Blanca, de don Juan estás
favorecida; y así,
la cubierta es para mí,
y para tí lo demás.

Don Juan.

¡Qué descortés sinrazon *ap.*
le propone á mi ventura,
en una cierta ventura
una dudosa opinion!
¡Válgame el cielo! á no estar 1

---

(1) *Abre la carta, y lee.*

de su fama sospechoso,
la diera luego de esposo
la mano. ¡Ah fiero pesar!

Don Pedro.

Escucha lo que me escribe,
porque tú has de responder.

Doña Blanca.

Señor, con ese poder
mi obediencia se apercibe.

Don Pedro.

Lee. *La prisa, señor mio, disculpa la brevedad de esta: un negocio preciso me estorba, del cual mas de espacio os informará Antonio, criado mio, que es el portador, y de quien hago toda confianza: lleva orden de aguardarme en Madrid. Yo atropellaré dificultades para ir á besaros la mano, con la de Blanca; cuyas vidas guarde el cielo las edades de mi voluntad.* Toledo, &c.

¿Qué no os habeis de volver?

Don Juan.

Aquí me mandó esperar;
que poco se ha de tardar *ap.*
en mirar, y conocer.

Don Pedro.

Vamos, Blanca; y vos, Tristan,
dad buen aposento á Antonio;
dé el regalo testimonio
de que es cosa de don Juan.

Don Juan.

El cielo, señor, te guarde.

Inés.

Bachillerejo es el hombre!

Doña Blanca.

Nada; prima mia, te asombre.

Don Pedro.

Venid las dos, porque es tarde.

Doña Clara.

Quiera amor que venga luego, *ap.*
y que con ella se case;
porque de una vez me abrase
este apetecido fuego.

Don Juan.

El aposentarme en casa *ap.*
ha sido cosa escelente;
mas quiero ser obediente,
veré mejor lo que pasa.

Inés.

Con el forastero me alzo: *ap.*
lo que se usa quiero hacer;
¿para qué soy yo muger
si el criado no me calzo?

ESCENA XII.

Decoracion de Calle.

Don Garcia.

¿Qué no intentará quien ama,
si entre confusas pasiones
está vivo en lo que siente,
y muerto en lo que conoce?
Humana deidad, que ultrajas
los pensamientos mas nobles,
permitiendo que en su agravio
se resuelvan, ó se ahoguen;
¿de que sirvieron aquellos
tan repetidos favores,
hermoso hechizo de un alma,
veneno dulce de un hombre?

Muriera yo de adorarte,
murieran mis pretensiones
de finas; que así mi vida
no temiera el fatal golpe;
pues para afligir el alma
es el mas cortés estoque,
no el que penetra mas vivo,
sino el que hiere mas dócil.
¿Tan allá vives, y dejas
que así un amante zozobre
en el mar de sus desdichas
á manos de sus rigores?
No, Blanca, vuelve por tí;
y por si acaso me oyes,
responde, porque mi amor
tanto afecto no malogre.

ESCENA XIII.

Don García y don Juan.

Don Juan.

Si no me engaño, hacia allí
me parece que está un hombre:
callar, y escuchar importa.

Don García.

Autoriza esos balcones,
Blanca hermosa, vuelva el dia
antes que pase la noche.

Don Juan

¡Cielos, ¿qué es esto qué escucho? *ap.*

Don García.

Pirata de tus amores
he vivido mariposa,
tan en el riesgo conforme,
que siempre acusé de tibios

los rayos que bebí entonces.

Don Juan.

¡Qué siempre acusé de tibios *ap.*
los rayos que bebí entonces!
¡Ah vil muger! ¿así manchas
tu honor con un trato doble?

ESCENA XIV.

Dichos y doña Clara á la reja.

Doña Clara.

¡O industria, y lo qué has podido!
quiera amor no se malogre
mi diligencia.

Don Juan.

A la reja
de muger una voz se oye.

Doña Clara.

El cuarto se dejó abierto,
Inés, yendole á cerrar.

Don Juan.

Quierome un poco acercar,
porque á entenderla no acierto.

Doña Clara.

Si estuviera aquí García.

Don García.

Ya la ventana han abierto.
¿Es Blanca?

Doña Clara.

Mi bien es cierto.

Don Juan.

Tambien la desdicha mia.

Doña Clara.

¿Qué dudas? tu Blanca soy.

Don García.

Dudo, porque considero....

Don Juan.

¡Qué yo nací caballero,
y que esto escuchando estoy!

Don Garcia.

Que es violencia de una gloria.

Don Juan.

Morirá antes de ir de aquí.

Don Garcia.

¡Mirarme ofendido allí
y hallarme aquí con victoria!
¿Si es que os habeis de casar,
porqué me favoreceis?
¿no es mejor que me dejeis
morir y desesperar?
No procede con engaño
la que es principal muger.

Doña Clara.

¡Qué fácil sois en creer!
mucho menor es el daño.

Don Garcia.

¿Pues no es verdad que os casais?

Doña Clara.

No tengo de ello intencion;
quejoso está el corazon
solo en que vos lo creais.

Don Juan.

¡Qué escuche tal insolencia!
¿Qué dudo? ¿qué me acobardo?
¿Para que en matarle tardo
si la culpa es evidencia?

Doña Clara.

Que estabais muy enojado
me dijo Clara, y por Dios,
que estoy quejosa de vos,
pues sin haberme casado....

Don Juan.

Dice bien: ¿para qué quiero, *ap.*
porque sea mas dichoso,
de arrojado, ó de zeloso
dar muerte á este caballero?

Doña Clara.

Una culpa, y otra culpa
me acumulais sin razon,
y mi noble corazon
aun no previene disculpa,
porque solo á vos adora,
y como al alma os estima.
Perdone esta vez mi prima. *ap.*

Don Garcia.

Mi bien, mi Blanca, señora,
en tan amorosa calma
apetecen mis sentidos,
para ser agradecidos,
tener duplicada el alma;
pero la que tengo es vuestra.
¿Blanca, habeis de ser muy mia?

Doña Clara.

Como lo es la luz del dia:
bien claro mi amor lo muestra.

Don Juan.

Vive Dios, que ya me enfado *ap.*
de que sean tan amigos,
y para ser enemigos
sobra el concierto tratado.

Don Garcia.

¿Y don Juan?

Doña Clara.

No le nombreis.

Don Garcia.

Dígolo, porque es mi amigo.

Don Juan.

Pues ya sobra éso testigo *ap.*
á que libre no quedeis. (1)
Para que otra vez, villano,
correspondais de otra suerte
á vuestro amigo, la muerte
os he de dar de mi mano...

Don Garcia.

Cualquiera que eres, traidor,
morirás, viven los cielos.

Don Juan.

Conmigo riñen mis zelos. *ap.*

Don Garcia.

Conmigo riñe mi amor. *ap.*

Doña Clara.

Adelante el daño pasa.
¡Qué tantas desdichas mire!
Forzoso es que me retire, *Ruido dentro.*
que se alborota la casa. *Vase.*

Don Juan.

¡Que tarde en matarte tanto!
¡Ah traidor, y falso amigo! *ap.*

Don Garcia.

¡Qué tanto durès conmigo!
de mi cólera me espanto.
Hácia aquí siento ruido.
Aquí te vendré á buscar,
que me es forzoso ocultar
para no ser conocido.

Don Juan.

Por eso mismo lo aceto.

Dentro don Pedro.

Saca esa luz, Tristan, presto.

(1 *Meten mano y acuchillanse.*

ESCENA XV.

Don Juan, don Pedro con la espada desnuda, y Tristan con una hacha encendida.

Don Pedro.

¿Es Antonio? ¿Pues qué es esto?

Don Juan.

Perdió aquí un hombre el respeto
á una muger, y enfadado
de que se haga tal vileza,
le rompí yo la cabeza.
Dísimulemos, cuidado. *ap.*
De su amigo, (¡accion cruel!)
escuché que era la dama,
y así volví por su fama,
pues no lo supo hacer él.

Don Pedro.

Mejor fuera sosegado
estar, pues nada os importa.

Don Juan.

Mal el hombre se reporta,
cuando se precia de honrado.

Don Pedro.

Por Dios, que estas atenciones *ap.*
en sentir, y en responder,
de hombre sín duda han de ser
de muchas obligaciones.

ESCENA XVI.

Dichos y doña Blanca á la reja de donde se quitó doña Clara.

Doña Blanca.

¿Quién la quietud de mi casa,

cielos, tan tarde alborota,
y dá lugar que mi padre,
salga á la calle á estas horas?
Señor, señor.

Don Juan.

¡Ah enemiga! *ap.*

Don Pedro.

¿Blanca, de que te alborotas?
Oí á la puerta ruido
de cuchilladas, y á costa
de esta poca de inquietud
salí de mis dudas todas.
Antonio, que es muy valiente,
dá ocasion á tales cosas.

Doña Blanca.

¿Antonio, con quién, ó como?

Don Juan.

Supuesto que tú lo ignoras,
mal lo podré yo decir.
¡Ah cruel, falsa, alevosa! *ap.*

Doña Blanca.

¿Pues yo por qué he de saberlo?

Don Juan.

Porque pareceis curiosa.

Don Pedro.

Mas teneis vos de arrojado
con temeridades locas.

Don Juan.

Tienes razon, soy un necio.

Don Pedro.

Blanca, retirate agora,
que ya se acabó el cuidado.

Doña Blanca.

Ya te obedezco.

ESCENA XV.

Don Juan, don Pedro con la espada desnuda, y Tristan con una hacha encendida.

Don Pedro.

¿Es Antonio? ¿Pues qué es esto?

Don Juan.

Perdió aquí un hombre el respeto
á una muger, y enfadado
de que se haga tal vileza,
le rompí yo la cabeza.
Disimulemos, cuidado. *ap.*
De su amigo, (¡accion cruel!)
escuché que era la dama,
y así volví por su fama,
pues no lo supo hacer él.

Don Pedro.

Mejor fuera sosegado
estar, pues nada os importa.

Don Juan.

Mal el hombre se reporta,
cuando se precia de honrado.

Don Pedro.

Por Dios, que estas atenciones *ap.*
en sentir, y en responder,
de hombre sin duda han de ser
de muchas obligaciones.

ESCENA XVI.

Dichos y doña Blanca á la reja de donde se quitó doña Clara.

Doña Blanca.

¿Quién la quietud de mi casa,

de esta sirena engañosa,
de este traidor cocodrilo,
de esta lisonjera rosa,
que el rigor de las espinas
sabe encubrir con las hojas;
de este embeleso sin gusto,
de este afan sin vanagloria,
de este sol sin hermosura,
de aquesta mentira hermosa,
que mata, rinde, despide,
atrae, engaña, aprisiona,
atormenta, halaga, obliga,
martiriza, y enamora
el alma, el gusto, el honor;
y en fin, de la que en sus sombras
afeó con liviandad
la hermosura de su honra.

ESCENA XV.

Don Juan, don Pedro con la espada desnuda, y Tristan con una hacha encendida.

Don Pedro.

¿Es Antonio? ¿Pues qué es esto?

Don Juan.

Perdió aquí un hombre el respeto
á una muger, y enfadado
de que se haga tal vileza,
le rompí yo la cabeza.
Disimulemos, cuidado. *ap.*
De su amigo, (¡accion cruel!)
escuché que era la dama,
y así volví por su fama,
pues no lo supo hacer él.

Don Pedro.

Mejor fuera sosegado
estar, pues nada os importa.

Don Juan.

Mal el hombre se reporta,
cuando se precia de honrado.

Don Pedro.

Por Dios, que estas atenciones *ap.*
en sentir, y en responder,
de hombre sin duda han de ser
de muchas obligaciones.

ESCENA XVI.

Dichos y doña Blanca á la reja de donde se quitó doña Clara.

Doña Blanca.

¿Quién la quietud de mi casa,

me dijo; y de dos cachetes
me barajó los molletes,
que no sé como aquí hablo:
y prosiguió: "vé al jardin,
»adonde anoche estuvimos,
»y pues que un demonio vimos,
»busquemos un serafin.
»No hay que aguardar, yo estoy loco." =
Y yo tambien, vive Dios;
locos estamos los dos:
señor, repórtate un poco. =
"No hay que tratar, no hallo medio,
»ya todo á pique se echó,
»el achaque se empezó,
»y ya feneció el remedio."
Conocíle en sus desvelos,
y en lo mas de lo que hablaba,
que en el pecho le picaba
el aguijon de los zelos.
Una sombrilla con pies,
estando su amor en paz,
diz que le ha manchado el haz,
y le ha vuelto del embés.
Mandóme, que aquí le espere,
porque me puede mandar;
en fin yo le he de esperar,
y venga cuando viniere.

ESCENA II.

Cerote, y Blanca é Inés á la reja.

Doña Blanca.

¿Que tuvo, Inés, aquel hombre,
que condenó á mis sentidos
severamente á un desvelo,

Don Pedro.

Venid las dos, porque es tarde.

Doña Clara.

Quiera amor que venga luego, *ap.*
y que con ella se case;
porque de una vez me abrase
este apetecido fuego.

Don Juan.

El aposentarme en casa *ap.*
ha sido cosa escelente;
mas quiero ser obediente,
veré mejor lo que pasa.

Inés.

Con el forastero me alzo: *ap.*
lo que se usa quiero hacer;
¿para qué soy yo muger
si el criado no me calzó?

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

Don Garcia.

¿Qué no intentará quien ama,
si entre confusas pasiones
está vivo en lo que siente,
y muerto en lo que conoce?
Humana deidad, que ultrajas
los pensamientos mas nobles,
permitiendo que en su agravio
se resuelvan, ó se ahoguen;
¿de que sirvieron aquellos
tan repetidos favores,
hermoso hechizo de un alma,
veneno dulce de un hombre?

á buscárosla me obligó.

Inés.

¿Quién sois? lindo atrevimiento.

Cerote.

Siervo, señora, aunque indigno,
del hidalgo de antenoche.

Doña Blanca.

¿Pues bien, y con que designio
os atreveis á estas rejas?

Cerote.

Aguárdole, y como he visto,
que amaneceis como aurora
entre nácares, y armiños
á dar vida á aquestas flores,
he querido del rocío
participar; que no siempre
de este apacible prodigio
han de gozar ellas solas;
que en rigor, lugar mas digno
pueden tener en un pecho,
que en sus hojas, y capillos.

Doña Blanca

¿Tambien sois vos bachiller?

Cerote.

El grado tomar me hizo
en sus escuelas mi amo,
y su ingenio peregrino
me abonó de suficiente.

Doña Blanca.

¿Y adonde está entretenido
á estas horas?

Cerote.

Estará
en la casa de su tio
dando al diablo su muger.

Doña Blanca.

¿Pues es casado?

Cerote.

Quedito,
y preguntadme con tiento,
que tiene el cuento peligro.

Doña Blanca.

¿Pues por qué?

Cerote.

Porque ha seis dias,
que de Toledo ha venido
á casarse: antes de hacerlo,
examinó unos testigos
de la virtud de su esposa;
como él pretende no han sido,
y así mañana se vuelve.

Doña Blanca.

Mala fortuna han tenido
las pruebas de esa señora.

Cerote.

Tan malas, que nos partimos
al amanecer sin falta.

Doña Blanca.

Pues en verdad, que antes de iros,
me habeis de decir quien es
vuestro amo.

Cerote.

Lindo aliño
teneis; pues si yo pudiera.....
Si me aprieta yo lo digo; *ap.*
que en los dias de mi vida
guardar secreto he podido.

Doña Blanca.

Ea, acabad, por mi vida.

Cerote.

A vuestro gusto rendido
estaré; pero en aquesto,
no sé, señora, en qué os sirvo.

Doña Blanca.

Haréisme mucha lisonja.

Cerote.

Allá vá; yo me desliso. *ap.*

Doña Blanca.

¿No me lo decís? Inés, *ap. á Inés.*
no sé que internos avisos,
el recato de este hombre,
en mi pecho han producido
temores, venenos, ansias,
que groseros, y atrevidos
ya me atormentan el alma.
¿No acabais?

Cerote.

Un parasismo,
que me ha causado el respeto,
me detíene.

Doña Blanca.

Este bolsillo,
con el oro que atesora,
os curará.

Cerote.

¡Jesucristo,
y qué bravo sacabuche!
¿Si yo os lo digo pasito,
no guardareis el secreto?

Inés

No saldrá de aqui en un siglo.

Cerote.

Pues va de cuento. ¡Ah dinero, *ap.*
las vilezas que se han visto

por tí! Siendo tan hermoso
estás lleno de delitos.
Don Juan de Alvarado es,
señora, mi amo, hijo
de don Luis de Alvarado,
y demas de esto, sobrino
de don Diego de Alvarado;
y es de los Alvaradicos
este venerable joven
la postre, sino el principio.

ESCENA III.

Dichos, y don Juan al paño.

Cerote.

En casa de su muger
se ha disfrazado, y fingido,
que es Antonio su criado,
y solo á mí me lo ha dicho,
porque sabe hacer papel
de criado, y de marido.
Que una fantasma de noche
le ha dado ciertos indicios
de recelos, que no entiendo,
y temores, que examino.

Doña Blanca.

Hombre, vete poco á poco,
que me harás perder el juicio.

Cerote.

Y por eso las afufa;
porque es un pesado aliño
traer, sin ser de provecho,
en las sienes los colmillos.
¡Bien haya, amen, su eleccion!

Inés.

Y mal haya, amen, tu pico. *ap.*

Cerote.

Ya, señora, lo sabeis;
porque estorvo, me desvio. (1)

Don Juan.

Todo lo que pasó anoche *ap.*
este infame ha repetido.
Vive el cielo, infame, vil,
bárbaro, aleve, atrevido,
que te mate.

Doña Blanca.

¿Pues por qué?

Don Juan.

Porque miente en cuanto ha dicho.

Cerote.

Así, señora, ha pasado.
Prosigamos, pues lo ha oido. *ap.*

Don Juan.

Perdonad á este borracho,
porque él no sabe otro estilo
de hablar; al fin es un loco,
y pronuncia desvários.

Doña Blanca.

¿Inés, qué es esto que escucho?
¿cómo he podido sufrirlo?
¡Qué hubiese de conocerle
al tiempo que está ofendido!
pero detenerle importa
en tanto que lo averiguo.

Don Juan.

¿Qué os suspende, mi señora?

---

(1) *Sale don Juan.*

Doña Blanca.

Como miro vuestro brio;
y vuestro ingenio, señor,
me pesa, que sea tan tibio
un hombre, que es tan discreto;
pues con tan pequeño indicio,
como es mirar una sombra,
os disteis ya por vencido.

Don Juan.

Hay sombras, señora, que hablan:
vive Dios, que aun en decirlo
me corro: dejemos esto.

Doña Blanca.

Como fuéredes servido.
Con tanto golpe de penas *ap.*
no puedo, aunque me resito.

Don Juan.

Si gustais que convalezca
de este afrentoso martirio,
y que muera mariposa
á vuestros ojos divinos,
haced que la llama crezca,
y que el calor mas activo,
sin reparar en el riesgo,
me convide al precipicio.

Doña Blanca.

Mucho vuestro atrevimiento,
hidalgo, ésta vez ha sido.

Don Juan.

Si lo fué, culpad á un alma,
que vive solo de otros.

Doña Blanca.

Pues sabré yo enmudecer,
porque cese ese delirio.

Don Juan.

No ha de ser vuestra la pena
si yo confieso el delito.

Doña Blanca.

No estoy para disputar.
No haré poco si lo finjo. *ap.*

Don Juan.

Para partirme mañana
es muy bueno ese desvío,
que estaba para ausentarme,
y en él he hallado el camino.

Doña Blanca.

¿Resuelto estais á ausentaros?

Don Juan.

Desde aquí lo determino.

Doña Blanca.

¡Qué haré, cielos, qué me abraso! *ap.*
Antes quisiera pediros....
pero ya no os pido nada;
id con Dios. Yo desatino. *ap.*

Don Juan.

El os guarde.

Doña Blanca.

Inés, escucha:
ya sabes que al honor mio
importa que no se vaya,
y aquí advierto, que es preciso,
que pues don Juan, del criado
anda siempre dividido,
cuarto en alguna posada
tiene para sus designios.

Inés.

Eso es llano.

Doña Blanca.

Pues agora,
no se ofrece otro camino,
al criado le pregunta,
como que lo haces de oficio,
donde viven.

Inés.

¡Ah hidalgo!
aguardad, si sois servido.
¿Donde vive vuestro amo?

Cerote.

De la calle el apellido
tiene un poquillo de riesgo:
en la del Lobo vivimos.

Inés.

Mucha merced me habeis hecho.

Don Juan.

¿Vienes?

Cerote.

Ya, señor, te sigo.
Dios os guarde.

Inés.

Y con vos vaya.

Don Juan.

Vamos, dolores esquivos,
á huir de un bien que idolatro,
y de un engaño que finjo.

ESCENA IV.

Doña Blanca é Inés.

Doña Blanca.

Vamos, paciencia, con tiento,
porque hay muchos enemigos:
halle esta vez la prudencia

Inés.

Apartaos, que á lo que veo
se quieren ya retirar. *Apártanse.*

Doña Blanca.

Digo que estoy muy ufana
con la merced que me haceis.

Don Juan.

Advertid, que me ofendeis:
yo soy, señora, quien gana.

Doña Blanca.

¿Habeis de iros mañana?

Don Juan.

Como mi alcaide quisiere.

Doña Blanca.

Eso es decir que os espere.

Don Juan.

Eso es decir que me aguarde.

Doña Blanca.

Mi amor en don Juan se arde. *ap.*

Don Juan.

Mi vida en sus ojos muere. *ap.*

Doña Blanca.

Ya os quedais, señor, conmigo.

Don Juan.

¿Con quién mejor que con vos?

Doña Blanca.

Ya somos uno los dos.

Don Juan.

El mismo cielo es testigo.

Doña Blanca.

¿Habrá en el campo enemigos?

Don Juan

Nada habrá que os acobarde.

Doña Blanca.

Será venturoso alarde.

en la esfera de mi aliento.
Blanca, á buscar tu rigor
vengo en tu hermoso desden;
si te ofendes, culpa á quien
es aliento de mi amor.

ESCENA VI.

Don Garcia y doña Clara al paño.

Don Garcia.

Culpa en tus hermosos ojos
el iman de mis sentidos;
mira como estan rendidos,
y cesarán tus enojos;
culpa de una alma rendida
la inclinacion mas fiel,
que mirándote cruel,
la cansa su misma vida:
no culpes, hermoso dueño,
á quien nada vive en sí,
sino á quien estando en tí
hace preciso el empeño; (1)
y en fin, si ya tu cuidado
se enoja de mi porfia,
trueca por el ansia mia
la desazon de tu enfado.

Doña Clara.

¡Ah, pluguiera á mi dolor, *ap.*
que estas finezas que he oido,
por Blanca no hubieran sido!
¡O qué desdichado amor!
Despechada estoy, ¿que haré?
mas ya me ha visto Garcia.

(1) *Sale doña Clara.*

¿Cómo ciega pasion mia,
de esta visita saldré?

Don Garcia.

Clara, esta fuerte pasion
me ocasiona entrar aquí,
que estoy tan fuera de mi,
que ya no tengo eleccion.
Su ardor un volcan no iguala,
y arrastrando á mi despecho,
sin advertir lo que ha hecho,
me ha metido en esta sala.
¿Veré esta noche á mi bien?
dá buena nueva á mi amor;
aplaquese este rigor,
no crezca con el desden.
¡Qué no pueda mi porfia,
por mas que se lo he rogado,
ni en su casa, ni en el prado
hablarla una vez de dia!
Aunque si sus ojos bellos
dos soles son, yo he mentido,
¿quién podrá estar advertido,
cuando está pensando en ellos?
Decid que salga acá fuera,
que merezca yo está gloria,
porque cante la victoria.

Doña Clara.

Ya mi amor se desespera. *ap.*

Don Garcia.

Id, Clara, por vuestra vida.

Doña Clara.

Ya que no me basto yo, *ap.*
piérdase todo; pues no
tiene otra cura la herida.
Don García (bien se ordena) *ap.*

Blanca esta noche ha querido,
(tanto su amor ha podido)
dar alivio á vuestra pena :
en casa quiere que entreis,
ya sabeis la falsa puerta,
á las doce estará abierta,
por eso no os descuidies ;
y á Dios. porque está ocupada.

Don Garcia.

El os guarde. ¿ Amor, qué es esto ?

Doña Clara.

Echó mi fortuna el resto,
pues vivo desesperada.

ESCENA VII.

Doña Clara, doña Blanca é Inés.

Doña Blanca.

Clara está aquí, echarla importa.
¿ Clara, qué tienes qué hacer ?

Doña Clara.

Yo, solo en obedecer
tus mandatos. Mal reporta *ap.*
mi pasion lo que le aqueja.

Doña Blanca.

Ya lo sé, mas con Inés
tengo que hacer ; ven despues,
y agora á solas nos deja. *Vase Clara.*
Inés, en esta pena que me aflige,
padecen dos, mi amor, y mi decoro :
ausentarse de aquí don Juan elige ;
y aunque la causa sé, la causa ignoro.
Mi pundonor aquí un remedio elige,
quiero saber el daño, pues le lloro.
Este papel al punto á don Juan lleva,

porque aquesa fineza mas me deba. (1)
¿Has advertido, Inés, á los criados,
que á don Juan del jardin nada le digan?

Inés.

Del secreto quedaron encargados,
y todos á ocultárselo se obligan.

Doña Blanca.

En eso solo estrivan mis cuidados:
¡que tantas penas juntas me persigan!
¿Qué te dijo Tristan?

Inés.

Que bien lo pasa;
pero que el huesped nunca duerme en casa.

Doña Blanca.

El es don Juan sin duda.

Inés.

Caso es llano.

Doña Blanca.

Pues la industria esta vez ha de valerme;
manda á Tristan, Inés, cerrar temprano,
porque así de don Juan pueda esconderme.
Con esta traza mi salida allano,
pues quedándose fuera no ha de verme.

Inés.

Tambien la puerta falsa lo asegura.

Doña Blanca.

Todo lo he de fiar de tu cordura;
ya la casa supiste, al punto parte,
porque segun le ví determinado,
se irá muy presto.

Inés.

Siempre desea darte
gusto mi amor, sosiego, mi cuidado.

---

(1) *Ddle un papel.*

Doña Blanca.

No sé si Inés del daño entra á la parte. *ap.*
Bien me lo debes, pues que te he fiado
el mio, y mis desvelos; vete al punto.
Quiera Dios no lo pierdas todo junto. *ap.*
Mira que al jardin me voy,
ve con la respuesta allí.

ESCENA VIII.

Doña Blanca.

Ya, penas, no estoy en mí,
toda en vosotras estoy:
empecemos, honor mio,
á defendernos los dos,
que aunque estais sin culpa vos,
os ultraja un desvarío.
Este es el papel que á Clara
quité, y en cuya malicia
se declara mi justicia,
y mi ofensa se declara.
Veré su letra infiel,
por si alivia mi cuidado:
rigor es, que un condenado
traiga consigo el cordel.
La segunda vez ¡ ay cielos!
que por el jardin me viste,
don Juan, á entender me diste
mis agravios, y tus zelos:
y asi en penas tan esquivas
puede tanto este tormento,
que no tengo sentimiento
de que disfrazado vivas;
que quiere mi pundonor
ser á mi amor preferido,

pues no hay amor bien nacido
donde está enfermo el honor.
Presto lo averiguaré,
leamos este testigo,
y luego en otro enemigo
examen segundo haré. *lee Blanca.*

ESCENA IX.

Doña Blanca y doña Clara.

Doña Clara.

¿Qué me quereis, pensamiento?
¿qué pretendeis, corazon,
si murió ya mi razon
á manos de mi tormento?
Tan otra de lo que fuí,
el mal á que me avasallo
me ha puesto, que no me hallo
por mas que me busco en mí.

Doña Blanca.

Entenderle no he podido,
lleno está de confusiones;
volvamos á sus renglones;......
pero ya Clara ha venido
Clara, á lindo tiempo vienes,
que te deseaba agora;
mira este papel.

Doña Clara.

Señora......

Doña Blanca.

¿Llega, por qué te detienes?
escribes, Clara, tan culto,
que aunque bien le aciento á leer,
no le he podido entender,
y el sentido dificulto.

Doña Blanca.

Como miro vuestro brio;
y vuestro ingenio, señor,
me pesa, que sea tan tibio
un hombre, que es tan discreto;
pues con tan pequeño indicio,
como es mirar una sombra,
os disteis ya por vencido.

Don Juan.

Hay sombras, señora, que hablan:
vive Dios, que aun en decirlo
me corro: dejemos esto.

Doña Blanca.

Como fuéredes servido.
Con tanto golpe de penas *ap.*
no puedo, aunque me resito.

Don Juan.

Si gustais que convalezca
de este afrentoso martirio,
y que muera mariposa
á vuestros ojos divinos,
haced que la llama crezca,
y que el calor mas activo,
sin reparar en el riesgo,
me convide al precipicio.

Doña Blanca.

Mucho vuestro atrevimiento,
hidalgo, ésta vez ha sido.

Don Juan.

Si lo fué, culpad á un alma,
que vive solo de oiros.

Doña Blanca.

Pues sabré yo enmudecer,
porque cese ese delirio.

Don Juan.

No ha de ser vuestra la pena
si yo confieso el delito.

Doña Blanca.

No estoy para disputar.
No haré poco si lo finjo. *ap.*

Don Juan.

Para partirme mañana
es muy bueno ese desvío,
que estaba para ausentarme,
y en él he hallado el camino.

Doña Blanca.

¿Resuelto estais á ausentaros?

Don Juan.

Desde aquí lo determino.

Doña Blanca.

¡Qué haré, cielos, qué me abraso! *ap.*
Antes quisiera pediros....
pero ya no os pido nada;
id con Dios. Yo desatino. *ap.*

Don Juan.

El os guarde.

Doña Blanca.

Inés, escucha:
ya sabes, que al honor mio
importa que no se vaya,
y aquí advierto, que es preciso,
que pues don Juan, del criado
anda siempre dividido,
cuarto en alguna posada
tiene para sus designios.

Inés.

Eso es llano.

Doña Blanca.

Pues agora,
no se ofrece otro camino,
al criado le pregunta,
como que lo haces de oficio,
donde viven.

Inés.

¡Ah hidalgo!
aguardad, si sois servido.
¿Donde vive vuestro amo?

Cerote.

De la calle el apellido
tiene un poquillo de riesgo:
en la del Lobo vivimos.

Inés.

Mucha merced me habeis hecho.

Don Juan.

¿Vienes?

Cerote.

Ya, señor, te sigo.
Dios os guarde.

Inés.

Y con vos vaya.

Don Juan.

Vamos, dolores esquivos,
á huir de un bien que idolatro,
y de un engaño que finjo.

ESCENA IV.

Doña Blanca é Inés.

Doña Blanca.

Vamos, paciencia, con tiento,
porque hay muchos enemigos:
halle esta vez la prudencia

ESCENA XI.

Dichos, é Inés con manto tapada.

Don Juan.

Buen desenfado.

Inés

Aquella dama del prado
os pide, que estos renglones
paseis, y lo que os suplica
sereis servido de hacer. (1)

Don Juan.

Reyna, para obedecer
ningun imposible implica.

Inés.

Y así, con vuestra licencia......

Don Juan.

¿Pues no aguardais que responda?

Cerote.

No, que esta señora ronda,
y tiene poca paciencia.

Inés.

No puedo estar un instante,
ni aguardar.

Cerote.

¡Hay tal porfia!

Don Juan.

Pues tomad por vida mia
este pequeño diamante,
que aunque no he leido el papel,
basta ser embajador
de quien me hace este favor
veré lo que manda en él.

(1) *Dále un papel.*

Cerote.

Bien vale el ser alcahueta:
desde hoy de muger me visto,
y con el primero embisto
por si me vale la treta.

Don Juan.

Decid á vuestra señora,
que yo la iré á responder,
pues no os podeis detener.

Inés.

Guardeos Dios.

Don Juan.

Id en buen hora.

ESCENA XII.

Don Juan y Cerote.

Cerote.

Señor, si en este ordinario
muchos papeles te vienen,
muy grande peligro tienen
tus joyas, y mi salario.

Don Juan.

Lee. *Quisiera, ya que me habeis hablado dos veces, que os sirvieran de algo las visitas; si el despecho no pasa adelante, y puedo algo en vuestra cortesia, os suplico me veais luego: en el mismo lugar aguardo. = Dios os guarde.*

Cerote.

Mereció bien el diamante,
trae muchísimos concetos;
son los discursos discretos.

Don Juan.

Vamos al prado, ignorante. (1)

*

Cerote.

Vamos, ignorante, al prado. (1)

Don Juan.

¡Qué lindo barbado eres! *Paseándose.*

Cerote.

Trata con esas mugeres,
que tú serás el barbado.

Don Juan.

Bueno me pones á fe.

Cerote.

Agora soltero estás,
y tan soltero, que vás
volando, aunque estás á pie.
¿Eres, señor, convidado,
ó vas á misa á la una?
¿Hante de pagar alguna
de cuatro mil de contado?
¿tengo yo piernas de yerro?
No se dá por entendido,
algun suegro ha fenecido,
y le ha tocado el entierro.
Vive Dios, que no te siga,
pues que sin haber cenado,
me dás este paloteado:
¿Es cartujo mi barriga?
En aguijar persevera,
no lo puedo detener,
en fin, él me quiere hacer
que camine á la ligera.
Señor, estas estaciones
son buenas para la hijada,
buscáras una opilada,

---

(1) *Vase don Juan y Cerote, mudase la escena y vuelven á salir.*

Cerote.

Bien vale el ser alcahueta:
desde hoy de muger me visto,
y con el primero embisto
por si me vale la treta.

Don Juan.

Decid á vuestra señora,
que yo la iré á responder,
pues no os podeis detener.

Inés.

Guardeos Dios.

Don Juan.

Id en buen hora.

ESCENA XII.

Don Juan y Cerote.

Cerote.

Señor, si en este ordinario
muchos papeles te vienen,
muy grande peligro tienen
tus joyas, y mi salario.

Don Juan.

Lee. *Quisiera, ya que me habeis hablado dos veces, que os sirvieran de algo las visitas; si el despecho no pasa adelante, y puedo algo en vuestra cortesía, os suplico me veais luego: en el mismo lugar aguardo. = Dios os guarde.*

Cerote.

Mereció bien el diamante,
trae muchísimos concetos;
son los discursos discretos.

Don Juan.

Vamos al prado, ignorante. (1)

Cerote.

Vamos, ignorante, al prado. (1)

Don Juan.

¡Qué lindo barbado eres! *Paseándose.*

Cerote.

Trata con esas mugeres,
que tú serás el barbado.

Don Juan.

Bueno me pones á fe.

Cerote.

Agora soltero estás,
y tan soltero, que vás
volando, aunque estás á pie.
¿Eres, señor, convidado,
ó vas á misa á la una?
¿Hante de pagar alguna
de cuatro mil de contado?
¿tengo yo piernas de yerro?
No se dá por entendido,
algun suegro ha fenecido,
y le ha tocado el entierro.
Vive Dios, que no te siga,
pues que sin haber cenado,
me dás este paloteado:
¿Es cartujo mi barriga?
En aguijar persevera,
no lo puedo detener,
en fin, él me quiere hacer
que camine á la ligera.
Señor, estas estaciones
son buenas para la hijada,
buscáras una opilada,

(1) *Vase don Juan y Cerote, mudase la escena y vuelven á salir.*

Doña Blanca.

No sé si Inés del daño entra á la parte. *ap.*
Bien me lo debes, pues que te he fiado
el mio, y mis desvelos; vete al punto.
Quiera Dios no lo pierdas todo junto. *ap.*
Mira que al jardin me voy,
ve con la respuesta allí.

ESCENA VIII.

Doña Blanca.

Ya, penas, no estoy en mí,
toda en vosotras estoy:
empecemos, honor mio,
á defendernos los dos,
que aunque estais sin culpa vos,
os ultraja un desvarío.
Este es el papel que á Clara
quité, y en cuya malicia
se declara mi justicia,
y mi ofensa se declara.
Veré su letra infiel,
por si alivia mi cuidado:
rigor es, que un condenado
traiga consigo el cordel.
La segunda vez ¡ ay cielos !
que por el jardin me viste,
don Juan, á entender me diste
mis agravios, y tus zelos:
y asi en penas tan esquivas
puede tanto este tormento,
que no tengo sentimiento
de que disfrazado vivas;
que quiere mi pundonor
ser á mi amor preferido,

pues no hay amor bien nacido
donde está enferma el honor.
Presto lo averiguaré,
leamos este testigo,
y luego en otro enemigo
examen segundo haré. *lee Blanca.*

ESCENA IX.

Doña Blanca y doña Clara.

Doña Clara.

¿Qué me quereis, pensamiento?
¿qué pretendeis, corazon,
si murió ya mi razon
á manos de mi tormento?
Tan otra de lo que fuí,
el mal á que me avasallo
me ha puesto, que no me hallo
por mas que me busco en mí.

Doña Blanca.

Entenderle no he podido,
lleno está de confusiones;
volvamos á sus renglones;......
pero ya Clara ha venido
Clara, á lindo tiempo vienes,
que te deseaba agora;
mira este papel.

Doña Clara.

Señora......

Doña Blanca.

¿Llega, por qué te detienes?
escribes, Clara, tan culto,
que aunque bien le acierto á leer,
no le he podido entender,
y el sentido dificulto.

Doña Blanca.

Volved á ella norabuena;
pero mirad que una pena
hace al preso mas sufrido,
si no se entrega advertido,
romper grillos, y cadena.

Don Juan.

No tengo con que rompellos,
porque de diamante son,
y acertando la eleccion
viviré contento en ellos,
por esos dos soles bellos.

Doña Blanca.

Soles, que están tan dormidos,
no viven á esos sentidos.

Don Juan

No importa en tales despojos,
que esten dormidos los ojos,
si me sobran los oidos.

Cerote.

¿Y vos, reina, que encantada
vivis en este jardin,
sois de aqueste serafin
servidora, ó camarada?

Inés.

Todo lo soy, si os agrada.

Cerote.

Que sois muy mañosa infiero.

Inés.

¿Y vos, señor forastero,
curioso preguntador,
servís á vuestro señor
de lacayo, ú de escudero?

Cerote.

Sírvole de negociante,

y que no se vuelva atrás,
y la importa mucho mas,
que ofendido no se vaya.
No veo que me obligueis,
ni alhaja me prometais:
quedaos con Dios.

Don Juan

¿Qué quereis?

Inés.

Muy tibio, señor, estais.

Don Juan.

Haced vos sola el contrato,
que yo me obligo á pagar.

Inés.

Obligaos vos á callar,
y os daré aquí su retrato,
que esta mañana el pintor
le trajo, y no lo ha sabido;
aquí le tengo escondido:
¿qué me respondeis, señor?

Don Juan.

Que, sino os puedo pagar
con diamantes, oro, y vida.....

Inés.

Tomadle, que estoy perdida,
porque me ha vuelto á llamar.

Don Juan.

Aguardad, que ya me dan
las luces, algun aliento.

Inés.

No puedo estar un momento.
Mamóla el señor don Juan. *ap.* (1)

(1) *Vase Inés, dejándole el retrato en la mano*

Doña Blanca.

Yo te perdonaré el susto, *ap.*
pues me hallo de tal suerte,
que si no quiero perderte,
por fuerza te he de ocultar
y al fin no poderte hablar
tambien me ha de dar la muerte.

Cerote.

Entre cristales, y olores
vive vuestra hermosa Flora.
¿Es de estos campos señora?

Inés.

No, amigo, ni de estas flores:
es hacienda de menores,
conoce á su curador,
y por huir del rigor
del tiempo, aquí á divertir
se viene, que no hay vivir
en Madrid con el calor.

Cerote.

Yo conozco á quien se abrasa,
y el alivio se desnuda,
y bien hallado en la duda
no quiere mudar de casa.

Inés.

¿Quién es?

Cerote.

Yo soy.

Inés.

¿Eso pasa?
¿vos sabeis enamorar?

Cerote.

¿No basta oir, y escuchar
para encender un deseo?

ESCENA XX.

DECORACION DE SALA.

Doña Clara y don Garcia.

Doña Clara.

Bien podeis hablar, señor;
no hay que tema vuestro amor;
durmiendo todos están.

Don Garcia.

No he podido, Blanca hermosa,
dar treguas al alma mia,
y enmudece de alegria,
por que se vé tan dichosa.

ESCENA XXI.

Dichos don Pedro medio desnudo, con una bujia en la mano, y en la otra la espada.

Don Pedro.

No ha de quedar pieza alguna
que mi cuidado no mire. (1)

Don Garcia.

Forzoso es que me retire;
pero ya...... (2)

Doña Clara.

¡Triste fortuna!

Don Pedro.

Don Garcia es, no ha podido

---

(1) *Pásase Clara al lado del tablado por donde salió don Pedro.*

(2) *Mete mano don Garcia, y quiere cubrirse el rostro, y turbado se tarda.*

A Dios, dueño de mi vida.

Don Juan.

A Dios, mi dulce homicida.

Doña Blanca.

Guardeos Dios.

Don Juan.

El mismo os guarde.

Doña Blanca.

Inés, haz lo que te he dicho.

ESCENA XIV.

Dicho menos doña Blanca.

Inés.

¿Qué mandais á una criada?
Cumpliré con mi embajada, *ap.*
pues nace de su capricho.

Don Juan.

Que digais como se llama
esta señora.

Inés.

Si haré.

Don Juan.

Haréisme mucha merced.

Inés.

Es un nombre de gran fama.
Doña Inés de Salazar;
pero esto es poca cosa,
otra haré yo mas famosa,
si me sabeis obligar.
Para que prendado esté, *ap.*
ademas de enamorado,
mi señora me ha mandado,
que aquel retrato le dé;
que importa tenerle á raya,

y que no se vuelva atrás,
y la importa mucho mas,
que ofendido no se vaya.
No veo que me obligueis;
ni alhaja me prometais:
quedaos con Dios.

Don Juan.

¿Qué quereis?

Inés.

Muy tibio, señor, estais.

Don Juan.

Haced vos sola el contrato,
que yo me obligo á pagar.

Inés.

Obligaos vos á callar,
y os daré aquí su retrato,
que esta mañana el pintor
le trajo, y no lo ha sabido;
aquí le tengo escondido:
¿qué me respondeis, señor?

Don Juan.

Que, sino os puedo pagar
con diamantes, oro, y vida.....

Inés.

Tomadle, que estoy perdida,
porque me ha vuelto á llamar.

Don Juan.

Aguardad, que ya me dan
las luces, algun aliento.

Inés.

No puedo estar un momento.
Mamóla el señor don Juan. *ap.* (1)

---

(1) *Váse Inés, dejándole el retrato en la mano*

ESCENA XV.

Don Juan y Cerote.

Don Juan.

Hermosa resolucion,
aunque le puedo mirar.

Cerote.

¿Señor, antes de cenar
tenemos otra estacion?

Don Juan.

La oscuridad no me deja
que distinga sus facciones.

Cerote.

¡Que por estas ilusiones
no haga caso de mi queja!
Señor, que me ha de matar
pagar cuarto de vacío.

Don Juan.

Aunque sea desvarío
he de volver á rondar.

Cerote.

Eso me faltaba agora:
¿qué desatino le inflama?
¿si acaso quiere otra dama,
y tiene puesta la hora?

ESCENA XVI.

DECORACION DE CALLE.

Doña Clara á la puerta.

Ya en la mitad de sus sombras
la funesta noche vive,
y coronada de horrores,

su negro mongil se viste.
¿Como no viene Garcia?
¿quién le detiene, y le impide?
¿cómo el que ostenta que adora
así puede divertirse?
No lograr una ocasion,
ó es tibieza, ó es melindre,
ó es ¡ay de mí! que su ofensa
con mi mismo amor compite.
Muger soy, ya de una vez
mi culpa, y disculpa dige,
si tanto yerro me absuelven
los decretos femeniles;
¿pero cuando yo me arrojo
atropellando imposibles,
y mas, que de bien nacido,
se precia mi amor de libre,
remiso Garcia se tarda?
Pero si supe rendirme,
por este, y otros desaires
(1) he de pasar, pues lo quise.

ESCENA XVII.

Doña Clara á la puerta, y Doña Blanca á la ventana.

Doña Blanca.

A Clara no hallé en su cuarto,
y pudiera persuadirme,
á otra cosa, venga agora
mi honor la empresa, que sigue.
Llegué hasta aquí, sin que nadie
haya podido sentirme;
que anda sin pies el cuidado,
y no permite que pise. (1)

ESCENA XVIII.

Dichas y don García.

Don García.

La puerta es esta, amor quiera,
que la tardanza no implique
el logro de mis amores.

Doña Blanca.

O las tinieblas lo fingen,
ó ya hay un hombre en la calle.

Don García.

Pues no hay quien pueda impedirme;
yo llego.

Doña Clara.

¿Quién es?

Don García.

García.

Doña Clara.

Entrad, porque así se firmen
las paces de nuestro amor. (1)

ESCENA XIX.

Doña Blanca.

Cielo, ¡que este mal permites!
Quiero llamar á mi padre,
porque antes que vuelva á irse,
al uno, y otro conozca,
y el delito se averigüe.
¡Quién tuviera aquí á don Juan!

(1) *Entranse.*

ESCENA XX.

DECORACION DE SALA.

Doña Clara y don Garcia.

Doña Clara.
Bien podeis hablar, señor;
no hay que tema vuestro amor;
durmiendo todos están.

Don Garcia.
No he podido, Blanca hermosa,
dar treguas al alma mia,
y enmudece de alegria,
por que se vé tan dichosa.

ESCENA XXI.

Dichos don Pedro medio desnudo, con una bujia en la mano, y en la otra la espada.

Don Pedro.
No ha de quedar pieza alguna
que mi cuidado no mire. (1)

Don Garcia.
Forzoso es que me retire;
pero ya...... (2)

Doña Clara.
! Triste fortuna!

Don Pedro.
Don Garcia es, no ha podido

---

(1) *Pásase Clara al lado del tablado por donde salió don Pedro.*

(2) *Mete mano don Garcia, y quiere cubrirse el rostro, y turbado se tarda.*

llevaos solo la victoria,
pues ya la palma os he dado,
que fuera poco acertado
en lance tan riguroso,
dejar un angel hermoso,
y elegir un condenado.
Copia infeliz de una ingrata,
efigie de un sol hermoso;
veneno el mas poderoso,
dulce hechizo que me mata;
tormento que me maltrata,
hermosísima violencia;
pero acabe mi paciencia;
quiero guardarte, homicida,
que un veneno y una vida
no han de tener competencia; (1)
Mentida llama de un alma,
que me quitó mil enojos,
hablad, pues que vuestros ojos,
tienen mi espíritu en calma;
pero no, llevaos la palma
de que escedeis al vivir,
pues en tan mudo afligir,
con eterna duracion,
sobrais á la egecucion
de matar, y de sentir.
Donde anima vuestro dueño
sois propiedad, ó traslado,
que me tiene embelesado
vuestro iman, y vuestro ceño.
Salga, salga de este empeño
tan dulce temeridad;

(1) *Quedase en la mano con el que ha dado á entender que es de la dama, y guarda el otro.*

ESCENA XXIV.

Dichos, y don Juan dentro.

Don Juan.

¿Voces despues de cerrado?
No puedo entrar por la puerta;
pero la falsa está abierta.
Ya estoy, señor, á tu lado. *Sale.*

Don García.

¿No es este don Juan? ¿qué espera *ap.*
ya mi infelice cuidado?

Don Pedro.

¡Qué agora aqueste criado *ap.*
me hallase de esta manera!
Pues entró, ya es necesario
dejar mi honor por mi honor;
este es el medio mejor.
Caballero temerario,
razon será que me asombre,
pues descortés, y arrojado
decís, que el hombre aquí ha entrado,
y quereis que os den el hombre.

Don Juan.

Descubrios, que ese arrojo
no se averigua embozado.

Don Pedro.

Valeroso es el criado. *ap.*

Don García.

Yo cumpliré vuestro antojo
si hácia la calle salís.

Don Juan.

Pues en la calle os aguardo.

Don Pedro.

Teneos; que aunque sois gallardo

llevaos solo la victoria,
pues ya la palma os he dado,
que fuera poco acertado
en lance tan riguroso,
dejar un angel hermoso,
y elegir un condenado.
Copia infeliz de una ingrata,
efigie de un sol hermoso,
veneno el mas poderoso,
dulce hechizo que me mata,
tormento que me maltrata,
hermosísima violencia;
pero acabe mi paciencia;
quiero guardarte, homicida,
que un veneno y una vida
no han de tener competencia. (1)
Mentida llama de un alma,
que me quitó mil enojos,
hablad, pues que vuestros ojos
tienen mi espíritu en calma;
pero no, llevaos la palma
de que escedeis al vivir,
pues en tan mudo afligir,
con eterna duracion,
sobrais á la ejecucion
de matar, y de sentir.
Donde anima vuestro dueño
sois, propiedad, ó traslado,
que me tiene embelesado
vuestro íman, y vuestro ceño.
Salga, salga de este empeño
tan dulce temeridad;

(1) *Quedase en la mano con el que ha dado á entender que es de la dama, y guarda el otro.*

Don García.

Ya me voy. Agora *ap.*
es tiempo de obedecer,
pero no de replicar.

Don Pedro.

En fin yo me vengo á hallar *ap.*
en ocasion que el ceder
puede al valor preferir.
Acabad.

Don García.

Parece encanto; *ap.*
pero pues me aprieta tanto,
yo tambien quiero fingir.
Jurara que entrar le ví,
pero si decís que no,
no he de ser grosero yo,
ya que á vos os hallo así.
Perdonad el encubrirme,
que buscando á mi enemigo,
porque esté oculto el castigo,
no es lícito el descubrirme.
Muy bien sabeis, caballero,
que es grosera una pasion. *Vase.*

Don Pedro.

No habeis tenido razon.

Doña Clara.

De pena, y de dolor muero. *ap.*

Don Juan.

¿Quién lo podrá averiguar? *ap.*

Don Pedro.

Buscaréle, vive el cielo. *ap.*
Ya no hay que temer desvelo,
bien os podeis retirar. *Vase.*

Inés

¡Qué atrevimiento! *Entrándose.*

encubrirse con la prisa.

Don Garcia.

Este embarazo me avisa,
que ya me habrán conocido.

ESCENA XXII.

Dichos y doña Blanca. (1)

Doña Blanca.

¿No venís, Inés, Tristan?
Ayúdeme aquí mi honor, *ap.*
y válgame mi valor.
¡O si viniese don Juan!

ESCENA XXIII.

Dichos, Inés y Tristan. (2)

Tristan.

Ya estamos aquí los dos....
¿pero qué es esto?

Doña Clara.

Ay de mí! *ap.*

Don Pedro.

No habeis de salir de aquí
antes que sepa de vos....

---

(1) *Sale por donde estaba su prima, y quédase junto á ella.*

(2) *Vuélvense las tres mugeres, y queda en medio don Garcia, frontero de don Pedro.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Juan con dos retratos, cada uno en su mano.

¡Qué notable confusion
estos retratos me dan!
tan parecidos están
que me ofuscan la razon.
(1) ¿Países de dos dueños no son?
sí, porque ya yo tenia
este de Blanca, y este fia
aquella dama del prado
todos me han costado cuidado:
¿es verdad, ó es fantasía?
¿A donde me he de inclinar,
corazon, que estoy perdido;
pues todo un mar me he bebido,
anégueme todo un mar;
pero si me he de anegar,
y ya mi naufragio es cierto,
en medio del golfo advierto,
aunque es la pena violenta,
que si este ofrece tormenta,
este me encamina al puerto.
Noche, dia, infierno, y gloria,
¿cuando fueron parecidos?

---

(1) No se engañan mis sentidos,
no se olvida mi memoria;

á guardarme no venís?
y ese ya es atrevimiento.

Don Juan.

Dejad que llegue.

Don Pedro.

Apartad,
que es mucha esa libertad.

Don Juan.

Mas es vuestro sufrimiento.

Don Pedro.

¡Válgate Dios por criado, *ap.*
qué cuidadoso que está!...
Vive Dios, que ya me da
su valor mucho cuidado:
y dice bien, como ignora
el designio de mi pecho.
Este, si no está satisfecho,
vamos al remedio ahora,
que despues habrá ocasion
para dárselo á entender.
Ya, hidalgo, no puede sér,
que venguéis vuestra pasion.
Supuesto que nadie ha visto
aquí el hombre que buscais,
en vano es lo que intentais.

Don Juan.

¡Linda flema, voto á Cristo!

Don Pedro.

Andad con Dios en buen hora.

Don García.

¿Qué es lo que me ha sucedido? *ap.*

Doña Clara.

¿Qué es esto, cielos, que he oido?

Don Pedro.

¿No os vais?

Don García.

Ya me voy. Agora *ap.*
es tiempo de obedecer,
pero no de replicar.

Don Pedro.

En fin, yo me vengo á hallar *ap.*
en ocasion que el ceder
puede al valor preferir.
Acabad.

Don García.

Parece encanto; *ap.*
pero pues me aprieta tanto,
yo tambien quiero fingir.
Jurara que entrar le ví,
pero si decís que no,
no he de ser grosero yo,
ya que á vos os hallo así.
Perdonad el encubrirme,
que buscando á mi enemigo,
porque esté oculto el castigo,
no es lícito el descubrirme.
Muy bien sabeis, caballero,
que es grosera una pasion. *Vase.*

Don Pedro.

No habeis tenido razon.

Doña Clara.

De pena, y de dolor muero. *ap.*

Don Juan.

¿Quién lo podrá averiguar? *ap.*

Don Pedro.

Buscaréle, vive el cielo. *ap.*
Ya no hay que temer desvelo,
bien os podeis retirar. *Vase.*

Inés

¡Qué atrevimiento! *Entrándose.*

lo desean como yo.
El cuarto está aderezado,
en él habeis de dormir;
que ya es tiempo de vivir,
Antonio, con mas cuidado.
Cama tendreis para vos,
mejor que la de Tristan;
esto debeis á don Juan.

Don Juan.

Mil años os guarde Dios.

Doña Blanca.

Quiero que durmais en casa,
que dicen que andais inquieto;
esto importa á mi respeto.

Don Juan.

¿Qué es esto que por mí pasa? *ap.*

Doña Blanca.

Así lo averiguará; *ap.*
que á ello le obligaré;
bien así lo dispondré;
presto sin duda será.

Don Juan.

Rigor parece obligarme
á que venga, (estoy perdido) *ap.*
siendo tan recien venido,
siempre á las diez á acostarme;
perdonad mi atrevimiento,
que como no soy casado,
no sé que viva obligado
á tanto recogimiento.

Doña Blanca.

¿Pues señalo yo hora cierta?

Don Juan.

Digamoslo de una vez. *ap.*
No; pero siempre á las diez

está cerrada la puerta;
y en el mes de julio es,
señora, penoso afan.
parece, por Dios, Tristan,
portero de Ginoves.

Doña Blanca.

Es, porque no te conoce,
tan inclinado á roncar.

Don Juan.

Si él me quisiera aguardar
aun siquiera hasta las doce,
pudiéralo al fin sufrir.

Doña Blanca.

Quien de esa suerte al doctor,
dice, Antonio, su dolor,
gana tiene de vivir;
pero estas las llaves son, (1)
cuidado en el recogeros,
que así pretendo poneros
en mayor obligacion.
Advertid bien lo que pasa,
que hay en casa mucha gente,
y un disgusto es contigente,
cuando es tan grande la casa.
Si de vos tanto he fiado;
es, porque os he conocido,
y con esto he pretendido
teneros mas obligado.

Don Juan.

Desde luego á obedecer
me dispongo, y á pagar
lo que me dejare hurtar.

(1) *Dale unas llaves.*

llevaos solo la victoria,
pues ya la palma os he dado,
que fuera poco acertado,
en lance tan riguroso,
dejar un angel hermoso,
y elegir un condenado.
Copia infeliz de una ingrata,
efigie de un sol hermoso,
veneno el mas poderoso,
dulce hechizo que me mata,
tormento que me maltrata,
hermosísima violencia;
pero acabe mi paciencia;
quiero guardarte, homicida,
que un veneno y una vida
no han de tener competencia. (1)
Mentida llama de un alma,
que me quitó mil enojos,
hablad, pues que vuestros ojos,
tienen mi espíritu en calma;
pero no, llevaos la palma
de que escedeis al vivir,
pues en tan mudo afligir,
con eterna duracion,
sobrais á la egecucion
de matar, y de sentir.
Donde anima vuestro dueño
sois, propiedad, ó traslado
que me tiene embelesado
vuestro iman, y vuestro ceño.
Salga, salga de este empeño
tan dulce temeridad;

(1) *Quedase en la mano con el que ha dado á entender que es de la dama, y guarda el otro.*

ESCENA XXIV.

Dichos, y don Juan dentro.

Don Juan.

¿Voces después de cerrado?
No puedo entrar por la puerta;
pero la falsa está abierta.
Ya estoy, señor, á tu lado. *Sale.*

Don García.

¿No es este don Juan? ¿qué espera *ap.*
ya mi infelice cuidado?

Don Pedro.

¡Qué agora aqueste criado *ap.*
me hallase de esta manera!
Pues entró, ya es necesario
dejar mi honor por mi honor;
este es el medio mejor.
Caballero temerario,
razon será que me asombre,
pues descortés, y arrojado
decís, que el hombre aquí ha entrado,
y quereis que os den el hombre.

Don Juan.

Descubríos, que ese arrojo
no se averigua embozado.

Don Pedro.

Valeroso es el criado. *ap.*

Don García.

Yo cumpliré vuestro antojo
si hácia la calle salís.

Don Juan.

Pues en la calle os aguardo.

Don Pedro.

Teneos; que aunque sois gallardo

á guardarme no venís?
y ese ya es atrevimiento.

Don Juan.

Dejàd que llegue.

Don Pedro.

Apartad,
que es mucha esa libertad.

Don Juan.

Mas es vuestro sufrimiento.

Don Pedro.

Válgate Dios por criado, *ap.*
qué cuidadoso que está!
Vive Dios, que ya me da
su valon mucho cuidado:
y dice bien, como ignora
el designio de mi pecho.
Esté, si no está satisfecho,
vamos al remedio ahora,
que despues habrá ocasion
para dárselo á entender.
Ya, hidalgo, no puede sér,
que vengueis vuestra pasion.
Supuesto que nadie ha visto
aquí el hombre que buscais,
en vano es lo que intentais.

Don Juan.

¡Linda flema, voto á Cristo!

Don Pedro.

Andad con Dios en buen hora.

Don Garcia.

¿Qué es lo que me ha sucedido? *ap.*

Doña Clara.

¿Qué es esto, cielos, que he oidò?

Don Pedro.

¿No os vais?

Don García.

Ya me voy. Agora *ap.*
es tiempo de obedecer,
pero no de replicar.

Don Pedro.

En fin, yo me vengo á hallar *ap.*
en ocasion que el ceder
puede al valor preferir.
Acabad.

Don García.

Parece encanto; *ap.*
pero pues me aprieta tanto,
yo tambien quiero fingir.
Jurara que entrar le ví,
pero si decís que no,
no he de ser grosero yo,
ya que á vos os hallo así.
Perdonad el encubrirme,
que buscando á mi enemigo,
porque esté oculto el castigo,
no es lícito el descubrirme.
Muy bien sabeis, caballero,
que es grosera una pasion. *Vase.*

Don Pedro.

No habeis tenido razon.

Doña Clara.

De pena, y de dolor muero. *ap.*

Don Juan.

¿Quién lo podrá averiguar? *ap.*

Don Pedro.

Buscaréle, vive el cielo. *ap.*
Ya no hay que temer desvelo,
bien os podeis retirar. *Vase.*

Inés

¡Qué atrevimiento! *Entrándose.*

Hermoso dueño mio,
de contento, y de amor ya desvario,
que una pasion vehemente
no es amor, cuando sabe ser prudente,
porque será locura
querer que la mitigue una cordura;
cuando de cuerdo es el mayor indicio
saber perder, á tiempo su juicio.
Tu luz hermosa sigo;
y porque no me basto á mi conmigo,
¿qué importa que me mates
ó el alivio dilates,
si al fin me has de dar muerte?
pero no, que he llegado á merecerte.

ESCENA VIII.

Don Garcia y doña Clara á la ventana.

Doña Clara.

El fuego que me enciende
entre sus llamas mi atencion suspende.

Don Garcia.

¿Sois vos, querido dueño?

Doña Clara.

Yo soy; mucho me cuesta vuestro empeño.

Don Garcia.

Con mil almas lo pago, amor lo sabe:
tanto afecto, mi bien en nuestra cabe.

ESCENA IX.

Dichos y don Juan al paño.

Don Juan.

¡Qué enfadosos desvelos!
¿es agora ocasion de tener zelos?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Juan con dos retratos, cada uno en su mano.

¡Qué notable confusion
estos retratos me dan!
tan parecidos están,
que me ofuscan la razon.
(1) ¿Pues de dos dueños no soy?
sí, porque ya yo tenia
este de Blanca, y este fia
aquella dama del prado
todo su hermoso cuidado:
¿es verdad, ó es fantasía?
¿A donde me he de inclinar,
corazon, que estoy perdido?
pues todo un mar me ha bebido,
anégueme todo un mar;
pero si me ha de anegar,
y ya mi naufragio es cierto
en medio del golfo advierto,
aunque es la pena violenta,
que si este ofrece tormenta,
este me encamina al puerto.
Noche, dia, infierno, y gloria
¿cuándo fueron parecidos?

¿no se engañan mis sentidos,
no se olvida mi memoria;

llevaos solo la victoria,
pues ya la palma os he dado,
que fuera poco acertado
en lance tan riguroso,
dejar un angel hermoso,
y elegir un condenado.
Copia infeliz de una ingrata,
efigie de un sol hermoso,
veneno el mas poderoso,
dulce hechizo que me mata,
tormento que me maltrata,
hermosísima violencia;
pero acabe mi paciencia,
quiero guardarte, homicida,
que un veneno y una vida
no han de tener competencia. (1)
Mentida llama de un alma,
que me quitó mil enojos,
hablad, pues que vuestros ojos
tienen mi espíritu en calma;
pero no, llevaos la palma
de que escedeis al vivir,
pues en tan mudo afligir,
con eterna duracion,
sobrais á la ejecucion
de matar, y de sentir.
Donde anima vuestro dueño
sois, propiedad, ó traslado,
que me tiene embelesado
vuestro iman, y vuestro ceño.
Salga, salga de este empeño
tan dulce temeridad;

(1) *Quedase en la mano con el que ha dado á entender que es de la dama, y guarda el otro.*

porque mi neutralidad
dice de vos cuando os mira,
que sois la mejor mentira
en la mas tibia verdad.

ESCENA II.

Don Juan, y doña Blanca al paño.

Don Juan.

Cuando á hablaros me provoca
el deseo de escucharos,
espero, (¡prodigios raros!)
respuesta de vuestra boca.
Allí un desengaño toca
el alma, como callais;
pero luego me llamais;
¡ó que de efectos que haceis!
si os miro, me suspendeis
si no os miro, me matais. (1)

Doña Blanca.

¿Antonio, qué es lo qué haceis?
¿Qué divertido que estaba? *ap.*

Don Juan.

Aquí, señora, aguardaba
á que en algo me ocupeis.
¿Hay cosa mas parecida? *ap.*
yo debo de estar soñando.

Doña Blanca.

Sabed, que se va acercando
de vuestro amo la venida.
Ayer don Luis escribió,
que dentro de cuatro dias
vendrá, y las venturas mias

(1) *Sale doña Blanca.*

lo desean como yo.
El cuarto está aderezado;
en él habeis de dormir;
que ya es tiempo de vivir,
Antonio, con mas cuidado.
Cama tendreis para vos,
mejor que la de Tristan,
esto debeis á don Juan.

Don Juan.

Mil años os guarde Dios.

Doña Blanca.

Quiero que durmais en casa,
que dicen que andais inquieto;
esto importa á mi respeto.

Don Juan.

¿Qué es esto que por mí pasa? *ap.*

Doña Blanca.

Así lo averiguará; *ap.*
que á ello le obligaré:
bien así lo dispondré;
presto sin duda será.

Don Juan.

Rigor parece obligarme
á que venga; (estoy perdido) *ap.*
siendo tan recien venido,
siempre á las diez á acostarme:
perdonad mi atrevimiento,
que como no soy casado,
no sé que viva obligado
á tanto recogimiento.

Doña Blanca.

¿Pues señalo yo hora cierta?

Don Juan.

Digamoslo de una vez. *ap.*
No; pero siempre á las diez

está cerrada la puerta;
y en el mes de julio es,
señora, penoso afan.
parece, por Dios, Tristan,
portero de Ginoves.

Doña Blanca.

Es porque no te conoce
tan inclinado á conder.

Don Juan.

Si él me quisiera aguardar
aun siquiera hasta las doce,
pudiéralo al fin sufrir.

Doña Blanca.

Quien de esa suerte al doctor
dice, Antonio, su dolor,
gana tiene de vivir;
pero estas las llaves son, (1)
cuidado en el recogeros,
que así pretendo poneros
en mayor obligacion.
Advertid bien lo que pasa,
que hay en casa mucha gente,
y un disgusto es contigente,
cuando es tan grande la casa.
Si de vos tanto he fiado;
es, porque os he conocido,
y con esto he pretendido
teneros mas obligado.

Don Juan.

Desde luego á obedecer
me dispongo, y á pagar
lo que me dejare hurtar.

---

(1) *Dale unas llaves.*

Doña Blanca.

Eso sin duda ha de ser:
id con Dios.

Don Juan.

Muy bien está.

Doña Blanca.

Advierto que cuando entrares,
la puerta como la hallares,
la dejes.

Don Juan.

Así será.

ESCENA III.

Doña Blanca.

Honor, tengamos paciencia
hasta averiguar la duda;
nunca el achaque, si es grande,
tiene tan fácil la cura.
Las puertas francas hallé,
porque en semejantes culpas,
siempre se duermen las guardas
al alhago de la astucia:
pero al fin, yerros con yerros
con facilidad se juntan,
y mas si el honor entonces,
ó se aleja, ó se descuida.
Doña Clara es quien me ofende,
mi honor el remedio busca,
y pienso que de esta vez
logrará lo que procura.
Toque el desengaño, quien
dice, que tocó la injuria,
y él mismo en su diligencia

halle tambien mi disculpa.
¡Ay don Juan lo que me cuestas
de pesares, y de angustias!
pudieran venir despacio,
y no acometer tan juntas.
Los gustos en mí anochecen,
y los pesares madrugan,
que hay engaños, que aun el sol,
ni los descubre, ni turba.
Deshágase de tus zelos
esa máquina confusa,
que en laberintos de agravios
la mejor verdad ocultan.

ESCENA IV.

Doña Blanca, y doña Clara, y en viendo á Blanca se quiere volver á entrar turbada.

Doña Clara.

Poco puede una mentira;
aquí está.

Doña Blanca.

¿Quién te acobarda?
¿por qué te vuelves? aguarda:
¿qué enemigo te retira?

Doña Clara.

Yo no, que... ¿Pero qué digo?
señora, una turbacion.

Doña Blanca.

No tienes, prima, razon,
y mas estando conmigo.

Doña Clara.

Ya sé que me favoreces;
pero el dolor con que lucho

Doña Blanca.

Toda soy tuya.

Doña Clara.

¿Qué escucho? *ap.*

Doña Blanca.

Porque todo lo mereces.
El estar enamorada,
no es delito; esa pasion
nace muy del corazon,
no tienes que estar turbada.
Sosiégate por tu vida,
merézcate este favor,
que si la herida es de amor,
disculpa tiene la herida.

Doña Clara.

Este rigor inhumano,
señora, que me atormenta,
cuanto me indigna me afrenta,
porque está en agena mano.

Doña Blanca.

No te entiendo.

Doña Clara.

No me espanto,
que yo tampoco me entiendo,
y si me entiendo, me ofendo.

Doña Blanca.

¿Tanto poder tiene?

Doña Clara.

Tanto.
Suele un jardinero atento
cercar de jazmin, y rosa
una fuentecilla hermosa;
porque esté el cristal contento,
y en su vistosa armonía
hace visos apacibles;

porque aun en las insensibles
hay su modo de alegria.
Allí el sangriento clavel
en su vecindad se alienta,
y con su color afrenta
la púrpura del vergel.
El narciso, el alelí
viven con el azucena,
y el triste lirio su pena
no puede apartar de sí.
En fin, la mano fiel
por quien la cultura medra,
de la siempre verde yedra
hace un hermoso dosel;
y queda el vistoso espacio
de matices, y colores
con república de flores,
y magestad de palacio:
y si adorno tan decente
preguntan por qué le hace,
á cualquiera satisface,
con que es solo por la fuente.
De modo, que flor, ni rosa
de mano tan advertida,
ni puede estar ofendida,
ni deja de estar quejosa;
que aunque es tan noble el favor,
cuando mira otro respeto,
si no varía el efecto,
modera mucho el valor.
Yo padezco estos rigores,
mi ocasion es para inclemente,
tener ambicion de fuente
y gozar favor de flores.

Doña Blanca.

¿Pues quien es, dí, tan grosero,
que siendo tú tan hermosa,
te dé favores de rosa,
y no te elija primero?
La metáfora entendí. *ap.*

Doña Clara.

Otro dia lo sabrás.

Doña Blanca.

Muy apasionada estás.

Doña Clara.

Agora no estoy en mí.

Doña Blanca.

Ya escuche, que don García *ap.*
es causa de su cuidado.
Como he de tomar estado,
quisiera yo, prima mia,
que cesáran tus desvelos,
y tu tambien......

Doña Clara.

Ya lo entiendo,
porque eso mismo pretendo;
pero agora tengo zelos.

Doña Blanca.

Pues tú te sosegarás,
y entonces mas reportada,
de religiosa, ó casada
el estado elegirás.

Doña Clara.

Siempre estaré á tu eleccion.

Doña Blanca.

No me ha de dar mas disgusto. *ap.*
Vamos.

Doña Clara.

Que obedezca es justo.

Doña Blanca.
De las dos será la accion.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

Don García.
Ya no puede mas un alma,
que en tantas penas zozobra,
si enmedio de lo que anhela
espira de lo que ignora.
Ya, Blanca, el peligro quiero,
hallé el peligro en las sombras;
venga de una vez la muerte,
será la muerte lisonja.
Acabára en la sospecha,
y no estuviera quejosa
la vida que allí perdida
quedára con vanagloria.
Divino posible os busca,
quien bello imposible os toca;
que quiere mucho humanarse,
el que os ama á toda costa.
Ya mi amor en vuestro incendio
fue atrevida maripossa,
y ya entregada la visteis
á tanto fragante aroma.
Eternidades al Fenix
apuesta en mejores glorias;
porque el fuego de su hoguera,
ni es material ni le ahoga.
Bébase todo ese riesgo
quien todo ese riesgo adora;
morir de mucho apetezco,
que hace la muerte dichosa.

Don García.

Mal lance habemos echado. *ap.*

Don Pedro.

Hemos aquí de acabar
de una vez tantos desvelos,
y sino, viven los cielos,
que nos hemos de matar.

Don García.

Decid á lo que venis,
que daros gusto pretendo;
porque hasta ahora no entiendo
don Pedro, lo que decis.

Don Pedro.

Pues ya sabeis, que en mi casa
la noche pasada os vi,
y tambien os conocí,
y sé todo lo que pasa:
que aunque allí disimulé,
por entonces importó;
y porque entendais que no
descuido, ó simpleza fué,
lo tengo ya averiguado;
con ella os he de casar;
albricias me podeis dar,
pues estais enamorado.
Y si fué con otro intento,
que mi discurso no alcanza,
tomaré aquí la venganza
si procedeis desatento.

Don García.

¡Hay hombre mas venturoso! *ap.*
Cuando ese mismo deseo,
por el mas feliz empleo,
¿cómo os dejaré quejoso?
El alma os pido y la mano

¿pues que ya lo he dejado,
de qué me sirve estar tan desvelado?
Mas pues ya estoy aquí, y no estoy zeloso,
quiero escuchar siquiera de curioso.

Doña Clara.

¡Qué enigma es este, cielos, que he escuchado! *ap.*

Don García.

(1) No hay mas gloria que estar con vos casado;
sabré dejar al mismo amor corrido.

Doña Clara.

Mucho, García, siempre os he debido.

Don Juan.

¿Para esto me dijo tan severa, *ap.*
la puerta dejarás de la manera,
Antonio, que la hallares?

Doña Clara.

¿No olvidais, don García los pesares?

Don García.

Si, Blanca hermosa, porque en tu presencia
no hay pena que me haga resistencia.

Don Juan.

¿Si García de Castro es mi enemigo? *ap.*
pero no, que lo sabe, y es mi amigo.
Entendila el intento,
que este entretenimiento
tiene ya su hora cierta.
La puerta habierta hallé, dejela abierta;
nunca se ha de quejar de mi obediencia;
pero estando yo aquí, ya es insolencia.
¿No la estorva un criado?
sin duda que me tiene per callado.

Doña Clara.

No hay que temer, pues él lo ha concedido.

Don Juan.

¡Hay pena mas cruel! pierdo el sentido. *ap.*

Don García.

A Dios, mi luz hermosa.

Doña Clara.

Presto seré, García, vuestra esposa.

Don Juan.

Mas pues tengo este cuarto por mi cuenta,
sin duda haré lo que mi industria intenta. (1)

Don García.

Vuestro esclavo seré.

Doña Clara.

Guardeos el cielo.

Don García.

Quiera amor que se acabe este desvelo.

ESCENA X.

Don Juan á la ventana de doña Clara, y cógela por el brazo, y dice á voces.

Don Juan.

¿Quién es? yo he de conoceros,
porque tengo por mi cuenta
este cuarto, y el guardarle
mucho cuidado me cuesta.

ESCENA XI.

DECORACION DE SALA.

Don Juan con doña Clara del brazo, y por otra puerta doña Blanca con una bujía en la mano.

Doña Blanca.

Bien se logró mi cuidado.
¿Quién dá voces, ¿quién altera

---

(1) *Entrase.*

¿pues que ya lo he dejado,
de qué me sirve estar tan desvelado?
Mas pues ya estoy aquí, y no estoy zeloso,
quiero escuchar siquiera de curioso.

Doña Clara.

¡Qué enigma es este, cielos, que he escuchado! *ap.*

Don García.

No hay mas gloria que estar con vos casado;
sabré dejar al mismo amor corrido.

Doña Clara.

Mucho, García, siempre os he debido.

Don Juan.

¿Para esto me dijo tan severa *ap.*
la puerta dejarás de la manera,
Antonio, que la hallares?

Doña Clara.

¿No olvidais, don García los pesares?

Don García.

Si, Blanca hermosa, porque en tu presencia
no hay pena que me haga resistencia.

Don Juan.

¿Si García de Castro es mi enemigo? *ap.*
pero no, que lo sabe, y es mi amigo.
Entendila el intento,
que este entretenimiento
tiene ya su hora cierta.
La puerta habierta hallé, dejela abierta;
nunca se ha de quejar de mi obediencia;
pero estando yo aquí, ya es insolencia.
¿No la estorva un criado?
sin duda que me tiene per callado.

Doña Clara.

No hay que temer, pues él lo ha concedido.

Don Juan.

¡Hay pena mas cruel! pierdo el sentido. *ap.*

Don García.

A Dios, mi luz hermosa.

Doña Clara.

Presto seré, García, vuestra esposa.

Don Juan.

Mas pues tengo este cuarto por mi cuenta,
sin duda haré lo que mi industria intenta. (1)

Don García.

Vuestro esclavo seré.

Doña Clara.

Guardeos el cielo.

Don García.

Quiera amor que se acabe este desvelo.

ESCENA X.

Don Juan á la ventana de doña Clara, la coge por el brazo, y dice á voces.

Don Juan.

¿Quién es? yo he de conoceros,
porque tengo por mi cuenta
este cuarto, y el guardarle
mucho cuidado me cuesta.

ESCENA XI.

DECORACION DE SALA.

Don Juan con doña Clara del brazo, y por otra puerta doña Blanca con una bujía en la mano.

Doña Blanca.

Bien se logró mi cuidado.
¿Quién dá voces, ¿quién altera

(1) *Entrase.*

la casa? ¿Clara, qué es esto?
¿Antonio, de esta manera?
¿De que os suspendeis? ¿qué os turba?

Don Juan.

¡Perdido estoy! *ap.*

Doña Clara.

¡Yo estoy muerta. *ap.*

Don Juan.

Lo que engaña, desengaña.
¡O cuanto los hombres yerran,
si por todos los sentidos
prudentes no se gobiernan!
Por cumplir, señora mia,
tu gusto, con mi obediencia....

Doña Clara.

Porque de una alma la cura
costosa.... pero la pena....
yo no puedo en tu respeto....
la lengua.... pero la lengua....

Doña Blanca.

Aunque estés turbada, busca
la verdad, la mejor puerta,
y siendo el tormento mio,
de comedida confieses;
tú, tu lengua, y mis oidos,
mas de un pundonor afrentan,
porque á ellos falta de atentos,
lo que á ella de modesta.
Mal haya, amen, el cuidado, *ap. D. Juan.*
mal haya, amen, la cabeza,
que fácil se persuade
con la primera apariencia.
¿Es lícito, á fuer de guarda,
con engañosas cautelas
disfrazar las osadías,

sus vivientes menudencias?
Aun fuera peor que sarna,
que estas sabandijas entran,
y saben á cierra ojos
dejar un cuerpo de mezcla.
Pero esto es boberia:
¿qué haré, pues, que me divierta?
¿discurriré? — Es cosa grave.
¿murmuraré? — Es cosa fea.
Durmamos, pero cuidado,
que hay enemigo en la vega. (1)
¡Vive Cristo que es un pulo
el que en el prado se asienta!
Otra vez (hay es no nada,
y por Dios pica de veras)
mete bocados con alma,
saca bocados sin ella.
Déjame, que tienes traza
de hacerme ver las estrellas,
ó de quitarme el juicio
por debajo de la pierna.
Si has jurado de mostaza,
métete á culto, y no tengas,
con quien responder no sabe,
tan sobradas agudezas.
(1) Sin duda, que aqueste hidalgo
quiere correr por mi cuenta,
él quiere ser cosa mia,
pues que tanto se me pega.
Yo lo acepto; que es muy justo,
y si el pulgar no me yerra,
hemos de ser uña, y carne,
por pagarle esta fineza.

(1) Múdase á otra parte.

Levántome; que he perdido
caro el esperar me cuesta,
pues que sin haber jugado,
picado el lance me deja.

ESCENA XIV.

Cerote, y Blanca é Inés á la reja.

Doña Blanca.

Así lo he determinado,
Inés, ya que sus sospechas,
de la duda satisfechas
con la esperiencia han quedado.
No dejará de venir,
que galan, y caballero,
pecar no puede en grosero
y menos podrá mentir.
¡Qué bien, gracias á mi amor,
lo dispuso mi ventura!

Inés.

Fue la mas dichosa cura
que pudo tener tu honor.

Doña Blanca.

Mandaréle que me vea.

Inés.

¿Ya tan presto te declaras?

Doña Blanca.

Poco en mi gusto reparas.

Inés.

Ignoro lo que deseas.

Doña Blanca.

¿No has visto, Inés, en invierno
acusar de tibio al sol
siendo así mismo farol,

tan flamante como eterno?
¿Y que en poco tiempo luego
sin costarle una congoja
montañas de luz arroja
y promontorios de fuego?
¿Causando estos accidentes,
ni el gusto, ni la eleccion,
sino el hacer su estacion
por caminos diferentes;
si bien en el mes de mayo
produce menos cruel
con cada hoja un clavel,
una flor con cada mayo?
Mi amor así en el invierno
padeció esta remision,
sin dar muestra el corazon,
ni de amante, ni de tierno;
¿por qué en la estacion celosa
de don Juan, no pudo ser
que le pudiera encender
la llama aunque poderosa?
Pero ya que de aquel yelo
le ha sacado el honor mio,
presto le pondrá en su estío,
mejorándole de cielo,
y con templados rigores,
sin que padezca desmayos,
haré de mi pecho un mayo,
donde coja su amor flores.
¿Mas qué ya me has entendido?

Inés.

El fin, pero el medio no.

Doña Blanca.

Basta que le sepa yo,
y bástete a ti el sentirlo.

Inés.

Allí un hombre se pasea,
¿ si es él ?

Doña Blanca.

Llama, y lo sabrás.
¿ Amor mio, adonde vas ?

Inés.

Ce, ce.

Cerote.

¡ Qué bien deletrea !
pero, si el nombre acabára,
ya me hubiera persuadido :
no me doy por entendido.

Doña Blanca.

Si don Juan fuera, llegára :
pero vuelvele á llamar.

Inés.

¡ Ah hidalgo !

Cerote.

Ya no hay hidalgo,
que cualquiera es hijo de algo,
pues que procedió de un par.

Inés.

¡ Ah galan !

Cerote.

Esto me obliga.

Inés.

Pero mejor es dejalle.

Cerote.

Gran cosa es tener buen talle,
buena pierna, y buena liga.
Ya estoy á vuestro servicio,
aunque con poco dinero.

Inés

Debe de ser escudero.

Cerote.

De mas caudal es mi oficio.

Inés.

Pues si es de mas caudal,
¿cómo tan pobre ha quedado?

Cerote.

A todos nos ha igualado,
porque es peste nuestro mal.

ESCENA XV.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

No es poco dificultoso
el lance que agora espero.

Cerote.

Es mi amo caballero,
y sabe ser generoso,
que hasta agora me ha burlado.

Don Juan.

¿Cómo Cerote se tarda?
pero parece que guarda
la ventana otro embozado:
á buen tiempo ha sucedido,
pues que ya estoy satisfecho,
y vive Blanca en mi pecho
con amor mas encendido.

Cerote.

Por eso mi amo me estima,
que este brazo, y esta espada
no tiene miedo de nada,
que un rayo á los dos anima.

Doña Blanca.

¿En fin, eres tan valiente?

(¡qué es esto que me sucede!) *ap.*
desde luego os doy, y puede
estar mi amor muy ufano.
Disponed á vuestro gusto
de mi alvedrio, y de mí.

Don Pedro.

Nunca, don García, temí,
que negarais lo que es justo.

Don García.

¿Decidme, Blanca, señor,
os ha dicho que me habléis?

Don Pedro.

Sí, García; no dudeis,
que sabe bien vuestro amor.

Don García.

¿Y gusta en fin que se haga?

Don Pedro.

Claro está.

Don García.

El alma lo duda.

Don Pedro.

Hacerla que á casa acuda,
para que se satisfaga;
y con esta confianza
satisfecho voy: a Dios.
Bien se ha hecho. *ap.*

ESCENA VII.

Don García.

Ya los dos
seremos uno, que alcanza
premio mi dulce pasion.
Loco me tiene el placer;
bien podeis, alma, ofrecer
albricias al corazon.

Cerote.
De mas caudal es mi oficio.
Inés.
Pues si es de mas caudal,
¿cómo tan pobre ha quedado?
Cerote.
A todos nos ha igualado,
porque es peste nuestro mal.

ESCENA XV.

Dichos y don Juan.

Don Juan.
No es poco dificultoso
el lance que agora espero.
Cerote.
Es mi amo caballero,
y sabe ser generoso,
que hasta agora me ha burlado.
Don Juan.
¿Cómo Cerote se tarda?
pero parece que guarda
la ventana otro embozado:
á buen tiempo ha sucedido,
pues que ya estoy satisfecho,
y vive Blanca en mi pecho
con amor mas encendido.
Cerote.
Por eso mi amo me estima,
que este brazo, y esta espada
no tiene miedo de nada,
que un rayo á los dos anima.
Doña Blanca.
¿En fin, eres tan valiente?

Don Juan.

Por la voz le he conocido.

Cerote.

Soy de Toledo el temido.

Don Juan.

Mejor digera el paciente:
quiero ver como egercita
lo mismo de que blasona.

Cerote.

Esto de una valentona,
ni me inquieta, ni me irrita.

Don Juan.

¡Ah caballero! el lugar
dejad, que sois atrevido.

Cerote.

Siempre fue descomedido
el que así se atrevió á hablar:
Algun diablo...... *ap.*

Don Juan.

¿No se vá?

Inés.

El es muy lindo gallina.

Don Juan.

¿En qué piensa? ¿qué imagina? *dale.*
¿no vé que me enfado ya?

Cerote.

¿Pues dícelo usted de veras?

Don Juan.

Así entenderá mejor:
defiéndase el hablador.

Inés.

A él le cascan para peras.

Cerote.

Piensa, que aunque soy sufrido...

Don Juan.

Pues aun no estoy enojado.

Cerote.

El quiere, que de templado,
me convierta en sacudido.

Doña Blanca.

Cierra, y vamonos, Inés.

Don Juan.

Antes, señora, que os vais,
si aquí licencia me dais.

Doña Blanca.

Aguarda, que Don Juan es:
quien trata á su siervo así,
señas dá de riguroso.

Don Juan.

¿Es Cerote?

Cerote.

Es muy gracioso.

Don Juan.

En fin, no te conocí.

Doña Blanca.

Dos noches ha que no os vemos.

Don Juan.

Otras tantas ha que lloro,
que como quien [illegible] ignoro,
me obligais á estos extremos.

Doña Blanca.

¿Tanto [illegible] creia,
que os daba tanto cuidado.

Don Juan.

Nunca en tan feliz estado
se vio la ventura mia.

Doña Blanca.

Mas mereceis: yo me obligo
á pagaroslo mejor.

la casa? ¿Clara, qué es esto?
¿Antonio, de esta manera?
¿De que os suspendeis? ¿qué os turba?

Don Juan.

¡Perdido estoy! *ap.*

Doña Clara.

¡Yo estoy muerta. *ap.*

Don Juan.

Lo que engaña, desengaña.
¡O cuanto los hombres yerran,
si por todos los sentidos
prudentes no se gobiernan!
Por cumplir, señora mia,
tu gusto, con mi obediencia....

Doña Clara.

Porque de una alma la cura
costosa.... pero la pena....
yo no puedo en tu respeto....
la lengua.... pero la lengua....

Doña Blanca.

Aunque estés turbada, busca
la verdad, la mejor puerta,
y siendo el tormento mio,
de comedida confiesas;
tú, tu lengua, y mis oidos,
mas de un pundonor afrentan,
porque á ellos falta de atentos,
lo que á ella de modesta.
Mal haya, amen, el cuidado, *á D. Juan.*
mal haya, amen, la cabeza,
que fácil se persuade
con la primera apariencia.
¿Es lícito, á fuer de guarda,
con engañosas cautelas
disfrazar las osadias,

apetecer la mañana,
y mas cuando al Sol se espera.

Doña Blanca.

El adivinó mi intento. *ap.*
No entiendo lo que decis,
si otra vez no repetis,
y aclarais el pensamiento.

Don Juan.

Culpad á mi atrevimiento.

Doña Blanca.

¿Pues como no os declarais?

Don Juan.

Pues que vos me lo mandais,
en vuestra casa quisiera
veros.

Doña Blanca.

¿Y todo eso era?
¿Hay mas de que me veais?
pero no será en mi casa,
que hay inconveniente grave;
la de una amiga, que sabe
lo que entre nosotros pasa.........

Cerote.

Yá está sentada esta baza. *ap.*

Doña Blanca.

Treguas daré á ese cuidado;
vive en la calle del Prado,
es muy noble, y es muy dama.

Don juan.

¿Como, señora, se llama?

Doña Blanca.

¿Como?
Doña Blanca Hurtado.

Don Juan.

¿Doña qué? que no entendí.........

Doña Blanca.

Atended, que estais conmigo:
Doña Blanca Hurtado digo.
¡Que bien se dispone asi! *ap.*

Don Juan.

Qué diré ¡no estoy en mí! *ap.*

Doña Blanca.

Mirad, que os aguardaré.

Don Juan.

A gozar mi dicha iré.

Doña Blanca.

Pues á Dios y sea temprano
mañana.

Don Juan.

Pues soy quien gané,
yo, señora, esperaré.

ESCENA XVI.

Don Juan y Cerote.

Cerote.

Quedas muy bien despachado?

Don Juan.

¡Hay mas grave confusion!

Cerote.

Acabose está estacion.

Don Juan.

¿Mas si acaso me ha burlado?
Pero lo que fuere sea, *ap.*
yo he de ver esta muger.

Cerote.

¿Hay otras pruebas que hacer?
? hemos de mudar librea?

Don Juan.

El mejor arbitrio ha sido;

sus vivientes menudencias?
Aun fuera peor que sarna,
que estas sabandijas entran,
y saben á cierra ojos
dejar un cuerpo de mezcla.
Pero esto es boberia:
¿qué haré, pues, que me divierta?
¿discurriré? = Es cosa grave.
¿murmuraré? = Es cosa fea.
Durmamos, pero cuidado,
que hay enemigo en la vega. (1)
¡Vive Cristo que es un pulo
el que en el prado se asienta!
Otra vez (hay es no nada,
y por Dios pica de veras)
mete bocados con alma,
saca bocados sin ella.
Déjame, que tienes traza
de hacerme ver las estrellas,
ó de quitarme el juicio
por debajo de la pierna.
Si has jurado de mostaza,
métete á culto, y no tengas,
con quien responder no sabe,
tan sobradas agudezas.
(1) Sin duda, que aqueste hidalgo
quiere correr por mi cuenta;
él quiere ser cosa mia,
pues que tanto se me pega.
Yo lo acepto, que es muy justo,
y si el pulgar no me yerra,
hemos de ser una, y carne,
por pagarle esta fineza.

(1) *Múdase á otra parte.*

Inés.

Allí un hombre se pasea,
¿si es él?

Doña Blanca.

Llama, y lo sabrás.
¿Amor mio, adonde vas?

Inés.

Ce, ce.

Cerote.

¡Qué bien deletrea!
pero si el nombre acabára,
ya me hubiera persuadido:
no me doy por entendido.

Doña Blanca.

Si don Juan fuera, llegára:
pero vuelvele á llamar.

Inés.

¡Ah hidalgo!

Cerota.

Ya no hay hidalgo,
que cualquiera es hijo de algo,
pues que procedió de un par.

Inés.

¡Ah galan!

Cerote.

Esto me obliga.

Inés.

Pero mejor es dejalle.

Cerote.

Gran cosa es tener buen talle,
buena pierna, y buena liga.
Ya estoy á vuestro servicio,
aunque con poco dinero.

Inès.

Debe de ser escudero.

Don Pedro.

Quisiera, Blanca, saber,
como la boda de Clara
esta tarde disponeis;
porque ya yo á don García
apercibido dejé:
la hora solo es lo que ignora.

Doña Blanca.

Muy presto lo avisaré;
no tiene que darte pena.

Don Pedro.

No habrá nada que temer,
si tu ingenio lo dispone:
quiero dejarte, porque
tengas lugar para todo.

Doña Blanca.

Mirad, que no os descuideis,
señor, en volver temprano.

Don Pedro.

Aun antes de anochecer
volveré: á Dios.

Doña Blanca.

El os guarde.

ESCENA XIX.

Doña Blanca, Inés, y despues doña Clara.

Doña Blanca.

Inés, pues que ya se fué,
llama á Clara, porque hoy
tenemos mucho que hacer.

Inés.

No es menester, que ya viene.

Doña Blanca.

Esta es la primera vez,

que supo Clara salir
habiéndola menester,
¿Clara?

Doña Clara.

¿Señora?

Doña Blanca.

¡Ah enemiga! *ap.*
Mucho te deseaba ver,
que tengo un negocio grave,
y contigo es tan cortés
mi amor, que te ha de hacer parte,
para que así salga bien.

Doña Clara.

¿En qué, señora, te sirvo?

Doña Blanca.

Ahora lo sabrás. Inés,
trae recado de escribir. *Vase Inés.*
Impórtame, que un papel
escribas por mí, que quiero,
sin que puedan conocer
mi letra, enviarle esta tarde.

Doña Clara.

Tu gusto, señora, haré.

Doña Blanca.

¡A lo que se ve obligada *ap.*
una principal muger! (1)

Inés.

Ya el recado de escribir
aguarda.

Doña Blanca.

No hay, Clara, quien

---

(1) *Vuelve Inés con recado de escribir.*

esté libre de un empeño;
pues cualquiera frágil es.
Llega al bufete, y escribe,
que yo dictándole iré. (1)

Inés.

¡O lo que sabe mi ama! *ap.*
no la he podido entender;
todas sus resoluciones
son el libro del por qué.
No me importa averiguarlo;
solo importa obedecer,
si bien antes de mil horas
todo el enigma sabré.

Doña Clara.

¿Cómo en Madrid tanto tiempo
así se pudo esconder?

Doña Blanca.

Ciérrale, que ese misterio,
Clara, le sabrás despues.

Doña Clara.

Ya te obedezco. (2)

Doña Blanca.

Eso importa.
Espera, ¿qué vas á hacer?

Doña Clara.

El sobre-escrito quería.

Doña Blanca.

¿Sabes lo que has de poner?

Doña Clara.

¿No es á don Juan de Alvarado?

Doña Blanca.

No, prima, á don Juan no es.

---

(1) *Escribe Clara, y Blanca junto á ella.*
(2) *Va á sobre-escribirle.*

que es muy hidalgo mi amor.

Don Juan.

¿Qué enigma es este que sigo?
no podre desconfiar
de que me ha de hacer favores,
pues con tan tiernos amores
me acaba agora de hablar.

Doña Blanca.

¿Como no me respondeis?
Vamos, amor, poco á poco *ap.*

Don Juan.

Porque ya me tienen loco
los favores que me haceis.
¡Quien supiera cortesmente *ap.*
dejarla y no verla mas!
no puedo bolverme atrás;
este es camino prudente.
Enmudecido me tiene
en medio de ese favor
un poderoso dolor,
que una desdicha previene:
que aunque agora el alma os tiene,
y ama, sin saber á quien,
morirá á vuestro desden;
que el amor no conocido,
es áspid, que está escondido,
y mata á cuantos le vén.
Quisiera hablaros de dia.
Asi su amor atropello *ap.*
pues no ha de venir en ello.
Perdonad esta osadia,
que fuera mi cobardia
yá de remisa, grosera.
Bueno vá de esta manera, *ap.*
que es ambicion cortesana

*

apetecer la mañana,
y mas cuando al Sol se espera.

Doña Blanca.

El adivinó mi intento. *ap.*
No entiendo lo que decis,
si otra vez no repetis,
y aclarais el pensamiento.

Don Juan.

Culpad á mi atrevimiento.

Doña Blanca.

¿Pues como no os declarais?

Don Juan.

Pues que vos me lo mandais,
en vuestra casa quisiera
veros.

Doña Blanca.

¿Y todo eso era?
¿Hay mas de que me veais?
pero no será en mi casa,
que hay inconveniente grave;
la de una amiga, que sabe
lo que entre nosotros pasa.........

Cerote.

Yá está sentada esta baza. *ap.*

Doña Blanca.

Treguas daré á ese cuidado;
vive en la calle del Prado,
es muy noble, y es muy dama.

Don Juan.

¿Como, señora, se llama?

Doña Blanca.

¿Como?
Doña Blanca Hurtado.

Don Juan.

¿Doña qué? que no entendí.......

Doña Blanca.

Atended, que estais conmigo:
Doña Blanca Hurtado digo.
¡Que bien se dispone asi! *ap.*

Don Juan.

Qué diré ¡no estoy en mí! *ap.*

Doña Blanca.

Mirad, que os aguardaré.

Don Juan.

A gozar mi dicha iré.

Doña Blanca.

Pues á Dios y sea temprano
mañana.

Don Juan.

Pues soy quien gané,
yo, señora, esperaré.

ESCENA XVI.

Don Juan y Cerote.

Cerote.

Quedas muy bien despachado?

Don Juan.

¡Hay mas grave confusion!

Cerote.

Acabose esta estacion.

Don Juan.

¿Mas si acaso me ha burlado?
Pero lo que fuere sea, *ap.*
yo he de ver esta muger.

Cerote.

¿Hay otras pruebas que hacer?
? hemos de mudar librea?

Don Juan

El mejor arbitrio ha sido;

Don Pedro.

Quisiera, Blanca, saber,
como la boda de Clara
esta tarde disponeis;
porque ya yo á don García
apercibido dejé:
la hora solo es lo que ignora.

Doña Blanca.

Muy presto lo avisaré;
no tiene que darte pena.

Don Pedro.

No habrá nada que temer,
si tu ingenio lo dispone:
quiero dejarte, porque
tengas lugar para todo.

Doña Blanca.

Mirad, que no os descuideis,
señor, en volver temprano.

Don Pedro.

Aun antes de anochecer
volveré: á Dios.

Doña Blanca.

El os guarde.

ESCENA XIX.

Doña Blanca, Inés, y despues doña Clara.

Doña Blanca.

Inés, pues que ya se fué,
llama á Clara, porque hoy
tenemos mucho que hacer.

Inés.

No es menester, que ya viene.

Doña Blanca.

Esta es la primera vez,

que supo Clara salir
habiéndola menester,
¿Clara?

Doña Clara.

¿Señora?

Doña Blanca.

¡Ah enemiga! *ap.*
Mucho te deseaba ver,
que tengo un negocio grave,
y contigo es tan cortés
mi amor, que te ha de hacer parte,
para que así salga bien.

Doña Clara.

¿En qué, señora, te sirvo?

Doña Blanca.

Ahora lo sabrás. Inés,
trae recado de escribir. *Vase Inés.*
Impórtame, que un papel
escribas por mí, que quiero,
sin que puedan conocer
mi letra, enviarle esta tarde.

Doña Clara.

Tu gusto, señora, haré.

Doña Blanca.

¡A lo que se ve obligada *ap.*
una principal muger! (1)

Inés.

Ya el recado de escribir
aguarda.

Doña Blanca.

No hay, Clara, quien

---

(1) *Vuelve Inés con recado de escribir.*

Don Pedro.

Quisiera, Blanca, saber,
como la boda de Clara
esta tarde disponeis;
porque ya yo á don García
apercibido dejé:
la hora solo es lo que ignora.

Doña Blanca.

Muy presto lo avisaré;
no tiene que darte pena.

Don Pedro.

No habrá nada que temer,
si tu ingenio lo dispone:
quiero dejarte, porque
tengas lugar para todo.

Doña Blanca.

Mirad, que no os descuideis,
señor, en volver temprano.

Don Pedro.

Aun antes de anochecer
volveré: á Dios.

Doña Blanca.

El os guarde.

ESCENA XIX.

Doña Blanca, Inés, y despues doña Clara.

Doña Blanca.

Inés, pues que ya se fué,
llama á Clara, porque hoy
tenemos mucho que hacer.

Inés.

No es menester, que ya viene.

Doña Blanca.

Esta es la primera vez,

que supo Clara salir
habiéndola menester.
¿Clara?

Doña Clara.

¿Señora?

Doña Blanca.

¡Ah enemiga! *ap.*
Mucho te deseaba ver,
que tengo un negocio grave,
y contigo es tan cortés
mi amor, que te ha de hacer parte,
para que así salga bien.

Doña Clara.

¿En qué, señora, te sirvo?

Doña Blanca.

Ahora lo sabrás. Inés,
trae recado de escribir. *Vase Inés.*
Impórtame, que un papel
escribas por mí, que quiero,
sin que puedan conócer
mi letra, enviarle esta tarde.

Doña Clara.

Tu gusto, señora, haré.

Doña Blanca.

¡A lo que se ve obligada *ap.*
una principal muger! (1)

Inés.

Ya el recado de escribir
aguarda.

Doña Blanca.

No hay, Clara, quien

(1) *Vuelve Inés con recado de escribir.*

esté libre de un empeño;
pues cualquiera frágil es.
Llega al bufete, y escribe,
que yo dictándole iré. (1)

Inés.

¡O lo que sabe mi ama! *ap.*
no la he podido entender;
todas sus resoluciones
son el libro del por qué.
No me importa averiguarlo;
solo importa obedecer,
si bien antes de mil horas
todo el enigma sabré.

Doña Clara.

¿Cómo en Madrid tanto tiempo
así se pudo esconder?

Doña Blanca.

Ciérrale, que ese misterio,
Clara, le sabrás después.

Doña Clara.

Ya te obedezco. (2)

Doña Blanca.

Eso importa.
Espera, ¿qué vas á hacer?

Doña Clara.

Es sobre-escrito queria.

Doña Blanca.

¿Sabes lo que has de poner?

Doña Clara.

¿No es á don Juan de Alvarado?

Doña Blanca.

No, prima, á don Juan no es.

---

(1) *Escribe Clara, y Blanca junto á ella.*
(2) *Va á sobre-escribirle.*

Doña Clara.

¿Pues di, á quien? que no te entiendo.

Doña Blanca.

No es muy facil de entender: dí á don García de Castro.

Doña Clara.

¿Repara, señora, á quién?

Doña Blanca.

No tienes que alborotarte, porque tu negocio es: escribe, y dámele presto.

Doña Clara.

¡Hay tormento mas cruel! *ap.*

Doña Blanca.

¿No pones el sobre-escrito? Acaba, que esto ha de ser.

Doña Clara.

Ya está puesto... y yo mortal. *ap.*

Doña Blanca.

Pues parte al momento, Inés, y llévale á don García.

Inés.

Como una cometa iré; porque para obedecerte, de alas me calzo los pies.

ESCENA XX.

Doña Blanca y doña Clara.

Doña Blanca.

No quiero á tu confusion añadir otro tormento, porque las penas que siento no sufren mas dilacion. En tu gusto desvelada

he vivido de manera,
que he sido yo la tercera
por ser tu la enamorada.
Y si tercera no he sido
en ese tu afan violento,
basta haber sido instrumento:
tanto tu industria ha podido.
Tu quieres á don García,
y en mi nombre le has hablado,
así me lo has confesado;
y aunque ha sido grosería,
sobrándote á tí hermosura,
tomar un nombre supuesto,
ya yo no reparo en esto,
que con amor no hay cordura;
y nunca la repreension
en este tiempo aprovecha,
y quien así se despecha,
ya vive sin eleccion.
Solo te quiero rogar,
que digas, que esto es así,
á su tiempo, porque allí
venga yo, Clara, á quedar
de este empeño disculpada;
pues conoces, que es tan justo,
y facilitas el gusto
de quedar con él casada:
así por mi lo has de hacer.

Doña Clara.

En obedecerte gano;
deja que bese tu mano.

Doña Blanca.

No hay, no, que me agradecer;
vete: á Dios, y quiera el cielo,
que yo cure tu dolor.

Doña Clara.

El te guarde. Así mi amor
dará fin á su desvelo.

ESCENA XXI.

Doña Blanca.

Ya es hora, don Juan, que vengas,
que quien por tu cuenta vive,
en esó mismo que tardas,
negada está á lo sensible.
¡Quiera amor, que en tu presencia
prudente el labio se esplique,
y entre mi amor, y mi honor
las verdades no peligren!
¿Qué pusiste en los amantes,
rapaz ciego? ¿qué pusiste?
pues cuando se adoran mas,
que digan menos permites.
Si mudo está el que se abrasa,
¿de qué el voraz fuego sirve?
¿no le dejarás siquiera
los privilegios del Cisne?
¿Ha de morir sin acentos?
¿y en fin ha de convertirse
en cenizas, sin que cante
el dulce afan que le aflige?
No sea así; esta vez perdona
de esta pena lo insufrible,
y quede de todo un cuerpo
siquiera la lengua libre.

ESCENA XXII.

Doña Blaca y Tristan.

Tristan.

Albricias, señora mia,
porque don Juan de Alvarado,
mi señor, ahora ha llegado.
Dia de novio, bravo día. *ap.*

Doña Blanca.

Yo te las mando, Tristan.
Lindo disfraz ha elegido. *ap.*

Tristan.

Brava ventura he tenido
en ver primero á don Juan:
ya sube por la escalera,
y aun en la sala está ya.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Juan de camino, lo mas galan que pueda, y Cerote con él.

Don Juan.

Quiera amor...... *ap.*

Doña Blanca.

Agora está
don Juan viviendo en su esfera. *ap.*

Don Juan.

Tan suspenso me ha dejado,
señora, vuestra hermosura,
que ya digo á mi ventura,
que perdí lo que he tardado;
aunque pienso que he ganado,
porque aquí estoy tan perdido,
que si me busco advertido,

en mí no me puedo hallar,
y así bueno fue tardar,
porque eso mas he vivido.
Muerto estoy, pero viviendo
á vuestros ojos divinos,
que soles tan peregrinos
vida me van adquiriendo.
Ya, señora, no me entiendo,
dadme cuenta de mi vida,
que por vos está perdida,
y por vos ganada está,
aunque imagino que ya
quereis que esté dividida.

Doña Blanca.

Los enigmas, y favores,
aunque lisonja, agradezco,
y á pagárosla me ofrezco.

Don Juan.

Con agasajos mayores
moriré en vuestros amores.

Doña Blanca.

Habéisme favorecido
con tanto afecto, señor,
que ya no sabe mi amor
cual es el recien venido.

Don Juan.

Mucho os debo.

Doña Blanca.

¿Qué mirais?

Don Juan.

Está la sala estremada,
mucho su adorno me agrada:
¿mas cómo tan sola estais?

Doña Blanca.

Mucho, señor, reparais.

Don Juan.

A don Pedro, mi señor,
no he visto, y así mi amor,
que como á padre le estima,
desea ver, y á vuestra prima,
Disimular es mejor. *ap.*

Doña Blanca.

Mi padre en casa no está,
pero presto ha de venir.

Don Juan.

No me puedo divertir. *ap.*

Doña Blanca.

Y Clara luego saldrá.

Don Juan.

¿Si aquella dama vendrá, *ap.*
que aquí me tiene perdido?
Disimular no he podido;
nada falta donde estais,
si bien en la luz que dais
peligra el mas advertido.

Tristan.

Raro sois por varios modos.

Cerote.

Soy un bienaventurado.

Tristan.

Contento me habeis dejado:
¿cómo os llamais?

Cerote.

Para todos.

Tristan.

Sereis la mala ventura.

Cerote.

Mas dicha tengo en mi nombre.

Tristan.

Decidle, porque me asombre,

si el oficio lo asegura.

Cerote.

Sabed, que mi nombre, amigo,
generalísimo es,
pues cualquiera entre los pies
me lleva siempre consigo.
Y es de tal naturaleza,
que no hay quien sin él se halle;
si alguno cae en la calle
siempre conmigo tropieza.
Es mi nombre linda alhaja
para cualquier escudero,
y aunque nació caballero
ha dado en ser cosa baja.
En fin, pobre ó caballero,
vivo sin tomar enojo
perpétuamente en remojo
en casa del Zapatero.
Su enigma no os alborote,
que ha sido gustoso ensayo,
porque despues de lacayo,
me llamo tambien Cerote.

ESCENA XXIV.

Dichos, don Pedro, y don García por una puerta, y por otra doña Clara é Inés.

Don Pedro.

Ahora, señor, lo sabreis,
porque ha venido don Juan:
pero juntos aquí están.

Doña Blanca.

Mi padre.

Don Juan.

Ya me teneis

á vuestros pies humillado,
conoced un hijo en mí;
el nombre no merecí,
pero vos me lo habeis dado.

Don Pedro.

Alzad del suelo á mis brazos:
¡qué galan, y que entendido! *ap.*
Vos seais muy bien venido,
don Juan, dadme mil abrazos.

Don Juan.

Mucho me favoreceis.

Don Garcia.

Vive Dios, que ha sido engaño.

Don Pedro.

Reparo...

Don Garcia.

Insufrible daño. *ap.*

Don Pedro.

En que mucho os pareceis.....
pero aquesto importa poco.

Don Juan.

¿Don Garcia, vos aquí?

Don Garcia.

Don Juan. (Ya no estoy en mí: *ap.*
¿qué sueño es este que toco?)
muy bien venido seais.

Don Juan.

Ya es fuerza ser bien venido.

Don Pedro.

Amigos son, dicha ha sido. *ap.*
Sillas, ola. ¿No os sentais?

Don Juan.

Ya te obedezco.

Don Garcia.

¿Qué es esto? *ap.*

Cerote.

El demonio que lo entienda.

Don Pedro.

Todo con esto se enmienda. *ap.*

Cerote.

Acabe, y dígalo presto.

Don Pedro.

Don Juan, ya que quiso el cielo,
que á este punto habeis venido,
que sepais otro suceso
es justo, como preciso.
Sabed, pues, que don García
muchos dias ha servido
á doña Clara de amante,
con tan decente designio,
que á ser su esposo aspiró:
ella desea lo mismo,
y así á los dos esta tarde
desposarlos he querido.

Don García.

Mirad bien lo que decís,
por que solo Blanca ha sido
el objeto de mis ansias;
y si no basta decirlo,
para llamarme esta tarde
ella este papel me ha escrito.

Don Pedro.

La letra no es de su mano.

Don García.

Haréisme perder el juicio.

Doña Clara.

Verdad es, yo lo escribí.

Don Juan.

De importancia es el testigo.

Doña Blanca.

Juntarle podeis con este
que ha quedado del residuo
de unos, que vos le volvisteis,
y yo le quité.

Cerote.

Por Cristo,
que le dan con la de rengo.

Don Garcia.

¿Y este retrato es fingido?
Negad tambien esta alhaja.

Doña Clara.

Por otro que tiene, hizo
el interés copiar ese
y yo os le di.

Doña Blanca.

Señor mio, (1)
porque salgais de este engaño,
no habeis hablado conmigo
en vuestra vida, que Clara
escuchó vuestros suspiros:
yo solo soy de don Juan,
con mi mano lo confirmo.

Don Pedro.

Dádsela vos luego á Clara,
porque es el lance preciso:
con ella, y diez mil ducados
vivireis, como sobrino,
en mi casa.

Don Garcia.

Asi lo acepto,
pues caballero he nacido.

---

(1) *Levántase, y tras ella todos.*

Don Pedro.

Llamad á Antonio, el criado
de don Juan.

Don Juan.

A tu servicio,
señor, le tienes delante;
que disfrazado he querido
serviros á vos, y á Blanca,
antes de ser su marido.

Don Pedro.

¡Grande fineza!

Doña Blanca.

Y porque,
don Juan, no esteis pensativo
de la dama del jardin,
yo soy, porque de lo mismo,
que vos valeros quisisteis,
tambien mi amor se ha valido:
de mi padre es, y así en él
tan facilmente os he visto.

Don Juan.

Lo que engaña, desengaña:
el perdon, señora, os pido.

Cerote.

Y el Galan de su Muger
aqui tiene finiquito.

El Galan de su muger.

La intriga de esta comedía es ingeniosa y está bien imaginada y conducida. Don Juan viene á Madrid á casarse con doña Blanca; pero receloso de su conducta por los avisos que ha recibido, determina averiguar por sí mismo la verdad, y se introduce con el nombre de su criado Antonio en casa de don Pedro su futuro suegro. Este disfraz se parece mucho al del *Amo criado* de Rojas. La pasion de doña Clara, que corresponde á don García con el nombre de Blanca, á quien este adora, confirma á don Juan en sus sospechas, y resuelve volverse á Toledo; pero Blanca, á quien habla por las noches en la reja del jardin sin conocerla, averigua por Cerote que aquel desconocido es el que viene á casarse con ella, el que está hospedado en su misma casa, y trata de ausentarse enamorado y celoso. Entónces forma la resolucion de desengañarle, y lo consigue con sagacidad y prudencia. Esta combinacion es por sí misma interesante y produce situaciones críticas. Véanse las últimas escenas del acto primero y del segundo. Todas las demas en que doña Blanca prepara el desengaño están dispuestas con mucho ingenio, y la XI del tercer acto es sumamente interesante. El razonamiento de doña Blanca tíene mucha dignidad.

Aunque está turbada busca
la verdad la mejor puerta,
y siendo el tormento mio
de comedida confiesa.
Tú, tu lengua, y tus oidos
mas de un pundonor afrentan....

. . . .
Mal haya, amen, el cuidado,
mal haya, amen, la cabeza,
que fácil se persuade
con la primera esperiencia.
. . . .
¿Es acaso doña Clara
sugeto vil de sospecha?
¿no veis que quien á hurtar viene,
menos habla y mas tropieza?
. . . .
Clara trata de casarse &c.
. . . .

Blanca es el personage principal de la comedia, y su carácter es noble y está desenvuelto con acierto. El de Clara, que forma el contraste y la intriga, es odioso: la perfidia de que se vale para lograr sus deseos no puede disculparse con el amor. Esta pasion es en Blanca suave y pura, al paso que en Clara es un fuego violento que la devora. Aquella es honrada, modesta y pundonorosa, cuando esta resuelta y atrevida. Clara, en fin, no tiene buena educacion ni buena moral. Los personages de esta especie son malos para el teatro, por la impresion que dejan en el alma del espectador, si no reciben el castigo que merecen. Este recae únicamente sobre don García, que es un amante de buena fé: los artificios de Clara le obligan á creer que le ama Blanca, y la esplicacion de don Pedro, que es muy dramática y está bien preparada, no le dejan duda de que vá á lograr la mano de su querida. Sin embargo él es el castigado. . . . .

Señor mio,
porque salgais de ese engaño,
no habeis hablado conmigo

en vuestra vida, que Clara
escuchó vuestros suspiros:
yo solo soy de don Juan,
con mi mano lo confimo.

Las escenas de esta comedia estan bien dialogadas, y las que pasan en el jardin entre Blanca y don Juan, pintan la galantería urbana y el lenguage ingenioso de los amantes de aquel tiempo.

La descripcion que hace Cerote de la fortuna en la escena III del primer acto tiene gracia y novedad.

Es una vinagre, y es
una loca, y una ciega,
una vária, y es por quien
se vé el mérito abatido,
y premiado el interes.
Trae un necio en la cabeza,
un entendido á los pies, &c.

El estilo es generalmente correcto, y la versificacion fácil y armoniosa: hay algunos trozos de mérito, y entre ellos pudieran citarse las cuartetas que pone en boca de Blanca en la escena XV del tercer acto, que concluyen:

Y con templados rigores,
sin que padezca desmayo,
haré de mi pecho un mayo,
donde coja su amor flores.

Estos dos últimos versos son bellísimos.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía.

1829.

á vuestros pies humillado,
conoced un hijo en mí;
el nombre no merecí,
pero vos me lo habeis dado.

Don Pedro.

Alzad del suelo á mis brazos:
¡qué galan, y que entendido! *ap.*
Vos seais muy bien venido;
don Juan, dadme mil abrazos.

Don Juan.

Mucho me favoreceis.

Don Garcia.

Vive Dios, que ha sido engaño.

Don Pedro.

Reparo.

Don Garcia.

Insufrible daño. *ap.*

Don Pedro.

En que mucho os pareceis.....
pero aquesto importa poco.

Don Juan.

¿Don García, vos aquí?

Don Garcia.

Don Juan (ya no estoy en mí: *ap.*
¿qué sueño es este que toco?)
muy bien venido seais.

Don Juan.

Ya es fuerza ser bien venido.

Don Pedro.

Amigos son, dicha ha sido. *ap.*
Sillas, ola. ¿No os sentais?

Don Juan.

Ya te obedezco.

Don Garcia.

¿Qué es esto? *ap.*

Cerote.

El demonio que lo entienda.

Don Pedro.

Todo con esto se enmienda. *ap.*

Cerote.

Acabe, y dígalo presto.

Don Pedro.

Don Juan, ya que quiso el cielo,
que á este punto habeis venido,
que sepais otro suceso
es justo, como preciso.
Sabed, pues, que don García
muchos dias ha servido
á doña Clara de amante,
con tan decente designio,
que á ser su esposo aspiró:
ella desea lo mismo,
y así á los dos esta tarde
desposarlos he querido.

Don García.

Mirad bien lo que decís,
por que solo Blanca ha sido
el objeto de mis ansias;
y si no basta decirlo
para llamarme esta tarde
ella este papel me ha escrito.

Don Pedro.

La letra no es de su mano.

Don García.

Haréisme perder el juicio.

Doña Clara.

Verdad es, yo lo escribí.

Don Juan.

De importancia es el testigo.

PERSONAS.

Don Lucas, estudiante.
Don Enrique.
Don Antonio.
Don Pedro, viejo.
Doña Leonor, su hija.
Doña Melchora.
Florela.
Juana.
Talaveron.
Cartapacio.
Un Golilla.
Un Letrado.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Antonio, de soldado bizarro, don Enrique, de golilla, y Talaveron de lacayo.

Antonio.
Vive Cristo, don Enrique,
que si dais en esa tema,
me he de ahorcar de una encina.
Enrique:
Don Antonio, yo quisiera
saber de vos, cómo se ama,
sin que el corazon lo sepa.
Talaveron.
Amando por diversion,
que el que es, aunque hombre, tan bestia,
que por mugeres se mata,
merece......
Enrique.
¿Qué?
Talaveron.
Que se muera.
Antonio.
Dice bien Talaveron.
¿Hombre ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
engañifas de la idea;
nuestros desvelos nos pagan
en el precio que nos cuestan.

No, amigo, que la mas fina
tiene una rara moneda,
que cuando la dice, es oro,
que cuando la llora, es perlas,
que cuando la escribe, es plata,
y es cobre, cuando la trueca,
pues es fuerza hacerla cuartos,
para cumplir con ochenta.

Talaveron.

El Evangelio es de amor.

Enrique.

Don Antonio, la franqueza
de vuestro genio, aumentada
con la libertad que engendra
la campaña, os da ese humor,
incapaz de que en él quepan,
ni reflexiones amantes,
ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
y con mi pasion apenas
la merecí compasiva,
cuando ya la lloro agena,
muy de otra suerte discurro.

Antonio.

¡Válgame Dios, qué terneza!
es lástima que no llores,
y esa dama no te vea
hacer pucheros con barbas,
para que con eso fuera
mas alta tu bobería,
y mas fina su soberbia.

Talaveron.

Ver á un barbon hacer mimos,
es cosa que desespera.

Antonio.

Pero permíteme, amigo,
que pueda pedirte cuenta
de aquel tu pasado amor
con cierta madamiseia,
que servistes en Amberes,
que despues de otra novela
de amor, que tambien, tambien
no somos aquí de piedra,
te referiré el suceso:
y comerciadas tus penas
con mis glorias, lograremos
divertirlas con saberlas.

Talaveron.

Aquí me huele á romance. *ap.*

Enrique.

Escucha, amigo, y no creas
que siente con pocas causas
el que padece con estas.
Hijos de Madrid nacimos
los dos, y en nuestras primeras
infancias, por el afecto
que el trato comun engendra,
tan amigos, tan hermanos,
que el deudo, que á la fe nuestra
no le concedió la sangre,
le obró la correspondencia;
que el verdadero pariente,
si sabe serlo de veras,
es el amigo; pues poco
importa que no lo sea,
si quien siente lo que siento,
y en mis bienes se interesa,
aunque no tiene mi sangre,
tiene los efectos de ella.

De Madrid, pues, por influjos
de inclinaciones diversas,
partimos el rumbo entrambos;
vos á estudiar en la guerra,
yo á lidiar en los estudios;
en cuya sutil palestra,
apenas con la ambicion
de ceñirme á las esentas
ramas del furor de Apolo,
me dí al uso de las ciencias,
cuando á mi padre, que en Flandes
de Amberes la fortaleza
gobernaba, un accidente
asaltó con tanta fuerza,
que sin que le diese el tiempo
lugar á mas diligencia
que á morir, rindió á la parca
su noble vida, tan llena
de militares aplausos,
que no poco en sus empresas
embarazó de la fama,
ya las plumas, ya las lenguas.
Fue preciso hiciesen pausas
mis estudios con tal nueva,
siendo el único hijo suyo;
y aventurando mi hacienda
si á Flandes no me partía,
hícelo con tanta priesa,
que logré cuanto anhelaba,
y aun lo que menos quisiera.
¡O cielos, cuánto el acaso
de los desvelos se venga!
¡cuanto de las prevenciones
se burlan las contingencias!
Un dia, ya fenecidas

de Amberes las dependencias,
que pensando en mi partida,
salí á la hermosa ribera
de un rio, que á sus murallas
bate con bombas de perlas,
despues de haber dilatado
vista y planta en su balagüeña
entretegida espesura,
cuya enredada maleza,
ó tarde, ó nunca la entrada
á un rayo del sol dispensa,
á tiempo que ya la tarde
con la noticia primera
del avance de las sombras,
del tropel de las tinieblas,
en retaguardia del sol
iba tan en fuga puesta,
que sin poder en el grueso
de sus luces recogerlas,
se iba dejando en poder
de la noche las estrellas
traidoramente cautivas,
dócilmente prisioneras;
un dulce halagüeño acento
escuché, cuyas postreras
sílabas entre las voces
de un blando instrumento envueltas,
eran prision armoniosa
de fuentes, de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme,
á no saber cuanto mienta
la antigüedad fabulosa
plantas mudas y ondas quietas,
vientos y flores absortas,
que alguna incauta sirena,

en vuestra vida, que Clara
escuchó vuestros suspiros:
yo solo soy de don Juan,
con mi mano lo confirmo.

Las escenas de esta comedia estan bien dialogadas, y las que pasan en el jardin entre Blanca y don Juan, pintan la galantería urbana y el lenguage ingenioso de los amantes de aquel tiempo.

La descripcion que hace Cerote de la fortuna en la escena III del primer acto tiene gracia y novedad.

Es una vinagre, y es
una loca, y una ciega,
una vária, y es por quien
se vé el mérito abatido,
y premiado el interes.
Trae un necio en la cabeza,
un entendido á los pies, &c.

El estilo es generalmente correcto, y la versificacion fácil y armoniosa: hay algunos trozos de mérito, y entre ellos pudieran citarse las cuartetas que pone en boca de Blanca en la escena XV del tercer acto, que concluyen:

Y con templados rigores,
sin que padezca desmayo,
haré de mi pecho un mayo,
donde coja su amor flores.

Estos dos últimos versos son bellísimos.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑIA.

1829.

EL DOMINE LUCAS.

PERSONAS.

Don Lucas, estudiante.
Don Enrique.
Don Antonio.
Don Pedro, viejo.
Doña Leonor, su hija.
Doña Melchora.
Florela.
Juana.
Talaveron.
Cartapacio.
Un Golilla.
Un Letrado.

La escena es en Madrid.

Enrique.

Por el corto brujuleo,
que las cortinas inquietas
al soplo del aire forman,
algo percibir se deja
no desagradable

Antonio.

A Dios;
¡mas qué el cochero las vuelca!

Enrique.

Remolinadas las guias,
que deben de ser muletas,
tuercen el juego.

Talaveron.

Ya acude
el escudero que llevan
á enderezarlas.

Antonio.

¿Qué importa
sino alcanzando á las riendas,
se burlan de él?

Enrique.

Acudamos. *Vanse.*

Dentro Cartapacio.

Aguarda, Toribio.

Voz.

Espera,
pícaro.

Dentro Melchora.

Cielos, piedad.

Dentro Leonor.

¿No habrá quien nos favorezca?

Talaveron.

Cayó el coche, pero á tiempo,
que mi amo y su amigo llegan,

No, amigo, que la mas fina
tiene una rara moneda,
que cuando la dice, es oro,
que cuando la llora, es perlas,
que cuando la escribe, es plata,
y es cobre, cuando la trueca,
pues es fuerza hacerla cuartos,
para cumplir con ochenta.

Talaveron.

El Evangelio es de amor.

Enrique.

Don Antonio, la franqueza
de vuestro genio, aumentada
con la libertad que engendra
la campaña, os da ese humor,
incapaz de que en él quepan,
ni reflexiones amantes,
ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
y con mi pasion apenas
la merecí compasiva,
cuando ya la lloro agena,
muy de otra suerte discurro.

Antonio.

¡Válgame Dios, qué terneza!
es lástima que no llores,
y esa dama no te vea
hacer pucheros con barbas,
para que con eso fuera
mas alta tu bobería,
y mas fina su soberbia.

Talaveron.

Ver á un barbon hacer mimos,
es cosa que desespera.

de vuestro rostro al purpúreo
clavel, que en su espacio reina,
que ya estais libre.

Melchora.

¡Ay, señor!
que no sé yo como pueda,
ni trocar, ni destrocar,
porque ni viva ni muerta,
estoy tan de estotro modo,
que estoy de cualquier manera.
Yo os agradezco el socorro,
no solo por mí, que aun esa
es la menor circunstancia,
sino es por ver mi Marquesa
libre de..... ¿pero qué veo?

ESCENA IV.

Dichos, don Enrique con doña Leonor, y Talaveron con Juana.

Enrique.

No Atlante se desvanezca
de que en sus hombros el cielo,
divina Leonor, mantenga,
cuando yo á cielo mejor
logro con débiles fuerzas
sostener.

Leonor.

Solo un acaso,
Enrique mio, pudiera
conseguirme esta fortuna.

Talaveron.

Semidiosa de la legua,
vuelve en tí...

Juana.

No solo en mí
volveré, sino en cualquiera,
por lo bien que me está.

Cartapacio.

¿Digo,
tambien hay para una puerca
su pasico de desmayo?

Talaveron.

¿Y quien al purichinela
le llama aquí?

Cartapacio.

Usted perdone,
que esto es una impertinencia.

Antonia.

¿Es posible que á mi amor
le ha de costar el que os vea
todo este susto?

Melchora.

Yo os tengo
un amor como una bestia;
pero tan desaquellada
me siento con una ausencia,
que á no estarme divertida
en hacer unas muñecas,
y en bailar lo mas del tiempo,
yo, Juana y la cocinera,
ya nos hubiéramos muerto.

Antonio.

Yo os estimo la fineza,
que á un amor de zarambeque
con un pandero se premia.

Melchora.

Ellas y yo, ya se sabe,
pasamos de esta manera;

porque en casa ellas y yo
es lo mismo que yo y ellas.

Antonio.

¡Mal haya tu entendimiento! *ap.*
¿habrá hombre, que de una necia
pueda gustar?

Leonor.

Hoy habemos
recibido una Flamenca
por criada, á quien condujo
un mercader de su tierra,
conocido de mi padre,
y dicen, que entre las prendas
que tiene, en la de cantar
es divinamente diestra.
Yo haré que Juana te espere
esta noche, y cuando sea
ocasion de que á mi cuarto
entres, la voz es la seña
que ha de avisarte; pues, como
te he dicho veces diversas,
aunque aventure, ¡ay Enrique!
opinion, vida y hacienda,
tú solo has de ser mi dueño.

Enrique.

Esa constancia me alienta.

Leonor.

Y ahora, pues es reparable
detenernos mas en esta
publicidad.. ¿Cartapacio?

Cartapacio.

¿Señora?

Leonor.

Que dé la vuelta
Toribio,

Cartapacio.
¡Ah, papagayon!
desfílate á la derecha.
Antonio.
Hasta tomar la carroza,
el iros sirviendo es deuda.
Melchora.
Pues llevadme esta perrita,
y no la apreteis, que es tierna
de pecho, y vomitará.
Antonio.
Cierto que la alhaja es bella.
Melchora.
Hoy ha almorzado dos libras
de huevos de faldriquera,
y está muertecilla de hambre.
Enrique.
¿Cuando otra dicha como esta
lograré yo?
Leonor.
Don Enrique,
no hay mal que por bien no venga.
Enrique.
Si ha de costarte un peligro,
mejor me estoy con mi pena, *Vanse*
Cartapacio.
Demasiadas cortesías
son las de estos dos babiecas *Vanse.*
Talavoron.
Ven, hija.
Juana.
Vamos querido.
Cartapacio.
Ah pícara, ¡que galera

tan bien empleada! (1)

ESCENA V.

Don Lucas, que al verlos se suspende, y Cartapacio, al paño.

Lucas.

¿Si habrá
quedado misa en la Iglesia?
¡Pero qué miro!

Cartapacio.

Las tres
van como unas tres princesas.

Lucas.

¿Doña Leonor no es la otra,
¿Doña Melchora no es esta?
ellas son por las espaldas,
mas por detras no son ellas.

Cartapacio.

Iréme quedando atras,
que tengo una diligencia
que hacer en las tabernillas.

Lucas.

¡Habrá mayor desvergüenza!
¡muger, que para mi esposa
en infusion de sí mesma
estuvo en la primer mente
del padre del que la engendra,
anda en estos arrumacos!
Lucas, hémosla hecho buena:
y este maldito espantajo

(1) *Entranse puestas las manos en los brazos de los galanes las damas, y los graciosos dadas las manos.*

¿á qué demonios las suelta
sobre su palabra? Digo.

Cartapacio.

¡Jesucristo! ¿quien me tienta?

Lucas.

Yo, pícaro, que te vengo
á pedir de mi honra cuentas.

Cartapacio.

Yo, señor, si....

Lucas.

No se turbe.

Cartapacio.

Cuando pude....

Lucas.

Echaló fuera.

Cartapacio.

Si el cochero....

Lucas.

No me masque.

Cartapacio,

Fue el culpado.

Lucas.

¿De qué tiemblas?

Cartapacio.

Es que el coche, las señoras,
el cochero, la volteta,
los hombres.... y no hablaré
palabra, si usted se acerca,
que estoy perdido de miedo.

Lucas.

¡A Dios, honra montañesa,
no queda mi ejecutoria
para papeles de especias!

Cartapacio.

Señor, el coche venia

delante de la trasera;
mas hácia acá de las mulas
sobre la viga maestra.

Lucas.

¿Pues donde habia de venir?

Cartapacio.

Comenzóse una reyerta
entre la zaina y la roja:
yo, que olí la morisqueta,
hice señas á Toribio,
que el flagelo introdugera
á la parte occidental.

Lucas.

¿Ahora me latinea?
maldita sea tu alma.

Cartapacio.

No me entiendió; dió la vuelta,
cayó el coche; tus dos primas
saltaron, sin ser teceras,
en los brazos de dos hombres,
que se hallaron allí cerca.

Lucas.

¿De dos hombres?

Cartapacio.

De dos hombres.

Lucas.

¿Ahí es preciso que hubiera,
para desembanastarlas,
ó de mano, ó de cabeza
tenazon y agarroteo?

Cartapacio

Abrazáronlas por fuerza
para sacarlas.

Lucas.

¿Qué dices?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

Caiga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira, que me desuella;
la una hacienda de mi amor,
y la otra amor de mi hacienda,
maniestiradas de hombre?
¿Qué dirá el Valle de Ruesga,
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Cartapacio.

Allí vuelven los dos hombres.

Lucas.

¿Los de la pasada gresca?

Cartapacio.

Ellos mismos.

Lucas.

Pues, querido,
aquí de tus habilencias.
¿No soy tu Dómine?

Cartapacio.

Ad natum.

Lucas.

¿No eres mi fámulo?

Cartapacio

Etiam.

Lucas.

¿Te toca mi honor?

Cartapacio.

Ad intra.

Lucas.
¿Te tañe mi enojo?
Cartapacio.
Ad extra.
Lucas.
Pues dame esa daga.
Cartapacio.
¿Ad quid?
Lucas.
¿Ad quid? á lograr que mueran
los que mi amor despachurran.
Cartapacio.
Señor, tu piedad inmensa,
á este hombre precipitado
con sus auxilios detenga.

ESCENA VI.

Dichos, don Enrique, don Antonio y Talaveron.

Lucas.
Esto ha de ser.
Enrique.
Hasta tanto,
que de vista se perdieran
no quise dejar el coche.
Antonio
Gran dicha ha sido la nuestra.
Lucas.
¿Cartapacio?
Cartapacio.
¿Señor mio?
Lucas
¿Por dicha, has sido en tu tierra
barbero?

Cartapacio.

¿Porqué?

Lucas.

Porque
adonde cae me dijeras
la tetilla en las espaldas.

Cartopacio

Señor, pillale la artéria
capital; mas arribita
del sófago, y por mi cuenta.

Enrique.

Por aquí, ¡pero qué veo!

Lucas.

Hombre, á tu Dios te encomienda:....
¡pero qué miro!

Enrique.

¿Don Lucas?

Lucas.

¿Don Enrique? abraza apriesa,
hijo de mi corazon:
¡Jesus! si no das la vuelta
tan aprisa, en un hijar
te he habierto una faltriquera.

Enrique.

¿Por qué?

Antonio.

¡Que estraña figura!

Talaceron.

Longaniza de bayeta
parece el hombre.

Lucas.

¿Por qué
me pregunta? usted me juega
con mi novia á salta tú.

Enrique.

¿ Cómo ?

Lucas.

Tomándola á cuestas.

Enrique.

Yo solo sé, que dos damas
vi peligrar......

Lucas.

Cantaleta.

Enrique.

Y á fuer de ser caballero......

Lucas.

Fue usté á retozar con ellas.

Enrique.

¿ Yo ? ¿ qué decis ? ¿ retozar ?

Lucas.

Ya sé vuestras mañas viejas,
que en viendo mozas se os ponen
los ojos como linternas ;
pero no se me da nada,
que antes me viene de perlas
la ocasion, porque en la novia
quiero hacer cierta esperiencia,
y de vos me he de valer.

Antonio.

El don Lucas es gran bestia. *ap.*

Enrique.

Ya sabeis, que por la antigua
generosa amistad nuestra
os debo servir.

Lucas.

Acoto :
y oidme en Dios, y en conciencia.

Enrique.

Proponed.

Lucas.

Yo en la montaña
tengo una bonita hacienda,
á Dios gracias, que un abuelo,
mi deudo por línea recta,
fundó ciento y dos mil años
antes que Cristo naciera.

Antonio.

¡Antiguo blason!

Lucas.

Dejóme
con calidad esta renta,
de que entre á gozarla yo
desde el dia que me muera.

Enrique.

¿Desde que os murais? ¿pues muerto
de qué os sirve?

Lucas.

Tengan cuenta;
¿pues cómo quereis que mande,
que viva un hombre con ella,
si es hacienda de montaña,
que hincha, pero sustenta?

Enrique.

¿Pues cuanto es?

Lucas.

Doce ducados,
y tiene un censo de treinta.

Cartapacio.

Dígame usted, ¿no es mi amo
discreto de cuatro suelas?

Enrique.

Vamos al caso, don Lucas.

Lucas.

El caso es, que mi nobleza

tan antigua, que á diez millas
huele á lo rancio que apesta,
no permite que me entregue
todo entero, á quien no sepa,
que es muger tan recatada,
tan mirada, tan atenta,
tan noble, y tan tarantan.....

Enrique.

¿Que es tan tarantan?

Lucas.

Discreta
frase, con que así me esplico,
dando á entender que quisiera
muger, que no se asustára
de cajas, ni de trompetas.

Enrique.

¿Y eso á qué viene?

Lucas.

A que no
le hagan ruido las ternezas
de otro, casada conmigo,
y me ponga esta mollera
como el monte de Torozos.

Enrique.

¡Quién tal ignorancia piensa!

Lucas.

Quien sabe que Calderon
dice en la quinta comedia,
hablando de las mugeres,
que no hay alhaja que sea
tan buena como la mala,
tan mala como la buena.

Talaveron.

Al reves me la vestí.

Lucas.

Y así, la que está en conserva
para mí, en el natural
ha de ser de una jalea.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas.

Esa propia; y desde aquesta
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas,
hombre?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de egecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva,
con un escudero mio
le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
os da lugar y licencia
el ser mi amigo, y poder
entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
de la forma que suceda,
me avisareis, y con eso
se amansará mi conciencia,
que ha dias que mi discurso
daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,

que á ser cosicosas llegan,
si apriesamente se resuelven
mental despacio pienso:
idme á ver presto, que á casa
voy á esperar la respuesta. *Vase.*

Cartapacio.

Dispátose y los demonios
que le den pique.

ESCENA VII.

Don Antonio, don Enrique y Talaveron.

Enrique.

¡Hay tan necia
proposicion!

Antonio.

¿Hombre ó diablo,
pues tal ocasion no aceptas?
Si el propio que te compite
te hace espaldas, da por hecha
tu fortuna, y á este bruto
dale papilla.

Talaveron.

¿Quién yerra
esa eleccion?

Enrique.

Decís bien;
y pues así que anochezca
estoy de Leonor citado,
un tono siendo la seña,
venid. *Vase.*

Antonio.

Vamos, que tambien
á mí me tonta me espera. *Vase.*

Lucas.

Y así, la que está en conserva
para mí, en el natural
ha de ser de una jalea.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas

Esa propia; y desde aquesta
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas,
hombre?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de egecútoria y de sangre;
si se ablanda como breva,
con un escudero mio
le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
os da lugar y licencia
el ser mi amigo, y poder
entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
de la forma que suceda,
me avisareis, y con eso
se amansará mi conciencia,
que ha dias que mi discurso
daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,

esa tristeza ordinaria,
pues cuando de propio motu
contestando á la demanda
tuya, y de Octavio, te admito
con mis hijas: eso basta
por lo favorable, y por lo
que resulta de la causa,
á que estes muy satisfecha.

Florela.

Y á que rendida á esas plantas
os reconozca por puerto
de la deshecha borrasca
de mi vida.

Pedro.

La Flamenca *ap.*
tiene muchisima gracia;
¿mas qué fuera que Cupido,
no obstante mi edad, tratára
de hacer entre mis afectos
tan semiplena probanza
de inclinacion, que perdiese,
del alvedrio en la sala,
mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
de matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Sarabia;
y lo que es la propiedad
no le ha de salir barata.
Florela, á Dios, que ya vuelvo. *Vase.*

Florela.

Esto solo le faltaba
á mi dolor, que en veneno
se convierta la triaca,
y este anciano, á quien mi amparo
la estrella enemiga encarga,

Talavera.

Quiera Dios que pare en bien,
tanto como el diablo enreda.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela vestida á la Flamenca, con luz, que la pone encima de un bufete, y despues don Pedro.

Florela cantando.

Ahora, que á solas
podemos los dos,
las quejas del pecho
fiar di á vos;
sintámos, pesar;
lloremos, dolor;
¡ay, patria! ¡ay, memoria!
¡ay, fortuna! ¡ay, amor!

Pedro.

¡Qué bien canta esta muger!
¿Florela?

Florela.

¿Señor?

Pedro.

Por raras
contigencias apelastes
al amparo de mi casa:
hija en Amberes naciste
de una ilustrísima dama
y un caballero español;
no sé que amante desgracia
de amor á España te trajo;
pero una vez en España,
y en mi poder, te ocupa

me adelanté.

Melchora.

¿Qué decís?
¿que viva yo en Salamanca?
¿pues qué embarazo en Madrid?
¿pues qué, teneis otra dama?
¿pues qué, me quereis dejar?

Juana.

Mi señora es insensata. *ap.*

Antonio.

No adelanteis groserias,
que no caben en quien ama.

Melchora.

Bien me pagais el tener
una gran cosa pensada,
que deciros de mi amor.

Antonio.

Decid, que mi fe la aguarda.

Melchora.

Pues, querido don Antonio
de mi vida, y de mi alma,
el arbolito que vuela,
el pajarillo que pára,
el pececito que ruje,
la fierecita que canta,
todos en comparacion
de tu persona gallarda
son, son, son....! Valgate Dios!
ahora una cosilla entraba,
que si me acordára de ella,
de pura risa lloráras,
porque arbol, pájaro, pez,
y fiera, todo paraba
en decir que sí, que no,
torna, vuelve, toma y daca.

Juana.

No se puede decir mas.

Antonio.

¡Habrá necedad mas crasa! *ap.*
Esta muger pareciera
mucho mejor si callára.

Dentro Lucas.

Juana, alumbra.

Melchora.

Este es don Lucas.

Antonio.

¡Pléguete Cristo con mi alma!
¿qué hemos de hacer?

Juana.

En mi cuarto
te entraré, mientras que él pasa
al suyo.

Antonio.

Oye, hija mia,
por tu vida que no hagas
que me quede por las costas. (1)

ESCENA XI.

Doña Melchora, Cartapacio, Don Lucas con un bulto debajo de la capa, y Don Antonio al paño.

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Don Lucas?

---

(1) *Entrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.*

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Tomándola á cuestas.

Enrique.

Yo solo sé, que dos damas
vi peligrar......

Lucas.

Cantaleta.

Enrique.

Y á fuer de ser caballero......

Lucas.

Fue usté á retozar con ellas.

Enrique.

¿Yo? ¿qué decis? ¿retozar?

Lucas.

Ya sé vuestras mañas viejas,
que en viendo mozas se os ponen
los ojos como linternas;
pero no se me da nada,
que antes me viene de perlas
la ocasion, porque en la novia
quiero hacer cierta esperiencia,
y de vos me he de valer.

Antonio.

El don Lucas es gran bestia. *ap.*

Enrique.

Ya sabeis, que por la antigua
generosa amistad nuestra
os debo servir.

Lucas.

Acoto:
y oidme en Dios, y en conciencia.

Enrique.

Proponed.

Talaveron.

Quiera Dios que pare en bien,
tanto como el diablo enreda.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela vestida á la Flamenca, con luz, que la pone encima de un bufete, y despues don Pedro.

Florela cantando.

Ahora, que á solas
podemos los dos,
las quejas del pecho
fiar de la voz;
sintámos, pesar;
lloremos, dolor;
¡ay, patria! ¡ay, memoria!
¡ay, fortuna! ¡ay, amor!

Pedro.

¡Qué bien canta esta muger!
¿Florela?

Florela.

¿Señor?

Pedro.

Por raras
contigencias apelastes
al amparo de mi casa:
hija en Amberes naciste
de una ilustrísima dama
y un caballero español;
no sé que amante desgracia
de amor á España te trajo;
pero una vez en España,
y en mi poder, te recata

esa tristeza ordinaria,
pues cuando de propio motu
contestando á la demanda
tuya, y de Octavio, te admito
con mis hijas: eso basta
por lo favorable, y por lo
que resulta de la causa,
á que estes muy satisfecha.

Florela.

Y á que rendida á esas plantas
os reconozca por puerto
de la deshecha borrasca
de mi vida.

Pedro.

La Flamenca *ap.*
tiene muchisima gracia;
¿mas qué fuera que Cupido,
no obstante mi edad, tratára
de hacer entre mis afectos
tan semiplena probanza
de inclinacion, que perdiese,
del alvedrio en la sala,
mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
de matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Sarabia;
y lo que es la propiedad
no le ha de salir barata.
Florela, á Dios, que ya vuelvo. *Vase.*

Florela.

Esto solo le faltaba
á mi dolor, que en veneno
se convierta la triaca,
y este anciano, á quien mi amparo
la estrella enemiga encarga,

en mi contrario se mude.
¡Ay, Enrique! quien juzgára,
que yo....

ESCENA IX.

Dichos, Melchora y Juana con mantos

Melchora.

¿Florela?

Florela.

¿Señora?

Melchora.

Ya ha media hora que mi hermana
se desgañita por tí.

Florela.

Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

Melchora, Juana y despues don Antonio.

Juana.

Como sea cantar, que es sola
de esta friota la gracia,
irá en un pie.

Melchora.

Pues mi padre
está fuera, y no está en casa,
díle á don Antonio que entre,
ya que por la puerta falsa
le embocaste acá.

Sale don Antonio.

No tiene,
que ir á conducirme Juana,
que yo, salamandra activa
al incendio de tu llama,

me adelanté.

Melchora.

¿Qué decís?
¿que viva yo en Salamanca?
¿pues qué embarazo en Madrid?
¿pues qué, teneis otra dama?
¿pues qué, me quereis dejar?

Juana.

Mi señora es insensata. *ap.*

Antonio.

No adelanteis groserias,
que no caben en quien ama.

Melchora.

Bien me pagais el tener
una gran cosa pensada,
que deciros de mi amor.

Antonio.

Decid, que mi fe la aguarda.

Melchora.

Pues, querido don Antonio
de mi vida, y de mi alma,
el arbolito que vuela,
el pajarillo que pára,
el pececito que ruje,
la fierecita que canta,
todos en comparacion
de tu persona gallarda
son, son, son.... ! Valgate Dios!
ahora una cosilla entraba,
que si me acordára de ella,
de pura risa lloráras,
porque arbol, pájaro, pez,
y fiera, todo paraba
en decir que sí, que no,
torna, vuelve, toma y daca.

en mi contrario se mude.
¡Ay, Enrique! quien juzgára,
que yo....

ESCENA IX.

Dichos, Melchora y Juana con mantos

Melchora.

¿Florela?

Florela.

¿Señora?

Melchora.

Ya ha media hora que mi hermana
se desgañita por tí.

Florela.

Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

Melchora, Juana y despues don Antonio.

Juana.

Como sea cantar, que es sola
de esta friona la gracia,
irá en un pie.

Melchora.

Pues mi padre
está fuera, y no está en casa,
dile á don Antonio que entre,
ya que por la puerta falsa
le embocaste acá.

Sale don Antonio.

No tiene,
que ir á conducirme Juana,
que yo, salamandra activa
al incendio de tu llama,

me adelanté.

Melchora.

¿Qué decís?
¿que viva yo en Salamanca?
¿pues qué embarazo en Madrid?
¿pues qué, teneis otra dama?
¿pues qué, me quereis dejar?

Juana.

Mi señora es insensata. *ap.*

Antonio.

No adelanteis groserias,
que no caben en quien ama.

Melchora.

Bien me pagais el tener
una gran cosa pensada,
que deciros de mi amor.

Antonio.

Decid, que mi fe la aguarda.

Melchora.

Pues, querido don Antonio
de mi vida, y de mi alma,
el arbolito que vuela,
el pajarillo que pára,
el pececito que ruje,
la fierecita que canta,
todos en comparacion
de tu persona gallarda
son, son, son.... ! Valgate Dios!
ahora una cosilla entraba,
que si me acordára de ella,
de pura risa lloráras,
porque arbol, pájaro, pez,
y fiera, todo paraba
en decir que sí, que no,
torna, vuelve, toma y daca.

Juana.

No se puede decir mas.

Antonio.

¡Habrá necedad mas crasa! *ap.*
Esta muger pareciera
mucho mejor si callára.

Dentro Lucas.

Juana, alumbra.

Melchora.

Este es don Lucas.

Antonio.

¡Pléguete Cristo con mi alma!
¿qué hemos de hacer?

Juana.

En mi cuarto
te entraré, mientras que él pasa
al suyo.

Antonio.

Oye, hija mia,
por tu vida que no hagas
que me quede por las costas. (1)

ESCENA XI.

Doña Melchora, Cartapacio, Don Lucas con un bulto debajo de la capa, y Don Antonio al paño.

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Don Lucas?

---

(1) *Entrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.*

Lucas.

Gracias
al gallo de la pasion,
que te hallo sola, y sin mazas
para espresarte mi afecto.

Antonio.

¡Qué oigo, cielos!

Sartapacio.

Díle: acaba
lo que quisieres, que yo
estaré aqui de atalaya.

Lucas.

Hija, ya tu sabes que eres
por tu hermosura y tu gala,
y tu discrecion, la flecha
que mas me.... ¿cómo se llama?

Melchora.

Ya sé yo que tú me tienes
un amor como unas natas.

Lucas.

Pues, porque mi amor conózcas,
hoy pasando por la plaza,
no obstante las revacencias
de todas mis sarandajas,
te compré estas dos gallinas
para que almuerces mañana:
tómalas por vida tuya.

Antonio.

¡Vive Dios que la regala,
y ella lo admite!

Lucas.

El misterio
de amor y gallina, calla
mucho mas de lo que dice:
pues significa en sustancia,

si es que las tienen las damas.
¡Vive Dios, que tal pregunta
no se hiciera en la montaña! *Vase.*

Leonor.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

Usted discurra,
que yo no respondo á nada,
que en materias de secreto
soy un escollo con calzas. *Vase.*

ESCENA XIII.

Doña Leonor, y Don Antonio al paño.

Antonio.

Todos se van, y no veo
por donde escapar.

Leonor.

Si el ansia
con que espero á don Enrique,
me permitiera apurarla,
yo descifrára este enigma:
pero cuando á la ventana
dejo á Florela á que cante,
que es la seña concertada,
antes les debo estimar,
que de este sitio se vayan.
Don Lucas se entró en su cuarto,
Melchora con las criadas,
que es su costumbre, estará;
abierta la puerta falsa
á Enrique el paso le ofrece.
¡O cuanto Florela tarda
en decir para que logre
la suerte á que aspira el alma!...

Canta dentro Elvira.

Servia en Oran al Rey
un Español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
á una gallarda africana.

ESCENA XIV.

Dichos, Talaveron y Don Enrique con espadas y broqueles.

Enrique.

Esta es la seña.....

Talaveron.

¿Sabrás
á que hora nos descalabran?

Leonor.

¿Don Enrique?

Enrique.

¿Leonor bella?

Antonio.

Ya ésto está mejor que estaba.

Leonor.

¡Con cuanto susto mi afecto
entre impaciencias te aguarda!

Enrique.

Como en casa tienes dueño,
que sacrifique á tus aras
debidas adoraciones,
temí fuese la tardanza
ese motivo.

Leonor.

¡Ay, Enrique,
tan desconfiado hablas!

Antonio.

Yo llego; pues á los dos

si es que las tienen las damas.
¡Vive Dios, que tal pregunta
no se hiciera en la montaña! *Vase.*

Leonor.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

Usted discurra,
que yo no respondo á nada,
que en materias de secreto
soy un escollo con calzas. *Vase.*

ESCENA XIII.

Doña Leonor, y Don Antonio al paño.

Antonio.

Todos se van, y no veo
por donde escapar.

Leonor.

Si el ansia
con que espero á don Enrique,
me permitiera apurarla,
yo descifrára este enigma:
pero cuando á la ventana
dejo á Florela á que cante,
que es la seña concertada,
antes les debo estimar,
que de este sitio se vayan.
Don Lucas se entró en su cuarto,
Melchora con las criadas,
que es su costumbre, estará:
abierta la puerta falsa
á Enrique el paso le ofrece.
¡O cuanto Florela tarda
en decir para que logre
la suerte á que aspira el alma!...

Canta dentro Elvira.

Servia en Oran al Rey
un Español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
á una gallarda africana.

ESCENA XIV.

Dichos, Talaveron y Don Enrique con espadas y broqueles.

Enrique.

Esta es la seña.

Talaveron.

¿Sabrás
á que hora nos descalabran?

Leonor.

¿Don Enrique?

Enrique.

¿Leonor bella?

Antonio.

Ya esto está mejor que estaba.

Leonor.

¡Con cuanto susto mi afecto
entre impaciencias te aguarda!

Enrique.

Como en casa tienes dueño,
que sacrifique á tus aras
debidas adoraciones,
temí fuese la tardanza
ese motivo.

Leonor.

¡Ay, Enrique,
qué desconfiado hablas!

Antonio.

Yo llego; pues á los dos

me quisieran; que es el uno
de quien vivo enamorada,
y á quien aborrezco el otro;
y sin duda que en tu casa
me buscan ambos; y así
mi vida, señora, ampara,
que yo sin alma, sin voz,
sin aliento, sin palabras,
sin discurso, aun movimiento
para la fuga me falta. (1)

Talaveron.

Otra vez voló la luz.

Pedro dentro.

¿ Estais dormidos, canalla?

Enrique.

¿ Floreta en Madrid, pesares? *ap.*

Alfonso.

¿ Dichas, Floreta en España.? *ap.*

Leonor.

Sin saber que me sucede,
sustos y zelos me matan.

Antonio

Hallé el primer escondite. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Doña Leonor, don Enrique, don Lucas y Cartapacio con luz.

Lucas.

Aquí es el rumor; avanza,
Cartapacio; ¿ mas qué miro?

Enrique.

¿ Don Lucas?

---

(1) *Vase dejando caer la luz.*

Lucas.

¡Buena entruchada!
¿pues vos con Leonor y á oscuras?
¿qué haceis dentro de mi casa?

Enrique.

Yo no sé que le responda. *ap.*

Leonor.

¡Ah, traidor, que mal me pagas!

Lucas.

Hablad, ó por Jesucristo,
que os descosa media panza.

Cantapalo.

Dios te tenga de su mano.

Enrique.

Esto es poneros en planta
vuestra intencion, y venia
de la materia tratada
hoy entre los dos, á daros
respuesta.

Lucas.

¿Pues es cebada
que se descabeza?

ESCENA XVII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

En fin,
hasta que rompí la aldaba
no se os hicieron notorias
mis coces, ni mis patadas.
¿Mas quién está aquí?

Lucas.

Un amigo.

Pedro.

¿A quién busca?

Lucas.

A un camarada.

Pedro.

¿Es á mí?

Lucas.

O á la sombra.

Pedro.

Cosa es que pide preámbulo;
ser la sombra es quisicosa.

Lucas.

Téntese
de picarse si le rasca,
que esto no le toca al hocico.
Caballeros, usted se vaya.

Enrique.

Estando aquí don Antonio,
fuera en mi amistad infamia
no sacarle á todo trance.

ESCENA XVIII.

Dichos y doña Melchora corriendo tras las gallinas.

Melchora.

Pitas, pitas: ¡ay, que saltan!
¡ay, que se van!

Lucas.

Tome usted
estotra con la embajada
que sale ahora.

Pedro.

Melchorica,
¿qué es esto?

Melchora.
Padre de mi alma,
que he comprado estas gallinas,
y no quiero que se vayan.
Cartapacio
Ox aquí.
Juana.
¿Qué boberia?
Pedro.
Pues otorga la fianza
don Lucas, ya os podeis ir.
Enrique.
No me voy hasta que salga
una persona, que está
en aquel cuarto encerrada.
Leonor.
Librar quiere á don Antonio, *ap.*
y en mi opinion no repara.
Pedro.
¿Don Lucas, quién está allí?
Lucas.
Que se yo. (1)
Antonio.
Ya hallé una traza *ap.*
para escaparme famosa;
pues como es de la criada
este cuarto, una mantilla,
y un guardapies en su cama
he visto, y me le he vestido.
Juana.
¿Señores, tal zalagarda

---

(1) *Al paño don Antonio vestido de muger, con guardapies verde y mantilla.*

en qué parará?

Pedro.

¿Don Lucas,

qué decís?

Lucas.

Que es patarata,

que en este cuarto no hay nadie. (1)

Antonio.

¿Cómo que no? esto esperaba

yo ver: pícaro, alevoso,

ya verás lo que te pasa. *Vase.*

Lucas.

¿Muger de dos mil demonios,

tienes dedos ó tenazas?

Todos.

¿Que es esto?

Lucas.

¿Pues yo que sé?

Enrique.

Ahora está bien que me vaya. *Vase.*

Talaveron.

Don Antonio la logró. *Vase.*

Pedro.

Bueno por cierto; ¿encerradas

me teneis pelindusquitas?

Lucas.

¿Yo dusquitas, ni peladas?

¡plegue á Cristo!......

Pedro.

Bien, don Lucas,

ya por indecencia tanta

---

(1) *Sale don Antonio, y dá un pellisco á don Lucas al pasar muy de prisa.*

queda desde hoy la sentencia
de casamiento anulada. *Vase.*

Lucas.

Leonor, por la Cruz de Dios......

Leonor.

Buena estoy yo para gracias. *Vase.*

Lucas.

Juana, si yo vi muger......

Juana.

¿Pues qué teneis cataratas? *Vase.*

Lucas.

Cartapacio, ya tú sabes
mi inocencia.

Cartapacio.

Es una infamia,
que se te atribuya un hecho
de tan viles circunstancias.

ESCENA XIX.

Don Lucas y doña Melchora.

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Qué es lo que quiere?

Lucas.

Si yo.....

Melchora.

No me hable palabra.

Lucas.

Entré muger.....

Melchora.

Yo la ví,
por señas tenia barbas.

Lucas.

No digas tal, que al creerte
de mi amor desconfiada,
quiere andar mi entendimiento
á coces con mi desgracia.

Melchora.

¡Ah, traidor! que me has dejado,
al ver tus carantamaulas,
entre el temor y el afecto
hecho el cariño una plasta.

Lucas.

¿No bastan á persuadirte
ver, dulcísima tirana,
entre lágrimas y mocos
mis verdades estofadas?

Melchora.

No, aleve; que allá en mi idea,
tal vez dura, tal vez blanda,
lo que la razon somete,
el desengaño sonsaca.

Lucas.

Pues yo me voy á tomar
por veneno de mis ansias,
con un bizcocho de á libra
un vaso de leche helada.

Melchora.

¿Ese es amor?

Lucas.

Es arrojo.

Melchora.

Eres un ruin.

Lucas.

Tu una zaina.

Melchora.

Lucas, murió mi fineza,

Lucas.

Melchora, pues enterrarla:

Melchora.

El se escurre. *ap.*

Lucas.

Ella se va. *ap.*

Melchora.

Alquitibi.

Lucas.

¡Ha, mariblanca!

Melchora.

¡O dómine! contra tí
sermo sermonis me valga.

Lucas.

¡O musa! quién comprendiera
si eras musa ó musaraña!

señoría ; y si el relazo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trasto,
á ti te lo digo, novio,
entiéndelo tú, cuñado.

Enrique y Antonio.

¡Raro papel!

Melchora.

Pues no es mio,
que aunque yo le fui notando,
me le escribió el aguador,
conque es de su letra y mano.

ESCENA V.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Bueno es, que cuando le cito
de censibus á Avendaño,
salirme con Valenzuela,
testo espreso, propio y claro
an expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlo?
pues luego..... ¡pero qué miro!

Melchora.

¡Ay, mi padre! San Hilario.

Juana.

Mi señor: tápate apriesa.

Antonio.

¡Fuerte lance!

Enrique.

¡Cruel caso!

Pedro.

A tomarme juramento
en derecho necesario,

despues que sobre mis cascos
en un desvan, que es ojaldre
del pastelon de mi cuarto,
al son de triste de Jorge
suele bailar el canario;
me apaga la luz de un soplo,
y á pellizcos y azotazos,
me pone el cuerpo de mescla;
porque como lo morado
del golpe cae en lo amusco
de un pellejo no muy blanco,
paresco por la mañana
bulto de carton jaspeado,
ó estátua de ébano puerco,
con betas de palo santo.

Enrique.

¿Pues es posible, don Lucas,
que remedio no se ha hallado,
por conjuro, ó por precepto,
contra ese espíritu?

Lucas.

Hermano,
un demonio que porfia,
es demonio por dos lados.
Todo está pasado en cuenta;
y no habiendo aprovechado
nada, al último remedio,
como dicen, apelamos;
con dos velas encendidas
dos almireces sonando,
de servilletas las mozas,
de rodillas los criados,
sacamos don Pedro y yo,
de un cofre de felpa y raso,
la mas horrible reliquia,

que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos
in saecula saeculorum,
quae tuorum, quae tuarum:
y está, y el título antiguo,
que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla,
dió Noé, estando embarcado
en el Arca, en que le hace
de la hermandad secretario,
familiar del Santo Oficio,
y Merino de Toranzos,
se las pasimos al duende.

Enrique.

¿Y qué hizo en fin?

Lucas.

No hacer caso:
con lo cual hemos creido,
que está el duende excomulgado.

Enrique.

¿Habráse visto otro necio
de tales entusiasmos?

Cartapacio.

¿Atropellar exenciones
y ejecutar á porrazos?
Mátenme si el duendecillo
no ha sido alcalde ordinario.

Enrique.

¿Y ese nuevo trage, amigo,
qué indica?

Lucas.

Que ya el bellaco
de mi suegro, el otro dia
me echó de cabeza al patio.

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Como ya en la junta
me recibió de abogasno.

Talaveron.

¿Y á vos?

Cartapacio.

Yo, señor, ni aun soy
pasante de cirujano.

Lucas.

Para mí es brava cucaña;
porque con dos espantajos
de reproduzco, me afirmo,
lo del caso necesario,
media docena de *y porques*,
el susodicho á la mano,
y un demonio de aceitera,
que anda á los fines manchando
de cualquiera peticion;
va el litigante pasmado,
mi suegro mama un doblon,
y yo pillo un real de á cuatro.

Enrique.

Eso no se puede errar.

Lucas.

Tambien tiene Cartapacio
el empleo de delirio.

Enrique.

¿De delirio?

Lucas.

Es que de un rasgo
borra los conocimientos,
aunque sean de cien años.

Cartapacio.

Ea, que todos solemos
retozar con Justiniano,
y Pandectas.

Lucas.

Es verdad:
él suele escribir á ratos.
El otro dia fui á hablar
sobre un pleito, en que un cuñado
de una tia, que era hermana
de una prima de su hermano,
dió muerte á un pariente de otro;
y ni veinte papagayos
pudieran hablar mejor;
porque yo saqué á Vulpiano
á danzar, á Rafael,
Fulgóso, Alberto y Oldrádo:
y cité sobre la prueba
á Juanini, que de emplastos
trata con admiracion:
íbanmelo celebrando:
y yo apretaba de tieso.
Salió Moreto al estrado,
Villegas de Flos sanctorum,
Dioscorides de Doaldo,
Doña María de Zayas:
la historia de Carlo Magno.
Y viendo que aun todavia
estaba el cuento reacio,
eché á Calderon á cuestas,
que es quien mejor trata de autos.

Enrique.

¿Y qué hubo?

Lucas.

Todo el concurso
me dió infinitos aplausos.

Enrique.

¿Y saliste con el pleito?

Lucas.

No con todo, mas con algo,
porque al que yo defendia
que saliese desterrado,
le alzaron todo el destierro,
mas fue porque le ahorcaron.

Talaveron.

¡Tal fue la defensa!

Lucas.

¿Digo
parece que somos asnos?
Don Enrique, ó don demonio,
¿no me decís en qué estado
estais con la que ha de ser
costilla de este cuerpazo?

Enrique.

Mucho, amigo, se resiste.

Lucas.

¿Vos no la haceis arrumacos?

Enrique.

Encarézcola mi amor.

Lucas.

Si no fingis que os dá un flato
por ella, y os ve ella misma
echar la lengua de un palmo,
no ha de darse por vencida.

Enrique.

Mas vale hacerme pedazos.

aunque mi vista es de lince.

Melchora.

¿De lienzo? pues será un pasmo
tener niñas de cambray
con pestañas de Santiago.

Enrique.

Don Antonio, esta muger *ap.*
es peor, si lo apuramos,
que don Lucas.

Antonio.

En mí es esta *ap.*
mas diversion, que cuidado;
pues cuando à Florela adoro,
mal de otra pasion me arrastro.

Talaveron.

¿Y con efecto, conmigo
no hace papel Cartapacio?

Juana.

No he gustado yo en mi vida
de remoques ordinarios.

Antonio.

¿Cómo ha sido esta ventura
de salir hoy?

Melchora.

El criado
se fue á pleitos con don Lucas,
y quise pasar de un tranco,
como quien va hácia una parte,
y volviendo á esotra mano,
se halla donde está de pies
cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
y pues al salir os hallo,
salí bien con mi salida,
saliendo con lo que salgo.

Enrique.

¿Don António?

Lucas.

¡Verbum caro! ¡Verbum caro!
¡San Speculum justitiae!

Antonio.

Todo hoy se me ha ido en buscaros
sin poder veros.

Lucas.

¿Este hombre,
no es la muger que del cuarto
de Juana salió?

Enrique.

Notad
con qué asombro está mirando
don Lucas.

Antonio.

El al entrar,
cogiéndome descuidado,
antes que con la mantilla
me recatase, de plano
me vió el rostro.

Lucas.

¿Si es el duende
que anda siguiendo mis pasos?

Enrique.

Pues buena la hemos hecho.

Antonio.

¿Pues puede ese tontonazo
imaginar que soy yo?

Lucas.

¿Don Enrique?

Enrique.

A deslumbrarlo
apelemos.

señoría ; y si el relazo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trasto,
á ti te lo digo, novio,
entiéndelo tú, cuñado.

Enrique y Antonio.

¡Raro papel!

Melchora.

Pues no es mio,
que aunque yo le fui notando,
me le escribió el aguador,
conque es de su letra y mano.

ESCENA V.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Bueno es, que cuando le cito
de censibus á Avendaño,
salirme con Valenzuela,
testo espreso, propio y claro
an expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlo?
pues luego..... ¡pero qué miro!

Melchora.

¡Ay, mi padre! San Hilario.

Juana.

Mi señor: tápate apriesa.

Antonio.

¡Fuerte lance!

Enrique.

¡Cruel caso!

Pedro.

A tomarme juramento
en derecho necesario,

digera.......

Juana.

¿Señora, qué haces?

Melchora.

Yo bien sé lo que me hago. (1)

Pedro.

Que el aire de esta muger,
contra jure, es usurpado
del cuerpo de mi Melchora.

Antonio.

No temais, pues yo os amparo.

Enrique.

En vano es vuestro recelo.

Juana.

¿Qué envoltorio de los diablos
te estás haciendo?

Melchora.

No quiero
tener que pedir al manto,
que es hombre, y será hablador:
la basquiña en todo caso
es muger, y así sabrá
disimular un trabajo.
Veamos si cala la vista
de mi padre el mamparado,
la holandilla, y la badana
del ruedo; y mas, confitado
de la cascarria de un mes.

Pedro

El ver que se encubra tanto
de mí esa dama.....

Antonio.

¡Hay tal necia!

---

(1) *Tápase con la basquiña.*

que le han de pedir prestado.

Enrique.

¿Quién habrá dado motivo
á que crea que anda el diablo
en su aposento?

Antonio.

Sabed,
que desde que disfrazado
de muger, saqué á don Lucas
de un pellizco medio brazo,
doña Melchora, la tonta,
en estar zelosa ha dado
de él; y el modo de vengar
este mantillesco agravio,
ha sido martirizarle
á pellizcos y á porrazos;
pues ella y Juana, de noche
dejan que estén acostados
todos, y con otra llave,
que han hecho hacer para el caso,
entran en el aposento
de don Lucas, y en matando
la luz, le dan una felpa
peor que si fuera un raso:
y como solo es con él
el estruendo, los criados,
don Pedro, y los demas hacen
burla de lo que está hablando,
y no creen que hay tal duende.

Talavéron.

Si solo tiene la mano
de hierro para don Lucas,
hacen bien.

ESCENA IV.

Dichos, doña Melchora y Juana.

Enrique.

Mas dos mantos
se acercan :..... ¿ Es á mi ?

Melchora.

No ;
al de hácia esotro lado.

Talaveron.

¿ A mí?

Juana.

Tampuerco.

Antonio

Sin duda,
que soy yo el venturonazo.

Melchora.

Claro está. ¡ Jesus mil veces !
¿ veis que soy yo la que os llamo,
y os estais hecho un pegote ?

Antonio.

¿ Pues con el rostro embozado
era facil conoceros?

Melchora.

¿ Pues es con lo que me tapo
alguna pared maestra,
ó un tafetan tan delgalado,
que le pasa un alfiler?
¿ Y vos para penetrarlo
no teneis habilidad ?
No está el disimulo malo :
metedme el dedo en la boca.

Antonio.

No acierta á descubrir tanto,

aunque mi vista es de lince.

Melchora.

¿De lienzo? pues será un pasmo,
tener niñas de cambray
con pestañas de Santiago.

Enrique.

Don Antonio, esta muger *ap.*
es peor, si lo apuramos,
que don Lucas.

Antonio.

En mí es esta *ap.*
mas diversion, que cuidado;
pues cuando à Florela adoro,
mal de otra pasion me arrastro.

Talaveron.

¿Y con efecto, conmigo
no hace papel Cartapacio?

Juana.

No he gustado yo en mi vida
de remoques ordinarios.

Antonio.

¿Cómo ha sido esta ventura
de salir hoy?

Melchora.

El criado
se fue á pleitos con don Lucas,
y quise pasar de un tranco,
como quien va hácia una parte,
y volviendo á esotra mano,
se halla donde está de pies
cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
y pues al salir os hallo,
salí bien con mi salida,
saliendo con lo que salgo.

Antonio.

¿Y qué es?

Melchora.

A deciros como
ya está mi padre tratando
de comprar la señoría
á unas monjas, que heredaron
un título, que al convento
le llevó en dote el Vicario:
y no está la diferencia
mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
y es mio; y por no fiarlo
de otra, le traigo yo propia,
y yo me quedo esperando
á mí misma, y bien podeis
entrar los ojos cerrados
á leerlo.

Enrique.

Veámosle presto, *ap.*
que el papel será un milagro.

Antonio.

Lee. *Encumbrado dueño mio,*
ya sabes què yo te amo,
salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan cuatro.
Yo, por verte señoria,
aunque fuese entre farrapos
diera tres dedos, y aun cinco,
que sobran á mi zapato.
y asi, pues andamos tras
de un título estrafalario,
sabe tú lo que me toca
en cada mes, ó cada año
de alimentos de esta dicha.

*

viuda ya de un montañés,
la ennobleció su contacto,
de forma, que aunque no fuese
por todos cuatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda: probatur
per grammaticam Enrici
ad codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
este pleito á vuestro cargo,
por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquitas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
vuestra dependencia, bien
podeis iros sin cuidado.

Melchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiría
prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

viuda ya de un montañés,
la ennobleció su contacto,
de forma, que aunque no fuese
por todos cuatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda: probatur
per grammaticam Enrici
ad codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
este pleito á vuestro cargo,
por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquitas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
vuestra dependencia, bien
podeis iros sin cuidado.

Malchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiria
prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

viuda ya de un montañés,
la ennobleció su contacto,
de forma, que aunque no fuese
por todos cuatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda: probatur
per grammaticam Enrici
ad codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
este pleito á vuestro cargo,
por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquitas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
vuestra dependencia, bien
podeis iros sin cuidado.

Melchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiría
prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

todo un orbe; pero en fin,
procuraré por un rato
desembarazarme: á Dios,
que las doce estan sonando,
y tengo en la Vicaria
cierto pleito señalado
para hoy, y desde aquí he visto
ir hácia allá á mi contrario;
mas no me la ha de pegar,
por madrugar mas temprano;
quia non dormitat Homerus.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Pedro.

Enrique.

Hombres son estraordinarios
tio y sobrino.

Antonio.

Y la tal
Melchora ¿no se ha escapado
en una tabla?

Enrique.

Yo intento
pues ya su permiso alcanzo,
como que á algun pleito voy,
ver á Leonor..... aunque estando *ap.*
lo que aborrezco (¡ay de mí!)
tan cerca de lo que amo,
mucho mi fortuna temo.

Antonio.

Yo á ver si acaso llegaron
sin riesgo Melchora y Juana,
despues iré..... aunque es engaño, *ap.*
que á ver si en Florela logro...

ya ella deidad que idolatro,
mi pasion me lleva.

Enrique.

Y pues *ap.*
de don Antonio recato
el ser Florela la dama,
que quise en Amberes tanto...

Antonio.

Y pues don Enrique ignora *ap.*
ser Florela el dueño ingrato
de mi pasion...

Enrique.

Disimule *ap.*
mi afecto.

Antonio.

Finja mi lábio. *ap.*

Los dos.

Hasta que fortuna y tiempo *ap.*
abran camino á este encanto.

Talaveron.

Y hasta que dos locos tales
pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela y Doña Leonor.

Canta Florela.

Como al pensamiento mio
alas dá mi corazon,
se va haciendo mi razon
esclava de mi albedrio.

Leonor.

Florela, desde aquel dia,

que en casa dos hombres viste,
y que eran los dos dijiste,
uno á quien aborrecia
tu ceño, otro á quien amaba
tu corazon, no he podido
penetrar en qué sentido
por ambos tu pecho hablaba.
Y asi, el querido de tí,
entre los dos, solicito
saber cual es.

Florela.

Gran delito
fuera, señora, (¡ay de mí!)
que fiada en tu piedad,
te esplicase mi fineza,
si es fuerza que la entereza
culpe á la facilidad.

Canta.

Que de amor el sentimiento
para disculpar su accion,
se ha de mirar la pasion
á hurto de entendimiento.

Leonor.

Pues para alentarte y que,
fiándote mi secreto,
los tuyos no me recates,
yo adoro...¿

ESCENA IX.

Dichos, y Doña Melchora, y Juana con manto.

Melchora.

Ya está el conejo
en madriguera.

Antonio.

¿Y qué es?

Melchora.

A deciros como
ya está mi padre tratando
de comprar la señoría
á unas monjas, que heredaron
un título, que al convento
le llevó en dote el Vicario:
y no está la diferencia
mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
y es mio; y por no fiarlo
de otra, le traigo yo propia,
y yo me quedo esperando
á mí misma, y bien podeis
entrar los ojos cerrados
á leerle.

Enrique.

Veámosle presto, *ap.*
que el papel será un milagro.

Antonio.

Lee. *Encumbrado dueño mio,*
ya sabes que yo te amo,
salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan cuatro.
Yo, por verte señoria,
aunque fuese entre farrapos,
diera tres dedos, y aun cinco,
que sobran á mi zapato.
y asi, pues andamos tras
de un título estrafalario,
sabe tú lo que me toca
en cada mes, ó cada año
de alimentos de esta dicha.

señoría; y si el relaxo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trasto,
á ti te lo digo, novio,
entiéndelo tú, cuñado.

Enrique y Antonio.

¡Raro papel!

Melchora.

Pues no es mio,
que aunque yo le fui notando,
me le escribió el aguador,
conque es de su letra y mano.

ESCENA V.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Bueno es, que cuando le cito
de censibus á Avendaño,
salirme con Valenzuela,
testo espreso, propio y claro
an expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlo?
pues luego..... ¡pero qué miro!

Melchora.

¡Ay, mi padre! San Hilario.

Juana.

Mi señor: tápate apriesa.

Antonio.

¡Fuerte lance!

Enrique.

¡Cruel caso!

Pedro.

A tomarme juramento
en derecho necesario,

digera.......

Juana.

¿ Señora, qué haces?

Melchora.

Yo bien sé lo que me hago. (1)

Pedro.

Que el aire de esta muger,
contra jure, es usurpado
del cuerpo de mi Melchora.

Antonio.

No temais, pues yo os amparo.

Enrique.

En vano es vuestro recelo.

Juana.

¿Qué envoltorio de los diablos
te estás haciendo?

Melchora.

No quiero
tener que pedir al manto,
que es hombre, y será hablador:
la basquiña en todo caso
es muger, y así sabrá
disimular un trabajo.
Veamos si cala la vista
de mi padre el mamparado,
la holandilla, y la badana
del ruedo; y mas, confitado
de la cascarria de un mes.

Pedro

El ver que se encubra tanto
de mí esa dama.....

Antonio.

¡Hay tal necia!

(1) *Tápase con la basquiña.*

viuda ya de un montañés,
la ennobleció su contacto,
de forma, que aunque no fuese
por todos cuatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda: probatur
per grammaticam Enrici
ad codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
este pleito á vuestro cargo,
por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquitas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
vuestra dependencia, bien
podeis iros sin cuidado.

Melchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiria
prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

todo un orbe; pero en fin,
procuraré por un rato
desembarazarme: á Dios,
que las doce estan sonando,
y tengo en la Vicaria
cierto pleito señalado
para hoy, y desde aquí he visto
ir hácia allá á mi contrario;
mas no me la ha de pegar,
por madrugar mas temprano;
quia non dormitat Homerus.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Pedro.

Enrique.

Hombres son estraordinarios
tio y sobrino.

Antonio.

Y la tal
Melchora ¿no se ha escapado
en una tabla?

Enrique.

Yo intento
pues ya su permiso alcanzo,
como que á algun pleito voy,
ver á Leonor.... aunque estando *ap.*
lo que aborrezco (¡ay de mí!)
tan cerca de lo que amo,
mucho mi fortuna temo.

Antonio.

Yo á ver si acaso llegaron
sin riesgo Melchora y Juana,
despues iré.... aunque es engaño, *ap.*
que á ver mi en Florela logro...

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

que en casa dos hombres viste,
y que eran los dos dijiste,
uno á quien aborrecia
tu ceño, otro á quien amaba
tu corazon, no he podido
penetrar en qué sentido
por ambos tu pecho hablaba.
Y asi, el querido de tí,
entre los dos, solicito
saber cual es.

Flerela.

Gran delito
fuera, señora, (¡ay de mí!)
que fiada en tu piedad,
te esplicase mi fineza,
si es fuerza que la entereza
culpe á la facilidad.

Canta.

Que de amor el sentimiento
para disculpar su accion,
se ha de mirar la pasion
á hurto de entendimiento.

Leonor.

Pues para alentarte y que,
fiándote mi secreto,
los tuyos no me recates,
yo adoro....

ESCENA IX.

Dichos, y Doña Melchora, y Juana con manto.

Melchora.

Ya está el conejo
en madriguera.

y á la deidad que idolatro,
mi pasion me lleva.

Enrique.

Y pues *ap.*
de don Antonio recato
el ser Florela la dama,
que quise en Amberes tanto....

Antonio.

Y pues don Enrique ignora *ap.*
ser Florela el dueño ingrato
de mi pasion.

Enrique.

Disimule *ap.*
mi afecto.

Antonio.

Finja mi lábio. *ap.*

Los dos.

Hasta que fortuna y tiempo *ap.*
abran camino á este encanto.

Talaveron.

Y hasta que dos locos tales
pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

SALA DE CASA DE DON PEDRO.

Florela y Doña Leonor.

Canta Florela.

Como al pensamiento mio
alas dá mi corazon,
se va haciendo mi razon
esclava de mi albedrio.

Leonor.

Florela, desde aquel dia,

que en casa dos hombres viste,
y que eran los dos dijiste,
uno á quien aborrecia
tu ceño, otro á quien amaba
tu corazon, no he podido
penetrar en qué sentido
por ambos tu pecho hablaba.
Y asi, el querido de tí,
entre los dos, solicito
saber cual es.

Flercla.

Gran delito
fuera, señora, (¡ay de mí!)
que fiada en tu piedad,
te esplicase mi fineza,
si es fuerza que la entereza
culpe á la facilidad.

Canta.

Que de amor el sentimiento
para disculpar su accion,
se ha de mirar la pasion
á hurto de entendimiento.

Leonor.

Pues para alentarte y que,
fiándote mi secreto,
los tuyos no me recates,
yo adoro....

ESCENA IX.

Dichos, y Doña Melchora, y Juana con manto.

Melchora.

Ya está el conejo
en madriguera.

Leonor.

Melchora,
¿de donde vienes? ¿qué es esto?

Melchora.

¡Ay, hermana! que me he visto
junto al diablo del infierno.

Leonor.

¿Junto á quien?

Melchora.

Junto á mi padre.

Leonor.

¿Qué dices?

Melchora.

Que nos cogieron.

Leonor.

¿En qué?

Melchora.

En una mala hacienda;
pero diréteIo luego,
que me voy á desnudar.

Juana.

Vamos, no nos pille el viejo
con los mantos, y conozca
la maula.

Melchora.

Y aquel caballero
don Enrique, aquel que te hace
zorroclocos y pucheros,
venia detras de mí,
que será á buscarte creo:
y eso se quiere la mona.

Juana.

Vamos, señora.

ESCENA X.

Doña Leonor y Florela.

Leonor.

No tengo
Florela, ya que decirte,
el nombre de Enrique oyendo,
y la noticia, aunque necia,
de lo que en mi amor le debo:
este secreto...

Florela.

¡Ay de mí! *ap.*
declaráronse mis celos.

Leonor.

Es el que solicitaba
fiarte.

Florela.

Y el que me ha muerto. *ap.*

Leonor.

El sube por la escalera;
y pues tu apacible acento
es costumbre en tí, y no puede
ser reparable, te ruego,
que puesta de centinela,
asegures mi recelo,
paseándote por delante
de esa ventana; y en viendo
que alguien viene, avisarás.

Florela.

¿A quién se lo mandó, cielos, *ap.*
que tercera de su agravio
solemnice su tormento,
sino á mí?

ESCENA XI.

Dichos y don Enrique.

Enrique.

Viendo, ó amado,
divino apreciable dueño,
cuan tarde amor restituye
instantes que roba el tiempo,
de la ocasion convidado,
á verte, y servirte vengo.

Canta Florela.

Ven en hora felice,
desengaño alhagüeño,
que no importa que hieras
si es el dolor idioma del remedio.

Enrique.

¡Válgame el cielo, Florela! *ap.*

Leonor.

Si no estuviese creyendo
yo, que ó bien aborrecido,
ó bien amado, otro afecto
te debe mas que mi amor,
no temiera, como temo,
que ames y finjas.

Enrique.

Cualquiera
cariño, que en otro tiempo
haya sido como ensayo
del presente rendimiento,
muriendo de escarmentado;
solo puede ser trofeo
del templo del desengaño.

Florela.

¡Ah, villano! ya te entiendo. *ap.*

Canta.

Miente mil veces, miente
quien engañoso y fiero
labra al otro un delito,
como le ha menester su fingimiento.

Leonor.

¿Viene alguien, Florela?

Florela.

Nadie.

Leonor.

Como hicistes ese estremo,
yo imaginé......

Florela.

Si ya sabes
cuan segura estás, ¿qué miedo
puede asustar tu ventura?
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

Canta, pero sea mas bajo,
que alzando tanto el acento,
no dejas que nos oigamos.

Florela

Harto oigo, y harto os dejo. *ap.*

Enrique.

¿Quién, cielos; se vió forzado *ap.*
á hablar entre dos, temiendo
ser grosero, ó ser cobarde?

Leonor.

¿Conque á tí no te debieron
en otro clima otros ojos,
mariposa de su incendio,
alguna atencion?

Enrique.

No quieras
hacer un loco de un cuerdo.

Leonor.

¿Cómo?

Enrique.

Como no he creido,
que puedan ser verdaderos
jamas instrumentos tales,
que saben llorar riendo. (1)

Florela.

No asi sucede ¡ay triste?
á los que aun hoy han hecho
de su verdad testigos
tanta nevada lágrima de fuego.

Leonor.

Ya es mucho afecto el que miro. ap.
¿Florela?

Florela.

Señora.

Leonor.

Pienso,
segun ya cantas, ya lloras,
ya te irritas, que queriendo
no descubrirte, me has dicho
mas, que yo saber deseo.
Don Enrique, como sabes,
uno es de los sugetos
de aquel lance.

Florela.

Sí, señora;
pero es al que yo aborrezco,
y él me aborrece.

Leonor.

¿De veras?

(1) *Llora y canta Florela.*

Florela.

Pregúntaselo.

Leonor.

No quiero,
que basta que tú lo digas.

Florela.

Mi muerte en viéndole veo:
una fiera es, es un monstruo,
es un áspid....

Leonor.

Quedo, quedo,
que no es todo lo que dices;
que aunque de escuchar me huelgo
que le aborrezcas, no tanto,
que ultrajes á lo que aprecio.

Florela.

Dices bien; mas yo......

Leonor.

Prosigue.

Florela.

Si pudiera ......

Leonor.

Dilo presto.

Florela.

Decirte.....

Leonor.

¿ Qué ?

Florela.

Que esta ira,
que esta llama, que este hielo
es......

Leonor.

¿ Qué es, Florela?

Florela.

No es nada;

vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

¿Qué es esto? ó esta muger *ap.*
es loca, ó yo no la entiendo.

Enrique.

Mi bien, un rato que logro,
me le hurtas con otro objeto.

Leonor.

Segun lo que de él presumo,
mas le logro, que le pierdo.

Florela canta turbada.

Amor, ya tú, mi vida,
iras, venganzas, zelos,
logras, intentas, buscas,
guárdate, corazon, huye.

Leonor.

¿Qué es esto?

Florela.

Que por la escalera sube
gente.

Leonor.

¿Y puede sin recelo
salir don Enrique?

Florela.

No.

Leonor.

Pues á la puerta apelemos
de esotra calle.

Enrique.

¡O que poco
sabe durar un contento! *Vase.*

Leonor.

Quédate á hacer la deshecha
tú, Florela mientras vuelvo.

ESCENA XII.

Florela.

Vé segura, que si haré.
¡Válgame Dios! ¿aquel ciego
amante, que tantas veces
rendido, amoroso y tierno,
juró no olvidar jamas
la esclavitud de mi obsequio,
á otra sirve á vista mia?
no puede ser, ó yo sueño.
Por este alevo, este injusto,
este cruel, este fiero,
dejé mi patria; y en ella
el bien por el mal creciendo,
las verdades desprecié
de otro amor, que desde luego
á mi voluntad postrado,
me entró afirmando y diciendo.

ESCENA XIII.

Florela y don Antonio.

Antonio.

Lo que ahora, ingrata bella,
te vuelvo á afirmar de nuevo,
es, que jamas he tenido
vida, corazon, ni aliento
para mirar otros ojos,
que los tuyos, aunque en ellos,
mal vista la adoracion,
se escuse de atrevimiento.

Florela.

¿Don Antonio, cómo vos

entrais aquí?

Antonio.

De los ecos
de tu dulzura avisado,
como esta casa es mi centro,
desde que tú en ella habitas,
estando en la puerta, y viendo
que está abierta, entré á buscarte.

Florela.

¿Hasta cuando he de hallar, cielos,
lo que adoro desleal,
y fino lo que aborrezco?
Idos, don Antonio.

Antonio.

Antes.....

Florela.

Mirad por mi honor.

Antonio.

Pretendo,
que conocas.....

ESCENA XIV.

Dichos y doña Melchora.

Melchora.

Leonorica.
¡Mas ay, Jesus, lo que veo!
Don Antonio de mi alma.

Antonio.

Mal hayas tú, á que mal tiempo *ap.*
has venido.

Melchora.

Hijito mio.

Florela.

¿Cielos divinos, qué es esto?

Melchora.

Ya sé que es esta venida
á buscarme; pero, necio,
tontirriton, ya que rabias
por verme cada momento,
¿no me hubieras avisado?

Florela.

Tiene razon, caballero,
¿no avisárais á la dama
que buscais, para con eso
no mentir con otra?

Antonio.

Yo
solo á tí, Florela, quiero.

Melchora.

Es verdad, para doncella
nuestra, cuando nos casemos.

Antonio.

Quita.

Melchora.

Quita.

Antonio.

Aparta.

Melchora.

Aparta.

Antonio.

Que mi pecho.

Melchora.

Que mi pecho.

Antonio.

Solo á tí, Florela, adora.

Melchora.

¡Ay, que te adora! me huelgo.
Mira que te está adorando,
pero á mí me está queriendo.

Florela.

Como siempre aborrecido
ha sido de mí, no tengo
que sentir menos, ni mas.

ESCENA XV.

Dichos, menos Florela.

Melchora.

¿Qué es esto demas, ni menos
conmigo? Puerca, criada,
¿y habladora demas de eso?

Antonio

¡Que esto me suceda á mí!

Lucas dentro

¿No conoces, que no vemos
á subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
trae encendido.

Pedro.

¿Ah, muchachos?

Melchora.

¡Jesus! don Lucas, y el viejo:
mira cómo has de escaparte.

Antonio.

¿Y tú dónde vas?

Melchora.

Ya vengo. *Vase.*

Antonio.

¡Que siempre haya de andar yo
en escondites y riesgos!
Pero si á una tonta busco,
esto y mucho mas merezco. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Don Lucas, Cartapacio y don Pedro.

Cartapacio.

Aquí está la luz.

Pedro.

Don Lucas,
mirad que con mucho seso
se ha de hacer la peticion.

Lucas.

Y aun con hígado la haremos:
¿qué nos le hemos de quitar
por el demonio del pleito?

Cartapacio.

Usted lo deje á nosotros,
que acá nos entenderemos.

Pedro.

Hay la parte de la viuda,
el hermano, y el convento:
cuidado.

Lucas.

Ya estoy en todo;
¿piensa usted que no sabremos,
que una demanda está escrita
en llenando medio pliego?

Cartapacio

Y mas cuando yo aseguro
por tio el demandadero
del santo Cristo de Ribas.

Pedro.

Pues en mi estudio te dejo,
cierra las puertas. (1)

(1) *Cierra don Lucas por dentro, dejando la llave en la cerradura.*

ESCENA XVII.

Don Lucas, Cartapacio y don Antonio al paño.

Antonio.

¡Qué escucho!
vive Dios que yo me quedo
enjaulado, y es preciso,
que adonde estoy entre luego
don Lucas, por ser su alcoba
esta: buena la tenemos.

Lucas.

Sirviente descomulgado,
pon ese bufete enmedio
de esa sala, y para entrar
en la meteria, el Digesto
me trae ante todo.

Cartapacio.

¡Toma!
pues si viene á ser el hecho
del convento, y de la viuda
sobre el súbito alimento
de señoria improvisa,
¿qué tiene que hacer con eso
el digesto, ó la matraca?

Lucas.

¿En un negocio, camueso,
para entenderle, no es fuerza
digerirle bien primero?

Cartapacio.

Sí, señor.

Lucas

Pues ves ahí
como el estómago siendo
ese libro de las leyes,

es necesario en efecto;
pues sin digésto será
todo crudezas un pleito.
Buscaré á Olea.

Cartapacio

¿Para qué?

Lucas.

Para que si le perdemos,
vaya, antes que el pleito muera,
con todos sus sacramentos,
y con Olea oleado.

Cartapacio.

¡Justo Dios, cuan grandes fueron *ap.*
mis pecados, pues me tienes
á fucias de este jumento! *Vase.*

Antonio.

¿En qué vendrá esto á parar?

Lucas.

Búrlense con el mozuelo.
Vive Dios, que á juez y audiencia
he de alborótar á testos. (1)

Cartapacio.

Los libros están aquí,
mas yo por otros no entro.

Lucas.

¿Porqué, tonto?

Cartapacio.

Porque está
toda la casa en silencio,
como son mas de las doce;
y si este duende ó infierno
quiere retozar conmigo,
no ha de pillarme el coleto

(1) *Sale Cartapacio con un libro.*

vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

¿Qué es esto? ó esta muger *ap.*
es loca, ó yo no la entiendo.

Enrique.

Mi bien, un rato que logro,
me le hurtas con otro objeto.

Leonor.

Segun lo que de él presumo,
mas le logro, que le pierdo.

Florela canta turbada.

Amor, ya tú, mi vida,
iras, venganzas, zelos,
logras, intentas, buscas,
guárdate, corazon, huye.

Leonor.

¿Qué es esto?

Florela.

Que por la escalera sube
gente.

Leonor.

¿Y puede sin recelo
salir don Enrique?

Florela.

No.

Leonor.

Pues á la puerta apelemos
de esotra calle

Enrique.

¡O que poco
sabe durar un contento! *Vase.*

Leonor.

Quédate á hacer la deshecha
tú, Florela mientras vuelvo.

Lucas, dictando.

En el dicho heredamiento
de la dicha, que hoy el dicho
por el susodicho ha hecho.

Cartapacio.

¿Es taravilla, señor?
¿no reconoces que al verbo
le falta aqui el sustantivo?

Lucas.

Ponérsele.

Cartapacio.

No está á tiempo.

Lucas.

Que lo esté.

Cartapacio.

Falta el pronombre.

Lucas.

¿A donde?

Cartapacio.

Junto al adverbio,
porque la persona que hace
no permite suplemento.

Lucas.

¿Qué apuesta usted que le encajo
en la cabeza el tintero,
porque no me sea hablador?

Cartapacio.

Veráse usted bien en ello,
que esta es sola insinuacion
nacida de un buen afecto.

Lucas.

¿Qué sabe él?

Cartapacio.

Fámulo he sido,
y tuve en todo el colegio

fama...

Lucas.

De gran ladronazo.

Cartapacio.

¡Virgen santa! que me pierdo
con este hombre.

Lucas, dictando.

Escriba, escriba.

Cartapacio.

Por si es pulla, Fariseo.

Lucas, dictando.

Y porque en la señoria,
que reproduzco, y pretendo
se me debe la mitad,
que es la ñoría á lo menos.

Cartapacio.

¿La ñoría? ¿qué es ñoría?

Lucas.

Bruto, si para el sustento
del inmediato se debe
dar de la hacienda del dueño
del mayorazgo una parte,
¿quieres que el todo intentemos
de la señoria, y quede
el principal boquiabierto?

Cartapacio.

Sin ver á Lucas de Feudis
no se puede hablar en eso.

Lucas.

Deces bien, ven á buscarle. (1)

---

(1) *Vanse y se llevan la luz, y sale don Antonio con una sábana al hombro, y revuelve todos los papeles.*

Antonio.

Ya que con la luz se fueron,
porque crean que es el duende
quien los trastos ha revuelto
de la mesa, tengo de
barajar, aunque sea á tiento,
libros, tintero y cartezas,
para que ya que del miedo
esten ocupados, puesta
esta sábana, que al lecho
de don Lucas he quitado,
en la cabeza, corriendo
los haga ir, y pueda abrir
la puerta, en el intermedio
del cuarto: mas ay, que vuelven,
y ya la entrada no encuentro
de la alcoba: esta es la mesa,
debajo de ella me meto. (1)

Lucas.

In terminis trae el caso
prevenido; ¿mas qué es esto?
¿quién demonios ha esparcido
estos trastos por el suelo?

Cartapacio.

Sino que haya entrado Juana.

Lucas.

Entra, y mira ese aposento.

Cartapacio.

No hay nadie.

Lucas.

¿Qué dices, hombre?

Cartapacio.

Qué este debe de ser juego

---

(1) *Salen los dos.*

de Martinico.

Lucas.

La Virgen
me valga de no me acuerdo:
recoge estos trastos, y
prosigamos

Cartapacio.

Yo no acierto
á formar letra.

Lucas.

¿Por qué?

Cartapacio.

¿Por qué ha de ser? porque tiemblo.

Antonio.

Si estoy en abreviatura
un instante mas, me muero.

Lucas, dictando.

Y porque....

Cartapacio.

Y porque....

Lucas, dictando.

La dicha-
vinda en seco...

Cartapacio.

Vinda en seco...

Lucas, dictando.

Debe...

Cartapacio.

Debe...

Antonio.

Pues que pague.

Lucas.

? Respondieron ?

Cartapacio.
Respondieron.
Lucas.
¿Fuiste tú?
Cartapacio.
Otro acento fue,
que vino de los infiernos.
Lucas.
¿Cómo?
Cartapacio.
Como de debajo
de la tierra salió el eco.
Lucas.
¡Jesus! ya á sudar empiezan
girapliegas mis cabellos.
Cartapacio.
Señor, por amor de Dios,
que acabemos.
Lucas, dictando.
Si, acabemos.
Y porque lo favorable...
Cartapacio.
Favorable...
Lucas, dictando.
Del derecho...
Cartapacio.
Del derecho...
Lucas, dictando.
General...
Antonio.
Y Teniente
Lucas.
¡San Eusebio!
que otra vez sonó la voz.

Antonio.

Si no me estiro, rebiento. (1)

Cartapacio.

Ay, señor, que el suelo se hincha,
que va la mesa creciendo,
que me llevan los demonios.

Lucas.

¿Zancajos, para qué os quiero? *Vanse.*

Antonio.

Echélos; pero mi astucia
me ha salido sin provecho,
pues sin luz la puerta ignoro.

ESCENA XVIII.

Don Antonio, doña Melchora y Florela.

Melchora.

Florela, ven, y veremos
que estruendo es este.

Antonio.

¿Melchora?

Melchora.

¡Jesus! Un hombre de yeso
me traga: tio, favor.

Florela.

¡Valednos, divinos cielos!

Antonio.

Melchora, mira que soy
don Antonio.

Melchora.

No te creo,
que tú eres blanco; y esotro

(1) *Levántase don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles, y la luz.*

es entre amusco y trigueño.

Antonio.

Oye, espera.

Melchora.

Madre mia,
padre mio, tio, abuelo,
agua de cerezas, agua,
que he visto al duende, y fallezco
del flato del corazon. *Vase.*

Florela.

¿Don Antonio, pues qué estremo
es este? ¡qué vil disfraz!

Antonio.

No pases, ingrato dueño,
adelante, cuando sabes,
que estoy en tan grande riesgo
solo por tí.

Florela.

Escondete,
que viene hácia aqui don Pedro.

ESCENA XIX.

Florela, don Pedro, Juana, Cartapacio, don Lucas.

Pedro.

¿Qué duende, ó qué patarata
es el que ves, embustero?
¿á donde está?

Cartapacio.

No le llames,
porque vendrá en un momento.

Lucas.

Diera un brazo, por que hiciera
un destrozo con el viejo.

Pedro.

Retiraos todos; ¿Florela?

ESCENA XX.

Don Pedro, Florela y don Antonio al paño.

Florela.

¿Señor?

Antonio.

Escuchar pretendo
desde aquí.

Pedro.

El que propiamente
fantasma de amor y zelos
pretende que le conteste
la demanda de un afecto,
que muere por tu desdén...

Antonio.

¿Qué escucho?

Pedro.

Es mi rendimiento.

Florela.

Ya os he dicho cuán inútil
siempre ha de ser vuestro ruego.

Pedro.

Niña, solitos estamos.

Antonio.

Si él porfia, mucho temo,
que ha de ir hácia su cabeza
cuanto trasto hay aquí dentro.

Pedro.

Y así, una vez declarado,
no he de ceder, no adquiriendo
auto en favor.

*

Florela.

¿De qué suerte?

Pedro.

Logrando en los cinco textos
de esos partidos jazmines
al alegato mas bello.
¿Qué respondes?

Antonio.

Que un letrado
bastante tiene con eso. (1)

Pedro.

¡Ay, Jesus!

Antonio.

Tome el vejete
enamorado.

ESCENA XXI.

Don Pedro, don Lucas, doña Melchora, doña Leonor, Cartapacio y Juana.

Todos.

¿Qué estruendo
es este?

Pedro.

Nada: ¡ay amigos!
bien decís; el diablo suelto
anda en esta casa.

Todos.

Huyamos.

Lucas.

¿No lo dije yo? me alegro.

---

(1) *Tírale los libros y tintero, y Florela se va con la luz.*

Pedro.

Los trastos vuelan por sí;
no es natural este cuento.

Lucas.

¿No venera egecutorias,
y venerará esqueletos? *Vase.*

Juana.

En legua y media no paro. *Vase.*

Cartapacio.

En mis colchones me envuelvo. *Vase.*

Florela.

¿Ah, don Antonio?

Antonio.

¿Ah, Florela?

Florela.

No es tiempo de que apuremos
tus traiciones.

Antonio.

Ni tampoco
de inquirir tus finjimientos.

Florela.

Pues amante de Melchora
finjes que á buscarme has vuelto....

Antonio.

Pues que de don Pedro amante
no sin falta de misterio
en su casa estás. ...

Florela.

Y así,
pues, para otra ocasion dejo
mi queja.....

Antonio.

Pues yo mi agravio
para otra ocasion reservo......

Florela.

Esa llave tuerce, y vete.

Antonio.

Si haré; mas será diciendo...

Florela.

Que en pesares.....

Antonio.

En congojas......

Florela.

En sustos......

Antonio.

En escarmientos......

Los dos.

Lo que calla la razon,
es fuerza que diga el tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Pedro leyendo un papel.

Música.

En el dicho día
el dicho se toma
al dicho pasante,
y á la dicha novia.
La dicha se aplauda
de dichas personas
en los dichos versos
de estas dichas coplas.

Lee. *Los papeles os remito*
conforme á lo que nos toca
por acá. En cuanto á madama
Florela, y en lo que toca
á su madre, es en Amberes
de familia generosa:
de su padre el apellido
os dirá, que es española
de las montañas de Burgos.
No hay que leer otra cosa,
que si es montañesa, es fuerza
que le rebose la honra.
No en vano hasta investigar
esta circunstancia heróica,
la rebeldía acusando
mi inclinacion poderosa

Y la parte de mi afecto,
que volviese no hubo forma
al oficio del deseo
los autos de la concordia.
Mas ya sabiendo que tiene
esta picarilla hermosa
de sangre de la montaña
la mitad de media onza,
la especial dignidad suma
de montañesa persona,
si por madre no la tañe,
en fin por padre la toca.
Pasado mañana caso
á Lucas, de popa á proa
con Leonor, y á fe que yo
no me he de quedar á solas
con tan perfecta criada,
á que tardando mi boda,
lo que he ganado en diez años,
eche á perder en un hora
el dia propio.....

ESCENA II.

Don Pedro; don Lucas y doña Melchora asustados.

Lucas.

Tio.

Melchora.

Padre.

Pedro.

¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
qué quereis?

Lucas.

Espumarajos
vengo echando por la boca.

Melchora.

Yo estoy de puro corage
mas amarga que una alcorza.

Lucas.

Y si usted tal porquería
entre dientes no la toma.....

Melchora.

Y si usted en lo que digo,
no va y hace, vuelve y torna....

Lucas.

Vive Dios....

Melchora.

Voto á Fr. Pedro....

Los dos.

Qué haré que los sordos me oigan.

Pedro.

¿Qué es esto? ¿en presencia mia
tú me juras? ¿tú me votas?
¿qué ha habido?

Lucas.

¿Usted, señor tio,
le ha parecido hasta ahora,
que el que me rapa el vigote
puede hacerme la mamola?

Melchora.

¿Usted, padre, ha imaginado,
que yo soy alguna tonta,
que no sé que por el asa
se moja el pan en la olla?

Lucas.

Vengo á casa, y oigo puesto
ya mi casamiento en solfa;
venga el dicho, torna el dicho:
¿es esto hilvanar alforzas?

dentró del plato una mosca.

Melchora.

¿Qué es esto que me sucede?
¿soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿ó soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

Lucas.

¿Yo casarme con muger
de quien las mañas se ignoran,
cuando á un albeitar se envia
una mula que se compra?

Melchora.

¿Yo quedarme solterica,
y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangua
allá á Marica la tonta.

Lucas.

Melchora, yo, si, que, cuando.....

Melchora.

¿Don Lucas, de qué te ahógas?

Lucas.

De un flato de amor.

Melchora.

Regüelda.

Lucas.

No puedo.

Melchora.

Pues huele estopa.

Lucas.

Es imposible.

Melchora.

¡Ay, don Lucas!
que estás haciendo la zorra.

Lucas.

¡Ay, Melchora, si tú fueses.....

Melchora.

¿Quién?

Lucas.

Aquella mi señora......

Melchora.

¿Cuál?

Lucas.

El otro caballero......

Melchora.

¿Para qué?

Lucas.

Para una droga.

Melchora.

¿Qué hicieras?

Lucas.

Yo les vendiera
rábanos por alcachofas.

Melchora.

Declárate.

Lucas.

Estoy en muda.

Melchora.

Habla.

Lucas.

La lengua se embrolla.

Melchora.

¿De qué, Lucas?

Lucas.

Del respeto
que te debe.

Melchora.

Zampatortas,
vamos al remedio.

Lucas.

Es una

Melchora.

¿Estoyme yo callandito,
y oigo que se casan otras?
pues digo, ¿he nacido yo
para portero de Atocha?

Lucas.

Y así de esas pataratas......

Melchora.

Y así de esas carantoñas....

Lucas.

De músicas que me guiscan......

Melchora.

De canciones que me coscan......

Los dos.

Reforme el cuento mi tio,
que es infamia el que propongan....

Ellos y Música.

Que en el dicho dia, &c.

Pedro.

Aunque el letrado contrario,
cuando á defenderse ponga
su parte, atrevidamente
me baldone, es bien que le oiga,
que el juez hace mejor juicio
del que menos se apasiona;
y así porque el mundo le haga
de mí, no os respondo en forma
á tan necias osadias,
y á indignidades tan locas.
Esos versos que se estudian,
y que han de servir de loa
al festin de esotro dia,
cuando la nupcial antorcha
encienda himeneo en esa
apolinea claraboya,

yo los he escrito; no siendo,
ya sea gualdrapa ó tizona,
el primero á quien las musas
le hayan sido muy devotas.
Tú has de casar con Leonor
sin remedio.

Lucas.

¡Dale bola!

Pedro.

Cuando no fuera por tantas
conveniencias, que se logran,
porque no se pierdan versos
hechos por mí á toda costa.
¿Y tú, hija mia, no sabes,
qué bien te estará una toca?

Melchora.

Sí, señor, por el cogote,
velándome en la parroquia.

Pedro.

Esto ha de ser, no hay remedio;
Lucas, casamiento acota,
Melchora, clausura admite,
para que al ver que mejora
vuestra suerte en su eleccion,
pueda proseguir la glosa.

El y Música.

La dicha se aplauda, &c.

ESCENA III.

Don Lucas y doña Melchora.

Lucas.

¡Válgame Dios! yo he quedado
como el que á comer se arroja
con vivas ansias, y se halla

dentró del plato una mosca.

Melchora.

¿Qué es esto que me sucede?
¿soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿ó soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

Lucas.

¿Yo casarme con muger
de quien las mañas se ignoran,
cuando á un albeitar se envia
una mula que se compra?

Melchora.

¿Yo quedarme soltérica,
y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangua
allá á Marica la tonta.

Lucas.

Melchora, yo, si, que, cuando.....

Melchora.

¿Don Lucas, de qué te ahógas?

Lucas.

De un flato de amor.

Melchora.

Regüelda.

Lucas.

No puedo..

Melchora.

Pues huele estopa.

Lucas.

Es imposible.

Melchora.

¡Ay, don Lucas!
que estás haciendo la zorra.

Lucas.

¡Ay, Melchora, si tú fueses.....

Melchora.

¿ Quién ?

Lucas.

Aquella mi señora......

Melchora.

¿ Cuál ?

Lucas.

El otro caballero......

Melchora.

¿ Para qué ?

Lucas.

Para una droga.

Melchora.

¿ Qué hicieras ?

Lucas.

Yo les vendiera
rábanos por alcachofas.

Melchora.

Declárate.

Lucas.

Estoy en muda.

Melchora.

Habla.

Lucas.

La lengua se embrolla.

Melchora.

¿ De qué , Lucas ?

Lucas.

Del respeto
que te debe.

Melchora.

Zampatortas,
vamos al remedio.

Lucas.

Es una

dentro del plato una mosca.

Melchora.

¿Qué es esto que me sucede?
¿soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿ó soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

Lucas.

¿Yo casarme con muger
de quien las mañas se ignoran,
cuando á un albeitar se envia
una mula que se compra?

Melchora.

¿Yo quedarme solterica,
y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguanga
allá á Marica la tonta.

Lucas.

Melchora, yo, si, que, cuando.....

Melchora.

¿Don Lucas, de qué te ahogas?

Lucas.

De un flato de amor.

Melchora.

Regüelda.

Lucas.

No puedo..

Melchora.

Pues huele estopa.

Lucas.

Es imposible.

Melchora.

¡Ay, don Lucas!
que estás haciendo la zorra.

Lucas.

¡Ay, Melchora, si tú fueses.....

Melchora.

¿Quién?

Lucas.

Aquella mi señora......

Melchora.

¿Cuál?

Lucas.

El otro caballero......

Melchora.

¿Para qué?

Lucas.

Para una droga.

Melchora.

¿Qué hicieras?

Lucas.

Yo les vendiera
rábanos por alcachofas.

Melchora.

Declárate.

Lucas.

Estoy en muda.

Melchora.

Habla.

Lucas.

La lengua se embrolla.

Melchora.

¿De qué, Lucas?

Lucas.

Del respeto
que te debe.

Melchora.

Zampatortas,
vamos al remedio.

Lucas.

Es una

soberana angaripola.

Melchora.

¿Y me puede á mi estar mal?

Lucas.

No es mas que contra tu honra.

Melchora.

¿Pues, tonto, si no es mas de ese
inconveniente, qué importa?

Lucas.

Pues, Melchora, di que eres
tú mi esposo, y yo tu esposa,
yo te daré alhajas mias,
y dí que mi amor te dota,
y dejame á mi el enredo.
Esto, al instante que oigas
que se urde la escarapela.

Melchora.

¿Y con eso, qué se logra?

Lucas.

Una de dos; que nos case
nuestro tio en causa propia,
ó que consigamos verle
en borrico, y con coroza.
Y porque no desconfies,
toma esa diestra, bobota,
y envuélveme en algodon
esas cinco zanahorias.

Melchora.

Tuya soy á todo ruedo.
Y soy terrible chuzona:
si con don Lucas me caso, *ap.*
y don Antonio, dos bodas
á un tiempo pillo; y con eso
seré muger poderosa.

Lucas.

A Dios, Melchora.

Melchora.

A Dios, Lucas.

ESCENA IV.

Don Lucas y Cartapacio.

Cartapacio.

¿Señor?

Lucas.

¿Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora,
que te esepera don Enrique
sentado en la silla rota
del recibimiento.

Lucas.

Y dime,
¿trae la cara como en forma
de pedirme chocolate?
porque es visita con roncha.

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas.

¡Moscas.!
Anda, ve, y dile, que digo
yo, que estoy en la Victoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona;

que yo no haga indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pues dile que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

Cartapacio

¿Por seis cuartos
te acuitas, y te congojas?

Lucas.

Por menos un primo mio
llevà un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

ESCENA V.

Dichos, y don Enrique.

Enrique.

Estrañareis que yo os busque,
don Lucas, á tales horas.

Lucas

Mire si la hora encarece, *ap.*
él viene á pegarla de onza.

Enrique.

Pues sabed, que es un cuidado
el que á venir me ocasiona
á buscaros.

Lucas.

Ya se ve, *ap.*
el de almorzar á mi costa.

Enrique.

Hanme dicho, que de un susto
que el duende os pegó en esotra
casa, habeis estado enfermo.

Lucas.

No venis con mala droga,
despues de costarme el cuento
una ayuda y cien ventosas

Enrique.

¿Pues qué hubo?

Lucas.

Estando en mi cuarto
ví salir, cómo en tramoya,
de la tierra un elefante
de legua y media de cola;
á caballo en un cabrito
con un farol en la trompa;
y asi como iba saliendo,
se iba convirtiendo en mona.

Cartapacio.

Yo le vi, yo, si señor,
mas á Dios se dé la gloria,
desde esta mudanza en casa,
si no es á nuestras personas,
no se ven otras fantasmas.

Enrique.

¿Os parece que son pocas?

Lucas.

¡Ay, don Enrique! ahora que
se me ha venido á la cholla
cogite, Martin, pesquete.

Enrique.

¿Qué dices?

Lucas.

Que la forzosa
te hice á las damas, y es fuerza
á que soples, ó que comas,
hijo mio.

Enrique.

¿De qué suerte?

Lucas.

Cartapacio, á la señora
doña Leonor, callandito,
como de accion misteriosa,
búscala, y dila al oido,
que un hombre que la enamora
está aquí, y si te pregunta
si estoy fuera, dí que ahora
fui á los pañeros.

Cartapacio.

¿Y á qué?

Lucas.

A escoger unas pistolas.

Cartapacio.

Voy en un vuelo. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Lucas y don Enrique.

Enrique.

¿Qué intentas,
don Lucas?

Lucas.

La gerigonza
apurar, con que me haceis
creer, que está la chicota
enamorada de mí,
y que á vuestras carantoñas
se resiste.

Enrique

Oid, mirad.

Lucas.

No hay que andarme en ceremonias:

pues á tí solo te adora
mi ceguedad.

Lucas.

Mas clarito
no lo dirá una cotorra.

Enrique.

¡Que no me entienda! repara
en que cuando á ser esposa
de don Lucas te destinas...

Leonor.

¿Ahora ese monstruo me nombras?
¿No sabes que ese incapaz,
ni aun me debe el que le oiga?

Lucas.

Usted viva dos mil años:
¡qué cortesana es la moza!

Enrique.

¿Pues no es fuerza que á tu padre
obedezcas, y te pongas
en sus manos?

Leonor.

Yo á un tirano
no me rindo

Lucas.

¡Santa Orosia!
¿así trata al padre nuestro?
por Jesucristo que es mora.

Leonor.

Y asi, don Enrique amado...

Lucas.

Ya escampa, y llueven carocas

Leonor.

Pues yo no puedo dejar
de ser tuya...

que tanto te debo, toma
ese doblon, y si viene
alguien, avisa.

Cartapacio.

Me compras
el silencio: Dios te guarde,
Como yo pille, arda Troya. *ap.*

ESCENA VII.

Don Enrique, doña Leonor y don Lucas al paño.

Enrique.

¡Válgame Dios! si mis señas *ap.*
conseguiré que conozca.
¿Leonor?

Leonor.

Mi Enrique, mi bien,
mi dueño, ¿hasta cuando ansiosa
mi fineza habia tu vista
de suplir con tu memoria?

Lucas.

¡Toma, si lo dije yo!

Enrique.

Leonor, como siempre contra
nosotros en todas partes
hay quien nos mire, y nos oiga,
no estrañes, que temeroso...

Leonor.

¡Ah, ingrato, que no te corras
de acordarme, que hay quien pueda
tenerme de *ti* zelosa!

Enrique.

¿Zelosa de mí?

Leonor.

De ti.

pues á ti solo te adora
mi ceguedad.

Lucas.

Mas clarito
no lo dirá una cotorra.

Enrique.

¡Que no me entienda! repara
en que cuando á ser esposa
de don Lucas te destinas...

Leonor.

¿Ahora ese monstruo me nombras?
¿No sabes que ese incapaz,
ni aun me debe el que le oiga?

Lucas.

Usted viva dos mil años:
¡qué cortesana es la moza!

Enrique.

¿Pues no es fuerza que á tu padre
obedezcas, y te pongas
en sus manos?

Leonor.

Yo á un tirano
no me rindo

Lucas.

¡Santa Orosia!
¿así trata al padre nuestro?
por Jesucristo que es mora.

Leonor.

Y asi, don Enrique amado...

Lucas.

Ya escampa, y llueven carocas

Leonor.

Pues yo no puedo dejar
de ser tuya...

Lucas.

Aprieta, boba.

¡Infeliz mollera mia
en poder de esta bribona,
si ella te hubiera pillado!

Leonor.

Dispon el cómo se rompan
las prisiones, que tiranas
ya mi tolerancia postran.

Lucas.

Yo iré á disponer, supuesto
que está mi tio en su alcoba,
que te venga á ti á romper
lo primero que te coja.

ESCENA VIII.

Don Enrique y doña Leonor.

Enrique.

Ya, don Lucas me parece
que se fue.

Leonor.

¿Qué te alborota?

Enrique.

Nada.

Leonor.

¿Qué miras?

Enrique.

¿Qué quieres,
mi Leonór? que reconozcas
que todo lo hemos perdido.

Leonor.

¿Cómo?

Enrique.

Como desde esotra

parte, oculto en la cortina
de esa puerta, ha estado hasta ahora
don Lucas, siendo testigo
de tus quejas amorosas,
habiéndome antes pedido,
que te hable en cuanto á su boda.

Leonor.

¿Qué dices?

Enrique.

Que por mas señas
que te estuve haciendo, absorta
en tu afecto, nunca propio
las entendiste, y él torna
aquí.

Leonor.

Y con mi padre creo:
forzoso es mudar la hoja
al discurso, y engañarlos.

ESCENA IX.

Dichos y don Pedro, y don Lucas al paño.

Pedro.

Aunque mas fuerza me pongas,
no he de creerte.

Lucas.

Plegue á Cristo,
que mala sarna me coma,
si no es verdad.

Pedro.

¿De tí trata
con voces ignominiosas?

Lucas.

Lo menor era llamarme
el monstruo de Babilonia,

y á usted un perro tirano,
belitre, barbas de estopa.
Pero pues aun todavia
el que me hace la limosna
de sacarla las entrañas,
no se há ido, usted se encoja,
escuche, calle, y verá.

Pedro.

Está bien.

Enrique.

¿Con qué señora,
la dilacion solamente
es el mal que os acongoja?

Leonor.

Estimo tanto á don Lucas
por sus prendas generosas,
por su ilustre nacimiento,
y porque en todo confronta
conmigo.

Lucas.

Mientes, borracha.

Leonor.

Que hasta lograr ser dichosa
con su mano, estoy sin mí.

Lucas

¿Han visto tal? esta tronga
se vuelve como vinagre.

Leonor.

A él solamente se postra
la verdad de mi cariño.

Pedro.

Lucas, esto es otra cosa
de lo que tú dices.

Lucas.

Tio,

Leonor.

¡Ah, perro!

Lucas.

¿No hay alguien que me socorra?

ESCENA X.

Dichos y Melchora metiéndose á un lado, y á otro Juana y Cartapacio.

Todos.

¿Quién causa tan gran estruendo

Melchora.

¿Quién fomenta està peleona?
por cierto que si lo sabe
quien yo me se......

Pedro.

No, no és cosa
de cuidado......

Lucas.

Sí es, y mucho,
que entre usted, y esa galfota
me han hecho junto á la nuez
... gaznate una corcoba.

Melchora.

... y Jesus! ¿pues el marido
el dote con que me otorga
... matrimonio de carta?

Lucas.

Mi ira que es temprano, tonta.

Melchora.

¿Temprano? pues si no avisas,
ya iba á descoserme toda.

Florela.

¡Cielos, aquí don Enrique!

Leonor.

De miserable le nota,
de ignorante en sus estudios,
de que en los pleitos le roba
sus derechos.

Pedro.

¡Ah, villano,
pícaro, ruin!

Leonor.

Y en fin toca
en lo que mas siento yo,
que es en decir, que enamora
á una criada de casa.

Lucas.

¿Yo he dicho tal, picarona?

Pedro.

Si, habrás dicho, infame, tonto. (1)

Lucas.

San Blas, San Blas, que me ahoga.

Pedro.

¿Tú desvergüenzas de mí?

Enrique.

Tened, tened, ¿qué os enoja,
señor don Pedro?

Leonor.

¡Ah, bribon!
¿tú poner las manos osas
en mi padre?

Lucas.

Muger, mira,
que él es el que me acogota,
que yo le no llego.

---

(1) *Sale don Pedro agarrado del gasnate de don Lucas, y Leonor pega con él.*

Leonor.

¡Ah, perro!

Lucas.

¿No hay alguien que me socorra?

ESCENA X.

Dichos y Melchora metiéndose á un lado, y á otro Juana y Cartapacio.

Todos.

¿Quién causa tan gran estruendo

Melchora.

¿Quién fomenta esta peleona?
por cierto que si lo sabe
quien yo me se......

Pedro.

No, no és cosa
de cuidado.....

Lucas.

Si es, y mucho,
que entre usted, y esa galfota
me han hecho junto á la nuez
del gaznate una corcoba.

Melchora.

¡Ay Jesus! ¿pues el marido
y el dote con que me otorga
el matrimonio de carta?

Lucas.

Mi ira que es temprano, tonta.

Melchora.

¿Temprano? pues si no avisas,
ya iba á descoserme toda.

Florela.

¡Cielos, aquí don Enrique!

aunque una legion me espere
de dueñas magras, que son
los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
cosa del demonio fuese,
¿no será bueno que vaya
la egecutoria patente,
que no puede cosa mala
llegar donde ella estuviere?

Pedro.

Dices bien, ven, tomaremos
las espadas y broqueles:
y porque no nos estorben,
saldremos mas facilmente
por la puerta falsa.

Lucas.

¡Ay, honra
montañesa, lo que puedes!
pues muerto de miedo voy
á que me casquen las liendres.

Pedro.

Leonor, á un negocio vamos
de importancia, en tanto puedes
prevenir para el ensayo
de esta noche lo que sueles;
que he de ver la serenata
cómo sale.

Lucas.

Que nos rezen
será mejor un rosario,
porque volvamos con dientes. *Vase.*

Pedro.

Y aun prevente tú tambien,
que es bien que esta noche quedes
casada; ya que á don Lucas

amas, estimas y quieres. *Vase.*

Enrique.

¡Qué oigo, cielos!

Leonor.

¡Ay de mí!
que con mis armas me hieren.

Melchora.

No será eso, mientras yo
tenga unos inconvenientes.

Leonor.

¿Cuáles?

Melchora.

Ellos lo dirán.

Leonor.

¿Misterios gastar pretendes?

Melchora.

Esto importa á la maraña:
y ve usted, pues de esta suerte,
como Dios quiera.....

Leonor.

¡Qué necia!

Melchora.

Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

Doña Leonor, don Enrique, Florela y Juana.

Juana.

Maldita tú seas, amen,
y que majadera que eres.

Leonor.

¡Ay Enrique!

Florela.

Esto faltaba
á mi dolor solamente

aunque una legion me espere
de dueñas magras, que son
los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
cosa del demonio fuese,
¿no será bueno que vaya
la egecutoria patente,
que no puede cosa mala
llegar donde ella estuviere?

Pedro.

Dices bien, ven, tomaremos
las espadas y broqueles:
y porque no nos estorben,
saldremos mas facilmente
por la puerta falsa.

Lucas.

¡Ay, honra
montañesa, lo que puedes!
pues muerto de miedo voy
á que me casquen las liendres.

Pedro.

Leonor, á un negocio vamos
de importancia, en tanto puedes
prevenir para el ensayo
de esta noche lo que sueles;
que he de ver la serenata
cómo sale.

Lucas.

Que nos rezen
será mejor un rosario,
porque volvamos con dientes. *Vase.*

Pedro.

Y aun prevente tú tambien,
que es bien que esta noche quedes
casada; ya que á don Lucas

amas, estimas y quieres. *Vase.*

Enrique.

¡Qué oigo, cielos!

Leonor.

¡Ay de mí!
que con mis armas me hieres.

Melchora.

No será eso, mientras yo
tenga unos inconvenientes.

Leonor.

¿Cuáles?

Melchora.

Ellos lo dirán.

Leonor.

¿Misterios gastar pretendes?

Melchora.

Esto importa á la maraña:
y ve usted, pues de esta suerte,
como Dios quiera.....

Leonor.

¡Qué necia!

Melchora.

Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

Doña Leonor, don Enrique, Florela y Juana.

Juana.

Maldita tú seas, amen,
y que majadera que eres.

Leonor.

¡Ay Enrique!

Florela.

Esto faltaba
á mi dolor solamente.

con mi desgracia, ¿qué tiene
que ver?

Florela.

Pues mejor concepto,
á mi parecer, es este.

Canta.

Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

Leonor.

O es manía de cantar
la tuya continuamente,
que venga al caso, ó no venga,
ó de mis penas crueles
te burlas.

Florela.

Escucha, escucha
No has de lograr que conteste *ap.*
con tu gusto, y que del daño,
que tú me haces, me consuele.

Leonor.

Canta hasta que mas no quieras,
que si algun dia sintieres,
puede ser que yo me ria
de ver que tú te lamentes.

ESCENA XIII.

Florela.

No faltaba á mi dolor
mas de que ahora pretendieses
descansar con quien por tí
pena y sufre, llora y muere.
Siente, pues que siento yo,

y mientras buscar emprendes
medios para el fin que anhelas,
para impedírtelos piense
imposibles mi dolor,
ya que el destino inclemente
quiere á costa de mis males
ir fabricando tus bienes.
Y pues esta noche aguardan
para matarme dos veces,
esta noche del acaso,
que la fortuna ofreciere
mas propicia, mi corage
valido, haré que rebiente
este volcan, que oprimido
arde en prisiones de nieve.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CAMPO.

Don Antonio y Talaveron.

Antonio.

¿Diste el papel que te dí
á Cartapacio?

Talaveron.

Y le hallé,
como te he dicho, y logré
encajárselo.

Antonio.

Si en mí
desafiar á un letrado
pareciere estraño hoy,
esté alguno como estoy
de su dama enamorado,
y empátele su fineza

*

otro, que sea el que se fuere,
verá si aun con Baldo quiere
deshacerse la cabeza.

Talaveron.

Yo creo, que aquellos dos
hombres, que vienen allí,
son tio y sobrino.

Antonio.

Sí;
retírate.

Talaveron.

Vive Dios,
que siendo dos, oportuno
será que yo no me vaya.

Antonio.

No temas que riesgo haya,
que uno es nada, y dos es uno.

ESCENA XV.

Don Antonio, don Lucas y don Pedro con armas y con linternas.

Pedro.

Anda, Lucas.

Lucas.

¡Raro afan!

Pedro.

¿No ves que el honor precisa?

Lucas.

¡Que ni aun siquiera oir misa
pudiese en san Sebastian!

Pedro.

¿Para qué?

Lucas.

Para notorio

sufragio.

Pedro.

¿De quien, bergante?

Lucas.

De quien puede en un instante
ser alma del purgatorio.

Pedro,

¿A eso tu temor te obliga?

Lucas.

¿Pues la del otro está hablada,
para que tenga su espada
atencion con mi barriga?

Pedro.

Un hombre está aqui.

Lucas.

¿No mas?

Pedro.

No es mas que uno.

Lucas.

¡Suerte rara!
pues llega tu cara á cara,
le daré yo por detras.

Pedro.

¿Contra nuestro honor, no ves
que ese es un terrible error?

Lucas.

¡Válgame Dios, por honor
que caramilloso que es!

Pedro.

Estate tú oculto allí,
que mientras que solo sea,
no es bien que á los dos nos vea.

Lucas.

Por Dios que no estoy en mi.
¿Yo á conquistadores puedo

heredar? Cristo me ampare:
pues lo que hóy conquistáre
lo quiero asar en un dedo.

Pedro.

¿Caballero?

Antonio.

¿Qué mandais?

Lucas.

¡Virgen sagrada, qué veo!

Pedro.

Que sois vos quien busco creo.

Antonio.

Yo soy.

Pedro.

¿Pues á qué esperais?

Antonio.

Cuando llegueis á saber
el motivo de este duelo,
á nada.

Lucas.

¡Válgame el cielo!
el duende es ó su muger,
porque yo á este hombre le ví
de mantilla: ¡hay tal historia!
Saco luz y ejecutoria,
pues todo lo traigo aqui. *Vase.*

Antonio. (1)

Valor teneis.

Pedro.

He nacido
caballero, y manejado
libros y armas.

(1) *Sacan las espadas y riñen.*

Antonio.

¡Qué alentado
es el viejo!

Pedro.

¡Que atrevido
es el mozo! (1)

Antonio.

¿Qué aguardais,
(cruel estrella) pues me veis
sin espada?

Pedro.

A que la alzeis.

Antonio.

Como caballero obrais;
pero una vez recobrado,
solo á defenderme aspiro.

Pedro.

Pues yo de veras os tiro.

Antonio.

Mirad que babeis tropezado.

Pedro.

Matadme.

Antonio

¿Quien obra bien,
cómo aconseja tan mal?

Sale don Lucas.

Duendecillo tal por cual,
ten esa estocada, ten. (1)

Antonio.

¿Qué es esto?

---

(1) *Cdesele la espada á Antonio.*

(2) *Vuelve con la ejecutoria en el pecho, y dos luces en las manos.*

Lucas.

Cruje los dientes
perro maldito, haz espantos,
huye de los nombres santos
de todos mis ascendientes.

Antonio.

¿Don Pedro?

Lucas.

¿Qué no te humillas?

Antonio.

Vuestro furor me acometa.

Lucas.

¡Santo Dios! que no respeta
las armas de los Chinchillas.

Pedro.

Presto daré testimonio
de que aquel error absuelvo.

Lucas.

Señores, á decir vuelvo
que este es duende ó es demonio.

ESCENA XVI.

Dichos y don Enrique.

Enrique.

¿Qué es esto, amigos?

Lucas.

Esto es
ser este diablo Andaluz,
pues no respeta la cruz
de un despacho montañés.

Enrique.

¿Vos, señor don Pedro, y vos,
don Antonio, en este estado?
motivo de gran cuidado

es el que os mueve, por Dios.
Y pues yendoos á buscar,
el acaso me ha traido,
yo he de saberle.

Padre.

Este ha sido
haber venido á parar
madama Florela...

Enrique.

? Quién ?

Pedro.

Una Flamenca Española,
á mi casa trisre y sola,
huyendo cierto vaiven
de su fortuna en Amberes,
de donde mi amigo Octavio
me la envió: y siendo agravio
no amparar á las mugeres
en quien nace caballero,
en mi casa la hospedé,
donde la ví y la traté.
Y no siendo yo el primero
á quien una perfeccion
haya en vista condenado,
en revista, y sin traslado
me ganó la inclinacion.
Tanto su beldad promete.

Lucas.

¡Oiga el diantre del borrico
por donde mete el hocico!
¡Con que la casca el vejete!

Pedro.

Por esto ese caballero
hoy un papel me ha enviado,
en que me ha desafiado.

Enrique.

Dejaos por mí gobernar, *ap. á Antonio.*
que á mí me viene á importar
que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
señor don Pedro, podeis
iros.

Pedro.

Ya reconoceis
si bien ó mal he quedado. *Vase.*

Enrique.

Nunca vos quedasteis mal.

Lucas.

¿Cómo? ¿ya se han convenido?
de mi ejecutoria ha sido
milagro, por san Pasqual.
Ellos van quietos y buenos;
¡ó papel! ¿esto hay en tí?
no te he de apartar de mí
el dia que hubiere truenos. *Vase.*

Antonio.

¿Don Enrique?

Enrique.

Ahora sabreis
si soy vuestro amigo en todo.

Antonio.

¿De qué suerte?

Enrique.

De este modo,
venid, que allá lo vereis.

ESCENA XVII.

Sala en casa de don Pedro.

Cartapacio, Juana y doña Leonor, y ponen luces en un bufete.

Música.

Ven deseado Himeneo,
ven, y ven muy aprisa,
que tardar esta boda,
es mucha porquería:
ven, ven por tu vida,
á las nupcias del mas fuerte hidalgo,
que bebe, que ronca, que pace en Castilla.

Leonor.

¿Está todo prevenido?

Cartapacio.

Por lo que toca á bebidas,
ya de sorbete y aloja
dejé entregada á Dominga
una garrafa.

Leonor.

¿Y los dulces?

Cartapacio

Son chochos, y peladillas,
y he habido de tener un
cuento en la confitería.

Leonor.

¿Cómo?

Cartapacio.

Como la cuchara,
que llevé está muy lamida,
y no habia forma en empeño
de darme mas que dos libras.

Enrique.

Dejaos por mí gobernar, *ap. á Antonio:*
que á mí me viene á importar
que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
señor don Pedro, podeis
iros.

Pedro.

Ya reconoceis
si bien ó mal he quedado. *Vase.*

Enrique.

Nunca vos quedasteis mal.

Lucas.

¿Cómo? ¿ya se han convenido?
de mi ejecutoria ha sido
milagro, por san Pasqual.
Ellos van quietos y buenos;
¡ó papel! ¿esto hay en tí?
no te he de apartar de mí
el dia que hubiere truenos. *Vase.*

Antonio.

¿Don Enrique?

Enrique.

Ahora sabreis
si soy vuestro amigo en todo.

Antonio.

¿De qué suerte?

Enrique.

De este modo,
venid, que allá lo vereis.

Pedro.

Hoy se enlazan
los pesares y las dichas.
A casa desazonado
de un disgustillo venia,
y me han dado en el camino
la prodigiosa noticia,
de que el título que compro
está ya en cabeza mia.
Vueseñoría lo sepa,
para que reconocida
á los favores del cielo,
desde hoy los criados riña,
á todas horas enfade
amigos y conocidas,
pida el almuerzo á las once,
y suba al desvan en silla.

Lucas.

¿Oye usted, y yo no tengo
de tener mis piececillas
de sobrino de marqués?

Pedro.

En casando con mi hija,
que entonces os cae el chorro
de este honor por recta línea.
¿Ah, Cartapacio? el tintero.

Cartapacio.

Aquí está.

Pedro.

Esta seguidilla
déle á Juana ó á Melchora,
que al nuevo asunto va escrita
de la señoría nuestra;
que la encajen por su vida
en la dicha pastorela.

Lucas.

¿ Habrá invencion mas maldita
de fiesta, que esta que hacen,
pudiendo llenar la tripa,
con lo que en ella se gasta,
de pabos y de gallinas?

Pedro.

Mis amigos vienen ya.

ESCENA XIX.

Dichos, un Letrado y un Golilla.

Letrado.

Para que la rebeldía
no se me acuse, señor
don Pedro, de que á tan digna
funcion vengo tarde, el gusto
mi concurrencia anticipa.

Golilla.

Cosa que habeis hecho vos,
es fuerza ser peregrina.

Pedro.

Señores, muy bien venidos.
Ah, Cartapacio, trae sillas;
Leonor, siéntate.

Cartapacio.

Aquí están.

ESCENA XX.

Dichos, y al paño Juana, don Enrique y don Antonio.

Juana.

Quédate aquí, y solo atisba,
sin que te vean.

Enrique.

Está bien.

Antonio.

¿A qué será esta traida?

Enrique.

Presto de dudas saldreis.

Sale Juana.

Señora, como pedias,
aquel negocio está hecho,
pero el diablo de la fria
de la Flamenca los vió.

Leonor.

No es tiempo de que nos sirva
eso de estorbo.

Cartapacio.

Señor,
la cera está ya encendida,
y como es poca, ya ves,
que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?

Pedro.

Di que empiecen.

Lucas.

Yo en estas majaderías
me duermo luego. ¡Ah, vergante!
¿tú apuntas?

Cartapacio.

De maravilla.

Lucas.

¡No te viera yo apuntado
de un tiro de artillería!

Pedro.

Señores, callad, que empiezan.

Golilla y Letrado.

¿Cuánto va que para en risa?

Música.

Ven, deseado Himeneo, &c.

ESCENA XXI.

Dichos, y doña Melchora que canta.

Melchora.

Ven, que no es quien espera
ningun hombre de ansina:
sino una hembra que casa
con un varon Chinchilla.

Canta Juana.

Ven, que con montañeses
no se hacen groserias,
porque á ninguno esperan
los de aquesta familia.

Melchora.

Su señoría ordena;
que con tu antorcha asistas;
y hasta que lo mande
su señor señoría.

Pedro.

Aquella postrera copla
es la de nuevo añadida.

Golilla.

Es un pasmo.

Todos.

Es un prodigio.

Pedro.

Que prosiga.

Todos.

Que prosiga.

Música.

Ven, ven por tu vida, &c.

Canta Florela.

No solo á tanto asunto
esta antorcha encendida,
ascua del sol, abrasa
todo lo que ilumina;
sino á descubrir vengo,
don Pedro, los enigmas,
que tu honor obscurecen,
y tu fama marchitan.
Oculta hay en tu casa
quien troncar solicita
de tus nobles ideas
las generosas lineas.
Y quien del honor mio
á destruir aspira
la opinion generosa
hoy por ti defendida;
tu venganza y mi enojo,
su traicion y mi ira,
alumbre aquesta antorcha,
y siguiéndome digan:
Traicion, traicion. *Se entra.*

Leonor.

¡Ah, villana!

Pedro.

¿Qué es esto? todos me sigan. *Vase.*

Juana.

¡Ay, que todo lo descubre!

Golilla y Letrado.

Á don Pedro es bien que asista.

Lucas.

¿Qué embrolla de los demonios
es esta, Melchora mia?
Ahora es ocasion que se haga
nuestra traza discurrida.

Melchora.

Pues verás que presto vengo
cargada con la balija. *Vase.*

Leonor.

¡Cielos santos, yo estoy muerta!

Pedro.

Mueran los que así amancillan
mi honor. (1)

Enrique.

Don Pedro, tened,
que siendo ya vuestra hija
doña Leonor, mi muger,
en mí vuestro honor habita.

Pedro.

¿Cómo esposo de Leonor?

Lucas.

¿Señor, no te lo decia
yo, que esta pícara infame
la habia de hacer?

Florela

Como viva
yo, siendo Enrique (don Pedro)
la causa de mis desdichas,
no es fácil que de otra sea.

Antonio.

Ni que yo á otro hombre permita,
que sea dichoso contigo.

Pedro.

¿Estoy yo acaso en las Indias,
para que á doña Florela
de Guzman, solo por hija
de don Andrés de Guzman,
no la eleve á señoría?

(1) *Salen don Pedro, don Enrique y don Antonio.*

Enrique.
¿Don Andrés de Guzman? ved
lo que decís.
Florela.
¡Suerte esquiva!
que aquese mi padre fue.
Pedro.
Pues esos papeles digan
como gobernando á Amberes,
al tiempo que ya os tenia
á vos, casó de secreto
con madama Catalina
de Orbesi, ilustre y hermosa,
y prenda de esta caricia
fue Florela, á quien dejó
declarada.
Enrique.
¡Hermana mia!
¿cómo avarienta hasta aquí
me ha negado esta noticia
mi suerte?
Florela.
No en vano yo
tanto, Enrique, te queria.
Antonio.
Ahora sin este embarazo,
que mi rendimiento admita
espero......
Enrique.
Tuya es Florela.
Florela.
Premiar es deuda precisa
vuestra constancia.
Pedro.
Tened,

que yo......

Dentro Melchora.

Tanta gritería
hay, que á quien hoy se casa
la aturde, y la martiriza.

ESCENA XXII.

Dichos y doña Melchora con un bulto debajo del brazo.

Pedro.

¿Melchora, que es esto?

Melchora.

¡Ay, padre!
¿no ve aquesta bolsa en cinta?
pues prendas son de don Lucas
cuantas traigo aquí metidas.

Pedro.

¡Solo faltaba esta afrenta
á mi casa y mi familia!
¿Qué dices, perra?

Lucas.

Que ya
que ha perdido Leonorilla
la fortuna de mi mano
por sus muchas picardias,
con Melchora me recaso,
que mi conciencia me aguizga;
pues dice bien, pues mias son
esas prendas que publica
ese bulto.

Pedro.

¿Cómo, infame?

Melchora.

Como es esta su ropilla,

su manteo, su solana, *la saca toda.*
sus calcetas, sus camisas:
miren si son estas prendas,
suyas, ó de la vecina.

Pedro.

Si está contenta, Leonor,
yo no violento á mis hijas:
da la mano á don Enrique,
y dásela tú, Luquillas,
á Melchora.

Lucas.

Ven acá,
daca la mano, borrica.

Melchora.

Toma, animal.

Cartapacio.

Cada oveja
con su pareja, Juanilla.

Juana.

Pues toma esos cinco dedos.

Enrique.

Hermosa Leonor, mi vida
es tuya.

Leonor.

Felice soy.

Antonio.

Ya son todas mis fatigas
venturosas con tal suerte.

Florela.

Tus finezas me conquistan.

Pedro.

Y yo que quedo soltero,
no sé, señores, si diga,
que quedo mejor.

Enrique.

Y aquí
una obediencia rendida,
da fin al Dómine Lucas:
reconociéndose indigna
de aplauso, mi admiracion,
se contenta con la risa.

El Domine Lúcas.

El movimiento dramático de esta pieza, las situaciones cómicas y las sales en que abunda la han adquirido la estimacion del público, desde que su autor la dió al teatro. Efectivamente es una de las mas graciosas que compuso Cañizares en el género de las comedias de carácter, llamadas entre nosotros de *figuron*; cuyo título está muy bien aplicado, porque pinta la exageracion del personage principal que se propuso ridiculizar el poeta. Aunque este género es el que mas se acerca á la verdadera comedia antigua, nuestros autores recargaron de tal modo el carácter que describian, que por lo general le trasformaron en una caricatura. Este defecto se advierte en muchas de las composiciones de esta clase, á que se dedicaron varios poetas dramáticos del siglo 17, y algunas de ellas en tanto estremo que pueden mas bien considerarse como unos entremeses ó sainetes en tres actos, que como verdaderas comedias. La presente es una de las menos defectuosas en esta parte, pues el carácter de don Lucas, tiene toda la verosimilitud que puede pedirse en buena dramática. Es un hombre de muy corto talento; es malicioso é interesado; ha recibido una educacion poco esmerada, y se halla poseido del orgullo ridículo que les inspiraba á algunos nobles en aquel tiempo la posesion de una ejecutoria, aunque se hallasen sumidos en la indigencia.

Cañizares presenta á don Lucas en la escena V. del primer acto y manifiesta su carácter en muy pocos versos. Celoso al ver á Leonor y á Melchora acompañadas de dos hombres que no conoce, quiere saber de Cartapacio si las han tocado al ayudarlas á salir del coche.

Cartapacio.

Abrazáronlas por fuerza
para sacarlas.

Lucas.

¿Qué dices?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

¡Caiga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela!
Melchora, á quien entre dientes
tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira que me desuella;
la una, batienda de mi amor,
y la otra, amor de su hacienda,
¿manoseadas de hombres?
¿Qué dirá el valle de Ruesga
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Este sentimiento es el que domina principalmente en don Lucas, y le inspira la idea, tomada sin duda de la novela del curioso impertinente, de rogar á don Enrique que enamore á su futura esposa.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas.

Esa propia, y desde aquesta
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas
hombre?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de ejecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva
con un escudero mio
la sobra mucho á la puerca.

Resalta mas todavia la fatuidad de este personage, cuando refiere la aparicion del duende á don Enrique, y este le pregunta:

¿Pues es posible, don Lucas,
que remedio no se ha hallado
por conjuro, ó por precepto
contra ese espíritu?

Lucas.

Hermano,
un demonio que porfia
es demonio por dos lados;
todo está pasado en cuenta;
y no habiendo aprovechado
nada, al último remedio,
como se dice, apelamos:
con dos velas encendidas,
. . . .
sacamos don Pedro y yo
de un cofre de felpa y raso,
la mas horrible reliquia,
que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos!

Finalmente, ya sea cuando enamora á Melchora y dispone el medio de casarse con ella, cuando dicta la demanda á Cartapacio, ó cuando asiste al desafio, siempre escita la risa del auditorio.

En el carácter de don Pedro, que tiene tambien bastante mérito, ridiculiza el poeta con mucha propiedad, el lenguage pedantesco de algunos letrados farraguistas de su tiempo; y en el de Melchora pinta una boba á quien aguija el deseo de casarse con el primero que se presente.

Los demas personages son buenos y forman el contraste con los anteriores.

La accion está bien combinada, y las escenas bien enlazadas: hay muchas muy cómicas y sembradas de gracias y donaires

Veanse particularmente la XIX del primer acto, en que Melchora sale corriendo tras las gallinas; la XVII y siguientes hasta el fin del segundo acto, y la VIII. IX. y X. del tercero.

Los diálogos tienen generalmente viveza y gracia; pudiéramos citar algunos; pero, en obsequio de la brevedad, nos limitaremos al siguiente.

Cartapacio.

¿Señor?

Lucas.

¿Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora
que te espera don Enrique
sentado en la silla rota

del recibimiento.

Lucas.

¿Y dime,

trae la cara como en forma
de pedirme chocolate?

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas.

¡Moscas!

Anda, ve y dile, que digo
yo, que estoy en la Vitoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona,

que yo no hago indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pues dile que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

Cartapacio.

¿Por seis cuartos

te acuitas y te acongojas?

Lucas.

Por menos un primo mio
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

La escena siguiente en que obliga á Enrique á enamorar á doña Leonor, y se esconde á escucharlos, y

Música.

Ven, deseado Himeneo, &c.

ESCENA XXI.

Dichos, y doña Melchora que canta.

Melchora.

Ven, que no es quien espera
ningun hombre de ansina:
sino una hembra que casa
con un varon Chinchilla.

Canta Juana.

Ven, que con montañeses
no se hacen groserías,
porque á ninguno esperan
los de aquesta familia.

Melchora.

Su señoría ordena;
que con tu antorcha asistas,
y hasta que lo mande
su señor señoría.

Pedro.

Aquella postrera copla
es la de nuevo añadida.

Golilla.

Es un pasmo.

Todos.

Es un prodigio.

Pedro.

Que prosiga.

Todos.

Que prosiga.

Música.

Ven, ven por tu vida, &c.

Canta Florela.

No solo á tanto asunto
esta antorcha encendida,
ascua del sol, abrasa
todo lo que ilumina;
sino á descubrir vengo,
don Pedro, los enigmas,
que tu honor obscurecen,
y tu fama marchitan.
Oculta hay en tu casa
quien troncar solicita
de tus nobles ideas
las generosas líneas.
Y quien del honor mio
á destruir aspira
la opinion generosa
hoy por ti defendida;
tu venganza y mi enojo,
su traicion y mi ira,
alumbre aquesta antorcha,
y siguiéndome digan:
Traicion, traicion. *Se entra.*

Leonor.

¡Ah, villana!

Pedro.

¿Qué es esto? todos me sigan. *Vase.*

Juana.

¡Ay, que todo lo descubre!

Golilla y Letrado.

Á don Pedro es bien que asista.

Lucas.

¿Qué embrolla de los demonios
es esta, Melchora mia?
Ahora es ocasion que se haga
nuestra traza discurrida.

PERSONAS.

Don Enrique de Guevara, galan.
Don Lorenzo de Maqueda.
Don Felix de Toledo.
Don Sancho de Maqueda, primer barba.
Don Pedro de Utrera, segundo barba.
Doña Leonor de Utrera.
Doña Isabel de Utrera.
Doña Inés de Guevara.
Martin, gracioso primero.
Esparaban, gracioso segundo.
Juana, criada.
Un Maestro de leer.
Un Maestro de esgrima.
Tres hombres.
Música.

La escena es en Granada.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Doña Leonor, doña Isabel y Juana.

Leonor.
¿Qué dices, Juana?
Juana.
Que es él.
Leonor.
¿Don Enrique?
Isabel
Yo le ví,
que á la ventana salí.
Leonor.
¡Fuerte mal! ¡traza cruel!
anda detenle, anda aprisa.
Juana.
Yo no le podré la puerta
cerrar; pues viéndola abierta,
querer que no se entre, es risa.
Leonor.
Pues yo podré huir, que no
tengo ánimo de hablarle.
Isabel.
Tente, yo saldré á encontrarle.

ESCENA II.

Dichas, don Enrique, y Martin de camino.

Enrique.

Felíz mil veces quién vió
del Alcazar celestial,
adonde habita su bien,
frança la entrada.

Isabel.

Por quien
el que entrare entrará mal;
y así, no paseis de aquí.

Martin.

A Dios mudanza invencible.

Enrique.

¿Bella Isabel, es posible,
que eso se me dice á mí?
¿Cuando á mí se me negó
la dicha que hallo, y que dudo?
¿Quién dar un precepto pudo
tan contra mi vida?

Leonor.

Yo.

Enrique.

¿Vos? No me espanto de ver
desairada mi esperanza,
que en mi ausencia, en vos mudanza,
es cumplir, siendo muger.
Yo me engañé; perdonad,
que pues muerto en vos estoy,
á morir á todos voy;
dadme licencia.

Leonor.

Esperad.

Martin.

No há de esperar, ni es razon:
despues de vernos hundidos,
venidos, y aun revenidos,
mas que en setiembre el turron,
salir con una quimera
es muy grande porquería.
¿Y tú, hermosa Juana mia?

Juana.

Hermano, por la otra acera.

Martin.

¿Tambien estás de mudanza?

Juana.

No estraña, pero indecisa.

Martin.

Así fuera de camisa,
y aun de pellejo, taimada.

Leonor.

Quien os oyere, señor
don Enrique de Guevara
(disculpando vuestra ausencia)
encarecer mi mudanza,
á vos os tendrá por fino,
y á mí me culpará ingrata.
Seis años me habeis servido,
si con espresiones raras
de sencilla fe, las voces,
los billetes, y las ansias
de vuestro encarecimiento
lo digeran, si no hallaran,
que con sus obras, de infieles
su mismo dueño las tacha.
Yo, que nací roca espuesta
de amor á las asechanzas,
os ví, os oí, y me rendí;

culpa fue, pero engañada,
es culpa, en que hoy en el mundo
hay muy pocas que no caigan.
Dígalo yo, que despues
de franquearos la esperanza,
que á nadie dí, continué
las veras con que os amaba,
hasta, que sin saber como,
por qué razon, ó qué causa,
sin despediros de mí,
faltasteis de vuestra casa.
No es eso lo mas, sino es,
que esta, ó locura, ó mudanza,
continuada en vos dos años,
ni un aviso, ni una carta
os debió mi amor; y cuando,
triste, sola, y despechada,
por los vuestros saber quise
qué haciais, y adónde estabais,
supe, que andabais en busca
de una bellísima dama.
Y así, porque no es razon,
despues de ausencia tan larga,
que sobras de otras finezas
querais conmigo gastarlas;
idos con Dios, don Enrique,
que no quiero os hagan falta,
para cartas amorosas,
que os merecerá esa dama,
y que yo no os merecí
las frases estraordinarias,
las voces encarecidas,
y las ardientes palabras,
que gastais en persuadirme
lo que ya sé: vamos, Juana.

Enrique.

Oye, espera.

Leonor.

No hay que espere.

Enrique.

Daráisme motivo á que haga
un desatino, si no oyes
mi disculpa.

Leonor.

Aunque la halláras,
viene tarde, don Enrique.

Enrique.

Aunque sea tarde, si yo
tu juicio desengañára,
vieras mi razon, y vieras,
que no es culpa, y es desgracia
la que me ha hecho padecer
tu enojo.

Leonor.

Y aun no bastára.

Enrique.

¿Por qué?

Leonor.

Porque soy quien soy
sufrí, esperé contrastada
de mi padre y mis parientes;
y como dió tu tardanza
motivo á que se creyese
tu muerte, buscaron traza
de darme esposo mis padres;
he dado mi fé, y palabra
de obedecer á los mios;
no es posible quebrantarla:
si tú has tenido la culpa,
tú allá contigo te habla,

y te responde, que aunque
mil satisfacciones haya,
no llegando á tiempo, solo
me está bien el no escucharlas. *Vase.*

Enrique.

Caiga el cielo sobre mí.

Martin.

No quiera el cielo que caiga
estando yo cerca.

Enrique.

Díme,
(¡ay de mí!) díme, mi Juana...,

Martin.

Como el ama se despinta,
me enamora la criada.

Enrique.

¿Qué es esto?

Juana.

Que mi señora
de boda está enquilotrada.

Enrique.

¿Pues desde cuando?

Isabel.

Mi prima,
Don Enrique, os manda os vayais
antes que mi tio vuelva.

Enrique.

Haré lo que se me encarga,
como os deba una fineza.

Isabel.

No seré yo tan avara
(¡ay muda inclinacion mia!) *ap.*
á vuestras prendas gallardas,
como mi prima: decid.

Enrique.

¿Qué novedad tan infausta
es esta? ¿Leonor casarse?
¿cómo, y con quien?

Isabel.

En el alma
siento, que lo que quereis
que haga pos vos...

Enrique.

¡Pena estraña!

Isabel.

Sea daros un pesar;
pero consolado vaya
vuestro pecho con saber,
que os venga, cuando os maltrata.

Enrique.

¿Quien?

Isabel.

Leonor.

Enrique.

¿Por qué?

Isabel.

Porque
con don Lorenzo se casa
de Maqueda, el Mayorazgo
Bobo, (que es como en Granada
le apellidan por la mucha
hacienda) con que se engaña
la codicia de mi tio,
queriendo ver empleada
la belleza de Leonor
en un bruto, tan sin traza
de hombre, que por no afrentar
su progénie, encarcelada
tiene su padre su necia

persona, dándole en casa
toda la doctrina inútil,
que no le sirve, y le cansa:
esto os puede consolar
en vuestra pena.

Dentro don Pedro.

Abre, Juana.

Juana.

¡Ay Jesus! este es mi amo.

Isabel.

¡Mi tio! en aquella cuadra
os retirad, que en pasando,
podeis, aunque esté cerrada,
abrir la puerta y sálir. *Vase.*

Enrique.

Que estos sustos se pasáran
para ser favorecido,
ya fuera dicha; mas para
ser infeliz, solo yo
lo esperimento.

Juana.

Entra, y calla.

Martin.

Despues de desprecios, palós
es solo lo que nos falta. *Vase.*

ESCENA III.

Don Pedro, y doña Inés tapada.

Pedro.

Mientras yo, señora, entro
á aquesta pieza, no salgan
mi hija, y sobrina, pues no es
razon que vean que haya
muger, que les dé otro ejemplo,

que el del recato que guardan ;
esperad un rato.

Inés.

Penas,
¿ cuando tendrán mis desgracias
satisfecha la crueldad
de mi fortuna inhumana?

Pedro.

Juana, ven.

ESCENA IV.

Inés.

¡Qué venerable
anciano ! ¡ qué noble casa !
¡ que sumptuosa y compuesta !
ya agradezco que encontrára
Fabio, amigo que parece
de suposicion, en que haya,
pues ha de ser en quien tome
puerto mi incierta borrasca,
respeto y autoridad ;
¡ qué superiores alhajas !
Por cuanto fuese un cristal, (1)
que sin temor desengaña,
el primero, que á mí misma
me acuse mi semejanza,
pues...

(1) *Encdrase á un espejo, que ha de estar en el paño.*

ESCENA V.

Doña Inés, don Enrique y Martin.

Martin.

Ya es tiempo que nos vamos.

Enrique.

Mira que ruido no hagas.

Inés.

Mas ¡ay infeliz de mí! (1)
sombra injusta, ilusion vaga,
que á Enrique me representas,
no me adelantes (aguarda)
mi muerte, que...

ESCENA VI.

Doña Inés y don Pedro.

Pedro.

Ya segura
estad, hablad confiada
de que nadie oye.

Inés.

¡Ay de mi!

Pedro.

¿Qué es eso que os sobresalta?

Inés.

Nada, y mucho, pues...

Pedro

Hablad.

Inés.

Mirando á ese espejo estaba,
y ví en él á mi enemigo,

(1) *Cruzan el teatro por detras de doña Inés.*

que acechando á mis espaldas,
mi ruina..

Pedro.

Eso es fantasía,
yo veré toda la cuadra:
solo está todo.

Inés.

¡Mis propias
aprehensiones me arrebatan!
Yo, señor don Pedro, (¡ay triste,)
como habrán dicho las cartas
que para vos me dió Fabio,
soy de Enrique de Guevara
hermana.

Pedro.

¿Qué me decís?
no le conocí; mas tanta
su fama fue..

Inés.

Como hoy es.

Pedro.

¿Qué aun vive?

Inés.

Si señor.

Pedro.

Falsas
las noticias de su muerte
fueron, sin duda, en Granada.

Inés.

Hizo él echar esas voces
en Madrid, en donde estaba,
por lograr con mi cuidado,
perficionar su venganza;
pero pues de todo es fuerza
daros cuenta, una mañana

vi á don Felix de Toledo.

Dentro Leonor.

Traenos las labores, Juana.

Pedro.

Esperad, que ya discurro
en solo cuatro palabras
de hermano, ausencia, y agravio,
que es lo que os trae á mi casa
caso de honor; esta pieza
es paso de las criadas,
y todo el tráfago; entrad
en mi despacho, que en árduas
materias, solo las logra
el que mejor las recata.

Inés.

Vuestro amparo...

Pedro.

Andad, señora;
¿ahora quereis que faltára
á muger de obligaciones,
que se vale de estas canas?
Posada, auxilio, y socorro
teneis.

Inés.

Beso vuestras plantas.

Pedro.

¡Ah, si! ¿vos cómo os llamais?

Inés.

¿Yo? Doña Inés de Guevara.

Pedro.

Pues no ha de ser ese nombre
el que tengais, que no es chanza
hermano noble ofendido,
y otras dos mil circunstancias,
que habrá sin duda en el cuento,

para no andar recatada.
Venid, donde con mi hija
vivais segura, estimada,
y querida.

Inés.

Con el nombre
me contento de criada
suya, y vuestra.

Pedro.

No lloreis. *Entrase doña Inés.*
Estraños sucesos pasan
por las gentes; á bien, que
Leonor ha de estar casada
presto, y estaré sin sustos;
que hijas bellas son alhajas,
que el medio de no perderlas,
es ser breve en despacharlas.

ESCENA VII.

Sala en casa de don Sancho.

Don Sancho, el Maestro de leer, Esparaban, y despues don Lorenzo á medio vestir, con chupa y valona.

Sancho.

¿Ha tomado ya leccion
don Lorenzo?

Esparaban.

Está aun roncando.

Maestro.

Y yo habrá una hora esperando.

Lorenzo.

Padre, la bendicion.

Sancho.

Hijo, hoy has tardado á fe
en levantarte.

Lorenzo

Si fuera
por mí, presto me vistiera;
no hubiera sido porque
esta pierna no quería,
hasta que estotra riñó
con ella, y fuera la echó,
y ella, despues no salía.
Calzáronse, y demas de esto
tuvieron pendencia un rato,
porque se perdió un zapato;
y es, que el uno estaba puesto,
y otro que me iba á poner,
y otro zapato faltaba,
y la pierna regañaba.
¡Jesus lo que hubo de ver!
Despues de tanto reñir,
yo las dige á sus mercedes:
dénse por esas paredes,
que yo no me he de podrir.

Maestro.

¡Vióse tal majadería!

Esparaban.

Es un bruto mi señor.

Sancho.

Este es invencible error
candidez de fantasía;
y siendo sinceridad,
espero que nos dé indicio
de vencerla el egercicio
del estudio: á Dios quedad,
y dad leccion de leer.

ESCENA VIII.

Dichos menos don Sancho.

Lorenzo.

Sí, que ya quiero almorzar.

Maestro.

Vamos á deletrear.

Lorenzo.

Mejor es delecomer.

Maestro.

¿Qué es esta?

Lorenzo.

Letra.

Esparaban

Penetra

como un bruto.

Maestro.

¿Y esta aquí?

Lorenzo.

Letra.

Maestro.

Que es letra, es así;

¿pero cuál letra?

Lorenzo.

Esta es letra.

Maestro.

¿Ahora con Bercebú

estamos ahí? Di, pues,

¿es a, e, i, o, u? ¿ó que es?

Lorenzo.

Esta es, a, e, i, o, u.

Maestro.

Todo lo de ayer se fue:

decid conmigo be a ba.

Lorenzo.

¿Qué es esó de que se vá? *Agarrale.*
¿pues á dónde se va usté?

Maestro.

Son letras; yo estoy perdido.
Dí, be a ba, aqui bruto.

Lorenzo.

Calle,
¿cómo quiere que las halle,
si dice usted, que se han ido?

Maestro.

Esto es inútil; segun
su chola, él no dará en ello.

Lorenzo.

Mucho mejor es aquello.

Maestro.

¿Cuál?

Lorenzo.

El chan, chen, chin, chon, chun.

Esparaban.

Como es medio rebuznar,
le ha agradado.

Maestro.

Vuestro padre
quiere que el estudio os cuadre,
y es en vano el porfiar;
pues la primer juventud
pasada, y el genio vuestro
lo impiden.

Lorenzo.

Señor Maestro,
yo todo soy jumentud;
¿mas si no me castigais
cómo tengo de aprender?

Maestro.

¿Castigado quereis ser?

Lorenzo.

¿Por qué no?

Maestro.

¿Vos lo mandais?

dadme la mano.

Lorenzo.

¿Qué son

amistades?

Maestro.

Yo soy juez,

tomad, para que otra vez

estudieis bien la leccion. (1)

ESCENA IX.

Don Lorenzo y Esparaban.

Lorenzo.

¡Ah perro!

Esparaban.

A escapar se aplica.

Lorenzo.

Que me muero.

Esparaban.

¿Qué te ha dado?

Lorenzo.

En la mano me ha pegado

una cosa, que me pica.

Esparaban.

Este palo es.

---

(1) *Dale con una palmeta, corre don Lorenzo tras él, y él la deja caer en el suelo y se va.*

Lorenzo.

Ve con tiento,
no le llegues

Esparaban.

Es quimera,
que es madera.

Lorenzo.

Si es madera,
es madera de pimiento:
mas daca, sea lo que fuere.

Esparaban.

¿Dónde la quieres echar?

Lorenzo.

Por Dios, que la ha de probar
el primero que viniere.

Esparaban.

Aquí está el Maestro de Esgrima.

ESCENA X.

Dichos y el Maestro de esgrima á lo maton.

Maestro.

Boos dias nos dé Dios.

Lorenzo.

¿Sabeis bien la leccion vos?

Maestro.

Por diestro el lugar me estima,
aunque ver perdido siento
el tiempo en que no aprendeis.

Lorenzo.

Es que, si no la sabeis,
habrá para vos pimiento.

Maestro.

Romano recto. *Toman las espadas negras.*

Lorenzo,

¿Cómo?

Maestro.

Así;

ese es ángulo.

Lorenzo.

Me rio:

¿angúlo? ese era mi tio.

Maestro.

Dad ahora un paso hácia mí.

Lorenzo.

No solo uno, sino tres.

Maestro.

¿Y la espada?

Esparaban.

Es bestia ruda. *ap*.

Lorenzo.

¿Qué quieres, que á un tiempo acuda
á las manos, y á los pies?

Maestro.

Son dos acciones forzosas.

Lorenzo.

Ya es vuestra tema importuna.
¿Bueno es, no sabiendo una,
pretender que haga dos cosas?

Maestro.

Pues todo lo erramos.

Lorenzo.

¿Qué?

¿que lo erramos?

Maestro.

Claro está.

Lorenzo.

Pues dadme la mano,

Esparaban.

Ta.

Lorenzo.

Dad la mano.

Maestro.

¿Para qué?

Lorenzo.

Aquí para entre los dos, (1)
para siempre que se os pida,
traed la leccion sabida.

Esparaban.

¿No os avisé?

Maestro.

Vive Dios,
que es un grande atrevimiento,
y le tengo de matar.

Lorenzo.

Aprender para enseñar.

Maestro.

¿Yo tal afrenta consiento?
por vida.........

ESCENA XI.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué ha habido aquí?

Lorenzo.

Nada, señor, que le he dado
pimiento, para que aprenda,
pues ha de enseñar á tantos.

Esparaban.

El Maestro de leer,

---

(1) *Dale con la palmeta.*

que le pegó un palmetazo,
él le quitó la palmeta,
y vá á los demas cascando.

Sancho.

Ya veis cuan infelíz soy
en tener un insensato
por hijo, perdon os pido
de un error tan temerario;
y admitid esa cadena,
en recompensa del daño.

Maestro.

Bien os puede agradecer,
que hayais á tiempo llegado
de que no le escarmentase;
y con un aviso os pago
vuestra bizarría; tratad
de no intentar apuraros
vida, y hacienda, porque
aunque viva cien mil años,
es incapaz vuestro hijo,
sin mas que ser un gran asno,
y no teneis que aguardarme
mas.

ESCENA XII.

Don Lorenzo, don Sancho y Esparaban.

Lorenzo.

¡Oygan, y cual se ha picado!
mas es verdad que el pimiento
escuece como los diablos.

Sancho.

Hasta aquí juzgué, Lorenzo,
que poniendo mi conato
en vencer vuestra rudeza,

se logrâran los trabajos,
que en adquiriros los bienes
de mas de cien mil ducados,
de quien único heredero
sois, he sufrido, y pasado.
Vuestra sangre es tan ilustre
como vuestro juicio falto
de sentido natural;
achaque de los humanos
placeres, que hayan de dar
las riquezas, y los faustos
del rico en manos del necio,
para solo disiparlos:
mas ya confieso, que en nada
acierto, sino en llorarlo.

Lorenzo.

¿En nada acierto? pues mire,
que habrá pimiento de palo
para usted, como le ha habido
para el otro, que era guapo.

Sancho.

Pero no tiene remedio;
aunque sea señalándoos
un Curador, que os gobierne,
es fuerza daros estado,
para dilatar mi prole.

Lorenzo.

Pues déme usté al cirujano,
si me ha de dar curador,
porque el doctor es un asno.

Esparaban.

Para tí sobra el Albeitar.

Sancho.

Hijo, yo he determinado
con doña Leonor de Utrera

unirte, un bello milagro
de perfeccion y virtud;
vesla aqui, este es su retrato, (1)
esta es tu esposa.

Lorenzo.

¿Esta es?

Sancho.

Si.

Lorenzo.

No la quiero.

Sancho.

¿Has hallado
alguna falta en su rostro?

Lorenzo.

Y mucha; ¿he de estar casado
yo con muger tan chiquita,
que aun no tiene medio palmo?

Sancho.

Esta es la pintura solo
del medio cuerpo.

Lorenzo.

¡Oyga el diablo!
¿pues donde está el otro medio?

Sancho.

Ese no se le pintaron.

Lorenzo.

¿Pues digame usted, si es coja,
ó tiene los pies con callos,
cómo se ha de averiguar?
No, mi padre, no me caso
con muger que está sin piernas,
que parirá hijos enanos.

---

(1) *Saca un retrato pequeño.*

Sancho.

Tú irás á verla conmigo
hoy.

Lorenzo.

¿ Pues está en otro cabo ?

Sancho.

Pues claro está, que esta es copia.

Lorenzo.

Luego es dos

Sancho.

La ha duplicado
el pincel.

Lorenzo.

Pues dos mugeres
se rebañarán á araños.

Sancho.

Es que las dos, una sola
son.

Lorenzo,

Será como el cuarto,
que es uno grande el que es dos;
y siendo asi, me ha gustado,
porque la podré trocar,
en haciéndome embarazo,
por dos mugeres sencillas.

Espuraban.

El que las haya es el caso.

Sancho.

Hablados ya los parientes,
solo falta... ¡ Mas llamaron ? *Llaman.*

Esparaban.

Si señor.

Sancho.

Mira quien es.

ESCENA XIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

Decid al señor don Sancho;
mas nada le digais, pues
pueden hablarle mis brazos.

Sancho.

Amigo, y señor don Felix
de Toledo, ¿ pues qué acaso
os trae á Granada? ¿cómo
tanta dicha y gozo tanto,
tan sin pensarlo en mi casa?

Lorenzo.

¡ Tanta suerte, tal fracaso,
tal ventura, tal desdicha!
abrazadme, primo hermano.

Felix.

Caballero, no os conozco,
y asi...

Lorenzo.

Que todos estamos
á esa fecha; pero es fuerza
quereros, y apretujaros
con mucho afecto; porque
me pareceis gran pedazo
de amigo nuestro.

Sancho.

Es mi hijo
(don Felix) Lorenzo, es sano
de natural, y se esplica
sin cultura, y sin ornato,
pero con buen corazon.

Felix.

Yo os beso, señor, las manos.

Lorenzo.

Yo pescuezo, y pies, haciendo
pepitoria el agasajo.

Felix.

¡Estraño hombre! *ap.*

Sancho.

¿Pues amigo
qué es esto?

Felix.

Esto es confiaros,
(pues en Granada no tengo
amigo de mayor garvo,
silencio y fineza) un nuevo
pesar, un grave cuidado,
que tengo.

Sancho.

¿Caso de honor?

Felix.

De amor fue, ya se ha pasado
á ser de honra, puesto que hay
muger á quien sirvo y amo,
hermano que la persigue
por mi causa, y....

Sancho.

Vamos, vamos
donde con menos testigos
podamos hablar despacio:
ven, Lorenzo.

Lorenzo.

Oye usted, ¿viene
á hallarse de convidado
á mi boda?

Sancho.

¡Qué locura!

Lorenzo.

Es que hay estómagos grajos,
que huelen donde hay carniza,
y se vienen al olfato
desde cien leguas.

Sancho.

Vé, y ponte
el vestido mas bizarro;
que has de ir conmigo á que veas,
como que á otra cosa entramos,
á tu esposa.

Lorenzo.

¿Llevaré
aquel vestido de paño
azul con franjas moradas,
y boton escarolado?

Sancho.

Cualesquiera.

Felix.

Señor, vamos.

Lorenzo.

Veré á mi novia de plano;
pero sino tiene piernas,
que se case con un zambo.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Inés y Juana.

Leonor.

Creedme, Dorotea,
que si en cualquier hallais, luego que os vea,
el afecto que en mí, teneis buen hado;
porque al punto con vos he confrontado.

Inés.

Gracias doy á mi estrella venturosa.

Leonor.

¿Isabel, no es honesta? ¿no es hermosa?
¡Mira qué aseada está! ¡qué bien prendida!

Isabel

Juana, ¿has visto muger mas presumida?
¡Que esto guste á Leonor! *ap.*

Juana.

Lo nuevo aplace.

Inés.

Vuestra vista, señora, es la que hace,
con su perpeccion propia,
fingir en mi semblante vuestra copia.

Leonor.

Discreta tambien es. ¡Cuanto he debido
á mi padre, en haberos admitido
en su casa á mi lado!
No es decible el contento que me ha dado
con vos.

Inés.

Efectos son de sus piedades.

Leonor

Fuerza es tengais dos mil habilidades.

Isabel.

A risa me provoca. *ap.*

Juana.

¿Ya nó sabes que mi ama es medio loca? *ap.*

Inés.

Alguna vez solia,
cuando era menos mi melancolía,
cantar alguna cosa; mas ya ignoro
cuanto aprendí, pues gimo, siento y lloro.

Isabel.

Pues, Leonor, haz que cante.

Leonor.

Lo que quiero
es, que descanse, que eso es lo primero;
que luego habrá lugar para escucharla.

Isabel.

Lo que gustáres.

Leonor.

Tú has de acompañarla,
Juana, á mi cuarto, y haz que allí se ponga
una cama.

Juana.

Con plaza de mondonga *ap.*
entra esta señorita.

Inés.

Dadme los pies.

Leonor.

A Dios.

Juana.

Si es que hay visita,
trata de no llamarme
que no puedo en dos cosas emplearme,
y es lo primero...

Leonor.

¿Qué?

Juana.

Que servir sea
á mi señora doña Dorotea. *Vase.*

Isabel.

De verte tan divertida
con tu huespeda me alegro,
pues de don Enrique....

Leonor.

¡Ay prima!

¿irás á decir que puedo
olvidarle? ¡como es fácil,
si despues de amor hay zelos!
y en igual de......

ESCENA XV.

Dichas, don Pedro y despues Juana.

Pedro.

¿Leonor mia?
¿Isabel? entraos dentro
á poneros muy bizarras.
¿Juana?

Juana.

Señor.

Pedro.

Anda presto,
viste á tus amas, preven
dulces, bebidas;.... ¡que veo!
¿en qué te paras?

Juana.

Señor,
que trescientas amas tengo;
parezco Inclusa, y no sé
á cual acuda primero.

Leonor.

¿Pues, padre, qué novedad
es esta?

Isabel.

¿Qué cumplimiento
es este tan repentino?

Pedro.

Sabe, que con don Lorenzo,
tu esposo, salió don Sancho
su padre de casa; entiendo,

segun su criado ha dicho,
que con no sé que pretesto
vienen, por ver si consiguen
verte; y estando el concierto
de tu boda en el parage
que está, escrúpulo no advierto
en que los deges entrar
á tu presencia; pues creo,
que no vendrán tan curiosos,
como saldrán satisfechos;
aunque esta es pasion en mí:
mas soy tu padre, y te quiero.
Adórnate por tu vida,
que á salirles al encuentro
voy. Don Lorenzo es buen mozo,
y en sus riquezas tendremos
descanso: á Dios, hijas mias.
Llorando voy de contento. *Vase.*

Juana.

¡Ah vejete codicioso!

Isabel.

¿Lloras, señora?

Leonor.

Hacer debo
las exequias á un cariño
tan en sus verdores muerto.

ESCENA XVI.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.

Por ver, bellísima ingrata,
si aquel enojo primero
pasado, oir mis disculpas,

mitiga tus iras, vuelvo,
¿mas qué es esto?

Martin.

Ya nos lloran,
ténganos Dios en el cielo.

Leonor.

Isabel, ponte á la puerta.

Isabel.

¡Qué esto vean mis sentimientos,
y no me maten!

Enrique.

Señora,
como.....

Leonor.

No estamos en tiempo
de gastar muchas razones;
satisfáceme, y sea presto,
pues si tardas ..... ¡ay de mí!

Enrique.

¿Qué?

Leonor.

No podré lo que hoy puedo:
¿dime, que muger seguiste
en Madrid, y con que intento?

Enrique.

¡Ay infelice de mí! *ap.*
¿cómo á nadie he de hacer dueño
de mi afrenta? ¡O vil hermana!

Leonor.

¿No respondes?

Enrique.

Solo tengo
que decirte, que es verdad,
que una muger (yo no acierto *ap.*
con la voz) seguí, y busqué,

mas para tan otro efecto,
que amarla......

Leonor.

¿Que era á no amarla?
Sin duda que te dió zelos.

Enrique.

Zelos fueron, pero de otra
especie.

Leonor.

¡Ah ingrato! ¿qué es esto?
voy buscando lás verdades,
y responden los misterios;
¿quien era?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Por qué
la buscabas?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿A efecto
de qué cuidado?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Era ofensa, ó era empleo?

Enrique.

No sé.

Leonor.

Pues si nada sabes,
¿quién lo ha de decir?

Enrique.

El tiempo.

Leonor.

Oráculo es perezoso,
y así, antes que corra el velo
á ese enigma, lo que callas
has de decir, porque luego
llega tarde.

Enrique.

¿Por qué?

Leonor.

Porque
hoy me pierdes, y te pierdo.

Enrique.

Pues, Leonor, mi bien, mi gloria,
mi amor, mi hechizo, mi cielo,
creeme sin que lo diga;
porque soy etna tan nuevo
de pesares, de congojas,
que al reves del Mongibelo,
si el muere por rebentar,
yo por no exalar rebiento:
jamás te ofendí.

Leonor.

Es mentira.
No hay confianza en un pecho,
que de quien ama no fia.

Enrique.

Pues con tal cruel tormento
callo, y me dejo matar;
no puedo hablar, que no puedo.

Leonor.

Pues yo puedo conocer,
que ha sido en tí fingimiento
tu amor, tu fe, tu lealtad;
con oirte he satisfecho
mi duda: á Dios, don Enrique.

Enrique.

¡Qué desdicha !

Leonor.

¡ Qué despecho !

Martin.

A Dios Juana.

Juana.

¿ Te despides ?

Martin.

¿No ves que lloran aquellos ?
recibe en último culto
estos.....

Juana.

¿ Qué ?

Martin.

Mocos espesos,
de quien es mi inclinacion
mental reverente lienzo.

Juana.

¡ Ay que asco de lacayon !

Isabel.

Mi tio viene subiendo
la escalera.

Leonor.

Don Enrique,
idos.

Juana.

No puede sin verlo
los que suben.

Isabel

Esta cuadra
los esconda.

Enrique.

¿ En qué, mi dueño,
quedamos ?

*

Leonor.

En que si atiendes

verás......

Enrique.

¿ Qué ?

Leonor.

Como me vengo,

y la ruina, que en los dos

ha causado tu silencio.

ESCENA XVII.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Pedro, don Sancho, don Lorenzo y Esparaban; don Enrique y Martin escondidos.

Pedro.

Estas mi hija, y mi sobrina

son, señor don Sancho.

Sancho.

Centro

de perfecciones dirás.

Lorenzo.

¿ Adónde está el medio cuerpo

de mi novia ?

Esparaban.

¿ Estás en tí ?

Lorenzo.

¿ Qué me gobiernas, camueso ?

Leonor.

Vengais muy en feliz hora,

señor don Sancho.

Isabel.

A tenernos

por muy vuestras.

Sancho.

¡Cuántas honras
á un solo instante le debo!

Lorenzo.

¿Padre, llego yo?

Sancho.

Si, hijo;
pero muéstrate muy cuerdo,
y muy fiel.

Lorenzo.

¿Fiel? Pues embisto:
señoras, si para veros,
siendo preciso el miraros,
es lo propio, que lo mesmo,
alabado sea el
Santísimo Sacramento.

Isabel.

¡Qué necedad!

Leonor.

¡Ay de mí!

Sancho

¡Bárbaro, bruto, qué has hecho?

Lorenzo.

Si dice usted que me muestre
fiel, como he de parecerlo
sin decir el Alabado?
Ahora diré el Padre nuestro.

Sancho.

No, que mejor es que calles. (1)

Enrique.

¿Lo oyes, Martin?

Martin.

Yo no atiendo

---

(1) *Hablan aparte don Sancho y don Pedro.*

sino es á lo que me importa.
¿ No vés como le hace gestos
Juana al fantasmon?

Esparuban.

Responda.

Juana.

Callandito ha de ser esto.

Pedro.

Si esa dspendencia os trae
aquí, los papeles tengo,
de que podeis informaros.

Sancho.

Venid al despacho, entremos.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Pedro y don Sancho.

Lorenzo.

¿ Ya que hemos quedado solos
noviezuela, qué os parezco?
¿ Soy cosa?

Leonor.

¿ Qué me quereis
decir?

Lorenzo.

Lo que tenemos.
Mas ya sé, que no sabreis,
que venimos solo á veros
mi padre, y yo, porque está
entre los dos el secreto,
y si otro no os lo digere,
por mí seguro está el cuento;
mas eso aparte sabed,
que yo, hija mia, á lo menos
tengo piernas.

Isabel.

¡Ay Leonor!
¡qué necísimo es tu dueño!

Leonor.

¿Y que las tengais, qué importa?

Lorenzo.

Dios me entiende, y yo me entiendo.
¿Pensais que ya no os he visto?
Pero estoy pasmado de ello,
porque apenas habrá un hora,
que ós ví de unos ocho dedos
de altura, y habeis crecido
en tan poquísimo tiempo
mas de dos varas. ¿Dos varas?
bobas. ¡Ah, veamos si miento.

Leonor.

¿Qué haceis? *Va á mirarla.*

Lorenzo.

Os quiero medir.

Enrique.

Ya me falta el sufrimiento.

Isabel.

Mirad.....

Leonor.

Sois un ignorante,
un atrevido, un grosero,
un.....

Lorenzo.

¡Ay, padre, que me riñe!
vente, Esparaban; ¡qué miedo!
Que me pega esta muger.

ESCENA XIX.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.

Martin, salgamos de presto.

Isabel.

¿Donde vas?

Enrique.

A dar lugar
á que se logre un empleo
tan feliz, por esa ingrata....

Leonor.

Tú lo quieres.

Enrique.

¿Yo lo quiero?

Leonor.

¿Quién lo duda?

Enrique.

¿Cómo, aleve?

Leonor.

Traidor, no satisfaciendo
mis dudas.

Enrique.

¿Y á una sospecha
no la castiga un desprecio?
¿es forzoso un precipicio?

Leonor.

Con eso estarás mas cierto
de que me casa la ira,
no el amor.

Dentro don Felix.

Un caballero,
que es don Sancho de Maqueda....

Isabel.

Que viene gente, escondeos. (1)

Felix.

¿Está aquí.?

Juana.

Aqui está.

Felix.

Decidle,
que le espera aqui un sujeto.

Juana.

Está bien.

Leonor.

Echa la llave
á esa puerta, no otro estremo
salir haga á don Enrique.

Juana.

Ya está segurito y bueno. (2)

ESCENA XX.

Dichos, don Felix y doña Inés.

Inés.

Señora, en el tocador
te dejastes este lienzo.

Leonor.

Damele, y dile á aquel hombre,
Dorotea, que este puesto
no es para esperar á nadie:
que salga al recibimiento,
ó que espere en la escalera.

Inés.

Hados, ya á servir empiezo. *ap.*

---

(1) *Se esconden don Enrique y Martin.*

(2) *Vase cerrando la puerta donde están los dos.*

Caballero... ¿Mas qué miro?

Felix.

Señora... ¡Pero que veo!

Inés.

¿Es ilusion?

Felix.

¿Es fantasma?

Inés.

¿Felix?

Felix.

¿Inés?

Inés.

No podemos
hablar: Leonor, mi señora...

Felix.

¡Mi señora! ¿Pues qué es esto?
? Quien lo es de mi corazon
llama á otra señora?

Inés.

El cielo
lo quiere asi, que espereis
abajo me ordena.

Felix.

Harélo
con gran gusto, pues no pudo
lograr mi amante deseo
diligencia mas feliz,
que saber donde es el centro
de la que me trae.

Inés.

A Dios,
que detenerme no puedo.

ESCENA XXI.

Dichos menos don Felix.

Leonor.

¿Qué te decia ese hombre?

Inés.

Cortesanías.

Leonor.

Y advierto
tu rostro alegre.

Inés.

Me has dado,
señora, un grande contento
con eso que me mandaste.

Leonor.

¿Cómo? (1)

Inés.

Como considero,
que ya empiezo á ser tu esclava. *Vase.*

Leonor.

Véte: ¿que gólpes son estos?

Isabel.

Loco está, Leonor, Enrique.

Leonor.

Abre, que él quiere perdernos.

Sale Enrique.

Vive Dios; que he de mirar
toda la casa.

Leonor.

¿Qué esceso
es este?

---

(1) *Dá golpes don Enrique, y luego abren.*

Enrique.

¡Ay de mí infeliz!
es una rábia, un despecho,
un basilisco, un volcan,
una furia, un mongibelo.

Leonor.

¿Pues qué has visto?

Enrique.

Una fantasma,
una sombra, un devaneo
de quien causa mis desdichas:
que aunque de la llave el hueco
me la ofreció mal distinta,
basta juzgar...

Leonor.

Tú te has vuelto
el juicio.

Martin.

Está endemoniado.

Leonor.

Ténle tú, mientras yo veo
si salen. ¡Ah Dorotea!

Inés.

Señora.

Leonor.

Pasa corriendo;
cierra la puerta á esa sala.

Inés.

¡Ay señora, que no puedo! (1)

Leonor.

¿Por qué?

Inés.

Porque ese hombre, ¡ay triste!

---

(1) *Ve á dan Enrique y se asusta.*

que está hay es de quien huyendo
vivo, y quen de mí zeloso,
(decoro, disimulemos) *ap.*
me sigue para matarme;
y no hay duda; que á ese efecto
me busca en tu casa.

Leonor.

¿ Pues
le debes algo ?

Inés.

Le tengo
y me tiene obligaciones
tales... pero yo no acierto
de temor á hablar A Dios;
que aun en mi sombra tropiezo.

ESCENA XXII.

Dichos, menos Inés.

Leonor,

¡ Válgame Dios ! Ya está todo
este enigma descubierto:
esta es la dama, no hay duda
de este traidor: ¿ á qué espero?

Dentro don Sancho.

Ya oí.

Leonor.

Advertid que salen.

Enrique.

¡ O pesie á mí !

Martin

parecemos
lanzaderas. (1)

---

(1) *Vuelven á esconderse.*

ESCENA XXIII.

Dichos, don Sancho, don Pedro, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.
Que me estan
esperando.
Pedro.
No os deseo
hacer mala obra.
Lorenzo.
¡Ay, padre,
que de solo verla tiemblo!
¿Y si me caso y me azota?
Esparaban.
No es el marido primero
á quien le sucede.
Pedro.
Hija,
ya se van, dame un consuelo:
¿qué te ha parecido?
Leonor.
Padre,
obedecerte resuelvo.
Pedro.
No esperaba yo otra cosa
de tí.
Isabel.
Albricias, pensamiento. *ap.*
Sancho.
Señoras, á Dios.
Leonor.
Señor,
vuestra soy.

Isabel.

Guardeos el cielo.

Lorenzo.

Oye ella, déjese estar,
que en casándonos, veremos
quien puede mas á moquetes.

Isabel.

¡Qué cortesano!

Juana.

¡Qué atento!

Esparaban.

Agur.

Sancho.

Todos somos unos;
no hay que andar en cumplimiento.

ESCENA XXIV.

Doña Isabel, doña Leonor, Don Enrique y Martin.

Leonor.

Ea, señor don Enrique,
id con Dios, que ya yo quedo
de todo enterada.

Enrique.

¿Cómo?

Leonor.

Como sé quien es objeto
de vuestro amor.

Enrique.

Oye, espera.

Leonor.

Si haré, por deciros esto:
quedaos á Dios para siempre. *Vase.*

Enrique.

¡Ah mal haya mi tremendo

destino!

Isabel.

A Dios don Enrique;
mas para siempre atenderos,
y estimaros. *Vase.*

Enrique.

¡Ay de mí!
de qué me sirve...

Martin.

¿Qué hacemos?
vamos.

Enrique.

Si Leonor perdida,
todo de una vez lo pierdo.
Pero hasta inquirir si fue
sombra, vanidad ó sueño,
lo que vi, honor, y amor dadme
paciencia, ó matadme presto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Sancho, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.
¡Cuanto me alegro, hijo mio,
de oirte hablar de esa suerte!
Lorenzo.
Padre, yo la quiero mucho;
bien sé que soy un zoquete,
y en la lengua que la hablo
la pudro, pero me entiende.
Esparaban.
A cualquiera que te trata
eso mismo le sucede.
Lorenzo.
Ella, en cuanto á la comida,
me hinche hasta tente bonete,
me deja dormir diez horas;
y aunque ella dice, que suele
guardarme el sueño, no sé
en que escritorio le mete,
que yo, sin quererle hurtar,
le pillo, y aun el que tiene
para sí; yo ambos los ronco,
mientras ella sutilmente
en el monte de la caspa
me anda buscando las liendres.

Sancho.

Es honesta, es virtuosa,
y es mas de lo que mereces
Leonor; el saber servirla,
es lo que mas te conviene;
y puesto que en una casa
vivimos, como parientes,
amantes y bien unidos,
solo falta.... Pero vete
allá fuera, Esparaban.

Esparaban.

Voyme á ver si hablar pudiese
con Juanilla, de quien tengo
el cariño medio en cierne.

ESCENA II.

Dichos, menos Esparaban.

Sancho.

¿Dime, Lorenzo, qué fue
lo de á noche?

Lorenzo.

Que al quererme
entrar en casa, encontré,
con espadas y broqueles,
dos fantasmas á la puerta.

Sancho.

¿Y de eso, qué juicio puedes
hacer?

Lorenzo.

Padre, usté está chocho:
¿qué juicio quereis que hiciese,
que no fuese hacer locura,
mas que juicio?

Sancho.

Eres prudente:
mugeres mozas en casa
hay, y dos mil accidentes,
sin eso, tener pudieron
á nuestra puerta esa gente;
no juzgues.....

Lorenzo.

¿Qué he de juzgar?

Sancho.

Es, que es bien que se recele
quien tiene muger, y honor.

Lorenzo.

Dígole á usted, que usted tiene
mas malicias, padre mio,
que los niños inocentes.
¡Jesus! usted me abre ahora
los ojos á que yo piense
desatinos, con que usted
lo que es casual, lo hace adrede.
¿Diga, viejo de mi vida,
las mugeres propias pueden
querer á otro, que á su esposo?

Sancho.

No, porque su punto pierden,
y el respeto á Dios.

Lorenzo.

No es nada:
¿y si usté un hijo tuviese,
le trocára por el hijo
del vecino, que está enfrente?

Sancho.

Tampoco.

Lorenzo.

Pues si me dice,

mi paloma cien mil veces,
que soy su hijo, y su honor
aventura si me pierde;
¿cómo es facil, que hijo, y honra
por otras cosas las trueque?
Ande, señor, que aunque tonto,
no soy tan impertinente
como usted.

Sancho.

Tienes razon:
pídote, que te conserves
en esa opinion: á Dios.

Lorenzo.

A Dios; pero allá se lleve
este consejo......

Sancho.

¿Cuál es?

Lorenzo.

No despertar á quien duerme.

Sancho.

Discreto te vas haciendo;
mas no tanto, que no llegues
á ignorar, que otro dilema
está lidiando con ese;
pues el que es interesado
en lo que le toca, debe
enseñar al que no sabe.

ESCENA III.

Don Lorenzo.

¡Hay demonio de vejete!
¡que por último el ser suegro,
le ha de convertir en sierpe!
Yo apuesto, que mas de cuatro

pasan inocentemente
por cosas, que no son cosas,
hasta que hay quien las aceche,
y aquellos las dán lo malo,
que ellas por sí no se tienen;
que yo, por Leonor......

ESCENA IV.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Me alegro,
que de mi nombre te acuerdes.

Lorenzo.

¿Cuando me olvido yo de él?

Leonor.

Ya yo sé lo que te debe
mi amor.

Lorenzo.

El se lo sabrá,
que yo no sé cuanto fuese
lo que hasta ahora le he prestado,
qué es lo que podrá deberme.
Pero en conclusion, bobilla,
díme una verdad, si quieres.

Leonor.

Si haré.

Lorenzo.

¿Tu prima Isabel,
Dorotea, ó Juana, tienen
algunos atisbadores?

Leonor.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
toda es gente honrada en casa,

Lorenzo.

Y mi capa no parece;
¿no es eso?

Leonor.

¿Por qué lo dices?

Lorenzo.

Hija, ya yo empiezo á hacerme
malicioso.

Leonor.

No hagas tal,
que eso es ser necio dos veces.

Lorenzo.

Si mi padre me lo enseña,
y ello tan facil se aprende;
¿que he de hacer? En fin, dos hombres
ví á noche de perendengues
de los postes de la puerta.

Leonor.

Estarian por accidente
aguardando alguien.

Lorenzo.

El alguien
es el diablo que los lleve.
Tú, pues no habrás menester
que á maliciosa te enseñen,
procura saber si hay algo,
que toque á nuestras paredes,
y verás como las pongo
á todas como un rebenque.

Leonor.

Si haré; yo te informaré,
si algo descubrir pudiere.

Lorenzo.

En esto quedamos, hija;
y yo me voy á traerte

una..... ¡ válgame Dios!..... una....

Leonor.

¿Qué es?

Lorenzo.

Una ;..... Dios me lo acuerde:
Marta con sus pollos, Marta.

Leonor.

Estufilla será

Lorenzo.

Tienes
razon, así la llamaron,
una escudilla de pieles:
¡ verás qué hermosa! ya vuelvo.

ESCENA V.

Doña Leonor.

Déjame, nó me atormentes,
pensamiento, ¿qué te importa,
que Enrique rondando vele
la beldad de Dorotea?
si ya tú no has de tenerle
mas que por un enemigo,
tan conforme con su suerte,
como disgustada, puesto,
que aunque necio, aunque imprudente
tu esposo, es al fin tu esposo;
y esto baste, á que ni aun quede
memoria en tí, de que pudo
hacer quien te mereciese
inclinacion, que los zelos
en odio, y rencor convierten,
cuando......

ESCENA VI.

Doña Leonor, doña Inés y doña Isabel.

Inés.

¿Señora, tan sola?

Isabel.

Prima; no hay quien logre verte.

Leonor.

Quien está con sus pesares,
acompañada está siempre,
y plugiese á Dios no fueran
los que otras darla pretenden.

Isabel.

Pues quien, Leonor......

Inés.

¿Quién, señora?....

Isabel.

¿Es causa de que te quejes?

Inés.

¿Puede darte á tí disgustos?

Leonor.

Quien atrevida, y aleve,
tiene galan que la ronde,
y amante que la festeje,
para que al entrar en casa
mi esposo, sombras encuentre,
que le impidan, y aun le avisen.

Isabel.

Yo.... cuando.... si....

Leonor.

¿Tú enmudeces?

Inés.

¡infeliz! *Llora.*

Leonor.

¿lloras? No sé

en cual de las dos sospeche,
viendo nacer de una causa
estremos tan diferentes?

Isabel.

No es mucho ¡ay de mí! turbarme: *ap.*
bien que hay pasion que me fuerce
al engaño; con que logro
contrastar las esquiveces
de Enrique, pues le persuado
con recados, y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle así
suspenso, mientras hacerle
mio consigo.

Leonor.

¿No hablas?

Isabel.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte, ya tú sabes,
que jamas hubo quien ferie
sus desvelos á quien no es.
beldad tan sobresaliente
como tú: quien ha logrado
que todos amarla lleguen,
eres tú: si aun todavia
hay quien intentar se arriesgue
temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes
á tí misma preguntarte,
y á tí propia responderte.

ESCENA VII.

Dichas, menos doña Isabel.

Leonor.

¡Viven los cielos, villana!......

Inés.

No, señora, no te empeñes
en culpar á quien es fuerza
qué esté de todo inocente.

Leonor.

¿Inocente? ¿Cómo?

Inés.

Como
todo lo que sucediera
de desdichas, de pesares, *llora.*
de sustos, de inconvenientes
en tu casa, estando en ella
yo, por mí sola acontecen.

Leonor.

Pues fiate, Dorotea,
de mí, si amante tuvieres,
que te merezca: ¡qué enfado! *ap.*
¿Mas de qué pueda tenerle
qué se me dá á mí? Para eso
remedio hay, no te avergüences.

Inés.

Si señora, amante tengo,
que me sirve, y me pretende.

Leonor.

¡Ah injusto Enrique, qué bien *ap.*
hice yo en satisfacerme!

Inés.

Pero no es ese mi mal.

Leonor.

¿Pues cuál es?

en cual de las dos sospeche,
viendo nacer de una causa
estremos tan diferentes?

Isabel.

No es mucho ¡ay de mí! turbarme: *ap.*
bien que hay pasion que me fuerce
al engaño; con que logro
contrestar las esquiveces
de Enrique, pues le persuado
con recados, y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle así
suspenso, mientras hacerle
mio consigo.

Leonor.

¿No hablas?

Isabel.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte, ya tú sabes,
que jamas hubo quien ferie
sus desvelos á quien no es
beldad tan sobresaliente
como tú: quien ha logrado
que todos amarla lleguen,
eres tú: si aun todavia
hay quien intentar se arriesgue
temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes
á tí misma preguntarte,
y á tí propia responderte.

Inés.

¡A Dios pluguiese
no fuera asi! Leonor bella;
la que aun tus pies no merece;
es doña Inés de Guevara,
á quien sus hados crueles
pusieron...

Leonor.

¡Ay desengaño *ap.*
á que mal tiempo que vienes?
Y pues ya no hay en mi pecho
lugar; bien puedes volverte.

Inés.

En el estado que ves.....

Leonor.

No és mucho que enmudeciese, *ap.*
por no declarar su injuria.
Yo me arrojé facilmente:
hice mal, pero hice bien,
que aun no es lícito el ponerme
á disputar lo que ha sido,
siendo lo que es.

Inés.

¿Te diviertes
por no oirme?

Leonor.

No, Inés mia;
una fantasma aparente,
que acudió á mi pensamiento,
ya el aire la desvanece,
y yo haré porque no vuelva;
dime cuanto tú quisieres.

Inés

Diré, que en Madrid estaba,
y Enrique en Milan; que ausente

mi hermano, á don Felix ví;
que sin saber que viniese
de la campaña, una noche
entró don Felix á verme
desde un patio, hasta un balcon,
donde le escuché otras veces.
Que entró mi hermano embozado:
que al oirnos, acomete
á don Felix, que le sigue,
sin lograr reconocerle.
Que yo asustada y sin tino,
informada de que fuese
mi hermano, por sus criados,:
salí á la calle, y entréme
en casa de Fabio; que es
antiguo correspondiente
de tu padre; y quien me embia
á que su piedad me alvergue.
Esta es mi historia contada,
Leonor, tan sucintamente;
porque mientras menos tiempo
dure, menos me avergüence,
á vista de quien es fuerza,
que mal una accion le suene
tan....

Leonor.

No páses adelante;
¿pues soy yo de las mugeres,
á quien espanten del mundo
los estraños accidentes?
Antes me dá tu tragedia
medio, de que me consuele.

Inés.

¿Cómo?

Leonor.

Yo lo sé. Bien digo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor, mi honor, á Enrique,
para que se desempeñe
el afecto que le tuve,
es bien que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber
quien es aquese don Felix;
te he de ayudar en tu amor;
he de hablarle, y he de hacerle,
que casándose contigo,
todo el caso se remedie.

Inés.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribieses
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanza se truequen
las tormentas de mi vida.

Leonor.

Mira, no sé yo que hacerme:
yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro, que oyendo á Leonor se detiene al paño.

Pedro.

¿Yo le escribiera á ase amante,
que hablar conmigo viniese?

Leonor.

Pero entre tantos testigos,

y tantos inconvenientes
como hay en casa...

Pedro.

¡Qué escucho!

Leonor.

No he de poder resolverme,
que tengo honor.

Pedro.

¡Ah hija vil!
Si tal haces no lo tienes.

Leonor.

Y mas... A mi padre he visto,
disimulemos.

Pedro.

¡O aleve!
No piensa bien quien hacer
públicos sus juicios teme.
¡Es posible que esto escucho!
¡En Leonor pudo otra especie
quedar despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿Mas qué estraño,
cuándo fui tan imprudente,
que casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué?

Leonor.

¡Qué enagenado
va!

Inés.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que sin que nos advirtiese
pasa á su cuarto.

Leonor.

Yo lo sé. Bien digo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor, mi honor, á Enrique,
para que se desempeñe
el afecto que le tuve,
es bien que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber
quien es aquese don Felix;
te he de ayudar en tu amor;
he de hablarle, y he de hacerle,
que casándose contigo,
todo el caso se remedie.

Inés.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribieses
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanza se truequen
las tormentas de mi vida.

Leonor.

Mira, no sé yo que hacerme:
yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro, que oyendo á Leonor se detiene al paño.

Pedro.

¿Yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese?

Leonor.

o entre tantos testigos,

y tantos inconvenientes
como hay en casa...

Pedro.

¡Qué escucho!

Leonor.

No he de poder resolverme,
que tengo honor.

Pedro.

¡Ah hija vil!
Si tal haces no lo tienes.

Leonor.

Y mas... A mi padre he visto,
disimulemos.

Pedro.

¡O aleve!
No piensa bien quien hacer
públicos sus juicios teme.
¡Es posible que esto escucho!
!En Leonor pudo otra especie
quedar despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿Mas qué estraño,
cuándo fui tan imprudente,
què casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué?

Leonor.

¡Qué enagenado
va!

Inés.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que sin que nos advirtiese
pasa á su cuarto.

Inés.

¿Señor?

voy á ver lo que me quiere
tu padre: vuelvo.

ESCENA X.

Doña Leonor y don Lorenzo al paño con la estufilla haciendo cocos.

Lorenzo

Escelente
escudilla de pellejo
la traigo; pero no huele,
aunque me dijeron que era
cebollina.

Leonor.

Como lleven
el billete con cuidado,
no conociendo don Felix
mi letra...

Lorenzo.

Tengo de entrar
haciendo con ella un dengue;
coco.

Leonor.

¿Qué importa que la haga
este gusto?

Lorenzo.

No me entiende:
coco.

Dentro don Pedro.

¿Leonor?

Leonor.

¡Ay de mí!

No es bien que el papel me deje
adonde está.

Sale don Lorenzo.

La escudilla
bien cerca de tí la tienes,
adivina, adivinajo.

Leonor.

Aparte.

Lorenzo.

¿Qué buscas?

Leonor.

¡Puede *ap.*
haber desgracia mayor!

Lorenzo.

¿Qué andas tentando papeles?

Leonor.

Són unas coplas de un tono,
que ahora acaban de traerme.

Lorenzo.

¿Son unas de Valdovinos,
que las mas noches me lee?
¿Esparaban, para estar
compungido cuando rece?
yo las tengo.

ESCENA XI.

Dichos é Inés

Inés.

Mi señor
te está aguardando impaciente.

Leonor.

Oyes, pues aquel papel
se queda en ese bufete,
coje cuantos hay en él,

y rásgalos, no le lleguen
á leer.

ESCENA XII.

Lorenzo é Inés.

Lorenzo.

Leonor, Leonor,
toma, que te traigo... Fuese.
Pues maldita sea mi alma,
si la escudilla la diere.

Inés.

A bien que entre estos está.

Lorenzo.

¿Oyes, qué corage es ese?
¿qué hacen los papeles, para
que así con ellos te emperres?

Inés.

¿Y qué importa que los rasgue?

Lorenzo.

¿Pues diga, tan facilmente
se ganan tres cuartos para
un cuadernillo?

Inés.

Yo.....

Lorenzo.

Pesie
al alma que lo crió,
así la procesion crece
de la cuenta, y no hay Rosario,
que alcance con quince dieces.

Inés.

Perdonad.

ESCENA XIII.

Don Lorenzo.

¿Qué la perdone?
para que yo me condene.
Bien se ve que no ha tomado
la cuenta del gasto un viernes.
Válgate el diablo las coplas,
en qué cuidado las mete,
que aun trayéndole á Leonor
un regalo tan solemne,
no hace caso : ¿ si estarán
por aquí ? Pero pardieces,
que dí con ellas : caidas
estaban adredemente
detras de la mesa : á bien,
que á deletrear pocos pueden
apostarme : irélas yo
mascando despacio : ese,
y, si, efe, y, fi, de, ó, ese, dos,
fideos. Gran tono es este,
como azucar, y canela
por estrivillo se le eche.
Pe, ó, ere, por, que, e, re, i, ria,
porquería. El tono miente :
¿fideos son porquería,
y mas cocidos con leche?
se engaña quien tal presume.
¡ Válgame Dios lo que puede
un buen discurso! Ya he dado
en lo que es, ó que me tuesten :
como estas son tan golosas,
este es algun ingrediente
de golosina, que á solas

hacer á mi costa emprenden,
y no dármele á probar?
Pues al primero que encuentre
he de hacer que me le lea.
¿Merenditas ¡ah insolentes!
sin mí? Pues aquesta tarde,
yo solo, porque me vengue,
sin darlas una migaja,
me he de atestar de pasteles.

ESCENA XIV.

Decoracion de Calle.

Don Enrique, don Felix y Martin.

Felix.

¿Aquí siempre os he de hallar?

Enrique.

Donde os consigo traer,
segun decís, un placer,
me conduce á mí un pesar.

Felix.

Ya que haberos conocido
la casualidad lo ha dado
de sí, pues vuestro cuidado,
á mi intento parecido,
á una calle con un fin
(cautela disimulemos) *ap.*
venimos, aunque nos vemos,
yo con venturas, y sin
dichas vos, y tan distantes
en los objetos amados,
basta ser nuestros cuidados
en lo demas semejantes;
para ayudaros en todo,

no tengais de mí embarazo.

Martin.

El hombre es fiero pelmazo.

Enrique.

Son mis pesares de modo,
don Felix, que aun yo quisiera,
que el pecho los ignorára,
porque una empresa tan rara
en un hombre no se viera
estrenar; como querer
ver lo que le ha de matar,
y á otro semblante buscar
lo que es fuerza aborrecer:
tan ciega complicacion
á nadie ha de ser fiada.

Felix.

Dices bien. ¡O que engañada *ap.*
vive su imaginacion!
Pues viendo que don Enrique
no me conoce, intenté
la introduccion que logré,
para que á cuanto se aplique
contra doña Inés su ardor
vengativo, le embarace
mi advertencia. Pues no hace
compañía en un amor,
quien en él no puede hablar;
quedad con Dios, y sabed,
que haciéndome vos merced,
tengo de solicitar
ocasion, si es que los dias
lo vencen todo, y el cielo,...

Enrique.

¿De qué?

Felix.

De que hallen consuelo
vuestras ansias, y las mias.

Enrique.

¿Pues si distantes los dos
caminàmos, como puede
ser eso?

Felix.

A un tiempo sucede
otro tiempo: á Dios.

ESCENA XV.

Don Enrique y Martin.

Enrique.

Á Dios.
¡Ay, Martin, quién me digera,
que yo esta calle pisára,
y que Leonor se casára;
y yo su casa no huyera!
En fin ¡ay dolor profundo!
que donde me trajo amor,
me traiga pesar, y honor.

Martin.

Potages son de este mundo.

Enrique.

¿Si lo que ví fue verdad?

Martin.

Yo que fue mentira infiero.

Enrique.

¿Por qué?

Martin.

Tan corto agujero
no tiene capacidad
para saber distinguir.

Enrique.

Bien dices, de mi dolor
la sombra abultó mi error.

Martin.

Pues no nos deja dormir,
ni comer, no hay que dudar,
que es espantajo.

Enrique.

¿Es posible,
que un necio tan insufrible
pueda Leonor tolerar?
Sí bien, que me dá Isabel
esperanza de vencella:
señal de que aun dura en ella
aquel ¡ay cielos! aquel
aprecio que la debí;
mas soy tan amante yo,
que siendo contra ella, no
quiero alivios para mí.
Consolado viviré
con que sin suposicion,
merezca en su corazon
algun lugar.

ESCENA XVI.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

Ya la hallé.
Con este quiero pegar,
que en lo malcarado, y tieso,
tiene cara de proceso.

Enrique.

No me deja sosegar
mi pena.

Lorenzo.

¿Chis, ah señor?

Martin.

No me mates.

Enrique.

Estoy ciego.

Lorenzo.

Mas que he dado con un lego,
yendo á buscar á un lector.
Chis.

Enrique.

¡Qué estrella tan fatal!

Lorenzo.

Chi, y treinta veces chi.

Enrique.

¿Es á mí?

Lorenzo.

No, sino á mí:
¡vióse mayor animal! *ap.*
¿Sabeis leer?

Martin.

Este es él.

Enrique.

Ya sé leer bastantemente.

Lorenzo.

Pues si leis facilmente,
leedme en este cartel;
ahi vereis como le va
á mi hecienda, aunque es donosa,
con una muger golosa.

Enrique.

Dadme.

Lorenzo.

No; acercaos acá.

Enrique.

¡Cielos, qué miro! *ap.*

Lorenzo.

Fatales *ap.*

gestos.

Enrique.

Letra es de Leonor. *ap.*

Lorenzo.

¿Mas que quiere coliflor, *ap.*
y está la libra á dos reales?

Enrique.

Lee. *Señor don Felix, porque* *ap.*
vuestra pasion vea, cuanto
debe á mi afecto .... ¡qué espanto!

Lorenzo.

¡Vivo Cristo que acerté! *ap.*

Enrique.

Lee. *Hoy nos dá ocasion la suerte* *ap.*
de poder vernos.

Lorenzo.

¿Cochinos?
Aun si quisiera pepinos.

Enrique.

Penas, ya he visto mi muerte. *ap.*

Lorenzo.

¿No dices lo que propone
esta receta?

Enrique.

¡Ah cruel! *ap.*
¿á tu amor, y honor infiel?

Lorenzo.

¡Oigan la cara que pone! *ap.*

Enrique.

¿Sabeis, don Lorenzo, acaso
lo que este papel declara?

Lorenzo.

A saber leer, no buscára
yo á vos.

Enrique.

¿Qué haré? ¡fuerte caso! *ap.*
si se le dejo, otro puede
declarársele, y la vida
de Leonor miro perdida.

Lorenzo.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Enrique.

Si se le intento quitár, *ap.*
es darle que presumir.

Lorenzo.

Leonor me quiere engullir *ap.*
mi hacienda á medio mascar.

ESCENA XVII.

Dichos y Juana tapada.

Enrique.

¿Qué haré? *ap.*

Juana.

Señor don Enrique;
una palabra.

Enrique.

Ya voy.

Juana.

Aquí esperandoos estoy.

Enrique.

Ya es fuerza que no publique *ap.*
este accidente.

Lorenzo.

Yo quedo
hecho un tonto.

Enrique.

Hoy buscaré *ap.*
á este infiel, hoy perderé
(pues que zeloso no puedo
disimular mi importuno
dolor) cuanto reprimí.
¡Cielos, no me quiera á mi,
pero no estime á ninguno!

ESCENA XVIII.

Lorenzo y Martin.

Lorenzo.

La muger se lo llevó:
ois, ¿sois vos su criado?

Martin.

Un póco.

Lorenzo.

¿Pues qué habrá hallado,
que tanto se sofocó
en este papel maldito,
vuestro amo?

Martin.

Zumbarle quiero. *ap.*
¿Qué quereis, siendo tan fiero
bodrio el que en él está escrito?

Lorenzo.

¿Pues qué pide en los asuntos
de estos renglones malvados?

Martin.

Pide munfuntos asados.

Lorenzo.

¡Munfuntos! ¿qué son munfuntos?

Martin

Fruta, que para que cueste,

viene desde Tetuan,
y la come el Preste Juan.

Lorenzo.

¿Habrá algun Juan que la preste?

Martin.

¿Qué es prestar? medio siquiera
seis doblones no pagáran.

Lorenzo

Pues dos munfuntos dejáran
difunta la faltriquera.

Martin.

De esto yo os doy testimonio,
lo demas no es mi disputa.

ESCENA XIX.

Don Lorenzo.

Lorenzo

¡Válgate el diablo la fruta
del Preste Juan, ó el demonio!
¿Munfuntos? ¡raro misterio!
Muger que quiere por puntos
merendarse unos difuntos,
se almorzará un cimenterio.
Mas no lo quiero creer;
estos me quieren zumbar,
y este lo ha de declarar,
si acaso sabe leer.

ESCENA XX.

Dichos y don Felix.

Felix.

De continua centinela
de don Enrique...

Lorenzo.

Allá voy.

Felix.

Siempre en esta calle estoy.

Lorenzo.

Si usted lee que se las pela,
lea este papel por Cristo.

Lee don Felix.

Cielos, yo soy venturoso. *ap.*

Lorenzo.

Este no está tan furioso. *ap.*

Felix.

¿Quién igual traza habrá visto? *ap.*
Sin duda pretende Inés
avisarme de este modo
de que...

Lorenzo.

¿Le leyó usted todo?

Felix.

Puedo ir á verla despues. *ap.*

Lorenzo.

¿Es algo eso de pedir?

Felix.

No es sino, amigo, de dar
gracias de un bien singular.

Lorenzo.

Esto es cosa de aturdir. *ap.*

Felix.

Hacer que él mismo me dé *ap.*
el aviso ¡ hay tal primor !

Lorenzo.

¿Qué dice el papel, señor?

Felix.

Eso es lo que yo no sé.

Lorenzo.

¿Pues cómo?

Felix.

Iré tras mí. *ap.*
ventura al gozo anhelado. *Vase.*

Lorenzo.

Este sin duda ha encontrado
el munfornto para sí;
pero maldito sea él,
ya que el papel ha leido,
¿porqué este hombre no ha querido
decir, qué dice el papel?

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y Esparaban.

Esparaban.

¿Señor?

Lorenzo.

Hijo Esparaban,
sacame de una quimera;
¿sabes deletrear siquiera?

Esparaban.

Tres años fui sacristan,
mira si sabré.

Lorenzo.

Pues dí;
¿qué dice aqui?

Esparaban.

Esto es muy malo;
letra es de tu esposa.

Lorenzo.

Palo:
¿y qué pide?

Esparaban.

Dice asi:
»Señor don Felix, porque
»vuestra pasion vea cuanto
»debe á mi afecto...

Lorenzo.

¿Es encanto?
Bellas voces de Minué.

Esparaban.

»Hoy la suerte ocasion dá
»de poder vernos.

Lorenzo.

Tonton,
(vá de disimulacion) *ap.*
¿burlas conmigo?

Esparaban.

Aqui está.

Lorenzo.

¿Qué ha de estar?

Esparaban.

Lo que te digo.

Lorenzo.

Lo que escribe mi muger,
¿á otro que á mí habia de ser?

Esparaban.

¿Por qué te enojas conmigo?

ESCENA XXII.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué es esto?

Lorenzo.

Ese borrachuelo,
embustero, que ha fraguado

un enredo. Yo he pensado, *ap.*
si es verdad lo que ya huelo,
que me está bien encubrillo..

Esparaban.

Soy un hombre muy de bien;
con otro hombre habla, y de quien
es la letra he de decillo:
es de mi ama; y vive Dios...

Lorenzo.

Que es un puro enredo todo,
que castigo de este modo. *Dale*

Esparaban.

¡Ay, ay!

ESCENA XXIII.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Para entre los dos,
¿qué es esto de hombre y de letra?

Lorenzo.

Un papel.

Sancho.

¿De Leonor?

Lorenzo.

Si.

Sancho.

¿A verle?

Lorenzo.

Ya lo rompí.

Sancho.

Pues algo en el se penetra,
Lorenzo, cuando un lacayo
puede con su necedad...

Lorenzo.
Señor, qué es toda maldad.

Sancho
El trueno avisa del rayo,
tú sabrás si acierto, (pues
que no lo será es mas cierto,) *ap.*
pero...

Lorenzo.
¡Por Dios que estoy muerto!

Sancho.
¡Ay de tu honor, si lo es!

ESCENA XXIV.

Don Lorenzo.

¡Ay de mi honor! ¿luego estriba
mi honor, en que obre bien ella?
¿pues está en mí el disparate
pará que esté en mí la enmienda?
¡Válgate el diablo el papel!
todas las tripas revueltas
me ha dejado. Ya aborrezco
á Leonor; ¿pero que señas
he visto yo, para que
papel y tinta no mientan:
y aun Mundo, Demonio y Carne?
¿sin oirla, echarla acuestas
el sentencion? Tá, que el diablo
es sutíl, engaña y tienta.
Yo he de gobernar el caso,
con toda cuanta imprudencia
cupiere; y pues es de noche,
y está mi casa tan cerca,
yo, y Leonor....

ESCENA XXV.

Don Lorenzo, don Enrique y Juana

Juana.

Entra conmigo,
y anda aprisa no te vean.

Enrique.

¡Ay Juana!

Lorenzo.

¿Qué es lo que miro?

Enrique.

Si yo á Leonor mereciera...

Lorenzo.

¿Leonor dijo?

Juana.

Entra, que apuesto,
que mi ama está hecha una perra
con lo que he tardado. *Vanse.*

Lorenzo.

¡Moscas!
esta ya es solfa, que suena
de otro modo; pero á bien,
que tengo franca la puerta:
tras ellos entro.

ESCENA XXVI.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Enrique, Juana, doña Isabel, y don Lorenzo que se esconde.

Isabel.

Un instante
tengo no mas, en que pueda

decirte...

Lorenzo.

Desde aqui puedo
escuchar sin que me sientan.

Isabel.

Cuan agradecida está
Leonor á tanta fineza
como os debe.

Enrique.

Isabel,
no me engañes, no me mientas.
¿Cómo me puede estimar,
quien papeles de su letra
envia á un don Felix, diciendo
que hay ocasion que le vea?

Lorenzo.

Primero, segundo, y yo
el sayo de la comedia;
¡buena está mi honra! si puede
ser cierto esto

ESCENA XXVII.

Dichos y doña Leonor.

Leonor.

Dorotea,
trae á esta pieza una luz.

Juana.

¡Ay desdichada!

Isabel.

Entra, entra
tras mi.

Enrique.

No, que he de ver,
á esta ingrata, y convencerla.

Isabel.

Que me pierdes, entra. (1)

Lorenzo.

Aun bien,
que por sus pisadas mesmas
he de seguir este enredo.

Leonor.

¿ No me oyen?

ESCENA XXVIII.

Doña Leonor y don Felix.

Felix.

La contingencia
de estar la puerta entornada,
no es posible que no sea
(si el aviso del papel
atiendo) hacer la desecha,
para que yo logre entrar.

Leonor.

En el centro de la tierra
deben de haberse metido:
yo voy: ¿ mas quien va?

Felix.

Inés bella,
don Felix soy.

Leonor.

¡ Cielos qué oigo!

Felix.

Yo soy, mi bien, el que esperas,
si el miedo atiendo, con que
consiguió tu sutileza
avisarme.

---

(1) *Entranse, y don Lorenzo tras ellos.*

Leonor.

Caballero,
no soy doña Inés; mas esta
ocasion tener estimo,
para que sepais, que ella
está en mi casa, y que soy
una muger, que se empeña
en su honor, y vuestro amor.

ESCENA XXIX.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Cómo tendran estas puertas
en el cuarto de don Pedro
con tal descuido? ¿Aun no hubiera
una luz?

Leonor.

Y así, señor
don Felix.....

Sancho.

¡Qué escucho, penas!
¿no es esta voz de Leonor?

Leonor.

Bien podeis vuestras finezas
proseguir.

Felix.

En vuestra mano
pongo, señora, mi estrella.

Sancho.

¡Hay mas terrible osadía!

Leonor.

Pues idos, con la advertencia,
de que á mi casa otra vez
no os arrojeis, porque en ella

tenemos muchos testigos.

Sancho.

Con uno basta, que venga
tanta injuria.

Leonor.

¡Ay de mí triste!

Sancho.

Hombre, cualquiera que seas,
que al decoro de esta casa
te atreves, de mi sangrienta
ira no te escaparás. *Riñen.*

Felix.

Engáñase el que sospecha
tal accion de mí.

Leonor.

Turbada,
solo elijo en mi defensa
mi fuga.

ESCENA XXX.

Don Sancho, don Felix y don Pedro.

Pedro.

¡Ruido de espadas,
y sin luces estas piezas:
¿quién vá?

Felix.

Quien á cuchilladas
abrirá el paso, que cierra
vuestro arrojo.

Sancho.

Mal podreis.

Pedro.

¿Cómo mi cuarto palestra
de armas? ¿Vos no conoceis

al que osado no respeta
mi casa......

Felix.

Dichoso he sido,
pues ya he encontrado la puerta.

ESCENA XXXI.

Don Pedro y don Sancho.

Pedro.

¿Quien es su dueño?

Sancho.

Don Pedro,
detenedle, que no pueda
escapar.

Pedro.

No pasará
nadie, que no le convierta
mi ardor en ceniza.

Sancho.

Eso es
lo mejor: muera.

Pedro.

Pues muera.

ESCENA XXXII.

Dichos, y doña Inés con luz.

Inés.

¿Quién ha de morir, señor?

Sancho.

Viva estatua soy de piedra.

Pedro.

¿Don Sancho, dónde está el hombre
con quien reñiais?

Sancho.

La misma
pregunta os iba yo á hacer.

Pedro.

Por Dios que es buena la flema.

Sancho.

Mejor es la vuestra, viendo
que se escapa.

Pedro.

La escalera
saltaré de un brinco, en alas
de mi cólera, aunque quiera
mi edad lo contrario.

Dentro don Lorenzo.

Así
se castigan insolencias.

Dentro don Enrique.

¡Válgame el cielo!

Dentro don Lorenzo.

A mí, y todo.

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel

¡Hay mas infeliz tragedia!

Los dos.

¿Qué es eso?

Isabel.

Acudid aprisa,
que don Lorenzo ¡qué pena!
habiendo encontrado un hombre
(claro está que ladron era)
en esa cuadra de adentro,
con él á estocadas cierra:

y él por no ser conocido,
eligiendo por defensa
un precipicio, se arroja
por el Balcon, y la mesma
accion hizo don Lorenzo;
y no es posible, ¡estoy muerta!
que no se hayan ambos hecho
pedazos.

Pedro.

¡Ah infames prendas!
¡ah mugeres! ¡desdichado
del que os tuviere á su cuenta!

Sancho.

Ayudadle, y socorredle:
vamos.

Pedro.

Vamos.

ESCENA XXXIV.

Don Sancho, don Pedro, y don Lorenzo embainando la espada.

Lorenzo.

¡Linda flema!
ya yo pudiera estar hecho
mazamorra, y jarcia vieja.

Pedro.

¿Pues qué es esto, don Lorenzo?

Lorenzo.

¿Y qué es esotro? ¿con esas
espadas ambos caducos?

Sancho.

Una osadía tan nueva.....

Pedro.

Un atrevimiento tal.....

pero el apurarlo es fuerza.
¿Leonor?

Lorenzo.

Quedo con Leonor.

Sancho.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Dorotea
no tiene aquí que hacer nada.

Pedro.

¿Cómo que no? ¿una sospecha,
tán contra mi punto, tengo
de disimular?

Lorenzo.

Con flema,
que quien debe aquí tener
el punto, aun hasta en las medias,
soy yo; y pues disimulo,
nadie en el cuento se meta.

Sancho.

Necio, y encontrar un hombre
yo (no hay que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando.....

Pedro.

¡Infeliz estrella!

Sancho.

¿Con tu esposa?

Lorenzo.

Puede ser
contingencia.

Pedro.

¿Contingencia?
vive Cristo he de matarla.

Lorenzo.

En sacando la despensa ;
y siendo vuestra muger.

Pedro.

Pues es mi hija.

Lorenzo.

Aunque sea ,
ya la disteis al marido ,
y siendo suya , no es vuestra.

Sancho.

Eres un necio , y no sabes ,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

Lorenzo.

¿ Y la tropelía ,
dígame usted , qué remedia ?

Sancho.

¿ Y tú Lorenzo , que viste ?

Lorenzo

Un hombre , que en casa se entra ,
que le sigo , y que se arroja
de un balcon , sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

Sancho.

¿ Y eso te deja
tan sosegado ?

Lorenzo

Señores ,
en mí no hay las esperiencias ,
ni el discurso, que en ustedes ;
pero yo en estas materias
hiciera la bobería.....

Los dos.

¿ De qué ?

Lorenzo.

De tener prudencia,
que puesto que están en casa
las que (si acaso es por ellas)
cometen este delito,
indústria, maña, cautela,
han de decir la verdad,
sin darlas lugar que mientan;
y yo siempre he de creer......

Los dos.

¿Qué?

Lorenzo.

Que mi muger es buena.

Sancho.

¿Quién os lo asegurá?

Lorenzo.

El ver,
que están las puertas abiertas,
y pues no escapa su bulto,
segura está su conciencia.

Pedro.

Siga la necedad tuya,
tu poco punto esa senda,
que yo haré lo que me toca.
¡Válgame Dios! si esto enreda
doña Inés; ¡qué bien me paga
el alvergue, y la asistencia! *Vase.*

Sancho.

Corrido estoy de mirar
cuán poco tu honor te empeña;
pero lo que á tí te falta,
sobra en mí. ¿Si es que viniera *ap.*
don Felix hasta Granada
por Leonor? si así me premia
mi amistad, bueno estoy yo. *Vase.*

Lorenzo.

Haga lo que le convenga
cada uno, como conmigo,
ni mi muger no se metan,
que el mas Bobo sabe mas
en su casa; y ya se empieza
á adelgazar mi calletre,
con que puede ser que vean,
que el Honor da entendimiento,
y hemos de ver el que acierta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Sancho y Esparaban.

Sancho.
No sabes, Esparaban,
con cuanta interior fatiga
te he estado esperando.
Esparaban.
A bien,
que de ella has salido aprisa.
Estos los papeles son,
que en el escritorio habia.
Sancho
Yo bien conozco la letra
de Leonor, y ya mi dicha
dió con lo que deseaba.
Toma, y con la traza misma
aquestos papeles vuelve
á su lugar.
Esparaban.
Por tu vida,
señor, que no se te escape,
que yo te dí la noticia
de donde el papel estaba,
y lo que en sí contenía;
que me pondrá mi señor
de vuelta, y media.

Sancho.

¡Que digas
tal! ¿pues era fácil eso?

Esparaban.

A mí solo me motiva
la lástima de saber,
como la gran bobería
de mi amo trata su honor.

ESCENA II.

Sancho.

Hasta en esta gente indigna
se estraña la ceguedad
torpe, la mal advertida
tolerancia de este necio,
ultrage de mi familia. *Mira el papel.*
¡Válgame el cielo, qué miro!
letra es suya, y muerte mia;
y si cotejo el papel
con lo que oí que decian,
cuando á Leonor y don Felix
escuché, uno confirma
lo otro; y tantas circunstancias
no pueden ser sin malicia.
Ahora bien, ya la sumaria
hecha en escrito, y de oidas
está, solo falta ver
si la confesion esplica
del reo el delito, para
que obre en razon la justicia:
y puesto que es tan temprano,
y solo Leonor vestida
está, en fuerza del desvelo
con que el temor la malquista

el sueño, hagamos lo mas
que podemos, que es oirla.
Leonor.

ESCENA III.

Don Sancho y doña Leonor.

Leonor.
¿Padre?
Sancho.
¿Cómo ahora
nombre de tanta caricia
me das, Leonor?
Leonor.
Como quien
tanto á su marido estima,
debe al padre de su esposo
duplicado amor, á vista
de que es pariente del alma,
y el padre lo es de la vida:
¿qué me mandas?
Sancho.
Que parezcas
lo que dices, y no finjas.
¿Quien era un hombre con quien
hablando estabas con finas
espresiones la otra noche
(que acaso al cuarto subia
de tu padre yo) en aquesta
propia pieza, á quien retiran
la luz?
Leonor.
Uno que se entró
casualmente.

Sancho.

Eso es mentira;
y para que no lo niegues,
dime: ¿cómo ya sabias,
que se llamaba don Felix?
pues asi tu alevosía
le nombró: saber su nombre,
y entrar acaso, ¿no implica?

Leonor.

No señor, que es consecuencia
la vuestra errada, é indigna;
porque como al propio tiempo
que entró en la cuadra, salia
yo preguntando quien era,
dió de su nombre noticia,
y asi lo supimos ambos
á un tiempo.

Sancho.

Estás convencida
por dos partes: la primera
es, porque sino sabias
quien era, lo natural
era, que del miedo herida,
juzgando fuese ladron,
convocases la familia
á voces, huyendo dél;
mas tan al contrario hacias,
que....

Leonor.

Le hablaba en un empeño
de otra muger, que se fia
de mí.

Sancho.

Leonor, ¿quien te ha hecho
agente de tus amigas?

Leonor.

La razon.

Sancho.

Una muger
sábia, honesta, y recogida,
no anda en tan ruines empleos.
Tú eres sola...

Leonor.

No lo digas;
mira que es mucha muger
la que ultrajas.

Sancho.

Y al que irritas
¿no es mejor que tú?

Leonor.

¿Mejor?
Mayor si, que soy tu hija,
¿pero mejor? A buen tiempo
revuelves genealogias.

Sancho.

Las obras dicen la sangre.
¿Y en qué no andará atrevida
quien (porque á la otra razon
pase, que lo otro confirma
de lo que niegas) escribe
con veneno, en vez de tinta,
este papel? *Muéstrasele.*

Leonor.

¡Ay de mi!

Sancho.

Tu letra es; ¿de qué te admiras?

Leonor.

No rompió Inés los papeles. *ap.*
¿Pues cómo ¡yo estoy perdida!
¡hay mayor desgracia cielos!

este billete vendría
á las manos de don Sancho?

Sancho.

¿Ves como cuanto fabricas
son suposiciones falsas?

Leonor.

Negar que la letra es mia
no puedo; pero la nota
no lo es, y eso califica
que hubo necedad, no culpa,
en que yo por otra escriba,
cuando....

Sancho.

¿Con tan poco miedo
confirmas una ignominia
semejante? vive Dios,
que de este acero á la ira,
infame muger, ...

ESCENA IV.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

¿Qué es esto?

Sancho.

Hacer lo que tú debias,
teniendo honra.

Lorenzo.

¿Cómo, como?
¿en mi casa alicantinas?
¿á mi muger amenazas?
Meta la daga en la cinta,
señor, que como está chocho,
parece que desvaría.

pero el aparrarlo es fuerza.
¿Leonor?

Lorenzo.

Quedo con Leonor.

Sancho.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Dorotea
no tiene aquí que hacer nada.

Pedro.

¿Cómo que no? ¿una sospecha,
tán contra mi punto, tengo
de disimular?

Lorenzo.

Con flema,
que quien debe aquí tener
el punto, aun hasta en las medias,
soy yo; y pues disimulo,
nadie en el cuento se meta.

Sancho.

Necio, y encontrar un hombre
yo (no hay que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando.....

Pedro.

¡Infeliz estrella!

Sancho.

¿Con tu esposa?

Lorenzo.

Puede ser
contingencia.

Pedro.

¿Contingencia?
vive Cristo he de matarla.

Lorenzo.

En sacando la despensa,
y siendo vuestra muger.

Pedro.

Pues es mi hija.

Lorenzo.

Aunque sea,
ya la disteis al marido,
y siendo suya, no es vuestra.

Sancho.

Eres un necio, y no sabes,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

Lorenzo.

¿Y la tropelía,
dígame usted, qué remedia?

Sancho.

¿Y tú Lorenzo, que viste?

Lorenzo

Un hombre, que en casa se entra,
que le sigo, y que se arroja
de un balcon, sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

Sancho.

¿Y eso te deja
tan sosegado?

Lorenzo

Señores,
en mí no hay las esperiencias,
ni el discurso, que en ustedes;
pero yo en estas materias
hiciera la bobería.....

Los dos.

¿De qué?

Leonor.

Si tú, Lorenzo, me oyeras...

Lorenzo

Gastáramos la saliva
en valde; pues cuanto hay bueno
creo de tí, sin que lo digas.

Leonor.

Es que yo...

Lorenzo.

¿Qué es lo que intentas?

Leonor.

Disculparme.

Lorenzo.

Es bobería;
la verdadera disculpa,
y la que tú necesitas,
es, que yo no la pretenda,
pues que no hay para que sirva;
y asi, vive Dios ..

Sancho.

Ya en él
la locura resucita.

Lorenzo.

Que si sé que no te vas
al paseo, á las visitas,
y que no estas muy alegre,
me lo has de pagar: y mira,
que he de ver en tu semblante
lo que tu interior me esplica.

Leonor.

Como á mí nada me acusa,
verás tan obedecidas
tus órdenes, que ahora voy
á ordenar mil alegrias;
que estando tú satisfecho,

todo lo demas no implica.

ESCENA V.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Cuando en tí, ni entendimiento
hay, ni punto en tan no vista
maldad....

Lorenzo.

Hay en usté voces
que alborotan, y no avisan;
y hay....

Sancho.

¿Qué ha de haber?

Lorenzo.

Imprudencias,
que agenas pendencias riñan.

Sancho.

A mi me toca.

Lorenzo.

¿Qué toca,
ni que tañe, ni que chifla,
sino es rezar y comer,
sin intrometerse en vidas
agenas.?

Sancho.

¿Agenas?

Lorenzo.

Sí,
que ya os dije el otro dia,
que Leonor es mi muger.

Sancho.

¿Cómo asi te precipita
tu necedad con tu padre?

Lorenzo.

A ese nombre de rodillas
obedezco; pero como
hallo en vos quien me lastima
en lo que adoro, y es mio,
el defenderlo es precisa
accion; ¿y si lo unís vos
quien quereis que la divida?

Sancho.

Lorenzo...

Lorenzo.

No me molais.

Sancho.

Advierte...

Lorenzo.

En vano porfia;
y eso de sermon es bueno
para la Iglesia ó esquina.

Sancho.

Pues quédate con tu necia
estravagante manía,
y aun no sé si diga infame,
mientras mi maña averigua
(pues que conozco á don Felix, *ap.*
y el papel que le escribia
Leonor tengo en mi poder)
¿en qué se funda, en qué estriba
esta confusion?

ESCENA VI.

Don Lorenzo.

Señores,
¿que digan que hay una pizca
de entendimiento en el mundo,

cuando en quien mas se fatiga
en hacer que sabe, se hallan
dos ó tres bachillerias,
y en llegando á las acciones,
con mil tiznones las pringa?
Confieso que en este caso
hay sospechas infinitas,
que me tienen desvelado,
y han hecho en mi fantasía
tal impresion al impulso
del honor, que en mis dormidas
potencias despierta cuantos
vagos discursos vacila;
que lo que estudio y desvelo,
y aun naturaleza misma
no quiso hacer, han logrado
y hecho en mi imaginativa,
de la hora el sentimiento,
y del temor la ignominia,
otro yo. En pensando en esto,
¡ay de mí! y cuando desvia
mi discurso estas especies,
vuelvo á mi rudeza antigua.
En fuerza de este discurso,
yo de Leonor bien podria
saber la verdad: ¿ pues cómo
he de mostrar una indigna
desconfianza á quien ha de
vivir en mi compañia?
¿Si está inocente, que es cierto,
cómo viviré á su vista?
¿ni cómo á un hombre querrá,
que sabe que desconfia
de ella? ¿No es darle permiso
á la culpa, el discurrirla,

que pudo ser capaz de ella?
Esta es consecuencia fija:
demas de esto su quietud,
el ver que no solicita
su disculpa, haber en casa
dos criadas, una prima;
y aunque ella escriba el papel,
ver que en él un hombre avisa,
sin espresar á qué efecto,
¿no puede, si bien se mira,
ser accion indiferente?
Y cuando algo se permita
al recelo, á una ignorancia,
una reprension castiga:
¿pues cómo me he de arrojar
á maltratarla, á reñirla,
labrándome yo la ofensa,
que ella quizás no imagina?
No señor: maña, cautela,
inseucion, marragería,
han de inquirir la verdad;
y si el daño se confirma,
hay un veneno que calla,
y no un puñal que publica.
Y pues sé, que es aquel hombre,
que me costó la caida
del balcon, el mismo que
está siempre de estantigua
de esta calle, con el otro
que siempre está en las esquinas
con él hablando, yo haré.....
pero esto el tiempo lo diga.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

Doña Isabel y Juana con mantos, y con ellas don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Con qué, Isabel, hermosa,
pagaré lo que deba á tu belleza?

Isabel.

Aun ignoras, Enrique, mi fineza,
pues viendo la forzosa
accion, de verte entonces arrojado
por el balcon, fue tanto mi cuidado,
que no bastando el verte
despues sin daño alguno, de esta suerte
á la calle me arrojo,
á pesar de la guardia, que el enojo
ha puesto de mi tio
en su casa, buscando el amor mio
ocasion, que se hallen descuidados
don Lorenzo, don Pedro, y los criados.

Enrique.

¡Ay, divina Isabel, si yo debiera
tanto á esa ingrata, á esa enemiga fiera,
como te debo á tí, cuanta sería
mi gloria, mi consuelo, mi alegria!
Pero quieren los hados,
que añadan su traicion á mis cuidados,
despues de mis desvelos,
el dolor insufrible de unos zelos.

Isabel.

¿Zelos? ¿de quién?

Enrique.

De un hombre, que ignorado

vive de mí; un don Felix, que ha logrado,
que le escriba Leonor, y que la vea:
yo mismo ví el papel.

Isabel.

No sé quien sea;
mas si todo eso ves.......

Martin.

¡Ah reina mía,
¿no quiere usted hacerme compañía?

Juana.

No señor, que me llama
mi inclinacion.....

Martin.

¿A qué?

Juana.

A primera dama;
y es usted muy bufon, y no quisiera
me hiciese su segunda, ó su tercera.

Martin

Para eso de tercera era donosa.

Juana.

¿Por qué?

Martin.

Porque es su cara muy graciosa.

Juana.

¿Graciosa solamente?
mírela sin pasion, póngase enfrente.

Martin.

Pase.

Juana.

¿No mas que pase?

Enrique.

¿Cuando mi pecho en zelos no se abrase,
me podrás persuadir á que la olvide?
cuando sé que aleve no se mide

al amor de su esposo,
á quien no le disputo lo dichoso;
pues se lo dió la suerte:
mas á otro, y no ser yo (¡tormento fuerte!)
ver que Leonor conceda una esperanza;
yo ensayaré su olvido en mi venganza.

Juana.

Vamos, que ya es tarde.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

¿Cielos,
no es Juana aquella que miro?

Enrique.

Permitid que os ocompañe,
hasta quedar sin peligro
de que os vean.

Isabel.

Vete tú,
que nosotras de improviso,
como está cerca, podremos
entrarnos en casa.

Pedro.

Es fijo,
que es ella, y quien la acompaña
(¡ó sospechoso martirio!
que es fuerza, que en tu veneno
conviertas aun los indicios)
¿quién duda que sea Leonor?
arrojaréme atrevido......

Enrique.

El cielo te guarde.

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

tíreme usted mas quedito,
que me desmenuja.

Pedro.

Cuando
ese infame......

Juana.

¡Jesucristo!

Pedro.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina contínuo
de esta calle, no volvisteis
el rostro diciendo á gritos:
¿vamos, que es tarde?

Juana.

¡Justicia
de Dios! ¡que no haya un ministro,
que me oiga! que me deshonran.

Pedro.

No es eso lo que te digo:
has de confesar, villana.

ESCENA XII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

Señor, pues con qué motivo.....

[illegible]

Pues co[illegible], señor......

[illegible]

¿Oca[illegible]ido?

[illegible]s.

¿N[illegible]nfusion?

[illegible]dro.

[illegible]l (sin tino
[illegible]lor) ¿salistes

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

tíreme usted mas quedito,
que me desmenuja.

Pedro.

Cuando
ese infame......

Juana.

¡Jesucristo!

Pedro.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina continuo
de esta calle, no volvisteis
el rostro diciendo á gritos:
¿vamos, que es tarde?..

Juana.

¡Justicia
de Dios! ¡que no haya un ministro,
que me oiga! que me deshonran.

Pedro.

No es eso lo que te digo:
has de confesar, villana.

ESCENA XII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

Señor, pues con qué motivo.....

Inés.

Pues con qué causa, señor......

Isabel.

¿Ocasionas este ruido?

Inés.

¿Nos pones en confusion?

Pedro.

Ven acá, Isabel (sin tino
me) ¿salistes

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

tíreme usted mas quedito,
que me desmenuja.

Pedro.

Cuando
ese infame......

Juana.

¡Jesucristo!

Pedro.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina continuo
de esta calle, no volvisteis
el rostro diciendo á gritos:
¿vamos, que es tarde?

Juana.

¡Justicia
de Dios! ¡que no haya un ministro
que me oiga! que me deshonran.

Pedro.

No es eso lo que te digo:
has de confesar, villana.

ESCENA XII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

Señor, pues con qué motivo.....

Inés.

Pues con qué causa, señor.....

Isabel.

¿Ocasionas este ruido?

Inés.

¿Nos pones en confusion?

Pedro.

Ven acá, Isabel (sin tino
me tiene el dolor) ¿salistes

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

íbamos fuera.

Pedro.

Quien era...

Lorenzo.

¡Haya suegro mas maldito!
¡Que sabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

Pedro.

¿La que salió esta mañana
con Juana?

Inés.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

Pedro.

Si yo la ví; si he venido
siguiéndola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, ¿no es preciso
venga con ella, ó con vos?

Inés.

Con ella sé que no vino.

Pedro.

Pues vino con vos.

Inés.

Tampoco.

Pedro.

¿Pues es encanto? ¿es hechizo?
¿ó qué es esto?

Lorenzo.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

Pedro.

Pues vive Dios, que ha de estar,
mientras todo lo averiguo,

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aqui estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

ibamos fuera.

Pedro.

Quien era...

Lorenzo.

¡Haya suegro mas maldito!
¡Que sabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

Pedro.

¿La que salió esta mañana
con Juana?

Inés.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

Pedro.

Si yo la ví; si he venido
siguiéndola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, ¿no es preciso
venga con ella, ó con vos?

Inés.

Con ella sé que no vino.

Pedro.

Pues vino con vos.

Inés.

Tampoco.

Pedro.

¿Pues es encanto? ¿es hechizo?
¿ó qué es esto?

Lorenzo.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

Pedro.

Pues vive Dios, que ha de estar,
mientras todo lo averiguo,

esa infiel hija encerrada
en esa cuadra.

Lorenzo.

¡Qué he oido!

Pedro.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos,
sucede.....

Inés.

Pues del papel *ap.*
no dice nada, elló es fijo,
que no sabe nada

Pedro.

Allí
ha de morir.

Sale don Lorenzo.

¿Suegrecilló,
quien ha de morir?

Pedro.

Un áspid,
que engendré, para que impio
me diese muerte.

Lorenzo.

¿Y Leonor?

Inés.

No sé

ESCENA XVI.

Don Pedro y don Lorenzo.

Lorenzo.

Mas que me aspo á gritos:
¡Leonor, Leonor, Leonor? *á gritos*
suegro, fundado en pergamino...

Pedro.

En esa cuadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar....

Lorenzo.

Quedito:
¿qué es eso de averiguar
á mi muger? ¡voto á Cristo!
con la muger solo puede
averiguarse el marido:
venga la llave.

Pedro.

Esta es;
pero dártela resisto,
hasta hacer una esperiencia.

Lorenzo.

¿Esperiencia? ¿somos Chinos?
Esperiencias con mugeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

Pedro.

Lorenzo....

Lorenzo.

Suelta, vejete, ó te quito
la cofaina de los sesos.

Pedro.

Toma, que tu desvarío
no distingue, que á saber,
fuera dándote un aviso.

Lorenzo.

¿De qué?

Pedro.

De que ya casada
Leonor, no tengo dominio

sobre ella, tuya es la accion,
y en tí recae el peligro. (1)

ESCENA XVII.

Don Lorenzo.

De oráculos de ceniza,
con espantajos de mico,
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dijo
á Dorotea, mi suegro
si habia don Felix venido
ayer; ¿qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa:
amoroso dueño mio,
sal aquí. *Abre.*

ESCENA XVIII.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Padre, ¿estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

Lorenzo.

¿Qué padre?
Hija, es un perro judio
el que tienes; y tu padre,
tu madre, y aun tu sobrino

(1) *Dale la llave y vase.*

soy yo, porque yo soy solo
quien no hace de tí mal juicio.

Leonor.

¿Esposo?

Lorenzo.

Daca los brazos,
y maldito sea quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

Leonor.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que confundido
va el viejo, y desengañado.

Leonor.

Claro es, pues vió.....

Lorenzo.

Nada ha visto,
que tiene los ojos hueros,
y aun con otros dos postizos,
no vé siete sobre un asno.

Leonor.

¿Pues dime, qué ha sucedido?

Lorenzo.

Yo te lo diré despacio;
que te vayas te suplico,
y échame acá á Dorotea.

Leonor.

¿Pues qué misterio esquisito
hay ahora?

Lorenzo.

No me replique;
¿no vé que me encolerizo?
écheme acá á Dorotea.

ESCENA XIX.

Don Lorenzo y doña Inés.

Inés.

Aquí estoy á tu servicio.

Lorenzo.

¿A mi servicio, señora?
¡qué concepto tan cochino!
hable bien, y oyga. ¿No sabe,
que rasgando papelillos
la encontré sobre mi mesa
el otro dia? Si finjo, *ap.*
la he de sacar la verdad.

Inés.

Es cierto.

Lorenzo.

Pues la he cogido,
que ya sé quien es don Felix,
y segun el viejo ha dicho,
sé que su nombre es Inés;
y que ella, sin ser obispo,
se ha confirmado á sí propia,
y todo este reboltillo
se le achacan á Leonor,
y ella es la que le ha urdido.
¿Esto es verdad, ó mentira?

Inés.

¡Cielos, todo se lo ha dicho *ap.*
Leonor, y don Pedro! en vano
será negarlo; y si aspiro
á ocultarlo, el honor queda
de Leonor en gran peligro.
Mejor es, cielos, fiar
algo al favor del destino,

y confesarlo.

Lorenzo.

¿ Qué dice?

Inés.

¿ Si ves que no te replico,
no conoces que concedo?

Lorenzo.

Pues ven acá, demoñito,
trampa con moño, patillas
con cintajos, y con grifos,
el papel, que yo le ví,
¿ cómo siendo tuyo mismo,
era de la mano, y pluma
de Leonor, menor pupilo
de doña Inés Dorotea?

Inés.

No sé escribir, y me hizo
merced de escribirle ella.

Lorenzo.

Malditos sean sus nudillos,
y bien ayas tú entre todas
las embusteras del siglo,
que con tu voz me has abierto
las puertas del paraiso.
Dame un abrazo.

Inés

Repara.

Lorenzo.

Dame dos, tres, cuatro, cinco.

ESCENA XX.

Dichas y Leonor.

Leonor.

¿Qué es esto?

Lorenza.

Estar abrazando.

Leonor.

¿Pues cómo tan atrevido
donde pueda verlo?....

Lorenzo.

Calle,
y métase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,
á cien reales el cuartillo
me pagára de este abrazo. *Abrázala.*

Leonor.

¿Dorotea?

Lorenza.

Bueno, lindo;
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
vaya allá dentro la digo.

Leonor.

¿Cómo?

Lorenzo

Vaya, que la tengo
de cortar esos deditos.

Leonor.

Yo he de saber......

Lorenzo

Arre allá. *entrala.*

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y doña Inés.

Lorenzo.

Tú, Inés, ven, que vive Cristo,
que hoy te has de casar con ese
don Felix advenedizo.

Inés.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que yo sé como
vén, que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien, y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

Inés.

Si es á ese fin, no replico.

Lorenzo.

Y aun Leonor, cierta engañifa,
con que han de ver si consigo
acreditar, que en su casa
mas el mas necio ha sabido,
y vengarme de canalla
maliciosa: y pues los niños
viene espantando la noche,
con su rostro guarnecido
en holandillas de nubes
pardas, y negras, quedito
seguirme, y obedecerme,
que ello dirá.

Inés.

Ya te sigo.

ESCENA XXII.

Decoracion de Calle.

Don Felix por un lado, y por el otro don Enrique y Martin.

Felix.

Noche de temores llena.....

Enrique.

Madre de sustos, y horror.

Felix.

Pues copiando mi dolor......

Enrique.

Pues retratando mis penas......

Felix.

Me hace espaldas tu piedad......

Enrique.

Tu confusion me desmiente......

Felix.

Permite, que estar intente......

Enrique.

Deja inquirir la verdad......

Felix.

Donde logre un desengaño......

Enrique.

De una ciega fantasía......

Los dos.

Y mas que no salga el dia;
si ha de salir por mi daño.

Felix.

Pues hácia alli un bulto veo,
¿si es don Enrique? No hay duda.

Martin.

¡Que haya hombre, que á ver acuda
de noche, lo que el deseo
de dia no ve!

Enrique.

No, Martin,
culpes en mi accion alguna,
culpa mi adversa fortuna,
que pudiendo ser el fin
de estar aqui, el de lograr
un amoroso placer,

un pesar hubo de ser.

Martin.

Y aun pesar puede el pesar
algo mas, si porfiado
aguardas hasta las nueve.

Enrique.

¿Qué?

Martin.

La tormenta, que llueve
el nubarron de vidriado.
Mira, hombre de satanás,
que estás en riesgo evidente.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Lorenzo, y doña Inés con manto.

Inés.

¿Suele ponerse allí enfrente?

Lorenzo.

Sí, y tú le llamarás:
llega.

Inés.

Cé.

Enrique.

¿A mí?

Inés.

A vos: seguidme,
que os llama aquella persona,
que está en casa de Leonor.

Enrique.

Isabel es, ¿quién lo ignora?
Sígueme, Martin.

Lorenzo.

Ya tienes
quien te vaya haciendo escolta.

Inés.

Dos vienen.

Lorenzo.

Vengan doscientos:
sin que te vean, ni te oigan,
enciérralos donde dige,
y aguárdame.

ESCENA XXIV.

Don Felix, don Lorenzo y dan Sancho.

Sancho.

Aquien importan
vida, y honor sus sospechas,
¡qué poco un sosiego logra!
No he podido descubrir
á este don Felix, que nombra
el papel: ¡pero qué miro!
en la esquina está una sombra,
¿quién duda que es él? pues siempre
en ella las noches todas
veo, que embozado......

Felix.

Hácia mí
con solicitud curiosa
se llega un hombre.

Lorenzo.

¿Qué fuera, *ap.*
que embarazase una droga
mi intencion? ¡Ah caballeros!

ESCENA XXV.

Dichos, y tres hombres al paño.

Los dos.

¿Qué mandais?

Lorenzo.

Puntico en boca,
y prontos á la ocasion.

Los tres.

Uced el caso disponga,
y se engergará.

Lorenzo.

¡Qué hermosos *ap.*
plumages para la horca!

Sancho.

¿Señor don Felix?

Felix.

¿Quién es?

Sancho.

Quien ya que el nombre le importa,
quiere de vos inquirir,
qué es lo que os trae á estas horas
á este sitio, y á qué acciones
os conmueve indecorosas
hácia un respeto el mas grande.

Felix.

A proposiciones locas,
respondo yo de esta suerte. *Rinen.*

Sancho.

Y yo concluyo de estotra.

Lorenzo.

Ahora es ocasion, llegad.

Uno.

La justicia.

*

Felix.

¿Yo?

Lorenzo.

La boca
le tapad: vaya.

Los tres.

Venid. *Llévanle.*

ESCENA XXVI.

Sancho.

Malogré la accion heróica
que intentaba; recatarme
(pues que no advirtió la Ronda
en mí) es fuerza, y pues le llevan
á la carcel, poco estorba;
qui allí podré dar con él.
Por no encontrarlos, que coja
esta calle, y entrarme en casa,
es mejor.

ESCENA XXVII.

Sala en casa de don Pedro.

Don Lorenzo, los tres hombres, y don Felix cubierto el rostro.

Lorenzo.

Aqui se ahorman
los guapos.

Felix.

¿Tanto rigor
por casualidad tan corta?

Lorenzo.

Entre, y calle. A Dios amigos.

Ellos.

Ved si mandais otra cosa.

ESCENA XXVIII.

Dichos é Inés.

Lorenzo.

¿Doña Inés?

Inés.

¿Qué es lo que quieres?

Lorenzo.

¿Y don Felix?

Inés.

En esotra
pieza está.

Lorenzo.

Dame la llave?
¿él no te vió?

Inés.

Y aun de forma
mentí la voz, que ni el eco
pudo conocer.

Lorenzo.

Ahora
llama á Leonor, y trae luces.

Inés.

Aqui te las tengo prontas,
y ella está aqui. *Saca dos luces.*

ESCENA XXIX.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

¿Qué me ordenas?

Lorenzo.

Que tus contrarios conozcas,
y que sepas que tu esposo,
siendo un pobre zaupatortas,
ha sabido hacer sin ruido,
lo que otros gritando no obran.

Leonor.

¿Pues porqué me dices eso?

Lorenzo.

Porque has estado sin honra
hasta aqui, por un papel,
que de Marta la piadosa
has escrito por Inés:
mira que nada se ignora,
y que es tiempo de hablar claro.

Leonor.

Ya Inés me informó de toda
la máquina que dispones,
y tú verás como logras
mi bien y el tuyo, y desde hoy
con mayor deuda te adora
mi obligacion.

Lorenzo.

Pues oculta
está aqui, y de lastimosas
voces embute los aires, *Escondela.*
cuando yo te avise. Toma
tú esa luz, y abre á don Felix.

Inés.

¡Cielos, yo he sido dichosa! *ap.*
¿Don Felix? ¿mi bien?

ESCENA XXX.

Dichos, don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Quien llama?
¡Pero qué miro! ¡Ah traidora!
muere. *Va á darla.*

Inés.

¡Infelice de mí!

Lorenzo.

Esta es otra gerigonza:
¿qué es esto?

Enrique.

Ver una infame,
motivo de mi deshonra.

Martin.

¿Adonde estoy?

Enrique.

No impidais,
que dé muerte á una alevosa.

Lorenzo.

¿No dices que este es tu amante
muger, ó diablo?

Inés.

Pues pronta
la llave encuentro en la puerta,
aquesta cuadra me esconda. (1)

ESCENA XXXI.

Dichos y don Felix.

Felix.

¿Quien va? ¡mas qué es lo que miro!

---

(1) *Va á entrar por la puerta izquierda donde está don Felix.*

Lorenzo.

Estar abrazando.

Leonor.

¿Pues cómo tan atrevido
donde pueda verlo?....

Lorenzo.

Calle,
y métase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,
á cien reales el cuartillo
me pagára de este abrazo. *Abrázala.*

Leonor.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Bueno, lindo;
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
vaya allá dentro la digo.

Leonor.

¿Cómo?

Lorenzo

Vaya, que la tengo
de cortar esos deditos.

Leonor.

Yo he de saber......

Lorenzo

Arre allá. *entrala.*

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y doña Inés.

Lorenzo.

Tú, Inés, ven, que vive Cristo,
que hoy te has de casar con ese
don Felix advenedizo.

Inés.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que yo sé como i
vén, que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien, y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

Inés.

Si es á ese fin, no replico.

Lorenzo.

Y aun Leonor, cierta engañifa,
con que han de ver si consigo
acreditar, que en su casa
mas el mas necio ha sabido,
y vengarme de canalla
maliciosa: y pues los niños
viene espantando la noche,
con su rostro guarnecido
en holandillas de nubes
pardas, y negras, quedito
seguirme, y obedecerme,
que ello dirá.

Inés.

Ya te sigo.

ESCENA XXII.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix por un lado, y por el otro don Enrique y Martin.

Felix.

Noche de temores llena....

mia, y le escribí á don Felix;
y aunque es de la mano propia
de Leonor, de lastimada
de mi honor, puso ella sola
la pluma, no la intencion.

Pedro.

Ese desengaño sobra;
¿mas el hombre que seguistes,
y que de un balcon se arroja?

Isabel.

Fue don Enrique, señor,
á quien engañada, y loca
mantuve en otra creencia,
siendo yo la que amorosa
quise atraerle á mi afecto,
sin que nada vea ni oiga
Leonor: páguelo mi vida,
pues temeraria y traidora
he causado yo esta ruina.

Los dos.

¿Pues cómo, infame?....

Enrique.

Deponga
vuestra razon el enojo,
que es bien que yo reconozca
yerro y enmienda: mi mano
es de Isabel. *Danse las manos.*

Sancho.

¿Y una sombra,
que vi hablando con Leonor?

Inés.

Es, que sabida mi historia,
porque mi honor restaurase,
de hablar á su cargo toma
á don Felix.

Lorenzo.

¡Jesucristo,
como andaba la pelota!
la honra de un hombre de bien
entre vejetes, y mozas.

Pedro.

Mira necio lo que has hecho.....

Sancho.

Mira cuan ciego te arrojas...

Los dos.

A dar muerte á la inocente,

Lorenzo.

¿Ahora salis con la droga
de inocente, y me metiais
una daga por la cola
con cada palabra? Perros,
quien me deshonraba, á costa
de mi paciencia, eran cuantos
juzgaban mál de mi esposa,
que yo nunca lo juzgué:
la manga de la Parroquia
traigan, que han de morir. (1)

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Leonor.

Todos y doña Leonr.

Tente.

Lorenzo.

Tú solamente, paloma
de mi vida, y de mi alma,
suspenderás la ponzoña
de mi venganza. Todo esto

---

(1) *Acuchillalos.*

¿Inés, quien es quien te enoja?
que yo moriré á tu lado.

Lorenzo.

Buena va la trapisonda.

Enrique.

Don Juan ¿como amparais vos
á quien...

Felix.

Suspended la heroica
cuchilla, que soy don Felix,
y es vuestra hermana mi esposa.

Enrique.

¿Como?

Felix.

Como de aquel lance,
que fugitiva hasta ahora
la ha traido, soy el dueño.
Es mi nobleza notoria;
Don Felix soy de Toledo,
si por muger me la otorgais
todo lo remedias.

Lorenzo.

¿Esta
es comedia, ó Babilonia?

Martin.

¿No dije yo, que estos cuentos
habian de parar en solfa?

Enrique.

Fuerza es abrazar el medio,
que el pundonor me recobra.

Lorenzo.

Ya todo está descubierto:
grita, Leonor, que ya es hora.

Dentro Leonor.

¡Ay infelice de mí!

de mi vida: y sepan todos
que la prudencia es gran cosa,
que el mas necio sabe mas
en lo que á su asunto toca;
que la Honra da Entendimiento

Todos.

Y con dos palmadas solas
quedan premiados, y alegres
nosotros, Ingenio y Obra.

El honor da entendimiento.

Seria esta comedia una de las mejores de Cañizares, por la novedad del pensamiento y otras buenas prendas que la adornan, si no tuviese un defecto muy esencial. En el primer acto recae todo el interés en don Enrique y Leonor, y en el segundo y tercero es don Lorenzo el que cautiva esclusivamente la atencion de los espectadores. Nace á nuestro parecer este defecto del carácter desigual del protagonista, que segun le pinta el poeta en el primer acto, es tan imbécil é incapáz, que parece distinto del que se presenta despues en el resto de la pieza. Es verdad que para justificar el título de ella era preciso que en el entendimiento de don Lorenzo se verificase una mudanza tan estraordinaria; pero ésta es inverosimil no suponiendo á lo menos que entre el primero y segundo acto pase una série de tiempo infinitamente mayor que la indicada en la comedia. Don Lorenzo, segun le pinta Cañizares en todas las escenas del primer acto, es un verdadero estúpido, á quien por su incapacidad moral debe negarse el sacramento del matrimonio. En el segundo acto es un personage diferente: es un ignorante que carece aun de la primera instruccion que recibe la niñéz; pero el uso de su razon está espedito y discurre con acierto: es recatado é ingenioso para indagar la conducta de su esposa, y aunque su padre y su suegro, estimulados del pundonor, le ponen en una situacion peligrosa, y le escitan á la venganza, no solo no se precipita ni maltrata á Leonor, sino que tampoco duda jamás de su honradéz. Esta cordura supone por lo menos un talento reflexivo é ilustrado por la esperiencia; y es im-

posible que en el estado en que se halla el protagonista antes de casarse, pueda llegar á adquirirle solo por conservar su honor, de cuyo sentimiento es incapáz un bobo de aquella especie. Si Cañizares hubiera principiado la accion en el segundo acto, su obra hubiera tenido la unidad de interés que necesitaba, y sería quizá la mejor de sus comedias. Suficientes materiales tenia en los dos últimos actos para haber llenado los tres de la pieza, distribuyendo los antecedentes necesarios del primero. Don Enrique no se apoderaria del interés principal, como sucede ahora en el primer acto, y Leonor tendria el mismo que por su dulzura, por su pundonor, y por la honradéz de sus sentimientos adquiere en los dos últimos. Don Lorenzo seria siempre el personage principal, la atencion del espectador se fijaria en un solo objeto, y se conservaria perfectamente la unidad de accion. Es verdad que entonces el título no convendria con tanta exactitud al argumento; pero ¿qué importa, si aun en el caso presente es defectuoso? *El honor dá entendimiento* en su riguroso sentido espresa una asercion falsa: el honor ofendido, los zelos, la ambicion y otras pasiones pueden muy bien poner en accion aquella potencia intelectual, desenvolverla y perfeccionarla con el ejercicio; pero no podrán dársela jamás al que absolutamente carece de ella, en cuyo caso pinta el poeta á Don Lorenzo en el primer acto. Al esponer estas breves reflexiones no ha sido nuestro ánimo rebajar de ningun modo el mérito de Cañizares, sino el indicar el medio de refundir esta pieza, que seria entonces una de las mas bellas de nuestro teatro nacional, si una mano diestra se dedicase á este trabajo.

Por lo demas, el carácter original del protagonista es una creacion felíz, que acredita el ingénio del

El honor del entendimiento.

Seria esta comedia una de las mejores de Cañizares, por la novedad del pensamiento y otras buenas prendas que la adornan, si no tuviese un defecto muy esencial. En el primer acto recae todo el interés en don Enrique y Leonor, y en el segundo y tercero es don Lorenzo el que cautiva esclusivamente la atencion de los espectadores. Nace á nuestro parecer este defecto del carácter desigual del protagonista, que segun le pinta el poeta en el primer acto, es tan imbécil é incapáz, que parece distinto del que se presenta despues en el resto de la pieza. Es verdad que para justificar el título de ella era preciso que en el entendimiento de don Lorenzo se verificase una mudanza tan estraordinaria; pero ésta es inverosimil no suponiendo á lo menos que entre el primero y segundo acto pase una série de tiempo infinitamente mayor que la indicada en la comedia. Don Lorenzo, segun le pinta Cañizares en todas las escenas del primer acto, es un verdadero estúpido, á quien por su incapacidad moral debe negarse el sacramento del matrimonio. En el segundo acto es un personage diferente: es un ignorante que carece aun de la primera instruccion que recibe la niñéz; pero el uso de su razon está espedito y discurre con acierto: es recatado é ingenioso para indagar la conducta de su esposa, y aunque su padre y su suegro, estimulados del pundonor, le ponen en una situacion peligrosa, y le escitan á la venganza, no solo no se precipita ni maltrata á Leonor, sino que tampoco duda jamás de su honradéz. Esta cordura supone por lo menos un talento reflexivo é ilustrado por la esperiencia; y es im-

posible que en el estado en que se halla el protagonista antes de casarse, pueda llegar á adquirirle solo por conservar su honor, de cuyo sentimiento es incapáz un bobo de aquella especie. Si Cañizares hubiera principiado la accion en el segundo acto, su obra hubiera tenido la unidad de interés que necesitaba, y sería quizá la mejor de sus comedias. Suficientes materiales tenia en los dos últimos actos para haber llenado los tres de la pieza, distribuyendo los antecedentes necesarios del primero. Don Enrique no se apoderaria del interés principal, como sucede ahora en el primer acto, y Leonor tendria el mismo que por su dulzura, por su pundonor, y por la honradéz de sus sentimientos adquiere en los dos últimos. Don Lorenzo seria siempre el personage principal, la atencion del espectador se fijaria en un solo objeto, y se conservaria perfectamente la unidad de accion. Es verdad que entonces el título no convendria con tanta exactitud al argumento; pero ¿qué importa, si aun en el caso presente es defectuoso? *El honor dá entendimiento* en su riguroso sentido espresa una asercion falsa: el honor ofendido, los zelos, la ambicion y otras pasiones pueden muy bien poner en accion aquella potencia intelectual, desenvolverla y perfeccionarla con el ejercicio; pero no podrán dársela jamás al que absolutamente carece de ella, en cuyo caso pinta el poeta á Don Lorenzo en el primer acto. Al esponer estas breves reflexiones no ha sido nuestro ánimo rebajar de ningun modo el mérito de Cañizares, sino el indicar el medio de refundir esta pieza, que seria entonces una de las mas bellas de nuestro teatro nacional, si una mano diestra se dedicase á este trabajo.

Por lo demas, el carácter original del protagonista es una creacion felíz, que acredita el ingénio del

El honor del entendimiento.

Seria esta comedia una de las mejores de Cañizares, por la novedad del pensamiento y otras buenas prendas que la adornan, si no tuviese un defecto muy esencial. En el primer acto recae todo el interés en don Enrique y Leonor, y en el segundo y tercero es don Lorenzo el que cautiva esclusivamente la atencion de los espectadores. Nace á nuestro parecer este defecto del carácter desigual del protagonista, que segun le pinta el poeta en el primer acto, es tan imbécil é incapáz, que parece distinto del que se presenta despues en el resto de la pieza. Es verdad que para justificar el título de ella era preciso que en el entendimiento de don Lorenzo se verificase una mudanza tan estraordinaria; pero ésta es inverosimil no suponiendo á lo menos que entre el primero y segundo acto pase una série de tiempo infinitamente mayor que la indicada en la comedia. Don Lorenzo, segun le pinta Cañizares en todas las escenas del primer acto, es un verdadero estúpido, á quien por su incapacidad moral debe negarse el sacramento del matrimonio. En el segundo acto es un personage diferente: es un ignorante que carece aun de la primera instruccion que recibe la niñéz; pero el uso de su razon está espedito y discurre con acierto: es recatado é ingenioso para indagar la conducta de su esposa, y aunque su padre y su suegro, estimulados del pundonor, le ponen en una situacion peligrosa, y le escitan á la venganza, no solo no se precipita ni maltrata á Leonor, sino que tampoco duda jamás de su honradéz. Esta cordura supone por lo menos un talento reflexivo é ilustrado por la esperiencia; y es im-

